

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION
DOCTORADO EN HISTORIA

TESIS PARA ASPIRAR AL GRADO DE DOCTOR EN HISTORIA

**NACIONALISMO Y ANTISEMITISMO EN LA
ARGENTINA, 1919 - 1945: REPRESENTACIONES,
DISCURSOS, PRACTICAS.**

DOCTORANDO: Mgter. DANIEL LVOVICH

DIRECTOR: Dr. LEONARDO SENKMAN

CODIRECTOR: DR. JOSE PANETTIERI

La Plata, febrero de 2001

A la memoria de mi padre, Elías Lvovich

Agradecimientos

He cursado el Doctorado en Historia de la UNLP y realizado esta tesis con el apoyo de una beca de formación doctoral de la Universidad Nacional de General Sarmiento/ FOMEC. Muchos amigos y colegas leyeron, comentaron y acercaron críticas, observaciones y sugerencias en distintas etapas de elaboración de esta tesis. El proyecto original fue discutido en el área de sociología de la UNGS y en diversos congresos y jornadas las primeras versiones de los que serían capítulos o secciones de esta tesis fueron comentados por Dora Barrancos, los miembros del Grupo de Trabajo Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea (UBA - UNCPBA) y Pablo Buchbinder. Este último también leyó el borrador completo de esta tesis y me brindó valiosas sugerencias. He recibido comentarios y sugerencias e intercambié opiniones sobre las hipótesis que articulan este trabajo o sobre partes del mismo con Angel Cerutti, Ricardo Falcón, Federico Finchelstein, Marcelo Fonticelli, David Gornitzky, Alejandro Herrero, Fabián Herrero, Sandra McGee Deutsch, Marcelo Padoan, Claudia Rosa y José Sazbón. En los seminarios dictados por Bruno Groppo, Fernando Devoto, Silvia Sigal y Tulio Halperín Donghi surgieron a manera de monografías varias de los capítulos y secciones de esta tesis, y sus comentarios me permitieron enriquecer mi trabajo.

Sara Lvovich, María Esther Rapalo, Federico Finchelstein, Sandra McGee Deutsch, Juan Suriano, Patricio Geli, Eduardo Iglesias, Alejandra Simonutti, Claudia Rosa y Marina Franco me facilitaron bibliografía y el acceso a fuentes de archivo casi imposibles de hallar. Si es un tópico agradecer al personal de las bibliotecas y archivos al que se recurre en estos casos, quiero destacar la tarea de tres personas sin cuya colaboración el acceso a las fuentes se hubiera visto muy restringido. Erica Selinger, de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional; Roberto Baschetti del Centro de Investigaciones de la Biblioteca Nacional (CIBINA) y Elena Berflein del Instituto Científico Judío (IWO) combinaron la calidez con la preocupación genuina para que no quedara material de sus repositorios que no me fuera ofrecido.

Leonardo Senkman dirigió esta tesis a la distancia - correo electrónico y viajes de por medio - con la inteligencia, la agudeza y la generosidad que lo caracterizan. José Panettieri - que codirigió esta tesis - Patricia Flier y Marcelo Raimundo hicieron, y siguen haciendo, todo lo necesario para que el Doctorado de la UNLP se caracterice no sólo por su nivel académico sino también por constituir un ámbito amistoso, rasgo en vías de extinción en el mundo universitario argentino.

Debo agradecer el apoyo brindado por todos ellos, tanto como la paciencia de mi familia, mis amigos y amigas y mis compañeros de trabajo, que durante un largo período debieron soportar mi faz más obsesiva y monotemática.

INDICE

INTRODUCCION	1	
Estado de la cuestión.....	7	
Objetivos y metodología.....	15	
Fuentes.....	25	
Estructura de la tesis.....	27	
PRIMERA PARTE:		
EL PERIODO FORMATIVO DE LA IMAGEN DEL ENEMIGO	29	
I - EL NACIONALISMO ARGENTINO EN LA EPOCA DEL CENTENARIO.....30		
El Centenario y la primera cristalización del ideario nacionalista.....	36	
II - JUDIOS, MASONES Y SOCIALISTAS CONTRA LA CRISTIANDAD: LOS ORIGENES DEL MITO DEL COMLOT JUDIO EN ARGENTINA		45
Los orígenes del mito de la conspiración judía en la Argentina del siglo XIX.....	53	
Judíos y socialistas: El mito conspirativo en los inicios del siglo XX.....	65	
III - LA SEMANA TRÁGICA: EL GRAN TERROR DE 1919..... 79		
El Gran Terror de 1919.....	80	
Trabajadores y empresarios a fines de la década de 1910.....	83	
Entusiasmo y temor: Los ecos de la Revolución Rusa en Buenos Aires.....	87	
La Huelga General de enero de 1919.....	96	
La violencia, sus lecturas, sus efectos.....	102	
Las persecuciones a los judíos.....	111	
La persistencia de las creencias conspirativas.....	121	
IV - LA INQUIETUD CONSERVADORA (1919 - 1927)..... 127		
El mundo católico.....	141	
Inmigración y cuestión étnica: de la selectividad al racismo.....	153	
V - EL NACIONALISMO DE ELITE Y SU CRUZADA ANTILIBERAL: LA NUEVA REPUBLICA Y CRITERIO (1927 - 1931)		171
La imagen del enemigo y sus transformaciones en <i>La Nueva República</i> (1928 – 1931).....	176	
La primera etapa de <i>La Nueva República</i> (1927 –1930).....	182	
La segunda etapa de <i>La Nueva República</i> (1930 - 1931).....	197	
Contra el liberalismo, por la restauración del orden católico: La revista <i>Criterio</i>	203	
El antisemitismo de <i>Criterio</i>	213	
SEGUNDA PARTE:		
EL AUGE DEL NACIONALISMO Y EL ANTISEMITISMO: 1932 - 1945	219	
VI - EL ANTISEMITISMO EN LA LARGA DECADA DEL NACIONALISMO (1932 - 1943)..... 220		
Los nacionalistas argentinos: Una caracterización	222	
Las organizaciones nacionalistas y el antisemitismo.....	240	
Usos de la historia.....	274	

VII - EL CATOLICISMO ARGENTINO Y LA "CUESTION JUDIA" (1932 - 1943).....	279
El Catolicismo argentino frente a la "cuestión judía"	291
a - Gustavo Franceschi: la conciliación del antirracismo y el antisemitismo.....	302
b - Leonardo Castellani: entre la "solución cristiana" y el realismo político.....	308
c - El antisemitismo teológico de Julio Meinvielle.....	311
d - Virgilio Filippo: el antisemitismo llega a la radio.....	323
VIII - MANIFESTACIONES DE ANTISEMITISMO EN LA SOCIEDAD CIVIL Y EL ESTADO (1932 - 1943).....	327
Manifestaciones de antisemitismo en la sociedad civil	329
Manifestaciones de antisemitismo en ámbitos estatales	333
IX - "LOS PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SION": SU DIFUSION Y USOS EN ARGENTINA	346
La recepción de un texto epigonal de los Protocolos: <i>El Kahal - Oro</i> de Hugo Wast y sus comentaristas	371
El compromiso político de un intelectual del nacionalismo católico: <i>El Kahal y Oro</i>	374
La lectura crítica: <i>El Kahal - Oro</i> no es literatura, sino un alegato antisemita.....	381
La lectura católica: <i>El Kahal - Oro</i> no es un alegato antisemita, sino una respuesta a la agresión judía.....	383
La lectura nacionalista: <i>El Kahal - Oro</i> es, orgullosamente, un alegato antisemita.....	387
X - CATOLICOS Y NACIONALISTAS ARGENTINOS FRENTE AL HOLOCAUSTO...391	
Católicos y nacionalistas frente al ascenso del nazismo al poder y las persecuciones antisemitas en Alemania.	394
Católicos y nacionalistas frente a la cuestión de los refugiados judíos	401
Católicos y nacionalistas frente al exterminio	406
XI - ANTISEMITISMO ESTATAL EN LA ARGENTINA: LA "REVOLUCIÓN NACIONAL" Y LOS JUDÍOS (1943 - 1945)	420
Antiliberalismo y antisemitismo en la Argentina de 1943 - 1944	426
El caso de Entre Ríos.....	435
El coronel Perón y los judíos	440
XII - LA "CUESTION JUDIA" EN LA ARGENTINA	446
CONCLUSIONES	461
Fuentes.....	472
Bibliografía	481

“El futuro tiene un corazón antiguo”

Carlo Levi

§

*“... buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno,
no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio”*

Italo Calvino

INTRODUCCION

“- ¿Me va a recitar los Protocolos de los Sabios de Sión?

- Hasta ahora nadie ha demostrado que no son verdaderos. Pero déjeme continuar. Firmes en esos tres centros de poder, Israel no tiene nada que temer. Uno es Estados Unidos, donde el poder judío es evidente. Esto significa dinero y el control político de los países capitalistas. También en el Kremlin tienen una influencia importante.

- Creo que más bien lo contrario.

- No me interrumpa. El enfrentamiento es todo simulado. El Kremlin sigue dominado por los mismos sectores que hicieron la revolución bolchevique, y en la cual los judíos jugaron en rol principal. Esto significa el control político de los países comunistas. Y el tercer lugar es la Argentina, especialmente el sur que, bien desarrollado por los judíos con inmigrantes de diversos países de América Latina, puede ser un emporio económico, una canasta de alimentos y petróleo, y el camino hacia la Antártida.”¹

Este diálogo, que formaba parte de los interrogatorios a que fue sometido Jacobo Timerman mientras permaneció como prisionero de la última dictadura militar, sintetiza de manera excepcional el sistema de creencias del sector más radicalmente antisemita de la Argentina. El mito de la conspiración judía mundial conformó por décadas una de las creencias centrales de una buena parte del nacionalismo argentino, y resultó uno de los tópicos más recurrentemente empleados en su discurso sobre los judíos. El propio Timerman afirmaba que el peso de estas creencias entre los militares que lo habían secuestrado salvó su vida: “¿Para que matar a la gallina de los huevos de oro? Mejor hacerlo cabeza del más importante proceso contra la conspiración judía internacional.”²

El caso del torturador que interrogaba a Timerman no resultó excepcional. Numerosos testimonios dan cuenta de la especial brutalidad con que fueron tratados los prisioneros judíos en los Centro Clandestinos de Detención de la dictadura militar que devastó a la Argentina entre 1976 y 1983, aumentando aun más los indescriptibles padecimientos a que fueron sometidos todos los prisioneros en los “chupaderos” del régimen militar. Elena Alfaro, sobreviviente del Centro Clandestino de Detención “El Vesubio” testimoniaba:

“Si la vida en el campo era pesadilla para cualquier detenido, la situación se agravaba para los judíos, que eran objeto de palizas permanentes y otras agresiones, a tal punto que muchos preferían ocultar su origen, diciendo por ejemplo que eran polacos católicos”³

En efecto, los prisioneros judíos fueron particularmente humillados y torturados por represores que exhibían en muchas ocasiones símbolos nazis y manifestaban representar la continuidad del hitlerismo.

1 Jacobo Timerman, *Preso sin nombre, celda sin número*, Buenos Aires, El Cid editor, 1982, p. 74.

2 Idem, p. 31.

3 *Nunca Más*, Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, Buenos Aires, Eudeba, 1999 [1984], p.71.

En muchos casos los verdugos exhibían sus creencias conspirativas. En su testimonio, el sobreviviente Juan Ramón Nazar recordaba:

“Los individuos mostraban una actitud fuertemente antisemita. Me preguntaron si conocía el ‘Plan Andinia’, por el cual Israel se quedaría con una parte de la Patagonia”⁴

Por su parte, Daniel Eduardo Fernández, sobreviviente del Centro Clandestino de Detención “Club Atlético” testimoniaba:

“A los judíos se los castigaba sólo por el hecho de ser judíos y les decían que a la subversión la subvencionaba la D.A.I.A. y el sionismo internacional, y a la organización de los ‘pozos’ (centros de detención clandestinos) los bancaba ODESA (organización internacional para apoyo del nazismo)”⁵

Según las estimaciones más recientes, las víctimas judías de la dictadura militar fueron alrededor de 1300 personas. Ello implica, en los cálculos más cautos, que un cinco por ciento del total de las víctimas del proceso de exterminio desarrollado por la dictadura militar fueron judíos, cifra en la que el grupo israelita dentro de las víctimas tuvo una sobre - representación de más de cinco veces respecto a la proporción de judíos en la población argentina.⁶ Otros cálculos elevan la cifra de detenidos - desaparecidos judíos a una cifra de entre 3.500 y 4.000 personas, lo que representa alrededor de un 13% del total de 30.000 desaparecidos estimado por las Organizaciones de defensa de los Derechos Humanos.⁷ Los estudios realizados al respecto señalan que si por un lado existe una evidente sobre - representación de los judíos entre varios de los grupos profesionales y políticos más afectados por la represión, por otro lado no se debe descartar la posibilidad de que las actitudes antisemitas hayan influido en el proceso de selección y detención de las víctimas, y destacan que, sin dudas, el origen judío de los detenidos resultó un factor contribuyente en la decisión de asesinar a las víctimas.⁸

La reinstalación de la democracia en Argentina parecía anunciar, al menos para las jóvenes generaciones del año 1983, una era en la que el oprobio de la dictadura fuera superado. No sólo aspirábamos a que los responsables y ejecutores de las masivas violaciones a los Derechos Humanos fueran condenados, sino a que se revirtiera la

4 Idem, p.74.

5 Ibidem.

6 Marysa Braylan et all., “Informe sobre la situación de los detenidos - desaparecidos judíos durante el genocidio perpetrado en Argentina”, *Indice. Revista de Ciencias Sociales*, N° 20, abril de 2000, pp. 312 - 313.

7 Declaraciones periodísticas del rabino Daniel Goldman en ocasión de su testimonio ante el Juez Baltasar Garzón en la Audiencia Nacional de España por la causa por Genocidio y Terrorismo de Estado en Argentina, en: “El 13% de los desaparecidos”, *Página/12*, 20 de abril de 1999, p.9

flagrantemente injusta forma de distribución de la riqueza que la dictadura había promovido. La democracia parecía también inaugurar un período en que el antisemitismo - al menos en sus formas más virulentas - ya no tendría oportunidad de manifestarse.

Si la primera de las expectativas depositadas en la renacida democracia argentina se plasmó solo en una forma muy limitada, la segunda se vio definitivamente frustrada.

Por su parte, el antisemitismo no tardó en volverse a manifestar en la vida argentina. La presencia de grupos y partidos neonazis - minúsculos pero capaces de emprender acciones violentas - las frecuentes profanaciones de cementerios israelitas, las amenazas a instituciones judías, las pintadas antisemitas en las paredes de Buenos Aires y otras ciudades daban cuenta de la persistencia del fenómeno antisemita. Ello se verificó también en la forma discriminatoria en que Alberto Pierri, presidente de la Cámara de Diputados de la Nación durante diez años, se refirió a un periodista judío.

Sin embargo, ninguna de estas señales se puede comparar por su importancia a los atentados que en la década de 1990 sufrieron la Embajada de Israel en Buenos Aires y la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina (A.M.I.A.), que dejaron como saldo más de un centenar de víctimas fatales. El ataque a la A.M.I.A. resultó por su magnitud el más importante atentado antisemita desarrollado en occidente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Aunque los responsables intelectuales de los atentados, de los que aún se desconoce la identidad, fueron con seguridad agentes de países involucrados en el conflicto de Medio Oriente, no existen dudas acerca de la participación de miembros de las fuerzas de seguridad argentinas entre sus ejecutores y cómplices.

Ambos atentados, y en particular el sufrido por la A.M.I.A., despertaron una enorme solidaridad con las víctimas por parte de buena parte de la sociedad argentina. Sin embargo, en los medios de comunicación masivos y en declaraciones y actitudes oficiales se ponía en duda la calidad de la pertenencia de los judíos a la nación Argentina, aun en el seno de discursos en los que se repudiaba terminantemente la violencia antisemita. Por esos días se podía escuchar que “Murieron judíos, pero

8 Edy Kaufman y Beatriz Cymberknopf, “La dimensión judía en la represión durante el gobierno militar en la Argentina (1976 - 1983)” en Leonardo Senkman, (Comp.), *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1989, pp. 261 - 263; Marysa Braylan et al, op. cit., pp. 313 - 314.

también cayeron inocentes”, y se afirmaba que “Entre las víctimas había judíos, pero también argentinos”.

Sin que los emisores de estas frases lo supieran, estas declaraciones se inscribían en una larga tradición antisemita que por décadas había sustentado la incompatibilidad entre la condición judía - cualquiera haya sido la forma que esta adquiriera - y la pertenencia a la nación argentina. En las representaciones más recurrentes de esta relación de exterioridad, se presentaba la imagen del judío como la de un enemigo de la nación que conspiraba de todas las formas imaginables contra la Argentina.

En esta tesis, intentaremos desentrañar los orígenes de estas representaciones y de las prácticas en ellas inspiradas, pretendiendo con ello contribuir al estudio del vínculo entre el nacionalismo y el antisemitismo en la Argentina del siglo XX.

En esta investigación estudiaremos la conformación de las sucesivas imágenes del enemigo para el campo nacionalista de la Argentina, entre las que dedicaremos especial atención a las representaciones desarrolladas sobre los judíos, en tanto estas fungieron en múltiples ocasiones como imágenes en que se unificaban todas las características indeseables atribuibles a los enemigos de la nacionalidad. Si las representaciones del judío como *otro* o como *enemigo* no estuvieron ausentes en el arco liberal - al que deberemos referirnos inevitablemente - nuestro interés se concentra en el campo nacionalista por tres motivos fundamentales: la importancia fundamental que el antisemitismo adquirió para la ideología de este sector, las características conspirativas que articulaban la mirada nacionalista sobre los judíos y la eficacia de este discurso como inspirador de prácticas sociales de discriminación y violencia.

Se tratan estas de imágenes multiformes y cambiantes, en las que influyeron decisivamente tanto las diversas tradiciones político - intelectuales de la derecha europea recepcionadas y reelaboradas en Argentina, como las sucesivas variaciones del escenario político nacional e internacional.

El tipo de imágenes del enemigo desarrolladas en Argentina no resultará excepcional en el contexto latinoamericano e internacional, por lo que deberemos detenernos especialmente en las peculiaridades de nuestro caso, analizar el rol y la importancia relativa que en cada etapa alcanzaron tales representaciones y considerar el grado de difusión del antisemitismo en la sociedad. Argentina es el único país

latinoamericano en que se logró instalar una “cuestión judía” perdurable, esto es, el único caso en que de manera recurrente a lo largo del siglo XX se tematizó la presencia judía como un problema para la nación.

En el caso argentino, la persistente presencia de un antisemitismo difuso o ideológicamente elaborado explica nuestro interés en indagar en los orígenes de una relación que, a lo largo de todo el siglo, ha producido consecuencias no pocas veces trágicas. En efecto, una dilatada historia de violentas prácticas antisemitas se abre - si no consideramos eventos anteriores de menor gravedad - con las persecuciones y asesinatos de la Semana Trágica de 1919, continúa con los graves acontecimientos desarrollados en las décadas de 1930/1940 y 1960/1970 para alcanzar su paroxismo durante la represión desarrollada por la dictadura militar iniciada en 1976 y en los atentados de la década de 1990.

Aunque el antisemitismo ha sido explorado con anterioridad por nuestra historiografía, no existe hasta el momento un estudio sistemático como el que proponemos para el período de nuestro interés. Existen en cambio una multiplicidad de trabajos referidos a aspectos puntuales o referencias, de distintos grados de amplitud y profundidad, en el seno de estudios dirigidos centralmente a otras temáticas, a los que nos referiremos en el apartado dedicado a trazar un estado de la cuestión.

Los estudios sobre nacionalismo, antisemitismo, racismo y discriminación han vuelto a concitar en los últimos años el interés de investigadores de distintos lugares del mundo, al calor del resurgimiento de movimientos nacionalistas que en no pocas ocasiones presentan perfiles nítidamente xenófobos. Paralelamente, las nuevas problemáticas abiertas en las sociedades desarrolladas en función de las migraciones masivas, las “políticas de identidad” y el multiculturalismo proporcionan un campo fértil para los debates teóricos y la investigación empírica, renovando el interés de los historiadores en estas áreas.

La relevancia de nuestra investigación - que se inscribe en estas renovadas preocupaciones - se desprende entonces de la posibilidad de realizar un aporte historiográfico en un área hasta ahora no demasiado transitada de modo específico y sistemático, que contribuya a elucidar un importante aspecto de la historia de la Argentina del siglo XX.

Nuestra investigación se abre en 1919 - a través de una reconsideración de la *Semana Trágica* - para cerrarse en 1945, año en que se conjugaron el surgimiento del peronismo, que modificó radicalmente el escenario político nacional - y en su interior, la dinámica misma del campo nacionalista - con la finalización de la Segunda Guerra Mundial y las transformaciones del contexto internacional que ello implicó. Sin embargo, debimos iniciar nuestro análisis a fines del siglo XIX para lograr dar cuenta tanto de las características del nacionalismo cultural cuanto de los orígenes de las teorías acerca del complot judío en la Argentina, elementos que consideramos indispensables para explicar los sucesos de enero de 1919 y las transformaciones del nacionalismo durante la primera mitad del siglo.

El recorte temporal que hemos adoptado se fundamenta en que en el período considerado se conformaron - aunque con precedentes que se remontan a las últimas décadas del siglo pasado - las principales representaciones del enemigo que organizaron el prejuicio antisemita, en el marco del ascenso y consolidación del nazismo, los fascismos y los regímenes autoritarios católicos en Europa. A lo largo del período es posible constatar la existencia de frecuentes prácticas antisemitas, que no pocas veces alcanzaron formas de extrema violencia, así como la presencia de circunscriptas manifestaciones de antisemitismo estatal. La Segunda Guerra Mundial y, muy especialmente, el desarrollo del Holocausto introdujeron en Argentina nuevos clivajes y tomas de posición que deben ser inevitablemente consideradas para analizar la evolución de las representaciones que ocupan nuestro interés. Las transformaciones del escenario nacional e internacional iniciadas en 1945 relegarían al discurso y las prácticas antisemitas - aunque de manera momentánea, teniendo en cuenta su resurgimiento en las décadas siguientes - a una posición subalterna, lo que explica que consideremos ese año como un apropiado momento para dar cierre a nuestra indagación.

Estado de la cuestión

El abordaje de las ideologías de los nacionalistas argentinos y los movimientos por ellas inspirados ha sido realizado básicamente en función del estudio de los sistemas de pensamiento de los cuales se nutrieron y de su desempeño político, en el marco de

una multiplicidad de corrientes diferentes y hasta contradictorias. Para ello, Marysa Navarro Gerassi⁹ fijó su atención en el nacionalismo de derecha a partir de los años '20, al que define por la existencia de unos pocos principios políticos compartidos, mientras Zuleta Alvarez¹⁰ analiza al nacionalismo argentino como un movimiento doctrinario más consistente - surgido en las postrimerías de la segunda década del siglo - cuyos principios ideológicos definen el campo, mientras las elecciones políticas concretas de sus miembros permiten subdividirlo. En el libro de María Inés Barbero y Fernando Devoto¹¹ el nacionalismo es definido como un movimiento cultural, cuyos orígenes se remontan al Centenario, acotado por la presencia de ciertos rasgos comunes y por autoadscripción, lo que les permite realizar una clasificación entre nacionalismos de élite - subdividido en republicanos, católicos y filofascistas - y nacionalismos populares, con matrices laico - democráticas o católicas. Mientras estas tres obras comparten la ausencia de un tratamiento detallado de la construcción de las imágenes del enemigo - en el caso de Zuleta Alvarez no existen siquiera referencias al antisemitismo de los nacionalistas - distinto es el caso de los trabajos sobre el nacionalismo argentino de Buchrucker y Rock, en los que este aspecto resulta central.

Cristián Buchrucker¹² ha trazado uno de los más detallados mapas de las organizaciones y el pensamiento nacionalista. Remontándose a la reacción católica contra el anticlericalismo de Roca, Buchrucker encuentra en Goyena y Estrada algunos de los tópicos - antimodernismo, temor a las masas - que retomaron los nacionalistas algunas décadas después. El análisis, cuyo objeto es analizar al nacionalismo en cuanto antecedente de ciertos rasgos del peronismo¹³ se centra en las décadas de 1930 y 1940, distinguiendo entre el nacionalismo uriburista, el restaurador y el populista y sus complejas subdivisiones. Entre los textos dedicados sistemáticamente al nacionalismo, el de Buchrucker es el que presenta con mayor minuciosidad al antisemitismo como componente orgánico de las doctrinas nacionalistas - con la excepción de la vertiente populista y de ciertas figuras emblemáticas del período, como la de Lugones - para las cuales la figura fantasmática del judío jugó un rol central en la construcción de la

9 Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968.

10 Enrique Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975.

11 María Inés Barbero y Fernando Devoto, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

12 Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927 - 1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

imagen del enemigo. Sin embargo se puede criticar a este texto la insuficiente atención que presta al contexto político argentino del período, mientras que la filiación que establece entre los nacionalismos argentinos y los fascismos europeos - aunque en buena medida acertada - no da cuenta de algunas diferencias centrales entre ambos tipos de movimientos, en particular la ausencia de un liderazgo político y de un movimiento de masas de tipo nacionalista en Argentina.

Los textos de David Rock¹⁴, pese a su apreciable documentación, presentan como problema fundamental la ausencia de una discriminación entre las diversas corrientes nacionalistas, que llevan al autor a sostener de manera poco justificada la existencia de relaciones de continuidad de más de un siglo entre las diversas corrientes autoritarias de la Argentina, confundiendo en ocasiones sus raíces ideológicas. La ausencia de una consideración de la historia política en la que se insertaron los movimientos nacionalistas provoca que en estas obras no opere el contexto como factor explicativo, con lo que las coincidencias temáticas que efectivamente existen en las fuentes que emplea son tomadas por Rock como testimonio de una ausencia de transformaciones ideológicas.

Las Derechas, de Sandra McGee Deutsch¹⁵, agrega a un muy documentado análisis de la ideología nacionalista la consideración de un complejo entramado en el que da cuenta de las relaciones de la derecha radical con las expresiones conservadoras más moderadas, el sistema político, la Iglesia y el Ejército y del origen social de los miembros de cada una de las organizaciones de la derecha radical. Contrastando con buena parte de la historiografía argentina sobre la temática, que privilegió la dimensión ideológica por sobre la de las prácticas políticas, el texto documenta la violencia desplegada por las organizaciones de la extrema derecha en las décadas de 1920 y 1930. Aunque la dimensión antisemita del nacionalismo es considerada en este texto, la misma esta presentada junto a otra importante serie de problemas, lo que implicó que su tratamiento no haya sido completamente exhaustivo.

13 En un registro distinto, Samuel Baily se propone un objetivo similar: en *Movimiento obrero, nacionalismo y política en Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

14 David Rock, *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993 y "Antecedents of the Argentine Right" en: Sandra Mc Gee Deutsch and Ronald Dolkart (eds.) *The Argentine Right. Its History and intellectual origins. 1910 to the present*, Wilmington, SR Books, 1993.

15 Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890 - 1939*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

Mientras los trabajos arriba reseñados han considerado al nacionalismo católico de la década de 1930 como un fragmento de la familia del nacionalismo de derecha, Loris Zanatta¹⁶ sostiene que el nacionalismo de derecha formaba parte en plena regla del universo ideológico de la Iglesia y, con frecuencia, de sus estructuras organizativas. En este planteo, el autor señala la existencia de una vertiente conservadora y otra populista que, aunque no demasiado distintas en el plano doctrinario, se diferenciaban en los aspectos económicos y sociales. Sin embargo una perspectiva de tal naturaleza no permite dar cuenta de la especificidad de las organizaciones y los discursos nacionalistas que, si se reconocían como católicos, realizaron en muchos casos un uso marcadamente instrumental de tal identificación. En efecto, el catolicismo formaba parte de la ideología nacionalista junto a otros componentes que en ocasiones resultaban antagónicos con los principios cristianos. Los trabajos de Zanatta se suman a otros de alcance más limitado¹⁷ en la reconstrucción del universo ideológico del catolicismo nacionalista o integrista - caracterizados por el antiliberalismo, el anticomunismo, y la concepción organicista de la sociedad - y sus matices, tanto en lo referente a la presencia de corrientes diferenciadas al interior de la Iglesia cuanto a las posiciones distintivas de algunas de sus principales personalidades. El antisemitismo es considerado como un componente importante de estas ideologías aunque su tratamiento resulta sólo episódico, dado que no constituye el interés central de las investigaciones. Por otra parte, en estas obras no se consideran los grados y modos de difusión y efectividad social de la ideología del nacionalismo católico sobre la sociedad.

La incipiente tentativa de dar cuenta de este último problema ha sido emprendida por Luis Alberto Romero, que en dos artículos¹⁸ ha analizado sendas experiencias parroquiales, en las que las características ideológicas antes señaladas se encuentran presentes. Siendo este esfuerzo académico sumamente importante, se requiere la multiplicación de este tipo de estudios para dar cuenta del problema de la difusión de los tópicos del catolicismo integrista más allá de las élites.

16 Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del Peronismo. 1930 - 1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996 y *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943 - 1946*.

17 Fortunato Mallimaci, *El Catolicismo integral en la Argentina (1930 - 1946)*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1988

18 Luis Alberto Romero, "Nueva Pompeya, libros y catecismo" en Leandro Gutierrez y Luis A. Romero, *Sectores populares y vida urbana*", Buenos Aires, Sudamericana, 1995 y "Católicos en movimiento :

El modo en que el problema del antisemitismo es tratado en las historias y análisis sociológicos acerca de la inmigración y la colectividad judía argentina permite distinguir entre dos vertientes. Por un lado se encuentran los estudios en que el antisemitismo es tratado como un tema tangencial, sin proveer esquemas interpretativos que den cuenta de las causas del fenómeno, y sin que haya estado en la voluntad de los autores la tarea de desarrollar los imaginarios del antisemitismo¹⁹.

Por otro, ubicamos los escritos, de inspiración marxista en que la problemática es remitida al nivel de la lucha de clases. Ismael Viñas²⁰ sostiene que en las recurrentes crisis argentinas crecen el fascismo y el antisemitismo, apareciendo los judíos - mayoritariamente miembros de la burguesía y la pequeña burguesía a partir de la generación de los hijos de los primeros inmigrantes - como un "chivo emisario" a quien cargar las culpas en momentos en que las dificultades económicas crean una base social autoritaria entre la pequeña burguesía depauperada y los trabajadores desocupados. Por su parte Juan José Sebreli²¹ ha afirmado que lejos de existir antagonismo entre liberalismo y autoritarismo, fue la sociedad tradicional argentina, liberal pero no democrática, la que preparó el camino al autoritarismo. En consecuencia, el antisemitismo y el racismo no son ideas introducidas por el nacionalismo en la década de 1930, sino que hunde sus raíces en la organización capitalista misma del país. El antisemitismo aparecería entonces como parte constituyente de un racismo más general del que estaría impregnada la ideología liberal de derecha e izquierda. Sin embargo, los análisis de esta naturaleza presentan dos serios problemas: el de reducir las expresiones de racismo y antisemitismo al nivel de un subproducto de la lucha de clases, lo que implica una negación de su especificidad, y el de no tomar en cuenta la particular virulencia que el antisemitismo adquirió entre los nacionalistas, factor que no resulta

activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935 - 1946" en : *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Año VIII, N°14, Primer semestre de 1998.

19 Haim Avni, *Argentina y la historia de la inmigración judía (1810 - 1950)*, Buenos Aires, Magnes, 1983 ; Victor Mirelman, *En busca de una identidad. Los inmigrantes judíos en Buenos Aires (1890 - 1930)*, Buenos Aires, Milá, 1988 ; Boleslao Lewin, *Cómo fue la inmigración judía en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1983.

20 Ismael Viñas, "Los judíos y la sociedad argentina. Un análisis clasista retrospectivo", en: Leonardo Senkman (comp.), *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1989.

21 Juan José Sebreli, "La cuestión judía en la Argentina" en Juan José Sebreli (ed.), *La cuestión judía en la Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1973.

equiparable a las manifestaciones prejuiciosas provenientes de otras expresiones políticas y sociales.²²

En las investigaciones referidas específicamente al antisemitismo como doctrina, el objeto de estudios suele desplazarse hacia una historia de las influencias intelectuales de las cuales los antisemitas argentinos se nutrieron. Así, Nathan Lerner²³ repasó las sucesivas influencias de la derecha francesa, el fascismo, el falangismo y el nazismo sobre el nacionalismo argentino. Mientras las influencias francesa y alemana incluyeron el antisemitismo, sostiene este autor, el influjo fascista y falangista no incluyó en general este elemento. Sin embargo, si existieron fascistas como Lugones que combatieron explícitamente el odio a los judíos, existen muchos casos en los que la influencia fascista o falangista - como los de Carulla y Olmedo - incluyó el antisemitismo. El ejemplo de Lugones como fascista no antisemita también fue destacado por Metz²⁴. Carlos Waisman²⁵ llega a conclusiones similares a las de Lerner, mientras ambos estudios coinciden en señalar el carácter elitista de las ideologías nacionalistas de derecha, algunos de cuyos motivos se difundirán entre amplios segmentos de las clases trabajadoras y medias, a través de la mediación del peronismo. Por su parte, Sandra Mc Gee Deutsch²⁶ ha analizado la dimensión antisemita de la derecha argentina en el período de transición desde el liguismo hasta el año 1933. La autora recorre para ello los principales testimonios de la prensa nacionalista y católica del período, para concluir que el antisemitismo - que no estaba presente en todos los nacionalistas - aunque no configuraba el principal tópico de las doctrinas antisemitas,

22 Para una crítica del epifenomenalismo - noción que refiere a que los fenómenos superestructurales constituyen un mero reflejo de la base económica - y el reduccionismo de clase - postura según la cual las clases sociales son consideradas los únicos sujetos históricos relevantes, con lo que las ideologías y otros fenómenos superestructurales pertenecen a su área de influencia - presentes en buena parte de la tradición marxista ver: Chantal Mouffe, "Hegemony and Ideology in Gramsci" en Chantal Mouffe (ed.), *Gramsci and the Marxist Theory*, London, Routledge & Kegan, 1977. Un análisis de la tradición marxista de análisis del nacionalismo que se sustenta en la crítica a esas características se encuentra en: Ephraim Nimni, *Marxism and Nationalism. Theoretical origins of a political crisis*, London & Boulder, Pluto Press, 1991.

23 Nathan Lerner, "Las raíces ideológicas del antisemitismo en Argentina y el nacionalismo" en Leonardo Senkman (ed.), op.cit.

24 Allan Metz, *Leopoldo Lugones y los judíos. Las contradicciones del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Milá, 1992.

25 Carlos Waisman, "La ideología del nacionalismo de derecha en Argentina: el capitalismo, el socialismo y los judíos." L. Senkman (ed.), op.cit.

26 Sandra McGee Deutsch, "The Argentine right and the Jews, 1919 - 1933" en: *Journal of Latin American Studies*, N° 18, Cambridge, 1986.

constituía una parte orgánicamente inescindible de las mismas, y que, a la vez, el antisemitismo sirve como un indicador del grado de extremismo de la derecha.

Los estudios centrados en la dimensión antisemita del catolicismo argentino desarrollados por Graciela Ben Dror y José M. Ghio, aunque aportan importante información, no dan cuenta de las relaciones entre la Iglesia argentina y el Vaticano, además de presentar a las expresiones nacionalistas sencillamente como integrantes del universo católicos.²⁷

Con respecto a la difusión del antisemitismo entre los sectores populares, la existencia de tres encuestas realizadas en la década de 1960 proveen las fuentes de información más próximas a nuestro período de análisis, aunque excediendo su límite temporal.²⁸

En el principal trabajo existente sobre la política argentina hacia los refugiados durante el período en que el nazismo detentó el poder en Alemania²⁹, Leonardo Senkman sostiene que la actitud de prevención hacia los refugiados judíos se debió a la existencia de un arraigado prejuicio étnico - cultural entre la élite conservadora, tanto en ala liberal cuanto en la nacionalista. El autor sostiene que no resulta posible explicar el rechazo a los refugiados sólo tomando en cuenta las actitudes de los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores encargados del tema, ya que las prevenciones contra los judíos estaban presentes en la sociedad civil, que difundió una hostilidad étnica compartida a diferentes niveles de la cultura política del país. Este autor realizó

27 Graciela Ben Dror, "La conferencia de Evián: el periodismo católico argentino y la conformación de la opinión pública" en: *Judaica Latinoamericana II*, Jerusalén, 1993; "The Catholic Church in Argentina and the confirmed reports of the extermination of european jews" en: *Yad Vashem Studies*, XXV 1996. José María Ghio, "La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo" en: Beatriz Gurevich y Carlos Escudé, *El Genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Buenos Aires, U. Di Tella - GEL, 1994. El caso de Rosario fue estudiado en: María Pía Martín, "Anti -imperialismo y cuestión judía en el nacionalismo católico rosarino" (1920 - 1930) en: *Anuario de la Escuela de Historia*, Universidad Nacional de Rosario, N°17, 1995-96.

28 La investigación dirigida por Gino Germani en 1962 concluye que en las clases media y alta el prejuicio es menor que en las clases populares, pero mientras en el primer grupo se trataba de una actitud ideológica precisa y elaborada, en el segundo predominaba el antisemitismo tradicional. En 1964 la investigación guiada por Enrique Pichón Riviére concluía, en cambio, que la ausencia de hostilidad manifiesta hacia los judíos se veía acompañada por conductas potencialmente racistas o antisemitas, mucho más marcadas entre militares que entre civiles. Por último la encuesta desarrollada por Joaquín Fisherman en 1967 llega a conclusiones radicalmente opuestas a las de Germani, particularmente en la aseveración de que la proporción de antisemitas aumenta a medida que se asciende en el nivel socioeconómico y educacional. Enrique Pichón Riviére, " Los prejuicios raciales en Argentina"; Gino Germani, "Antisemitismo ideológico y antisemitismo tradicional"; Joaquín Fisherman, "Etnocentrismo y antisemitismo" en J.J. Sebrelli (comp.), op. cit.

29 Leonardo Senkman, *Argentina, la segunda guerra mundial y los refugiados indeseables. 1933 - 1945*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.

también importantes aportes en relación al antisemitismo durante el régimen militar instaurado el 4 de junio de 1943, que se suman a un trabajo al respecto de Graciela Ben Dror. Sin embargo, es posible completar estos estudios en función de la nueva evidencia empírica disponible.³⁰

Podemos concluir, en base a los textos reseñados, que existen algunas áreas de nuestro interés ya cubiertas por investigaciones preexistentes. Las más satisfactoriamente resueltas resultan ser las ligadas al problema de los refugiados judíos perseguidos por el nazismo, las relativas al pensamiento antiliberal de las jerarquías eclesiásticas y los intelectuales católicos en la década de 1930, las atinentes al universo nacionalista en aquella misma década y los primeros años de la de 1940.

Sin embargo este conjunto de estudios no ha cubierto una serie de áreas. La Semana Trágica de 1919 no ha sido estudiada hasta ahora como parte integral de la historia de la derecha argentina, mientras la década de 1920 no ha recibido, para los aspectos de nuestro interés, un tratamiento satisfactorio. La imagen predominante es la de la existencia de una relativa calma en los años transcurridos entre la Semana Trágica y fines de los años '20, cuando la aparición de órganos como *Criterio* o *La Nueva República* darían cuenta del comienzo del fin de un consenso liberal hasta el momento poco cuestionado, representación de la época que no considera una importante serie de indicios que demuestran el avance de las perspectivas antiliberales.

Por su parte, son escasos los textos en que se supere la tendencia de la tradicional historia de las ideas a dar su tarea por concluida al filiar los movimientos y pensadores nacionalistas locales en sus fuentes europeas, no queda claro el lugar específico que el antisemitismo ocupó en los discursos y prácticas del nacionalismo argentino, no se distinguen con claridad las distintas representaciones negativas del judío operantes. Por otro lado, no existen estudios que tengan en cuenta la dimensión de la difusión y circulación de los discursos nacionalistas - antisemitas por fuera de estos grupos ideológicos o políticos. Tampoco ha sido estudiado la circulación y recepción

30 Leonardo Senkman, "El 4 de junio de 1943 y los judíos", *Todo es Historia*, N° 193, junio de 1983., "Identidades colectivas de los colonos judíos en el campo y la ciudad entrerrianos" en Hellen B. Soriano (comp.), *Encuentro y alteridad. Vida y cultura judía en América Latina*, Mexico, FCE/ UNAM/ Universidad Hebrea de Jerusalén / Asociación mexicana de amigos de la Universidad de Tel Aviv, 2000, y "The response of the first peronist government to anti - semitic discourse, 1946 - 1954: a necessary reassessment", *Judaica Latinoamericana III*, Jerusalén, 1997. Graciela Ben Dror, "La revolución militar, la Argentina Católica y los judíos, 1943 - 1945", en *Judaica Latinoamericana III*, Jerusalén, 1997.

de la literatura antisemita en la Argentina de la década de 1930, las prácticas específicamente antisemitas desarrolladas por los grupos nacionalistas, ni la recepción por parte del nacionalismo argentino de las informaciones acerca del Holocausto, mientras las manifestaciones de antisemitismo en ámbitos estatales en la década de 1930 no han sido sistemáticamente estudiadas.

Objetivos y metodología

Nos proponemos desarrollar una exploración sistemática acerca de la construcción de la imagen del enemigo por parte del campo nacionalista argentino entre los años 1919 y 1945. Nuestro análisis de la problemática se centrará en el estudio de la construcción de las representaciones sobre los judíos que realizaron los diversos grupos nacionalistas del período. Para tornar inteligible tal sistema de representaciones, deberemos tomar en cuenta dos conjuntos contextuales : por un lado, los modos en que las imágenes de diversos grupos considerados *otros*, adversarios o enemigos se constituyeron en cada etapa ; por otro, las características de la evolución política argentina e internacional en el período considerado. Es nuestra intención poder dar cuenta del modo en que, desde los diversos grupos nacionalistas, la constitución de las imágenes de sus enemigos contribuyó a conformar sus identidades políticas y culturales. Para ello es preciso emplear los recursos provenientes tanto de la historia política cuanto de la historia cultural de las representaciones. Sobre esta última, seguimos la afirmación de Chartier en el sentido de que al trabajar sobre las luchas de representación la historia cultural “regresa sobre lo social ya que fija su atención sobre las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que construyen, para cada clase, grupo o medio un ser percibido constitutivo de su identidad”³¹.

El desarrollo de todo movimiento nacionalista supone un *nosotros*, una "comunidad imaginada" cuya membrecía es, por definición, limitada. Por consiguiente, el discurso nacionalista - independientemente de su carácter democrático o autoritario, etnocéntrico o policéntrico, pacífico o agresivo - configura un *otro* constituido por los ajenos a la comunidad de los pares, ya que a su base opera la ilusión de la

homogeneidad. Tales *otros* pueden ocupar distintas posiciones en función de su caracterización positiva o negativa, que determinará su consideración como amigos o aliados en el primer caso o como adversarios, enemigos u opresores en el segundo.³²

Si bien el amplio caudal de estudios referido a la problemática de las naciones y el nacionalismo presenta como principal dificultad la ausencia de acuerdos teóricos, aún sobre los conceptos más básicos y más frecuentemente empleados, en los últimos años es posible percibir el surgimiento de ciertos precarios consensos que permiten delimitar con alguna nitidez los límites del campo. Entre ellos consideramos como fundamental aquel que Anthony Smith ha denominado “consenso antigenealógico”, que enfatiza la modernidad y el carácter construido, inventado de la nación.³³ La nación es una “comunidad imaginada”³⁴, “una realidad fenomenológica (...) que pertenece al mundo de las representaciones”³⁵, un producto específicamente moderno y sociológicamente necesario en su forma, pero cuyo contenido es creado por un nacionalismo que considera a su misión como restauradora³⁶, una novedad histórica en la que se destaca “el elemento de artefacto, invención e ingeniería social”³⁷. Junto a este consenso, la consideración del rol de los intelectuales en la formación de ideologías y movimientos nacionalistas es ampliamente compartida. Los materiales con que los intelectuales organizan esta “imaginación nacionalista” son variados. Max Weber, tras descartar la existencia de un origen unívoco para los sentimientos denominados “nacionales”, ha señalado que pueden ser nutridos por diversas fuentes - articulación política y social y estructura interna del poder con su influencia sobre las costumbres, recuerdos políticos comunes, confesión religiosa, comunidad de lenguaje, *habitus* “racialmente” condicionado - transformándose el lazo mentado por los actores, cualquiera sea su naturaleza, en el cimiento de la unión política.³⁸

31 Roger Chartier, *El Mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, p.57.

32 Carlos H. Waisman, "The dynamics of national identity frames: The case of Argentina in the Twentieth century" in: Luis Roniger and Mario Sznajder (eds.) *Constructing collective identities and shaping public spheres*, Sussex Academic Press, 1998.

33 Anthony Smith, “Nationalism and the historians” in: *International Journal of comparative Sociology*, XXXIII, 1-2, 1992, p. 59.

34 Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, F.C.E., 1993.

35 Alfonso Pérez Agote, “Hacia una concepción sociológica de la nación” en: A. Perez Agote, (Ed.), *Sociología del Nacionalismo*, Vitoria, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1989, p.187

36 Ernst Gellner, *Naciones y nacionalismo*, México, Alianza, 1991, pp. 19 - 20.

37 Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1995, p.18.

38 Max Weber, *Economía y Sociedad*, México, F.C.E., 1987, pp. 678 - 682.

Este conjunto de reflexiones obliga a estudiar a los movimientos nacionalistas de la primera mitad del siglo XX no sólo como una expresión de la derecha política surgida a fines del siglo XIX en Europa, sino también en su función de productores de relatos sobre la nación y sus límites, que compiten con los originados por otros grupos por la conformación de una hegemonía en la constitución de un imaginario colectivo.

Definir este campo nacionalista no resulta sencillo, no sólo por las dificultades derivadas de la existencia de historias nacionalistas y antinacionalistas del nacionalismo, sino por las limitaciones de los intentos de definir el campo sólo a través de la autoadscripción.³⁹ En este último caso, como ejemplo, no existirían razones para incluir en el conjunto al pensamiento católico integrista, que en muchos casos no se reconoce como nacionalista, pese a que la pertenencia a una misma familia ideológica resulta muy notable para el analista.

Los intentos en el sentido de definir el campo a través de las variables puramente ideológicas, por su lado, han presentado como dificultad la constatación de la dificultad de encontrar denominadores comunes presentes en todos los grupos.

Para escapar a estas limitaciones, Taguieff ha propuesto definir al nacionalismo francés con origen en las últimas décadas del siglo XIX a partir de un gesto constitutivo compartido : la denuncia de un complot. El autor francés se preguntaba al respecto :

“¿Por qué no definir el nacionalismo 'fin de siglo' a partir de su gesto constitutivo, fuertemente tematizado, de *denuncia de un complot* dirigido a dominar y explotar el cuerpo nacional ?. Un complot organizado por extranjeros del interior ... He aquí de nuevo, vuelto hacia el interior, el tema de la *cruzada*, cruzada para la reconquista del poder real tanto como la del país legal.”⁴⁰

Consideramos que el nacionalismo argentino de la primer mitad del siglo XX puede también definirse en tales términos. Definir el nacionalismo argentino puramente a través de sus rasgos ideológicos resulta casi imposible, dada la diversidad de rasgos de esa naturaleza que separaron a los distintos grupos. Intentar hacerlo mediante criterios de autoadscripción resulta poco fructífero, ya que dejaría fuera del conjunto a aquellos grupos o personas que describían su propia posición como tradicionalista o católica y no por la pertenencia al campo nacionalista. Todos ellos comparten, en cambio, los gestos señalados por Taguieff: la denuncia de un complot y el llamado a una cruzada para la reconquista del país.

39 Pierre André Taguieff, "El nacionalismo de los 'nacionalistas'. Un problema para la historia de las ideas políticas en Francia" en : Gil Delannoi - Pierre André Taguieff (comps.), *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993, p.p. 63 - 66.

En base a esta consideración, la construcción de las imágenes del enemigo, y en particular la presencia del antisemitismo, adquiere preminencia en la economía del discurso nacionalista, debido a su articulación con la teoría del complot. En efecto, una vez que un grupo resulta estigmatizado como enemigo, entre los atributos negativos que se le adjudican se encuentra el de no poder actuar sino de manera artera y conspirativa, con lo que cualquiera sean sus prácticas, serán identificadas necesariamente como parte de una conjura. Asimismo, la idea de decadencia se relacionará inescindiblemente con estos factores, ya que el declive de la nación será explicado a través de diversas formas de conjura desarrolladas desde la oscuridad por los enemigos.

Definido de esta manera, el campo nacionalista abarcará no sólo a las organizaciones que reclamaban tal pertenencia, sino también a una parte considerable del catolicismo argentino. Es preciso, sin embargo, realizar al respecto dos precisiones conceptuales:

a - Forma parte de un extendido consenso entre los historiadores el señalamiento de la existencia de dos corrientes fundamentales entre los nacionalistas de la década de 1930. Una de estas corrientes ha sido caracterizada como popular o populista.⁴¹ Conformada básicamente por los jóvenes radicales de FORJA, se caracterizó por su apelación a la soberanía popular como fundamento del sistema político, su crítica al imperialismo y su defensa del nacionalismo económico. La otra fracción nacionalista, de índole básicamente antidemocrática y corporativista - ampliamente predominante en la década - ha sido caracterizada como “nostálgica y tradicionalista”, “de derecha”, “integralista” o “restauradora”.⁴² Sin embargo, los conceptos de tradicionalismo o restauración limitan la definición de esta fracción nacionalista a un antimodernismo, que si bien tuvo representantes al interior de la corriente, no agota todos los matices presentes en esta. Por su lado, el uso de la noción de “integralismo” ha sido criticado por su difícil adaptación al caso argentino y debido a

40 Idem, p.156

41 Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927 - 1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, 111 - 113 y 258 - 274; María Inés Barbero y Fernando Devoto, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL, 1983, cap. IV, Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968, pp. 15 - 16 y 138 - 145.

42 Cristián Buchrucker, op. cit., p.112, Alberto Spektorowski, “Argentina 1930 - 1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera” en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol.2, N°1, 1990 y Alberto Spektorowski, “La imagen del judío en las corrientes integralistas y populistas del nacionalismo argentino: M. Gálvez, R. Doll, y L. Dellepiane”, *Judaica Latinoamericana II*, Jerusalén, Magnes, 1992.

la ausencia de todo uso autoreferencial del concepto.⁴³ Por causa de tales limitaciones, en este trabajo reservaremos la definición de “nacionalismo” o “nacionalismo argentino” para referiremos a este sector.

Por el contrario, en esta tesis no haremos referencia alguna al nacionalismo populista. Ello se debe a que - como ha sido señalado acertadamente por Spektorowski - en las escasas referencias del nacionalismo populista a la “cuestión judía” no se adoptaron posiciones antisemitas. Si es posible en cambio, señalar en este caso la consideración del judío como un “otro”, difícilmente compatible con las concepciones de sociedad no pluralistas predominantes en FORJA, tal perspectiva no resultó distinta a las expuestas por buena parte del pensamiento liberal y socialista de la Argentina.⁴⁴

b - A los fines analíticos, en este trabajo trataremos de manera separada a católicos y nacionalistas, ya que el denominador común de la denuncia del complot y el llamado a la cruzada no implica la oclusión de las peculiaridades de cada grupo. Consideraremos como católicos en sentido estricto a aquellas personalidades, instituciones y publicaciones directamente relacionadas con la Iglesia y subordinadas a la autoridad de la institución eclesiástica. Por el contrario, llamaremos nacionalistas a aquellas expresiones que no guardaban relación orgánica con las instituciones eclesiásticas, aunque mantuvieran diferentes relaciones con personalidades y grupos católicos. Existiendo muchos casos en que los mismos sujetos participaban de ambas instancias, asumiéndose como nacionalistas o como católicos de acuerdo al contexto, la diferencia señalada resulta sumamente esquemática, aunque resulta imprescindible sostenerla a los fines de evitar la confusión conceptual y salvaguardar la autonomía de unos planos de análisis que se deben mantener separados.

En efecto, pese a que resulta evidente la importante participación de sacerdotes como Meinvielle o Filippo en los ámbitos nacionalistas, o que era frecuente la colaboración de militantes nacionalistas en medios católicos, o que aún en los boletines parroquiales se reproducían en ocasiones materiales provenientes de la prensa del nacionalismo, el criterio de clasificación aquí adoptado para adscribir a personas o publicaciones al mundo del catolicismo reside en la existencia de vínculos orgánicos de dependencia respecto a la jerarquía eclesiástico. Tales vínculos, que se materializan en el caso de las publicaciones en la presencia del *imprimátur* eclesiástico, suponen el

43 Cristián Buchrucker, op. cit., pp.112 y 113.

acuerdo - o al menos la falta de desacuerdo - de las autoridades de la Iglesia Católica respecto a las posiciones expresadas o las prácticas desarrolladas por alguna persona o entidad, lo que permite que sean consideradas como una voz autorizada de la misma, implicando ello una diferencia radical en relación a las expresiones que no gozaban de tal respaldo.

La distinción entre católicos y nacionalistas responde entonces a tal criterio y no al determinado por las opciones ideológicas de cada grupo considerado. Con ello, la distinción entre ambos no inhibe la posibilidad de considerar la existencia de organizaciones y personas nacionalistas católicas o de grupos católicos que abrazaron el nacionalismo.

Si deberemos considerar el tránsito desde los estereotipos negativos sobre los judíos - como los de la inadaptabilidad y la usura - hasta la conformación de una teoría del complot - en sus versiones de conjura anticristiana, comunista o capitalista, o en la perspectiva del plan de dominación universal que engloba a las anteriores - la tarea requerirá la consideración de las influencias y resignificaciones de los materiales culturales con que se conformaron tales representaciones, las distintas expresiones en que estos tomaron forma, la ponderación de su importancia para los distintos grupos definidos como nacionalistas, las transformaciones que acarrearón los cambios políticos nacionales e internacionales - con especial énfasis en la emergencia de los fascismos, el nazismo, los regímenes católico - autoritarios europeos, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto - y las vías y grados de difusión e influencia que las representaciones en cuestión alcanzaron por fuera de los grupos nacionalistas.

Aunque el antisemitismo ha sido considerado como expresión de la adjudicación de una “otredad” reiterada a lo largo de la historia de Occidente, la investigación tenderá a mostrar las peculiaridades de sus usos políticos y culturales en el caso argentino.

Uno de nuestros supuestos metodológicos es que el antisemitismo nos informa más sobre los antisemitas y la cultura que los engendra que sobre las características de los judíos. Tal como sostiene Goldhagen :

“La existencia del antisemitismo y el contenido de las acusaciones antisemíticas contra los judíos deben entenderse como una expresión de la cultura no judía, y *no* son fundamentalmente una

respuesta a cualquier evaluación objetiva de la acción judía, aún cuando las características reales de los judíos y los aspectos de los conflictos realistas lleguen a incorporarse a la letanía antisemítica.⁴⁵

Por ello, nuestro estudio, aunque incorporará ciertos aspectos de la historia de los judíos de Argentina, no se detendrá centralmente en ella. Las explicaciones que encuentran en las conductas de individuos israelitas la causa del antisemitismo no pueden dar cuenta de las causas que llevan a resaltar en las denuncias la pertenencia al colectivo definido como judío por sobre cualquier otra determinación. Con ello, aquello que pretende ser explicado se incorpora a la explicación, naturalizando de esta manera los argumentos que deben ser explicados. Ello no implica, sin embargo, que el antisemitismo no se haya empleado como arma para intentar dirimir conflictos reales - como los derivados de la competencia profesional o comercial - pero tal constatación nada nos explica sobre las causas que provocan que los argumentos empleados resultaran de aquella índole.

La experiencia judía de la primera mitad del siglo XX en Argentina resultó tan variada como la del resto de la población. Los judíos se desempeñaron en las más variadas actividades profesionales, comerciales e industriales. Hubieron judíos entre los patrones y entre los obreros, existieron judíos comunistas, anarquistas, socialistas, radicales, liberales y conservadores; no faltaron los sindicalistas judíos ni los poderosos empresarios israelitas, hubieron judíos practicantes de la religión, laicos y ateos; algunos hablaban en yidisch y otros no; existieron judíos sionistas, no sionistas y antisionistas; algunos participaban de las instituciones comunitarias israelitas o de organizaciones políticas específicamente judías como el *Bund* o *Poalei Zión*, otros no mantenían contacto alguno con estas instituciones; para algunos el judaísmo resultó determinante en la construcción de su identidad, para otros la condición judía no resultaba en absoluto significativa. Hasta en los círculos culturales católicos encontramos casos de judíos conversos - como Julio Fingerit - aceptados por el pensamiento cristiano como católicos aunque rechazados por los racistas debido a su imborrable estigma.

45 Daniel Jonah Goldhagen, *Los Verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 1997, p.65. La coincidencia con este postulado metodológico no implica la aceptación del conjunto de las posiciones de Goldhagen. Para el debate en torno a *Los Verdugos Voluntarios de Hitler*, cf. Federico Finchelstein (ed.), *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

En cambio, si resultan contados los casos de judíos en el seno de la élite social, la presencia judía en las Fuerzas Armadas y de seguridad resultó - en particular desde la década de 1930 - insignificante, en buena medida por motivos relacionados a la ideología imperante en ambas instituciones.

Una tan amplia variedad de experiencias vitales provoca una enorme dificultad al momento de definir la condición judía, ya que los criterios religiosos, identitarios, culturales, nacionales o autoadscriptivos tropiezan invariablemente con numerosas excepciones que los invalidan. En cambio, el antisemitismo no encuentra dificultad alguna al respecto, ya que sus afirmaciones resultan siempre imposibles de ser contrastadas y, una vez establecido el criterio de definición, no duda en atribuir al conjunto de los israelitas unas conductas colectivas homogéneas y siempre solidarias, cuando no concertadas conspirativamente. En este sentido se puede afirmar - empleando libremente la conocida afirmación de Sartre - que si el antisemitismo no constituye a cada individuo judío, construye en cambio un colectivo judío sobre el cual poder desplegar su odio.⁴⁶

Definimos al antisemitismo como una actitud de individuos, instituciones o estados cuyo contenido consiste en la hostilidad hacia los judíos. Para el estudio del antisemitismo se debe distinguir, tal como ha señalado Avni, entre las tres formas básicas en que se puede manifestar, de acuerdo a las características de sus portadores:

a - *Antisemitismo popular*: es el difuso antagonismo existente en el público en general, basado en un conjunto tradicional de estereotipos e imágenes negativas de los judíos.

b - *Antisemitismo institucional*: es el de organizaciones que sacan a luz sentimientos antisemitas latentes y a menudo informes y los galvanizan en la acción. Para considerar su representatividad se deben considerar las dimensiones e influencia de la organización en cuestión - partidos políticos, periódicos, instituciones religiosas - así como la centralidad del antisemitismo en sus plataformas y actividades.

c - *Antisemitismo oficial o estatal*: es la asunción por un Estado del antisemitismo como política oficial. El antisemitismo oficial controla los recursos del

46 Ver: Jean Paul Sartre, *Reflexiones sobre la Cuestión Judía*, Buenos Aires, Sur, 1964

Estado, pudiendo extender su influencia más allá de sus propias fronteras a través de su Servicio Exterior.⁴⁷

A la vez, en el nivel individual es preciso distinguir entre las dos formas que puede adquirir el antisemitismo: la *tradicional* consistente en la aceptación pasiva de difundidos estereotipos sobre los judíos y la *ideológica*, que adquiere una forma mucho más precisa y elaborada.⁴⁸ Sin embargo, a estas categorías analíticas sustentadas por Gino Germani se debe agregar una tercera, capaz de dar cuenta de aquellas formaciones discursivas - centrales para la comprensión de la historia del antisemitismo - que excediendo el ámbito de los estereotipos tradicionales, no alcanzan el grado de elaboración que permitan caracterizarlas a través del concepto de ideología. Nos referimos a la mitología sobre la conspiración judía mundial que - aunque en ocasiones se articuló en el seno de cosmovisiones más articuladas - se empleó en innumerables oportunidades como una herramienta de agitación y propaganda, atendiendo más a sus posibilidades como mito movilizador que a la coherencia interna de sus enunciados. En esta tesis reservaremos para estas manifestaciones el concepto de *antisemitismo conspirativo*.

Por último, es necesario señalar la diferencia entre el milenarismo antijudaísmo católico - incorporado a la teología y los rituales religiosos y en cuya base se encuentra la acusación de deicidio - del antisemitismo moderno de características políticas, que se desarrolló desde fines del siglo XIX. De hecho, el término "antisemitismo" es relativamente novedoso, y resulta habitualmente atribuido a Whilhem Marr, quien acuñó el concepto en 1879 para describir las manifestaciones contemporáneas de animadversión hacia los judíos, en contraste con la tradicional hostilidad cristiana al judaísmo.⁴⁹ Si ambas tradiciones presentan características diferenciales, en no pocas ocasiones resulta imposible establecer - en el seno de discursos o instituciones - los límites que las separan. Existen relaciones de continuidad entre ambas tradiciones y de manera indudable la Iglesia Católica contribuyó a configurar la cultura política que tornó posible la emergencia del antisemitismo moderno.

47 Haim Avni, "Antisemitismo en Argentina: las dimensiones del peligro" en: Leonardo Senkman y Mario Snajder (eds.), *El legado del autoritarismo: Derechos Humanos y antisemitismo en la Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, Universidad Hebrea de Jerusalén / G.E.L., 1995, p.197.

48 Gino Germani, *op. cit.*, p.187.

49 Shmuel Almog, *Nationalism & Antisemitism in Modern Europe. 1815-1945*, Oxford, Pergamon Press, 1990, pp. 1 - 2.

Este trabajo se articula en torno a una hipótesis central: el antisemitismo fue ganando en importancia desde principios del siglo XX hasta convertirse en un aspecto inescindible de las ideologías y las prácticas nacionalistas desde la década de 1930. Esta afirmación se desprende del siguiente sistema de hipótesis particulares:

a - El antisemitismo no resultó un factor central para el nacionalismo cultural de la época del Centenario. Si los judíos eran considerados “otros” por Ricardo Rojas, su proyecto residía en integrarlos a la nación argentina desde una matriz que, aunque liberal, no aceptaba el pluralismo cultural. Aunque en el caso de Gálvez existe en cambio una marcada xenofobia, los judíos no constituyen en su obra temprana una preocupación central.

b - Los voceros de la Iglesia Católica introdujeron en la Argentina las concepciones conspirativas sobre los judíos desde fines del siglo XIX. Se trataba, sin embargo, de un momento histórico en el que la influencia política y cultural del catolicismo era sumamente restringida, por lo que esta prédica no alcanzó una efectividad social muy relevante. Es posible constatar también en el período la presencia de concepciones de tipo conspirativo en el campo liberal, aunque de modo muy esporádico.

c - La Semana Trágica de 1919 no fue el resultado de un intento revolucionario, sino de una situación de *Gran Terror* de las clases dominantes argentinas. En su seno, la explicación de las persecuciones a los judíos debe complementar las que hasta ahora se formularon para dar cuenta de la centralidad de las creencias conspirativas que circulaban en Argentina y el mundo en 1919.

d - A lo largo de toda la década de 1920 se manifestaron signos que daban cuenta del lento resquebrajamiento del sistema de creencias liberales. Se destacan entre ellos las críticas a la democracia política y el sufragio universal, un incremento de las prevenciones étnicas contra los judíos y una recurrente denuncia por parte de voceros eclesiásticos oficiales acerca del supuesto “complot judeocomunista”

e - Desde fines de la década de 1920 el antisemitismo ocuparía un lugar importante - aunque no central - en la retórica nacionalista y católica. Desde 1932, con el fracaso del proyecto de Uriburu, se convertiría en un componente central de la ideología nacionalista y adquiriría una creciente importancia para el catolicismo

argentino. La imagen multiforme del “judío imaginario” brindó a estos grupos un espejo en que, invertida, se recortaba con claridad los límites de su “comunidad imaginada”. Ambos grupos difundirían sus prejuicios contra los judíos a través de sus publicaciones, la diseminación de literatura antisemita y otras formas, mientras en particular los grupos nacionalistas desarrollarían a lo largo de la década de 1930 y comienzos de la de 1940 prácticas de violencia e intimidación contra los judíos. Sin embargo, la menos radical prédica antisemita del catolicismo tendría una mayor eficacia que la más encendida de los nacionalistas, dado el crecimiento institucional y el aumento de la influencia social del catolicismo desde la década de 1930, que permitiría una penetración capilar de sus creencias, que contaban además con un respaldo institucional del que no gozaban los nacionalistas.

f - El antisemitismo inspiró las prácticas de algunas instituciones estatales. Tal es el caso de la policía en la década de 1930 y de importantes funcionarios del gobierno central y de administraciones provinciales en el período 1943 - 1945.

g - A diferencia de otros países latinoamericanos, en Argentina existió una importante y persistente “cuestión judía” La misma no se derivó de la importante presencia de la comunidad israelita en el país sino de la perdurabilidad del antisemitismo argentino.

Fuentes

Residiendo nuestro interés fundamental en el discurso público antisemita, ya que es éste el que configura las imágenes del judío como enemigo e intenta lograr con ello una hegemonía en la lucha de las representaciones, las principales fuentes que hemos transitado son las destinadas a la circulación en la esfera pública: periódicos nacionalistas y católicos, boletines informativos, literatura antisemita. Junto a ellos hemos consultado fuentes originalmente destinadas a ámbitos más reducidos - como Boletines Parroquiales u hojas mimeografiadas de núcleos estudiantiles nacionalistas - o cuya finalidad era dejar constancia de la vida institucional, como cuadernos de actas de organizaciones católicas. No tuvimos en cambio la posibilidad de analizar documentos internos de las organizaciones nacionalistas, aunque hemos empleado en cambio, algunos informes policiales sobre sus actividades.

Relevamos también los materiales en los que se denunciaba el accionar nacionalista: periódicos de la comunidad judía, de partidos de izquierda y de organizaciones antifascistas. Tuvimos también la posibilidad de analizar documentación interna, correspondencia y boletines de la Organización Popular Contra el Antisemitismo y el Comité contra el racismo y el antisemitismo de la Argentina. Los archivos de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas de las épocas anteriores a 1945, en cambio, se han extraviado - probablemente como consecuencia del atentado que en 1994 demolió el edificio en el que funcionaba la institución y mató a ochenta y seis personas - aunque las personas a las que hemos consultado al respecto no saben cual fue el destino de esa documentación. Hemos podido seguir parcialmente las gestiones de la DAIA a través de las informaciones al respecto publicadas en el semanario *Mundo Israelita*, que fungió durante un prolongado período como su vocero oficioso.

En relación a las fuentes oficiales, hemos consultado en el Archivo General de la Nación los fondos del Ministerio del Interior, varias Series Históricas y los fondos de los presidentes Justo y Uriburu. Mientras en los primeros hallamos aislados pero importantes documentos, la búsqueda en el fondo Uriburu resultó infructuosa.

Si bien hemos podido consultar fuentes policiales editas, nuestro pedido de autorización para consultar el Archivo Policial jamás fue respondida.

A lo largo de la investigación hemos consultado materiales en los siguientes archivos, hemerotecas y bibliotecas: Archivo General de la Nación, Hemeroteca del Archivo Intermedio de la Provincia de Santa Fe, Archivo Histórico de la Provincia de Entre Ríos, Archivo y Hemeroteca del Instituto Científico Judío (IWO) de Buenos Aires, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Biblioteca del Congreso de la República Argentina, Hemeroteca de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, Bibliotecas de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la UBA, Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la U.N.L.P., Biblioteca del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani (F.F.y L.-UBA), Biblioteca Obrera Juan B. Justo, Archivo y Hemeroteca del Centro de Documentación e Investigación sobre la Cultura de Izquierda en la Argentina (CEDINCI), Biblioteca y Archivo del Centro de Documentación e Investigación sobre judaísmo argentino Mark Turkow (AMIA), Archivo del Centro de Estudios Sociales -

DAIA, Archivo de la Federación de Círculos de Obreros, Hemeroteca del Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, Archivo del semanario *Mundo Israelita*, Archivo de la revista *Criterio*, Biblioteca Romay del Centro de Estudios Históricos de la Policía Federal, Archivo del Convento de los padres Mercedarios, Archivo de la Parroquia de todos los Santos y Animas, Archivo de la Casa Inspectorial de Don Bosco.

Estructura de la tesis

Este trabajo se divide en dos grandes partes. En la primera, “El período formativo de la imagen del enemigo” damos cuenta del modo en que - entre comienzos de siglo y el año 1932 - se fueron conformando las sucesivas representaciones del enemigo del campo nacionalista, así como de las prácticas sociales en ellas inspiradas, en particular durante la Semana Trágica de 1919. Si la consideración del antisemitismo constituye el eje central de esta parte, no por ello dejamos de lado las otras imágenes del enemigo contruídas en el período por el campo nacionalista. La segunda parte, “El auge del nacionalismo y el antisemitismo, 1932 - 1945” está mucho más centrada en el problema del antisemitismo, mientras las otras imágenes del enemigo son consideradas sólo en su faz contextual. Ello se debe a dos motivos. El primero resulta de haber sido este período objeto de numerosos estudios en los que se analizó de modo satisfactorio la ideología de nacionalistas y católicos, lo que nos permitió concentrarnos de modo mucho más específico en el caso del antisemitismo, que - a diferencia de las décadas anteriores - en esta etapa se convertiría en un aspecto central de la ideología y las prácticas nacionalistas.

La primera parte se compone de cinco capítulos. En el primero estudiamos el nacionalismo del Centenario como un antecedente imprescindible para comprender la evolución del nacionalismo y permitir un contraste entre las características ideológicas del nacionalismo cultural y de las múltiples expresiones nacionalistas que encontrarían su momento de mayor auge en las décadas de 1930 y 1940. El segundo capítulo está dedicado a analizar el origen del mito de la conspiración judía en la Argentina, a través de la consideración de las distintas expresiones que contribuyeron a generar tal representación. En el tercer capítulo proponemos una reconsideración de la Semana Trágica, a la que analizamos como el resultado de la implantación de un *Gran Terror*.

Para ello debimos considerar las diversas interpretaciones del conjunto de los sucesos de enero de 1919, lo que nos obligó a incluir en nuestro análisis a la historia social del movimiento obrero del período. El cuarto capítulo está dedicado a considerar las distintas manifestaciones políticas y culturales que en la década de 1920 demuestran el debilitamiento del consenso liberal, incluyendo el análisis de las diversas expresiones antisemitas del período. Finalmente, el capítulo cinco está dedicado al análisis de dos importantes voceros antiliberales y antisemitas surgidos a fines de la década de 1920, *La Nueva República* y *Criterio*, en los que las ideologías nacionalistas alcanzarían una primer cristalización.

La segunda parte se compone de siete capítulos. En el capítulo seis consideramos la importancia del antisemitismo en las organizaciones nacionalistas y las prácticas de violencia e intimidación contra los judíos desarrolladas por esos grupos; en el séptimo analizamos el modo en que la “cuestión judía” fue considerada por las distintas expresiones del pensamiento católico del período y en el octavo damos cuenta de las manifestaciones de antisemitismo en la sociedad civil y el Estado, intentando con ello ponderar la eficacia social del discurso antisemita.

El capítulo nueve está dedicado al estudio de la circulación y recepción de la literatura antisemita en la Argentina, a través del análisis del caso de los *Protocolos de los Sabios de Sión* y uno de sus textos epigonales: *El Kahal - Oro* de Hugo Wast. En el capítulo diez estudiamos la recepción del Holocausto por parte de los nacionalistas y católicos argentinos, entendiendo que estas reacciones permiten dar cuenta de la dimensión y características del antisemitismo de estos sectores, dado el carácter de experiencia límite de la *Shoa*.

En el capítulo once exploramos las características del antisemitismo estatal desarrollado por importantes funcionarios durante el régimen militar iniciado el 4 de junio de 1943, mientras el último capítulo está dedicado a una reflexión sobre las causas de la “cuestión judía” que se instaló en la Argentina desde la década de 1930.

**PRIMERA
PARTE**

**EL PERIODO FORMATIVO DE LA IMAGEN DEL
ENEMIGO**

I

**EL NACIONALISMO ARGENTINO EN LA EPOCA DEL
CENTENARIO: RICARDO ROJAS, MANUEL GALVEZ Y
EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD NACIONAL**

Cuidemos, sin embargo, de que nuestro afán moralizante no se convierta en fanatismo dogmático y nuestro nacionalismo en regresión a la bota de potro, hostilidad a lo extranjero o simple patriotería litúrgica.

Ricardo Rojas. *La Restauración Nacionalista* (1909)

El nacionalismo combate todas las causas de desnacionalización, todas las ideas, todas las instituciones y todos los hábitos que pueden, de algún modo, contribuir a la supresión de un átomo de nuestro carácter argentino

Manuel Gálvez, *El Diario de Gabriel Quiroga* (1910)

En este capítulo expondremos - a manera de una introducción al período en el que concentraremos nuestro análisis - las características del que ha sido denominado primer nacionalismo o nacionalismo cultural argentino¹, surgido hacia fines de la primera década del siglo XX. Nuestra intención con ello es delinear los principales rasgos ideológicos de la época, ya que tal tarea resulta imprescindible para la comprensión del proceso de constitución y evolución del nacionalismo argentino como movimiento cultural y político. En efecto, aunque algunas características del nacionalismo cultural anunciarían en parte los rasgos del movimiento que se desarrollaría en la década de 1930, muchas otras contrastarían con las de aquel período.

El nacionalismo cultural reformuló bajo nuevas coordenadas ideológicas un conjunto de preocupaciones que se habían manifestado en el seno de la élite política y cultural en el último cuarto del siglo XIX. Entre ellas ocupaban un lugar central las relativas a la cuestión inmigratoria, resultando frecuentes las manifestaciones de xenofobia y antisemitismo desplegadas en aquel momento en discursos literarios y científicos y en algunos órdenes de la política nacional.

Las expresiones del nacionalismo cultural de la época del Centenario tuvieron como común denominador el rechazo al positivismo y al cosmopolitismo. Las diferencias entre las distintas corrientes del nacionalismo cultural dieron origen a dos tradiciones políticas muy diferenciadas: una de matriz laica y democrática, representada en la figura de Ricardo Rojas, la segunda - de la que la obra juvenil de Manuel Gálvez sería uno de los más importantes precedentes - de carácter hispanista, católica y anti-liberal. En consecuencia, el problema de la caracterización de los enemigos de la nación presentará marcadas diferencias entre ambos casos.

A diferencia de los nacionalismos de la década de 1930, en el caso considerado en este capítulo las creencias de tipo conspirativo, las denuncias de un complot contra la patria y el llamado a una cruzada para su reconquista resultan poco significativas. Sin embargo, si los elementos xenófobos y antidemocráticos resultan centrales en la obra de Gálvez, aún en la tradición de nacionalismo laico y democrático en la que se inscribe Ricardo Rojas existieron elementos de intolerancia, en particular en su premisa acerca de la homogeneidad cultural absoluta como requisito para la

1 Así lo han denominado Carlos Payá y Eduardo Cárdenas en *El primer nacionalismo argentino en*

incorporación de los inmigrantes a la comunidad nacional.

Hacia la época del Centenario de la Revolución de mayo todos los indicadores económicos mostraban el éxito del ciclo iniciado en la década de 1880. La producción agropecuaria, las exportaciones y la extensión de la red ferroviaria mostraban un espectacular incremento. El enorme aporte inmigratorio había provocado en el mismo período un enorme crecimiento de la población, que pasó de menos de dos millones en 1869 a casi ocho millones en 1914. Más de dos millones de inmigrantes se radicaron definitivamente en Argentina entre 1880 y 1910. Las grandes ciudades del Litoral, y en particular Buenos Aires crecieron y se modernizaron a lo largo del período, mientras el movimiento cultural de la metrópolis resultaba muy significativo.

Sin embargo, los signos de prosperidad y progreso no impidieron que un sector de la élite percibiera con preocupación algunos de los efectos del masivo proceso inmigratorio. Nos referimos en particular al temor a la desintegración de la nacionalidad y a la inquietud por el conflicto social, al que muchas veces se consideraba como un producto de la acción de agitadores extranjeros más que como una consecuencia del desarrollo de las actividades productivas y del proceso de urbanización. A ello se sumaba la preocupación por la debilidad de un sistema político débilmente sustentado desde el punto de vista electoral, incapaz de expresar los intereses de los grupos sociales emergentes del proceso de transformación económica, social y demográfica experimentado por la joven República y amenazado, desde 1890, por los reiterados intentos revolucionarios del radicalismo.

Si estas inquietudes no resultaban novedosas en el seno de la élite política y cultural, lo que singularizó al período del Centenario fue la conformación de nuevos tipos de cristalizaciones ideológicas, que prefiguraban en algunos casos el tono de la impugnación a que serían sometidos años después los valores políticos y culturales del liberalismo.²

En efecto, la existencia de distintos estilos de reflexión sobre la nación y la preocupación por la construcción de una tradición patriótica precedió en mucho tal

Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978.

² Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos" en: *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 163.

momento histórico, tal como lo han mostrado muy valiosos trabajos.³ Si la preocupación por la construcción de la nacionalidad estructuró buena parte de la reflexión del positivismo argentino⁴ y estuvo presente en el Sarmiento de *Conflictos y Armonías de las razas en América*, no lo estuvo menos en los modos alternativos de construcción de una genealogía nacional existentes en la naciente historiografía de fines del siglo XIX y en los debates en torno al idioma nacional y al criollismo del mismo período.

En la misma dirección se pueden inscribir las distintas manifestaciones de rechazo a los inmigrantes del último tercio del siglo XIX. Si desde la década de 1870 se comenzó a desplegar un argumento destinado a reiterarse, por el que se acusaba a los extranjeros de importar a un país - en el que se consideraba que el conflicto social no existía - la noción de lucha de clases⁵, el propio Sarmiento manifestaba su desilusión ante el fracaso del esfuerzo tendiente a crear en el país una comunidad política civilizada:

“Lo más atrasado de Europa, los campesinos y la gente ligera, es lo primero que emigra. Véalo en el desembarcadero... El labriego español, irlandés o francés, viene a Santa Fe, porque en su país y en su comarca todavía deja el rudo implemento primitivo ... Pero lo que la emigración europea no nos trae es educación política de que carecen las masas en general, aunque en Inglaterra esté difundida y comience a generalizarse en Francia, en Alemania, etc.”⁶

Lejos de rechazar la participación extranjera en la política argentina, la preocupación de Sarmiento residía en lo que entendía era el repudio de los extranjeros a la nacionalización, manifestada en su renuencia a participar en la vida política y en la

3 Sobre la construcción de una tradición patriótica y los debates sobre la nacionalidad a fines del siglo XIX, véanse los siguientes trabajos de Lilia Ana Bertoni, "La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿Derechos políticos o nacionalidad?", en *Desarrollo Económico*, vol. 32, abril-junio 1992, n° 125; "Nacionalidad o Cosmopolitismo. Un debate sobre el 'idioma nacional' en la década de 1890", ponencia presentada en las IV° Jornadas Inter Escuelas -Departamentos de Historia, Mar del Plata, 1993, "La Revista Nacional y la construcción de la tradición patria a fines del siglo XIX", ponencia presentada en las VI° Jornadas Inter Escuelas -Departamentos de Historia, Santa Rosa (La Pampa), 1997. Para un esquema de las representaciones intelectuales de la nación, cf. Oscar Terán, "Nacionalismos argentinos (1810 - 1930)" en :*Revista de Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, N°1, noviembre de 1994.

4 Cf. Oscar Terán, "*Positivismo y Nación en la Argentina*", Buenos Aires, Puntosur, 1987.

5 Tulio Halperín Donghi, "¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810 - 1914) en: *El espejo de la historia. Problemas Argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p.211.

6 *El Diario*, 12 de septiembre de 1887, citado en: Svampa, Maristella, *El Dilema Argentino: Civilización o Barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p.72. Sobre la reflexión desilusionada del último Sarmiento, cf. Domingo F. Sarmiento, *Conflictos y Armonías de las razas en América*, Buenos Aires, Buenos Aires, Intermundo, 1964.

existencia de escuelas dedicadas a “ ... educar *italianamente* a los niños que sean italianos por alguno de sus cuatro abuelos, a fin de conservarlos tales.”⁷

Como sostiene Halperín Donghi, las reflexiones de Sarmiento sobre la inmigración están marcadas por una xenofobia intermitente pero por momentos virulenta, que retomaba en ocasiones algunos de los tópicos de la literatura antisemita entonces en boga. En efecto, aunque en muchas oportunidades Sarmiento manifestó su rechazo hacia el antisemitismo, llegó a sostener afirmaciones del tenor de la que sigue, capaz de resumir buena parte de los dictámenes del siglo XIX contra los judíos:

“ ... El pueblo judío, esparcido por toda la tierra ejerciendo la usura y acumulando millones, rechazando la patria en que nace y muere por un ideal que baña escasamente el Jordán, y a la que no piensan volver jamás. Este sueño que se perpetúa hace veinte o treinta siglos pues viene del origen de la raza, continúa hasta hoy perturbando la economía de las sociedades en que viven, pero de que no forman parte; y ahora mismo en la bárbara Rusia como en la ilustrada Prusia se levanta el grito de repulsión contra este pueblo que se cree escogido y carece del sentimiento humano, el amor al prójimo, el apego a la tierra, el culto del heroísmo, de la virtud, de los grandes hechos donde quiera que se producen.”⁸

Por su parte, la literatura naturalista de fines del siglo XIX, con su pretensión de reproducir el método de observación propio de las ciencias naturales, expresará con transparencia el rechazo a los inmigrantes. En 1884, Juan Antonio Argerich publicará *¿Inocentes o culpables?*, novela de tesis cuyo prólogo no deja dudas acerca de su intención:

“He estudiado una familia de inmigrantes italianos y los resultados a los que llego no son excepcionales sino casos generales; los cuales pueden ser constatados por cualquier observador desapasionado (...) En mi obra me opongo franca y decididamente a la inmigración inferior europea, desastrosa para los destinos a que legítimamente puede y debe aspirar la República Argentina”⁹

Igualmente crítica de la inmigración italiana será la perspectiva desarrollada por Cambaceres en su novela *En la sangre* (1887), en la que los rasgos acentuadamente negativos del personaje principal - Genaro Piazza, hijo de un hojalatero italiano – son explicados como producto de una herencia sanguínea intrínsecamente degenerada, capaz de determinar igualmente unos rasgos físicos que el autor describe con minuciosidad lombrosiana. El antisemitismo tradicional no está ausente en esta obra. Como ha destacado Josefina Ludmer, cuando Genaro Piazza está por robar una bolilla

7 Domingo F. Sarmiento, “Una Italia en América” en: *Condición del extranjero en América*, Buenos Aires, La Facultad, 1928, pp.117 - 118.

8 Domingo F. Sarmiento, “Somos extranjeros”, *El Censor*, 1886, en: *Condición del ...*, pp. 260 - 261.

9 Juan Antonio Argerich, *¿Inocentes o culpables?*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, pp. 9 – 10.

para su exámen de física del colegio secundario, mira la urna con un “ojeo avariento de judío”.¹⁰

Aunque estas obras dan cuenta de una percepción absolutamente negativa del inmigrante, el ejemplo de la mirada mucho más benévola presente en la literatura costumbrista matiza este cuadro de hostilidad hacia los extranjeros.¹¹

Las aseveraciones xenófobas se reiteraban en otros ámbitos: los extranjeros, y en particular los italianos, fueron señalados en distintas ocasiones por su predisposición al delito, al alcoholismo o a la locura.¹² El prejuicio antisemita no dejó de manifestarse en el seno del discurso psiquiátrico. José María Ramos Mejía no encontró mejor ejemplo para ilustrar su convicción acerca de la potencia del instinto de lucro para “sobreponerse a las disgregaciones de la misma locura” que el de un judío, incorporando de tal manera uno de los más difundidos estereotipos antisemitas a su teoría :

“He conocido a un judío llamado Moisés T..., cuya historia se conserva en el antiguo Hospicio y que afectado de una manía, incoherente y aún perdido en su delirio polimorfo, conservaba, sin embargo, ese claro sentimiento de la usura, sus aptitudes rapaces siempre vigilantes aplicadas al menudo comercio que practicaba. Extraviado en las místicas alucinaciones damnatorias de su locura religiosa, entonaba salmos y cánticos; no comía por orar y las cosas y los hombres habían perdido sus formas y calidades usuales. Pero cuando yo entraba a su celda con una alhaja de valor en la mano simulando una imperiosa situación que me obligaba a venderla, el rapaz instinto se sobreponía, la figura de Moisés se iluminaba con extraños destellos de salud, y en la misma entonación del salmo que acababa de interrumpir, casi mecánicamente, fijaba con exactitud el valor de la prenda, clasificaba los kilates o las aguas y luego tomaba de nuevo el hilo del extravagante delirio.”¹³

En 1895, ocupando la presidencia del Consejo Nacional de Higiene, el propio Ramos Mejía achacó a los inmigrantes judíos la importación del tifus, resultando los

10 Eugenio Cambaceres, *En la Sangre, en: Obras Completas*, Santa Fe, Castellví, 1956, p.224. Josefina Ludmer sostiene que los primeros locos y simuladores de la literatura argentina aparecen después de 1880 como judíos metafóricos. Ver : Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil libros, 1999, p. 447.

11 Tulio Halperín Donghi, op. cit., pp. 217 – 220

12 Lucio Meléndez y Emilio Coni, *Consideraciones sobre la estadística de la enajenación mental en la Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Pablo Coni, 1880. Igual perspectiva está presente en Samuel Gache, *El estado mental de la sociedad de Buenos Aires*, Buenos Aires, La Nación, 1881. Véase al respecto Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

13 José María Ramos Mejía, *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida*, Buenos Aires, Félix Lajoaune, 1904, p.49 -50. Jorge Salessi ha destacado la identificación entre judíos y homosexuales en esta obra de Ramos Mejía, señalando que ésta se articulaba con la imaginación cultural europea de fines del siglo XIX, en la que “la conspiración de homosexuales corría paralela a la conspiración judía universal: tanto judíos como homosexuales eran considerados ‘un estado detro del estado’”. Jorge Salessi, *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires: 1871 - 1914)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995, p. 224.

israelitas el único grupo cultural que debió pasar sistemáticamente por las desinfecciones obligatorias y cuarentenas en la isla Martín García.¹⁴

Al finalizar el siglo, la conformación del movimiento obrero y el recrudecimiento de la “cuestión social” colocaría en primer plano la acusación a los extranjeros de promover la agitación social. Su corolario sería, al comenzar el nuevo siglo, la agudización de la represión al movimiento obrero y la aprobación de dos leyes que contenían disposiciones dirigidas específicamente a combatir la acción de los “agitadores extranjeros”: la Ley de Residencia (1902) y la Ley de Defensa Social (1910). Sin embargo, los motivos xenófobos “...tan libremente evocados para justificar la represión del movimiento obrero y la protesta social, no se traducen en ninguna modificación de la política inmigratoria; es precisamente en esos años cuando la inmigración alcanza sus cifras más altas sin que se crea oportuno poner obstáculo alguno a sus avances.” La xenofobia aparecía así como un argumento apologético en defensa del orden social, resultando muy limitada su gravitación sobre otras actitudes.¹⁵

La más importante de las reacciones en las que la xenofobia se confundía con la defensa del orden social ocurrió en mayo de 1910, cuando la posibilidad de una huelga obrera amenazaba con empañar los festejos del Centenario. En la ocasión, la Juventud Autonomista - organización formada por jóvenes de la élite - atacó, sin que la policía interviniera para evitarlo, a anarquistas, socialistas y grupos sindicales, así como a expresiones de la cultura popular como el circo de Frank Brown y a personas y organizaciones judías. El 15 de mayo de 1910 la Policía Civil Auxiliar organizada por Luis Dellepiane y formada por jóvenes de las clases altas, muchos de ellos miembros de la aristocrática Sociedad Sportiva Argentina, atacaron el barrio del Once, saqueando comercios y locales obreros judíos y llegando hasta la violación de mujeres.¹⁶

El Centenario y la primera cristalización del ideario nacionalista

En el período del Centenario el referido conjunto de preocupaciones de ya larga data fue resignificado bajo el impacto de nuevas formulaciones ideológicas.

14 Idem, pp. 247 - 248.

15 Tulio Halperín Donghi, op.cit. , p. 222.

Como sostienen Altamirano y Sarlo, hacia 1910 - aún cuando el liberalismo continuaba siendo hegemónico en el período - nos encontramos frente a las repercusiones locales del proceso de revisión de las certidumbres democráticas, racionalistas y progresistas que se vivía en las principales capitales europeas desde fines del siglo XIX. Mientras algunas fracciones de la burguesía liberal europea viraban hacia posturas conservadoras, "... en los medios políticos y literarios del conservadurismo tradicional, de inspiración más o menos monárquica..." se forjaban "... nuevos mitos para oponer a la cultura laica y positivista y enfrentar la era de la política de masas."¹⁷ En particular el nacionalismo francés - monárquico y católico - ejercería una importante influencia sobre algunos de los propulsores de la reacción nacionalista del Centenario, debida en buena medida a la eficacia literaria de sus principales exponentes: Barrès, Maurras y León Daudet.¹⁸

Igualmente significativo resultó - a partir de la guerra entre Estados Unidos y España - el hispanismo, con su reconsideración y revalorización de la herencia española, que implicaba un profundo viraje respecto a la tradición liberal del siglo XIX. Bajo este influjo del hispanismo algunos intelectuales del periodo - en particular Manuel Gálvez y Ricardo Rojas - encontrarán en los escritos de Unamuno y Gánivet inspiración para sus preocupaciones en torno a la tradición y el renacimiento del "alma nacional".¹⁹ De similar importancia resultó el impacto de la recepción del *Ariel* de José Enrique Rodó, con su denuncia del materialismo y el utilitarismo norteamericanos, a los que oponía una perspectiva espiritualista. El ideal de vida desinteresada expuesto en *Ariel*, se conjugaba con sus denuncias sobre los riesgos de la democracia y el cosmopolitismo, a los que consideraba opuestos al triunfo de los valores espirituales y del sentimiento de orden.

Nos detendremos en dos de las figuras surgidas de este fermento ideológico: Ricardo Rojas y Manuel Gálvez. Ambos pertenecían a familias de destacada participación política en sus provincias de origen. Absalón Rojas, padre de Ricardo, fue gobernador de Santiago del Estero, mientras José Gálvez, tío de Manuel, fue

16 Juan José Sebreli, "La cuestión judía en la Argentina" en Juan José Sebreli (ed.), *La cuestión judía en la Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1973, p.230; Boleslao Lewin, *Como fue la inmigración judía en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1983, p. 168.

17 Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, op. cit., p.163.

18 Idem, p.164.

19 Ibidem.

gobernador de Santa Fe. Mientras los Gálvez eran una tradicional familia acomodada de Santa Fe, la fortuna y el poder de Absalón Rojas eran de origen reciente.²⁰

Instalados en Buenos Aires - ciudad cuyo cosmopolitismo los dos rechazaban por igual - ambos participarían de una de las principales experiencias intelectuales de aquella generación, la revista *Ideas*, que apareciera entre 1903 y 1905. Influidos por la generación española del '98 y por el arielismo, Gálvez afirmaba que la tarea del grupo *Ideas* era la defensa de los valores espirituales e intelectuales frente a lo que consideraba “un ambiente extranjerizante que despreciaba lo argentino.”²¹

Pese a estas características comunes, las obras de Gálvez y Rojas del período del Centenario se diferenciaron en varios aspectos fundamentales.

En 1907 Ricardo Rojas, por entonces funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, fue enviado a Europa por el gobierno nacional para “estudiar el régimen de la educación histórica en las escuelas europeas”.²² Las conclusiones del viaje se plasmaron en un informe, que sería publicado en 1909 bajo el título de *La restauración nacionalista*, que - pese al escaso eco que encontró en las filas gubernamentales - fue distribuido gratuitamente “a los maestros y publicistas de la República”.²³

Aunque criticado por buena parte de la prensa, el libro de Rojas sería elogiado no sólo por Ramiro de Maetzu y Miguel de Unamuno, dos de las principales figuras de la generación española del '98 a quienes conoció y entrevistó en Europa²⁴, sino también por José Rodó y los socialistas Ferri y Jean Jaurés.

En *La restauración nacionalista* Rojas propuso una reforma de la enseñanza de la historia y las humanidades como vía para “la formación de la conciencia nacional”²⁵, perspectiva que, ciertamente, no carecía de precedentes.²⁶ Sin embargo, el campo de problemas que enfrentaba no se restringía a los relativos a la construcción de un sentimiento patriótico a través de la escuela, sino que abarcaba una arrasadora

20 Carlos Payá y Eduardo Cárdenas, op. cit., p.21; María Inés Barbero y Fernando Devoto, *Los Nacionalistas (1910 - 1932)*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1983, p. 18.

21 Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 43.

22 Ricardo Rojas, Prólogo de 1922 a *La restauración nacionalista. Crítica de la Educación Argentina y Bases para una Reforma en el Estudio de las Humanidades Modernas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1971, [1909], p.13.

23 Idem

24 Maristella Svampa, op. cit., p.98.

25 Ricardo Rojas, op. cit., p.83.

26 Cf. Carlos Escudé, *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*, Buenos Aires, Tesis/Instituto Torcuato Di Tella, 1990, cap. II.

descripción de un país que, a su entender, había sacrificado su vida espiritual en función del progreso económico:

“El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoleedor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla - cuanto define la época actual - comprueban la necesidad de una reacción poderosa en favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles”²⁷

En este sentido, el nacionalismo de Rojas expresaba ante todo una apelación espiritualista a la solución de una crisis moral cuya responsabilidad no resultaba atribuida sólo a los inmigrantes, sino al conjunto de la sociedad. La respuesta de Rojas residía en el desarrollo de una educación que, sin abandonar los contenidos universales de las ciencias y las artes, se propusiera homogeneizar la población del país. Si parte de tal función residía en su perspectiva en la pedagogía de las estatuas y en una nacionalización de la topografía, el rol fundamental recaería en la reforma de la enseñanza y en la eliminación de todas las escuelas que propiciaran la continuidad de los particularismos, fueran estas católicas, protestantes o judías; dependientes de colonias extranjeras, de empresarios o de enseñanza anarquista. En una perspectiva en que la heterogeneidad cultural resultaba intolerable, la existencia de escuelas judías entrañaba para Rojas un doble riesgo:

“El peligro de las escuelas hebreas reside en que al traer sus fanatismos nos traen el germen de una cuestión semítica que *felizmente no existía aquí*, pero que existirá apenas el hijo criollo del inmigrante semita prefiera ser judío, en vez de ser argentino en completa comunión con el pueblo y el suelo donde naciera (...) Otro inconveniente de la escuela judía es que crea la familia judía, cuyo patriarcado religioso le impedirá fundirse con las familias del país y asimilarse a nuestra sociedad esencialmente laica.”²⁸

Estas afirmaciones no implicaban, empero, la existencia de un contenido particularmente antisemita en la concepción de Rojas, sino que formaban parte de un pensamiento opuesto a la pervivencia de cualquier forma de peculiaridad. Este afán por la homogeneidad, sin embargo, no presentaba para Rojas contradicción alguna con su adscripción a la tradición liberal argentina, la que por su parte - y en particular en

27 Ricardo Rojas, op. cit., p.84.

28 Idem, pp. 127 - 128.

Sarmiento - confiaba en la capacidad de la educación pública para diluir todo particularismo y percibía a la diversidad cultural como una amenaza.²⁹

Si la nación es en la perspectiva de Rojas “... la comunidad de esos hombres en la emoción del mismo territorio, en el culto de las mismas tradiciones, en el acento de la misma lengua, en el esfuerzo de los mismos destinos”³⁰, la función que atribuía a la escuela se basaba no sólo en los imperativos patrióticos sino en necesidades democráticas.³¹ En este sentido, uno de los objetivos de la educación nacionalista debía ser preparar “... a la juventud para las más nobles funciones de la ciudadanía.”³² Respondiendo a los críticos que emparentaban sus posiciones con las de Maurice Barrès, Rojas afirmaba que en la Argentina, el nacionalismo “por tradición laico y democrático, ha de ser pacifista por solidaridad americana”, pudiendo existir al margen de los partidos y del criollismo literario.³³

El nacionalismo de Rojas resultaba de tal modo una apelación de tipo moral a la reconstitución de un espíritu patriótico, contrario a la xenofobia y a toda hostilidad hacia el extranjero y dispuesto a incorporar lo mejor de las ideas europeas. Su premisa no era el rechazo a los inmigrantes sino la transformación de sus hijos en argentinos, no se oponía a la radicación de capitales extranjeros sino que propugnaba que sus beneficios sean aprovechados en el país. Nacionalismo democrático y laico, capaz de proponer una síntesis entre tradición y modernidad y entre lo nacional y lo extranjero, una de sus peculiaridades residirá en carecer de un enemigo esencial, contrastando así con la mayor parte de las demás expresiones nacionalistas. En sus obras de los años posteriores, *Blasón de Plata* (1912) y *Eurindia* (1924), estas características se mantendrían, profundizando una imagen mítica del pasado en que la fusión entre indígenas y europeos operaría en buena medida como clave explicativa. Rojas no integraría

29 Como ha señalado Escudé, también en la época del Centenario Ernesto Bavio y Bernardo Peyret manifestaban desde las páginas de *El Monitor de la Educación Común* su oposición a la existencia de escuelas judías en nombre de “... un ideal esencialmente antipluralista, con matices antisemitas”. Carlos Escudé, op. cit., p.56. Sobre la educación nacionalista, véase también: Rafael S. Gagliano, “Nacionalismo, inmigración y pluralismo cultural. Polémicas educativas en torno al Centenario” en: Adriana Puigross (dir.) *Historia de la Educación en la Argentina*. Tomo II, *Sociedad Civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Buenos Aires, Galerna, 1991.

30 Ibidem, p. 137.

31 Idem, p.131.

32 Ibidem, p. 142.

33 Idem, p.47. En el prólogo a la edición de 1922 de su obra, Rojas discutió explícitamente con aquellos que le atribuían preconizar “la restauración de las costumbres gauchescas, la expulsión de todos los inmigrantes, el adoctrinamiento de la niñez en una patriotería litúrgica y en una absurda xenofobia”, señalando que “tal cosa está en oposición a mi pensamiento”. Idem, p. 17.

ninguno de los grupos nacionalistas que se formarían en las décadas siguientes, aproximándose en cambio al radicalismo. Como contrapartida, muchos nacionalistas no reconocieron a Rojas como un antecesor y criticaron sus posiciones.³⁴

Muy distinta sería la perspectiva expuesta - aunque de manera confusa y no pocas veces contradictoria - por Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga*, publicado en 1910 en una edición de apenas quinientos ejemplares que no sería reimpresa. Por lo tanto, su importancia reside menos en la influencia que hubiera podido alcanzar en su época sino al hecho de que en este libro Gálvez anticipó muchos de los tópicos que lograrían una amplia difusión en la década de 1930, sobre la base de una cosmovisión hispanista - católica y antiliberal³⁵. Precursor del nacionalismo, Gálvez prefería para sí la denominación de tradicionalista.

Gabriel Quiroga, *alter ego* de Gálvez, descende de una tradicional familia provinciana. Este origen aristocrático, ligado a la tradición colonial hispánica le permitió convertirse - de acuerdo a una perspectiva claramente derivada de la obra de Barrès- en un verdadero patriota:

“Gabriel Quiroga es patriota porque lleva muy dentro de sí mismo el sentimiento de la patria y la idea de la nación. Sus antepasados le transmitieron, sin saberlo, ese ¡tan criollo! rencor atávico al extranjero; pero tal rencor, en su alma civilizada y buena, ostenta la apariencia del egoísmo nacional. Gabriel Quiroga es patriota porque ama el suelo de nuestra tierra cuyo paisaje siente intensamente, con emoción de patria y de arte. Gabriel Quiroga es patriota porque ha penetrado cariñosamente en el espíritu de las provincias y comprendido la acerba tristeza de las razas vencidas. Gabriel Quiroga es patriota porque en las viejas ciudades y en las aldeas primitivas, ha aspirado el incienso venerable de la tradición colonial y estremecido hasta las raíces del alma con la honda poesía de las músicas nacionales.”³⁶

Asumiendo este patriotismo que - afirmaba con tonos barresianos - “se confunde con el instinto” Quiroga se entregó a la tarea de juzgar la situación de la República en su Centenario, dando una voz de alarma posibilitada por la seguridad de saberse espiritualmente superior. De tal manera, lamentaba el declive de la vida espiritual de la nación, sacrificada en el altar del progreso material y amenazada de muerte por el cosmopolitismo y la desnacionalización. Sin embargo, se esperaba

34 María Inés Barbero y Fernando Devoto, op. cit., p. 20.

35 Como sostiene Halperín Donghi, por detrás de los motivos ideológicos expuestos por Gálvez, que constituyen un verdadero “breviario de un nacionalismo irracionalista y decadentista” aparece también la invectiva del joven escritor provinciano contra la ingratitud de un país que no reconocía sus méritos literarios. Tulio Halperín Donghi, op. cit., p.230.

36 Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Arnoldo Moen & Hno., 1910, p.34.

Gálvez, el alma nacional aún latía bajo el cosmopolitismo reinante, en el pasado nacional y en las ciudades del interior no contaminadas por la inmigración :

"El alma argentina hay que rastrearla en las escasas tradiciones que conservamos, en unos cuantos libros exiguamente representativos y en la vida de aquellos pueblos donde no ha penetrado la civilización contemporánea. Estos vestigios casi materiales de nuestro pasado personal y romántico salvarán del actual ostracismo a la brava alma argentina."³⁷

Si en esta recuperación del pasado Gálvez anticipaba algunos de los tópicos del revisionismo histórico - como la asignación de un valor positivo de defensa de la nacionalidad al caudillismo federal - no por ello dejaba de rescatar las figuras de Mitre, Sarmiento o Roca. Aunque, al igual que Rojas, Gálvez sostenía que "gobernar es argentinizar", a diferencia de aquel no explicaba los modos en que tal tarea podría plasmarse. Ello no le impedía, empero, señalar con sensibilidad arielista la inviabilidad de la democracia en Argentina, ya que entendía que esta es " ... un lujo espiritual de los seres superiores" tan escasos en el país.

La esencia de la nación residía para Gálvez en la conservación de su carácter hispánico y católico. Los males que la aquejaban eran resultado del proceso de secularización, el materialismo y la inmigración, aunque la recusación de esta última se limitaba a unos aspectos culturales considerados corruptores, sin que el rol de los extranjeros como productores de riqueza haya sido cuestionado. No sorprende que, convencido de que toda religión que no sea la católica atenta contra la nacionalidad proponga, anteponiendo la defensa de la nación al cumplimiento del mandato constitucional, "expulsar del país a todos los apóstoles de religiones extranjeras y de doctrinas sociales internacionalistas".³⁸ No es esta la única alternativa planteada, ya que Gálvez / Quiroga postulaba que una guerra con Brasil, y más aún una previsible derrota, lograría despertar el tan aletargado espíritu nacional. Sin embargo, al culminar la obra, el autor celebraba que el conflicto bélico hubiera pasado a ser innecesario, festejando:

"Las violencias realizadas por los estudiantes incendiando las imprentas anarquistas mientras echaban a vuelo las notas del himno patrio ..." debido a que estas "demuestran la energía nacional (...) han socavado un poco el materialismo del presente han hecho nacer sentimientos nacionalistas, [y] han realizado una conmoción de entusiasmos dormidos ..."³⁹

37 Idem, p.56

38 Ibidem, p.68.

39 Idem, pp.232 -233.

De tal modo, Gálvez aprobaba la violencia dirigida tanto contra el movimiento obrero cuanto contra instituciones judías en el Centenario, considerando tales prácticas como un elogiado renacimiento nacionalista. En tal sentido, si la nostalgia por un pasado idealizado emparentaba esta obra de Gálvez con la reflexión conservadora de fines del siglo XIX, los motivos ideológicos que la animaban y su llamado a la acción contra el enemigo la conectan y la tornan precursora del nacionalismo de la década de 1930.

La comunidad nacional imaginada por Gálvez presentaba unos límites infranqueables: sólo formarían parte de ella de pleno derecho los miembros de las viejas familias argentinas. En tal perspectiva, el conjunto de los inmigrantes aparecían como portadores del cosmopolitismo y el materialismo, e irreductiblemente ajenos a una esencia nacional a la que sólo se podía acceder a través de una experiencia vital intransferible, con lo que Gálvez no pudo explicar de que modo podría “argentinizarse” a estos extranjeros, limitándose a aceptar su rol en la esfera de la economía. Pero si el rechazo a los resultados de la inmigración resultaba de tal modo matizado, algunas figuras del extranjero adquirirían la categoría de irreductibles enemigos de la nación: aquellos que no participaban de la religión católica y los partidarios del socialismo y anarquismo. Sin embargo, en la representación de Gálvez estos eran presentados como un peligro al que había que conjurar por todos los medios, aunque no como una fuerza conspirativa. Si existía en efecto un llamado a la cruzada para recuperar “la vida espiritual del país”, esta no se dirigía contra un complot que lo amenazaba, sino contra el materialismo reinante en la cultura nacional que había permitido el establecimiento en la Argentina de los tan denostados enemigos de la nación.

Hemos analizado aquí dos obras consideradas precursoras del nacionalismo argentino. De inspiración laica y democrática la de Rojas y portadora de una definida postura hispanista - católica y antiliberal la de Gálvez, expresaban ambas las preocupaciones de una parte de la opinión de la época del Centenario frente al problema de la identidad nacional. Estas preocupaciones resultaban de larga data, y en las tres décadas anteriores este problema se había vinculado íntimamente con el rechazo a los

resultados de la inmigración, a través de una serie de manifestaciones xenófobas y antisemitas en distintos ámbitos.

Aunque las diferencias entre las perspectivas de Gálvez y Rojas son muy marcadas, las dos compartían un objetivo común: la tarea de conformar una comunidad nacional uniforme, la de contribuir a la gestación de una identidad nacional en la que la presencia de las peculiaridades culturales era rechazada o difícilmente aceptada. En este sentido, aunque de manera mucho más marcada en la obra de Gálvez que en la de Rojas, los elementos de intolerancia que caracterizaran al conjunto de la tradición nacionalista encuentran un notable antecedente en los años del Centenario. Entre estos, no obstante, el antisemitismo sería más insinuado que afirmado por Gálvez, en contraste con la centralidad que tal postura alcanzaría en la década de 1930.

Aunque resulta acertado ubicar *El Diario de Gabriel Quiroga* en la genealogía del nacionalismo de la década de 1930 - en particular en lo relativo al hispanismo, catolicismo y antiliberalismo - uno de los elementos centrales de esta tradición ideológica, la centralidad de las teorías conspirativas, no se encuentra aún plenamente desarrollado en esta obra. En cambio, la tradición conspirativa encontró su origen fundamentalmente en el seno del pensamiento católico, tal como veremos en el siguiente capítulo.

II

**JUDIOS, MASONES Y SOCIALISTAS CONTRA LA
CRISTIANDAD: LOS ORIGENES DEL MITO DEL
COMLOT JUDIO EN ARGENTINA**

Desde que Eduardo Drumont reveló en sus obras antisemitas las infamias del capitalismo judío (pulpo, monstruo que no ha descansado hasta ahogar con sus tentáculos la independencia económica, religiosa y política de las naciones civilizadas) desde la revelación de esas infamias decimos, nadie ignoraba que el socialismo no era más que un esclavo inconsciente de la Sinagoga; los únicos que lo ignoraban eran los que precisamente no debían ignorarlo : los obreros, los explotados, los que al grito de 'muera el capitalismo' contribuían a engrosar los fondos y los dividendos de la empresa Abraham, Isaac y Jacob. Y eso, a vista y paciencia de los leaders socialistas ; es más aún, en evidente complicidad con sus conductores de rebaños

La Voz de la Iglesia, 17 de febrero de 1910

El objetivo de este capítulo es analizar los modos en que el mito de la conspiración judía mundial, esto es, la creencia en la existencia de un complot judío que se propone dominar las naciones y el mundo, se implantó y difundió en la Argentina.

Aunque de modo reiterado se ha señalado que este tipo de creencias se originaron, para el caso argentino, a lo largo de la década de 1930, al calor de un clima internacional signado por el ascenso de los regímenes fascistas y nacional socialista, postularemos aquí que la aparición de estas concepciones precedieron en mucho a tal momento histórico. En efecto, desde fines del siglo XIX y a lo largo de las primeras dos décadas del siglo XX, distintos voceros del catolicismo argentino difundirían estas tesis, a las que calificaremos como propias de un antisemitismo de tipo conspirativo.

Aunque en ocasiones sectores del liberalismo compartirían estas visiones, la importancia de los voceros del catolicismo en la difusión de las tesis conspirativas sería preponderante. De tal manera, a las prevenciones de tipo étnico, los prejuicios sobre la cultura y el rol económico, y la creencia en la inasimilabilidad de los israelitas se sumaría con la mirada del antisemitismo conspirativo un nuevo elemento que coadyuvaría en la construcción de la imagen del “peligro judío”, esto es, la representación del judaísmo como una fuerza que complotaba contra la cristiandad y la nación.

La suma de estas miradas colocaría a la representación del judío en el lugar del enemigo de la nación. En este sentido, el antisemitismo católico se conjugaría con su antiliberalismo para contribuir a sentar las bases de una cultura política antidemocrática, excluyente y xenófoba.

El mito de la conspiración judía mundial supone la existencia de un gobierno secreto israelita que, mediante una red mundial de organizaciones camufladas, controla los partidos políticos y gobiernos, la prensa y la opinión pública, los bancos y la economía. Aquellos que creen en el mito afirman que el gobierno secreto hace todo esto conforme a un plan secular y con el único objetivo de lograr que los judíos dominen el mundo entero, y sostienen que el logro de estos objetivos se está acercando peligrosamente a su concreción.

Estas fantasías representan una adaptación de la tradición demonológica antigua - en particular de la demonología cristiana - empleada para dar cuenta de las tensiones

del siglo XIX, cuando tras la doble revolución, Europa ingresa en una era de transformaciones excepcionalmente profundas y rápidas.¹

A partir del siglo II se introdujo en la tradición cristiana la creencia en que los judíos son hijos y agentes del demonio, dedicados a la destrucción de la Iglesia. Sin embargo, habría que esperar hasta la primera cruzada, en 1096, para que tuviera lugar la primer masacre de comunidades judías en el norte de Francia y la región del Rin. A partir del siglo XII se difundieron una serie de acusaciones contra los judíos, como las de asesinar a niños cristianos, torturar la hostia consagrada y envenenar - en ocasiones en complicidad con los leprosos - los pozos de agua, inculpaciones que acompañarían las frecuentes matanzas de los siglos subsiguientes²

Por entonces se comenzó también a hablar de un gobierno judío secreto, un consejo de rabinos con sede en la España musulmana que, según se afirmaba, dirigía una guerra secreta contra la Cristiandad en la cual la principal arma era la brujería.³

La enorme difusión de esta serie de injurias a lo largo de tantos siglos determinó que - para gran parte de la cristiandad - los judíos fueran considerados como diablos con forma humana, resultando la demonología tejida en torno a ellos extraordinariamente duradera.

Tras la Revolución Francesa el viejo mito se renovará bajo la forma de una visión conspirativa de la historia, en la que los judíos irán ocupando el lugar de culpables de todos los males que atravesaba Europa. De tal modo, la extinción del Antiguo Régimen primero, y luego las crisis económicas, las guerras, el establecimiento de leyes laicas y la expansión del movimiento socialista serán atribuidos por el pensamiento reaccionario a la acción de oscuras fuerzas complotadas, entre las que los judíos conservaban de manera casi invariable un lugar preponderante. Una creencia atravesaba gran parte del pensamiento de la Iglesia Católica en el siglo XIX: todo lo que no era católico era judío.

1 Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, Buenos Aires, Milá, 1988 [1969], p.19.

Para un monumental análisis de la tradición demonológica, cf. Carlo Ginzburg, *Historia Nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, Barcelona, Muchnik, 1991, [1986].

2 Sobre el tema, cf. Malcom Hay, *Europe and the jews: The Pressure of Christendom over 1900 years*, Chicago, Academy Chicago Publishers, 1992; James Parkes, *Antisemitismo*, Buenos Aires, Paidós, 1965; León Poliakov, *Historia del Antisemitismo*. Tomo I. *De Cristo a los judíos de las cortes*, Barcelona, Muchnik, 1986.

3 Norman Cohn, op.cit., p.18.

Presentaremos de modo muy somero evolución de este tipo de cosmovisión, que ha sido exhaustivamente estudiada. En 1797 el abate Barruel, en su *Memoire pour servir a l'histoire du Jacobinisme* aducía que la Revolución Francesa era la culminación de una conspiración secular de las sociedades secretas, que comenzaba en el siglo XIV con la Orden de los Templarios para terminar con los iluminados bávaros de Adam Weishaupt, “enemigos de la raza humana, hijos de Satán” a quienes rendían obediencia todos los francmasones y jacobinos de Francia. En esta obra, empero, el autor apenas menciona a los judíos. En 1806, el propio Barruel recibió una carta desde Florencia escrita por un oficial del ejército llamado J.B. Simonini, que parece ser la primera de una larga serie de falsificaciones antijudías. En ella se sostenía que Manes – el persa fundador de la religión maniquea – y el Anciano de la Montaña – jefe de la secta musulmana de los asesinos – eran judíos, al igual que los fundadores de la orden de los francmasones, los *Illuminati* y más de 800 eclesiásticos de la península itálica. Todos ellos formaban parte de una vasta conspiración judía para la dominación mundial, llevada a cabo por medio del poderío económico, que culminaría con la reducción de todos los cristianos a la esclavitud⁴.

La carta de Simonini fue redactada al momento en que la invasión napoleónica derrumbaba los muros de los *ghettos* italianos, convenciendo con ello a los defensores del Antiguo Régimen de que Napoleón era el aliado de los judíos, si es que él mismo no lo era. Tal convicción fue reforzada cuando, también en 1806, Bonaparte convocó con fines políticos y administrativos a una asamblea de judíos franceses notables, a la que denominó como *Gran Sanedrín*, igual que el antiguo tribunal supremo, sugiriendo - para quien estuviera dispuesto a creerlo - que a lo largo de los siglos había existido un gobierno secreto judío, y despertando entre los *émigrés* y en la Iglesia Ortodoxa Rusa la convicción de que se estaba en presencia de una maniobra diabólica destinada a destruir al cristianismo.⁵

De manera paralela, también con la Revolución Francesa surgió el mito e la conspiración masónica. Pese a que la masonería alcanzó cierta influencia intelectual sobre los sucesos de 1789, en la práctica su intervención fue nula, e incluso un masón

4 Idem, pp.18 -25

5 Ibidem, p.27.

confeso como Joseph de Maistre criticó desde posturas reaccionarias a la Revolución.⁶ Sosteniendo ideas liberales y al librepensamiento, la Masonería se convirtió para el pensamiento clerical y reaccionario en la causa de buena parte de los males de la modernidad. Entre los impulsores de las primeras campañas masónicas se encontraron, junto a Barruel, el escocés John Robinson, el pastor alemán Johann Stark y el vienés Leopold Alais Hoffman, que logró que fueran perseguidos por la policía austríaca. Con la restauración, Metternich hizo lo propio, extendiéndose la represión a los masones a toda Europa en la primera mitad del siglo XIX. La estructura de sociedades iniciáticas, aunque no secretas, que adoptó la masonería desde su constitución moderna a partir del siglo XVIII, favoreció la diseminación de todo tipo de teorías conspirativas sobre su accionar y propósitos, mientras que tanto su defensa de posiciones liberales cuanto la persistencia en su seno de antiguas teorías gnósticas motivaron la inquina de la Iglesia, habiendo sido objeto desde el siglo XVIII de recurrentes condenas papales.⁷

A partir de 1815, lejos de disminuir, el temor que inspiraban las conspiraciones diabólicas se incrementó, fenómeno que puede ser atribuido tanto a los defensores como a los adversarios del orden monárquico:

“El hecho de que no sólo los adversarios, sino también los miembros y simpatizantes tuvieran por costumbre el atribuir a las ‘sociedades secretas’ una importancia sin relación alguna con su influencia verdadera, nos obliga a no contentarnos con una recusación superficial de los ‘teoremas del complot’... Al incluir en la actividad conspiradora de las ‘sociedades secretas’ todas las tentativas de emancipación [burguesa], los adeptos de la teoría de la conspiración reforzaban en sus adversarios la creencia de que los complots eran políticamente eficaces: en efecto, a veces deben haber provocado la creación de ‘sociedades secretas’...”⁸

De manera tal que la existencia de sociedades del estilo de los *carbonarios* u otras similares basadas en el modelo de la masonería en la primer mitad del siglo XIX reforzarían las creencias en la eficacia de los grupos conspirativos.⁹

A lo largo del siglo XIX las expresiones de esta naturaleza se multiplicarán en gran parte de los países europeos, en particular en el interior de los círculos católicos. Quienes se identificaban con el antiguo régimen necesitaban dar cuenta de alguna

6 Emilio J. Corbiere, *La Masonería. Política y sociedades secretas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 87 - 88.

7 Idem, pp. 47 - 49 y 91 - 99.

8 Johannes Von Bieberstein, *Die These von der Verschwörung, 1776-1945*, Berna, 1976, citado en: León Poliakov, *La Causalidad Diabólica. Ensayo sobre el origen de las persecuciones*, Barcelona, Muchnik, 1982, p.30.

9 Cf. Eric Hobsbawm, *La era de la Revolución*, Buenos Aires, Crítica, 1997, pp.120 y ss.

manera del derrumbe de un orden social al que consideraban establecido por Dios, y el mito de la conspiración judía aportaba la explicación que necesitaban.

A medida que en los diversos países de Europa Occidental y Central se fueron eliminando las inhabilitaciones jurídicas que pesaban sobre los judíos, muchos israelitas ganaron visibilidad en las distintas actividades económicas y culturales; y se incorporaron a las fuerzas políticas liberales y socialistas, llegando a conformar para los que los consideraban como enemigos la encarnación misma de la modernidad.

Hacia la década de 1870 el antijudaísmo comenzará a ser agitado como elemento movilizador en las disputas políticas europeas, en sociedades en las que el sufragio universal incorporaba a segmentos cada vez más amplios de la población a la vida política. El vocablo antisemitismo haría su aparición a fines de esa década, ya que la palabra fue acuñada en 1879 por Whilhem Marr. Sólo a partir de ese momento resulta adecuado entonces el empleo del término de manera diferenciada del tradicional antijudaísmo católico.

Si bien hasta fines del siglo XIX existía en el seno de la izquierda francesa y alemana un estilo de antisemitismo resultante de una mezcla de desprecio hacia la religión judía y de prevención contra el poder de los banqueros judíos simbolizada en la casa Rotschild; serán los clericales y conservadores los que - identificando a la democracia y el laicismo con el judaísmo - agitarían el antisemitismo en su combate contra los sectores liberales y socialistas. No resulta entonces sorprendente que la principal fuente de la propaganda que denunciaba la conspiración judeomasónica en las décadas finales del siglo XIX haya sido *La Civiltá Cattólica*, semanario oficioso de la Santa Sede.¹⁰

En Francia - caso en que nos detendremos dada la incomparable influencia que los eventos allí desarrollados tenían sobre Argentina, debido a su condición de metrópolis cultural - dos acontecimientos determinarían la puesta en primer plano de la cuestión judía: el éxito de *La France Juive* y el desarrollo del *affaire Dreyfus*.

Un escándalo financiero inauguraría la oleada antisemita en Francia: la bancarrota de la banca *L'Unione Generale* en 1882, de cuya responsabilidad acusó su director a un complot de las finanzas judías. Por otra parte, siguiendo la condena a la

¹⁰ León Poliakov, *La Causalidad ...*, p.31

masonería contenida en la encíclica *Humanus Genus* de abril de 1884, el diario católico *La Croix* incluía en sus ataques tanto a masones como a judíos.¹¹

En 1886 Edouard Drumont, hasta entonces un ignoto publicista, publicó los dos tomos de *La France Juive. Essai d'histoire contemporaine*, que alcanzaría un éxito sorprendente. En el primer volumen, el autor exponía como tesis la existencia de una oposición inconciliable entre la raza semítica y la aria, intentando demostrar que Francia estaba sometida al control económico de los judíos, únicos beneficiarios, por otra parte, de la Revolución. De tal modo, el principal exponente del antisemitismo del siglo XIX francés mostraba a quien quisiera verlo así que la Francia republicana y laica era un sinónimo de la Francia judía. El segundo tomo de la obra consistía por su parte en una lista de tres mil personalidades judías con relevancia en la vida pública francesa.

Drumont no presentaba un planteo demasiado novedoso, ya que lo que básicamente realizó fue una unificación, en perspectiva histórica, de las tres fuentes principales de antijudaísmo: el antisemitismo cristiano, el anticapitalismo popular y el racismo moderno.¹² *La France Juive* no era tampoco la primer obra hostil a los judíos publicada en Francia, aunque sí fue el primer *best seller* de la corriente antisemita gala. En efecto, la obra de Drumont - quien desde 1892 se lanzaría a la agitación antisemita directa desde su diario *La Libre Parole* - tendría una enorme repercusión: el primer año de su publicación se editarían ciento catorce ediciones, que llegarían en los años sucesivos a superar las doscientas; sólo en ese primer año se vendieron más de 100.000 ejemplares, cifra que se agiganta si consideramos que *L'Argent*, del popularísimo Emile Zola, vendió 89.000 ejemplares entre su aparición en 1891 y la muerte de su autor en 1902.¹³

El éxito de *La France Juive* puede explicarse en buena medida por un contexto - en particular en los ámbitos católicos - proclive al antisemitismo y por el escándalo que generó la difusión del índice con los nombres de los acusados de complotar contra

11 Michel Winock, *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*, París, Editions du Seuil, 1990, pp. 117 y ss.

12 Idem, p.121.

13 Ramón Alcalde, "De judíos, dineros y bolsas: Drumont, Bloy, Zolá, Martel" en: *Sitio*, Buenos Aires, Año I, N° 1, 1981, p.55 y León Poliakov, *Historia del antisemitismo*, t.V, *La Europa suicida, 1870 - 1933*, Barcelona, Muchnick, 1986, p.58. Para 1887 *La France Juive* ya había alcanzado las 145 ediciones y en 1914 llegó a las 200. En el cálculo de tirada más bajo, habría alcanzado los 150.000 ejemplares por año. La atmósfera de la "Unión Sagrada" en la Primera Guerra Mundial atenuaría las pasiones antisemitas en Francia, lo que explica que el libro recién volviera a aparecer en 1941 y en ediciones de la década de 1960 en las que se hablará de "anticapitalismo nacional". Michel Winock, op.cit., p.119.

Francia. Resulta indudable que su amplia difusión convirtió a los judíos en un tema de moda, contándose por miles los libros y artículos antisemitas que verían la luz en la Francia de la *Belle Époque*.¹⁴

Por otra parte, el éxito de *La France Juive* explica que sus argumentos se hayan adaptado a diversos casos nacionales. Así, aparecieron en 1887 *La Russie Juive* de Calixte de Wolski y *L'Algérie Juive* de Georges Meyné, una *Austriche Juive* de F. Trocase fue editada en 1900 y una *Angleterre Juive*, firmada con el apodo de "Doedalus" en 1913¹⁵, mientras - tal como veremos - una buena parte de sus teorías serían reproducidas en Argentina en *La Bolsa* de Julián Martel.

Por su lado, el *Caso Dreyfus* colocará en el corazón mismo del debate político francés a los judíos. Entre fines de 1894 y fines de 1897, el caso fue tratado básicamente como un asunto de espionaje, por el que Dreyfus - uno de los 300 oficiales judíos del ejército francés - fue condenado por un tribunal militar a las penas de deportación en un recinto fortificado, su destino sería la isla del Diablo, y de degradación. Contra la interpretación oficial, que gozaba de un amplio consenso, se levantaron algunas voces solitarias, originalmente la de su familia, luego las del Comandante Picquart y el Senador Scheurer-Kestner. A partir de las acusaciones contra Esterhazy y, fundamentalmente, de la intervención de Emile Zola en defensa de la inocencia de Dreyfus desde fines de 1897- lo que le acarreará su procesamiento y condena - la demanda de revisión del proceso se constituirá en un elemento central del debate político francés, que polarizará a aquella sociedad en dos definidos campos. En efecto, hacia 1897 y 1898, el arco liberal y socialista se alineaba casi sin excepciones en el campo *dreyfusard*, mientras los grupos que comenzaban a designarse como *nacionalistas* junto a los católicos constituían los sectores que sostenían la culpabilidad del detenido en la Isla del Diablo, empleando en el debate un arsenal de acusaciones propias del antisemitismo conspirativo: en esta óptica, el conflicto se debía a una conjura judeomasónica contra Francia y la Iglesia, Dreyfus participaba de un complot judeoalemán destinado a minar la fortaleza de la patria, los judíos habían constituido un sindicato para salvar al traidor y las finanzas israelitas habían comprado la pluma de Zola y la conciencia de todos los *dreyfusards*. Si las repercusiones del caso habían trascendido largamente las fronteras de Francia, la segunda condena a Dreyfus

14 León Poliakov, *La Europa ...*, p.60.

provocaría amplias oleadas de indignación en gran parte de Europa y América. El indulto a Dreyfus no impedirá que sus repercusiones se sucedan, fundamentalmente en ocasión de la muerte de Zola en 1902 y de la rehabilitación definitiva de Dreyfus en 1906.

Las secuelas inmediatas del proceso Dreyfus fueron, como es bien sabido, múltiples: la publicación de *El Estado Judío* de Herzl y la convocatoria en 1897 al primer Congreso Sionista en Basilea - en el que a su vez se inspiraría el mito de los "Sabios de Sión" -, la fundación de *L'Action Française*, una acentuada y perdurable división política de Francia.¹⁶ Consecuencia a largo plazo del *affaire* sería la incorporación definitiva del antisemitismo conspirativo al bagaje discursivo de la derecha política europea.

Los orígenes del mito de la conspiración judía en la Argentina del siglo XIX

En la República Argentina las primeras expresiones públicas de antisemitismo moderno, empleadas en el seno de argumentaciones políticas, precedieron en mucho a las migraciones israelitas masivas. En efecto, mientras en el seno de la élite intelectual y política liberal se desarrolla a lo largo del último cuarto del siglo XIX un proceso de impugnación de los efectos que la inmigración europea había provocado en la República¹⁷, las noticias acerca de la posibilidad del arribo de inmigrantes judíos despertó en muchos casos la alarma, la oposición y las reacciones prejuiciosas de voceros de aquella élite.

De tal modo, cuando - en ocasión de la oleada de *pogroms* y la puesta en práctica de nuevas leyes discriminatorias contra los judíos en Rusia tras el asesinato del Zar Alejandro II - el Presidente Julio A. Roca emitió el decreto del 6 de agosto de 1881 por el que nombró a José María Bustos como agente honorario en Europa con el

15 Idem

16 Acerca del Caso Dreyfus, Cf. Michel Winock, op.cit. y *La Fièvre hexagonale*, París, Calman - Lévy, 1987, León Poliakov, *La Europa ...*, Pascal Ory y Jean Francois Sirinelli, *Les intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Colin, 1996, Bruno Weil, *Dreyfus. Historia del escándalo judicial más escandaloso del siglo XX*, Buenos Aires, Claridad, 1941.

17 Tulio Halperín Donghi, "¿Para qué la inmigración? Ideología y política migratoria en la Argentina (1810 - 1914) en: *El espejo de la historia. Problemas Argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

encargo de dirigir hacia Argentina la emigración de los israelitas rusos¹⁸, las reacciones adversas no tardaron en hacerse escuchar.

En la ocasión, sin rechazar la inmigración judía pero oponiéndose a la intervención estatal para promoverla, afirmaba *La Nación* que:

“...traer oficial y artificialmente esta raza de hombres a nuestro suelo, con su constitución excéntrica de raza y de creencias, y aún de hábitos, es constituir un núcleo de población sin relación, sin incorporación, sin adherencia a la sociedad nacional que está formándose por la concurrencia de la inmigración extranjera que vive nuestra propia vida, y que se asimila por completo a nuestro mismo organismo (...) Poblemos, agregando al núcleo nacional elementos coherentes y no elementos heterogéneos que ni se asimilan a él y pueden más bien producir su descomposición o su enervamiento.”¹⁹

En esta óptica, la radical heterogeneidad israelita los incapacitaría definitivamente para integrarse a la comunidad nacional naciente. En la misma semana, uno de los periódicos franceses de Buenos Aires reproducía en sus páginas uno de los más persistentes estereotipos sobre los judíos, afirmando que si se permitía su afluencia, se dedicarían a la usura y a exprimir la riqueza del Estado, ya que “... el judío pertenece a ese tipo de seres dañinos siempre por instinto, por tendencia de raza ...”, por lo que sostiene que la iniciativa gubernamental no haría más que “... recoger desde afuera los nocivos insectos, los parásitos chupasangre”.²⁰ La reacción de la pequeña comunidad judía de Buenos Aires no tardaría en hacerse escuchar, poniéndose de su lado el diario de Sarmiento, *El Nacional*, lo que obligará al periódico dirigido por Emile Daireaux a retractarse²¹.

Si este tipo de expresiones reaparecería periódicamente en la argumentación de voceros del liberalismo, las de índole estrictamente conspirativa serán sobre todo, aunque no de modo exclusivo, patrimonio de los grupos vinculados a la Iglesia Católica. En el caso de la Iglesia, las nuevas acusaciones contra los judíos se articularán - y

18 Haim Avni, *Argentina y la historia de la inmigración judía. (1810 - 1950)*, Buenos Aires, Magnes/AMIA, 1983, pp. 86-88.

19 *La Nación*, 26 de agosto de 1881, p.2.

20 *L'Union Française*, 22 de agosto de 1881. Sobre la reacción de la prensa en ocasión de la llegada de los primeros inmigrantes israelitas cf. Leonardo Senkman, *La colonización judía*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1984, pp. 29 - 32.

21 Haim Avni, op.cit., p.90.

coexistirán - con las de más antigua data, en particular con la caracterización de los israelitas como pueblo deicida castigado por su pecado con la dispersión.²²

En la década de 1880 la implantación en Argentina de un conjunto de leyes laicas que, mientras fortalecían las potestades estatales en las esferas administrativas y educativas debilitaban el peso eclesiástico en esos ámbitos, habían reducido el peso político de la Iglesia Católica a su mínima expresión.²³ El clima intelectual, de carácter laico y hasta anticlerical que acompañó tal proceso fue percibido por la Iglesia como una alarmante amenaza.²⁴ El catolicismo argentino, en sintonía con el romano, atravesaba por aquel entonces una etapa de decidido rechazo a la modernidad, tal como se manifestaba en el *Syllabus* de 1864 de Pío IX.

La explicación del proceso de laicización por parte de uno de los más importantes de los políticos e intelectuales católicos del período, José Manuel Estrada, recurriría al tipo de argumentación por entonces en boga entre sus correligionarios europeos, al ubicar a su sector como víctima de una conspiración judeomasónica. Si en el combate contra las nuevas leyes los voceros del catolicismo las catalogaban como parte del “programa masónico de la revolución anticristiana”²⁵, en 1888 afirmaba Estrada denunciando los planes de instituir el matrimonio civil,:

“Los partidos revolucionarios, los sectores masónicos (...) dueños del gobierno y los judíos (...) dueños de las finanzas, esas conjuraciones contra el derecho, contra la justicia y contra la conciencia de las naciones : esos son los agentes que han producido en el mundo de las leyes el matrimonio civil.”²⁶

22 Esta milenaria caracterización, más allá de su empleo teológico, tendría ocasionales consecuencias jurídicas. En ocasión de solicitar la *Congregación Israelita Latina Sefaradim* de Santa Fe su personería jurídica en 1895, el Fiscal de Estado de la Provincia la denegó, argumentando que “.. el judaísmo se encuentra diez y nueve siglos atrás de nosotros, sostenido por una raza que, privada de patria, no puede dar otro testimonio de su existencia y conservación que su obstinación en no abrir los ojos a la luz del Nuevo Testamento, mostrándose siempre refractario a la venturosa transformación ofrecida en el mundo por virtud de la redención que ella expresa. Esto explica la proscripción universal de que siempre es objeto la descendencia del pueblo elegido, como si fuera una calamidad social... [por lo cual] demasiado se le concede con [la] tolerancia, para que le sea lícito pretender la protección y favor eficiente del Estado...” El dictamen del fiscal de Estado no impidió que el Gobierno de la Provincia de Santa Fe otorgara poco después la personería jurídica a la Congregación Israelita Latina.

23 Cf. Tulio Halperín Donghi, "1880: Un nuevo clima de ideas" en: *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

24 Cf. Néstor T. Auza, *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981, pp. 19 y ss., y del mismo autor *Corrientes sociales del Catolicismo Argentino*, Buenos Aires, Claretiana, 1984, pp. 23 y ss.

25 José Manuel Estrada, *Páginas del Maestro*, Buenos Aires, 1941, citado en: Cristán Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927- 1935)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p.29.

26 Discurso de José M. Estrada, 18 de octubre de 1888, citado en: David Rock, *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993, p. 52.

La argumentación de Estrada se inspiraba indudablemente en las acusaciones difundidas por *La Civiltá Cattólica*, y sus dardos se dirigían al judaísmo como a una entidad metafísica y no como un grupo humano observable. La circunstancia de que la población judía en Argentina resultara numéricamente insignificante tornaba por entonces imposible responsabilizar a los residentes israelitas de práctica conspirativa alguna, lo que no impedía a Estrada acusar de ello al judaísmo como entidad. En lo relativo a la masonería, si bien su influencia en la etapa resultó tan amplia que ha llevado a un autor a sostener que constituyó "... un poder hegemónico desde 1853 hasta el Centenario", lejos estaba de actuar de manera conspirativa.²⁷

Las teorías conspirativas no estuvieron ausentes de las concepciones del campo liberal. Si *La Bolsa* de Julián Martel resultó la expresión literaria argentina más difundida acerca de la conspiración judía mundial, no carecía de precedentes. Josefina Ludmer ha señalado con agudeza que la figura de Eleazar de la Cueva en *La Gran Aldea* de Lucio V. López (1884)²⁸ conduce directamente a *La Bolsa*, "porque con ese 'judío' se abre, en el sector patricio y político de la coalición del estado liberal, una historia que llega hasta el presente".²⁹ Miembro del mundo de los grandes negocios y las altas finanzas, Eleazar de la Cueva expresaba en cada acto su dualidad: era a la vez judío y cristiano, intervenía de manera oculta en los dos partidos político en pugna, sus agentes en la bolsa operaban en dos bandos, su quiebra comercial no lo arruinaba ni lo llevaba a los tribunales. De tal modo, como sostiene Ludmer, con su figura aparece "por primera vez en la literatura argentina, lo que se leerá en casi todos los panfletos posteriores: la 'política judía' de los dos bandos."³⁰ La endemoniada habilidad atribuida a los judío para incidir desde las sombras en las conductas de hombres e instituciones a los que imponen su voluntad, junto a la capacidad de emplear a la vez dos instrumentos aparentemente contrapuestos, resultan los fundamentos de la teoría del complot. Si *La*

27 Emilio J. Corbiere, op. cit., p. 145. El autor destaca la enorme influencia de la masonería en la segunda mitad del siglo XIX, destacando que - a excepción de los sectores cerradamente clericales - sus miembros se encontraban en las más diversas facciones políticas del período. La relevancia de la masonería en la vida política y social de la Argentina también ha sido destacada por Lappas, autor que destaca que aun en 1959 el Episcopado argentino la condenó apelando a teorías conspirativas. A. Lappas, *La masonería argentina a través de sus hombres*, Buenos Aires, edición del autor, 1966.

28 Lucio V. López, *La Gran Aldea*, Buenos Aires, CEAL, 1981.

29 Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil libros, 1999, p.71.

30 Idem, p.72.

Gran Aldea atribuye estas características a un personaje particular, *La Bolsa* acusará al colectivo israelita.

Pese a estar inspirada en fuentes del antisemitismo católico francés, *La Bolsa* se publicó por primera vez, como folletín, en las páginas de uno de los más tradicionales voceros del liberalismo argentino, el diario *La Nación*, entre agosto y octubre de 1891.

Julián Martel había concluido esta novela en diciembre del año anterior. La obra se proponía al lector como un comentario sobre la gran crisis económica de ese año y sus repercusiones en la Bolsa de Buenos Aires³¹, por lo que no resultó casual que el texto se publicara en el diario de Mitre, dada su oposición al gobierno de Juárez Celman.

La Bolsa constituye en un primer nivel de lectura una denuncia contra la decadencia de la sociedad tradicional argentina, en la que la función corruptora recae en la figura de los inmigrantes, presentados siempre con tonos sombríos, emparentándose de tal modo con la tradición aristocratizante de la literatura naturalista argentina expresada en obras como *¿Inocentes o culpables?* de Juan Antonio Argerich y *En la sangre* de Eugenio Cambaceres. La figura del advenedizo y la promiscuidad entre “la flor y nata de Buenos Aires, mezclada (...) con la escoria disimulada del advenecidismo en moda”³² resultan repugnantes para Martel, aunque la corrupción moral que caracteriza al inmigrante no esté representada en su novela por ningún personaje protagónico - al estilo del Genaro Piazza de Cambaceres - sino por conceptos genéricos expresados por el narrador o puestos en boca del principal protagonista, el doctor Glow. La responsabilidad recaía de tal manera en el cosmopolitismo y el poder del oro que minaban las instituciones y corrompían en definitiva a la propia patria.³³

Glow es miembro de la buena sociedad porteña, socio del Club del Progreso, habitante de un mundo de distinción y cultura. Caracterizado por la solidez de su familia, el buen gusto de su casa y muebles, la asistencia al Teatro Colón, la frecuentación de volúmenes ricamente encuadernados de las obras de Shakespeare, el prestigio de su actuación profesional, Glow se ve arrastrado por la fiebre especulativa e

31 Adolfo Prieto, *Diccionario básico de literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1968, p.26. Julián Martel era el seudónimo del periodista José María Miró (1867-1896), que escribió *La Bolsa* - su única novela - a la edad de 22 años.

32 Julián Martel, *La Bolsa*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1942, p.22. Véase al respecto: David Viñas, “Martel y los culpables del 90” en: *Literatura argentina y realidad política*, t.1, Buenos Aires, CEAL, 1994 y Gladys S. Onega, *La Inmigración en la literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1982.

integra sociedades fraudulentas, sin perder por ello la inocencia y la rectitud del juicio moral: no aparece sino como víctima de las fuerzas corruptoras, lo que lo arrastrará a la locura pero jamás a la pérdida de su honestidad.

¿Quiénes son entonces los culpables de la situación? El judío, esto es, no cierto banquero o especulador israelita sino el judaísmo concebido como “un ente catalizador de lo demoníaco (...) un ser metafísico que subyace encubierto y cuyo veneno se infiltra sigilosamente sin que las víctimas lo adviertan .”³⁴ El judío, como sostiene Ludmer, como representante del dinero, que es a la vez un sistema de representación: “Los judíos son el signo del signo dinero; una suerte de representación al cuadrado”, opuestos siempre a las figuras de la verdad: el honor, la nobleza, la nación, la religión.³⁵

Si el antisemitismo está presente a lo largo de todo el texto, a través de frecuentes manifestaciones de repugnancia hacia la constitución física y moral de los israelitas, el capítulo titulado *Más negocios, los judíos invasores y un can - can oportuno*, que constituye el corazón de la novela, nos devela el gran secreto: Argentina es víctima de la secular conspiración semítica. En efecto, a una larga serie de argumentos clásicos del antisemitismo, en los que el principio de contradicción no siempre es tenido en cuenta - los israelitas tan pronto son pintados como cobardes cuanto destacando su agresividad, son considerados tanto étnicamente sectarios cuanto deseosos de penetrar en todos los círculos sociales, además de ser caracterizados como vampiros de la sociedad moderna e incapaces de destacarse en las ciencias, las artes o las letras - el autor suma aquí el argumento conspirativo.

¿Recuerda aquel retrato que [Drumont] hace de la sociedad francesa probando ... no, no exagero, probando, si probando, que está sometido al yugo judío? Pues bien, la América, y especialmente la República Argentina, está amenazada del mismo peligro ...”³⁶

Si la acción judía a través del control de las finanzas y la prensa, y de una ilimitada capacidad de influir en el poder político y de corromper a los líderes de las naciones resultaba de una inusitada peligrosidad, la amenaza hebrea se volvería aterradora en caso de que estos actuaran - como nos advierte Martel, aunque de manera incidental en su obra - de consuno con los socialistas:

33 Gladys Onega, op. cit., p.77.

34 Idem, p.82.

35 Josefina Ludmer, op. cit., pp. 434 - 435.

36 Julián Martel, op.cit., pp.112 - 113.

¡Y la raza semita, arrastrándose siempre como la culebra, vencerá, sin embargo, a la raza aria! ¿Por qué? Por su constancia, por las inmunidades de que goza, por su riqueza, por su solidaridad, por su misma falta de ideal que la hace más práctica que la nuestra; pues mientras levantamos, con el pensamiento en lo alto este grandioso edificio, él, el judío viene minándola por su base, sin ruido, sin aparato, hasta que lo carcoma y haga desplomar! ... Y sobre sus ruinas se levantará entonces la religión judaica, fin ulterior a que propenden todos sus esfuerzos por hacerse dueños del mundo. Y su triunfo será más seguro todavía, si se le ocurre aprovechar el elemento socialista como fuerza de combate y dirigir la revolución social espantosa que se aproxima, ¡el cataclismo horroroso a cuyo lado sospecho que el drama de la Revolución Francesa parecerá un idilio!³⁷

De esta manera, Martel inauguró en Argentina la creencia en una asociación entre judaísmo y socialismo que, si en su obra resulta sólo incidental, tendría - como veremos más adelante - una central importancia para el pensamiento católico de las décadas sucesivas. Como señaláramos antes, Martel no hizo para ello más que reproducir de modo sintético las fantasías expuestas por Drumont en *La France Juive*.

¿A qué se debió la insistencia de Martel en el motivo antisemita, en una época en que el número de residentes judíos en Argentina era extremadamente reducido?. No es posible ensayar una respuesta sin presentar antes como postulado que el discurso del antisemitismo, en su pretensión de atribuir al colectivo de los judíos un conjunto de estigmas, se construye de manera autónoma respecto a la presencia y la práctica de sujetos judíos concretos. Si esta premisa es aplicable a todos los casos de antisemitismo, mucho más aún lo es para casos en los que, como el de Martel, el objeto de referencia no es un colectivo humano sino una entidad fantasmática, con lo que la presencia de habitantes judíos en la Argentina se torna un dato de poca importancia.

Como respuesta a este interrogante, Viñas ha sostenido que Martel no hizo más que exacerbar el malestar de los “antiguos señores” frente a los inmigrantes, centrando su acusación en los judíos - a los que probablemente no conocieran - pero que idealmente eran los extranjeros por antonomasia.³⁸ En efecto, el carácter de pueblo sin territorio, el estereotipo universal acerca del “judío errante”, la marcada singularidad cultural de los israelitas y su origen no latino que contrastaba con el de la mayoría de los inmigrantes, sumado a la tradicional perspectiva cristiana sobre los judíos, tornan muy verosímiles las hipótesis de Viñas acerca del carácter de extranjeros por antonomasia de los judíos para el pensamiento finisecular.³⁹

37 Idem, pp.113 -114.

38 David Viñas, op.cit., pp.252-253.

39 Como ha señalado David Viñas, resulta al menos insólito que varios comentaristas - como Adolfo Mitre y Juan Carlos Ghiano - no hayan reparado en la dimensión antisemita de *La Bolsa*. (op.cit., pp.248

Por su parte, Halperín Donghi agrega que en los años inmediatamente anteriores a la crisis económica se desarrollaron tentativas de penetración financiera en Argentina por parte de la banca de Europa continental, iniciativas que desde Londres fueron presentadas como un avance de las finanzas judías y de tal modo fueron transmitidas por algunos corresponsales de diarios porteños en la capital británica. De tal modo, la nostalgia de un pasado caracterizado retrospectivamente por la moralidad pública y privada llevaría implícita la de un indisputado predominio financiero británico.⁴⁰

Estos argumentos se deben completar atendiendo al predominio de la cultura literaria francesa entre los sectores letrados de la Argentina; y recordando el éxito de ventas de *La France Juive* y la puesta en boga del antisemitismo que generó la difusión de la obra de Drumont. En un medio tan receptivo a las ideas francesas como el del Buenos Aires finisecular, no se puede descartar que debamos buscar en el deseo de Martel de lograr un fácil éxito literario la explicación de la temática elegida para su novela. En este sentido, la ubicación de Martel “ en un lugar marginal entre los miembros de una élite del espíritu” que lamentaba que el prestigio social sólo se pudiera lograr por herencia o a través del dinero⁴¹, puede permitirnos interpretar a *La Bolsa* como un intento de colocar su figura en el centro del universo intelectual argentino, apelando para ello a una temática y unos motivos ideológicos que habían demostrado sobradamente su eficacia en otras latitudes.

Las teorías del complot reaparecieron en el escenario argentino pocos años después, con motivo de las disputas que generó en el ámbito local la recepción del Caso Dreyfus. Como en gran parte de los países occidentales, el gran *affaire* de fines del siglo XIX provocó en Argentina una clara divisoria de aguas: mientras el arco laico - liberales, socialistas y anarquistas - se alineó en defensa del capitán acusado de traición, los sectores clericales estaban convencidos de su culpabilidad. Tales tomas de posición no se derivaban sólo de la opinión que sobre la figura de Dreyfus tuvieran los sectores involucrados, ya que la polémica se convirtió en un debate en torno a los principios genéricos de la República, la igualdad ante la ley y la justicia. Este tipo de alineamiento

y ss.). A lo largo del siglo XX, *La Bolsa* fue publicada en sucesivas ediciones, habiendo sido empleada por largos períodos como lectura recomendada para los estudiantes de enseñanza secundaria.

40 Tulio Halperín Donghi, op.cit., pp. 220 - 221.

41 Emilio Herrera, “Los prejuicios raciales en la Argentina del 80: Julián Martel y su novela ‘La Bolsa’.”, en *Indice*, año I, N°2, abril de 1968, pp. 130 - 131.

explica que - como ocurría igualmente en otras latitudes - aún los liberales que en otras ocasiones habían sostenido posturas antisemitas se inscriban en el arco *dreyfusard* argentino, privilegiando su adhesión a principios universales por sobre la antipatía o el odio que le generaran los judíos considerados como grupo o individualmente.⁴²

El papel de vocero *antidreyfusard* en Buenos Aires recayó sobre *La Voz de La Iglesia*, que era el único órgano periódico católico que subsistía en la capital argentina a fines de la década de 1890. Este periódico, junto a *La Unión*, habían aparecido como órganos del catolicismo en 1882. Mientras *La Unión* era un periódico de tipo doctrinario, un instrumento político que tuvo una efímera existencia, *La Voz de la Iglesia*, de más larga vida, había "... nacido a la sombra del Palacio Arzobispal", resultando una publicación de contenido más específicamente religioso, y mucho más limitado intelectualmente que la anterior.⁴³ A lo largo de su trayectoria, el periódico en cuestión, limitado por su dependencia estrecha del Arzobispado, sería expresión de "... un periodismo católico de horizonte estrecho, poco informativo y de escaso interés para los lectores no devotos."⁴⁴

Fallecidos a lo largo de esa década los más notorios políticos e intelectuales de esa orientación, que habían enfrentado las reformas liberales impuestas a las instituciones estatales en los años '80, el pensamiento católico en Argentina atravesaba una situación de repliegue. El periódico en cuestión tenía una escasa difusión entre el gran público, lo que no implicaba que su influencia fuese nula, debido a que, como recordaba Groussac, sus ejemplares "... se esparcían, en cambio, por sacristías y cofradías, trascendiendo luego sus doctrinas al púlpito, desde donde se derramaban sobre la grey creyente - mujeril en su mayor parte - que los llevaba como pan bendito a los hogares".⁴⁵

La posición del catolicismo argentino era cerradamente *antidreyfusard* por varios motivos: su antiliberalismo, su antisemitismo y su repudio enérgico a la obra y a

42 Sobre la recepción del caso Dreyfus en Buenos Aires, cf. Daniel Lvovich, "*No es este un asunto de Francia sino un asunto de la humanidad*. Notas sobre la recepción del caso Dreyfus en Buenos Aires" en: Lucía Lionetti(comp.) *Ideas, proyectos e intelectuales en la política argentina contemporánea*, Tandil, Ediciones del Instituto de Estudios Históricos Sociales de la UNCPBA, 2001 (en prensa)

43 Néstor T. Auza, *Los católicos argentinos. Su experiencia política y social*, Buenos Aires, Claretiana, 1984, pp. 25 - 26. En 1886, Monseñor Aneiros emitió una pastoral en la que instaba a la lectura y protección de los periódicos de su jurisdicción: *La Voz de la Iglesia, La Unión, La Buena Lectura y La Esperanza*. Néstor T. Auza, *Católicos y liberales en la generación del Ochenta*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981, p. 418.

44 Néstor T. Auza, *Corrientes Sociales del Catolicismo Argentino*, op. cit., p.134.

la figura de Emile Zola, quién sería el abanderado de la defensa de la causa del condenado en la Isla del Diablo.⁴⁶

En *La Voz de la Iglesia* las instancias del caso Dreyfus y del proceso seguido contra Zola eran generalmente presentadas en la primera página - lo que nos da un indicio de la importancia que le otorgaban - bajo la forma de notas de opinión. En ellas se desarrollaba un cerrado antisemitismo, al que podemos considerar como de transición entre dos modelos, ya que combinaba por un lado los tópicos del catolicismo tradicional con los argumentos, generalmente de tono conspirativo, del moderno antisemitismo político.

De tal modo, este periódico podrá apelar a la más antigua de las acusaciones católicas contra los judíos para explicar las causas de los disturbios antisemitas en Francia, así como la de toda la animosidad contra los israelitas, señalando que no eran otra cosa que " ... el castigo del deicidio de los judíos obstinados de hace 1898 años".⁴⁷

El vocero eclesiástico no dudará, además, en dar por ciertas las versiones sobre los diversos complots en que, según afirmaban, estaban embarcados los judíos, argumentos cuya circulación en la Francia *antidreyfusard* - aunque no solo allí - era amplísima en aquel período. El principal de ellos era la constante referencia a la existencia de un amplio sindicato mundial judío, empeñado en salvar de su condena a un Dreyfus de cuya calidad de traidor no era posible dudar, teniendo en cuenta que opinaban que " ... esos judíos (...) no tienen más patria que el dinero y el interés".⁴⁸ De tal modo, *La Voz de la Iglesia* sostendrá insistentemente opiniones de un tono similar al que sigue:

"No es, pues, la justicia vilipendiada la que produce esta gran agitación en el mundo civilizado, y da pena decirlo, porque ello demuestra un estado moral

45 Paul Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Sudamericana, 1939, p.116.

46 Al respecto no resulta entonces sorprendente que Angel de Estrada, quien estuvo en París en ocasión de la revisión del proceso contra Dreyfus, se haya alineado con sus más fervientes opositores, ni que hubiera continuado siendo profundamente antisemita a lo largo de su vida. Cf. Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Kraft, 1944, pp.204 - 205.

47 José Maumus, "La cuestión judía", *La Voz de la Iglesia*, 24 de febrero de 1898, p.1. En el mismo sentido, la prohibición del Sultán de Turquía al asentamiento de judíos en Palestina, será entendida como un cumplimiento " ... de la profecía que los condenó a vagar por el mundo en expiación del pecado de haber negado y crucificado al Salvador". "Los judíos", *La Voz de la Iglesia*, 8 de octubre de 1898, p.1. Es este mismo antisemitismo católico tradicional el que explica que generalmente el diario se refiera a los judíos como a una secta, y que no falten las apreciaciones sobre el abandono por parte de los israelitas de la Biblia en favor del Talmud, al que se le atribuían siniestros designios.

48 *La Voz de la Iglesia*, 15 de febrero de 1898, p.1

enfermizo, sino el dinero de una secta que quiere salvar, precisamente de esa justicia, a uno de sus afiliados, que ha cometido un delito incalificable en los códigos de honor.”⁴⁹

Abundaban en sus páginas las fantasías conspirativas, que en un extremo lo llevarían a sostener que los judíos, en su afán de perjudicar al ejército francés, inspiraban a "... la amalgama de sociedades masónicas, comunistas, anárquicas que componen la revolución social ..." ⁵⁰, y en el otro, que los israelitas manejaban todo el oro del mundo - haciendo subir o bajar su precio según sus conveniencias - recurso que no sólo les habría permitido controlar la economía sino, además, comprar a la prensa, digitar a los intelectuales y sobornar a la justicia.⁵¹

La Voz de la Iglesia rara vez citaba sus fuentes. Cuando lo hacía, apelaba como autoridades a Henri Rochefort, vocero del más exaltado nacionalismo y director de *L'Intransigeant*, órgano del boulangismo; y a Edouard Drumont. Sin embargo, como es razonable considerar, no se apoyaba sólo en los medios *antidreyfusards* franceses sino además, aunque inexplicablemente jamás la citaran, en las líneas interpretativas expuestas en el órgano oficioso de la Santa Sede, *La Civiltà Cattolica*. Tal influencia se constata si consideramos que la interpretación que el periódico romano otorgó al Congreso Sionista de Basilea de 1897 - al que consideró como una asamblea de complotados que, tras la apariencia de una sesión en la que se discutiría sobre el rescate de Jerusalén, se dedicó a allegar fondos al sindicato dedicado a salvar a Dreyfus - fue reproducida de manera casi literal por el órgano de los católicos porteños.⁵²

El carácter exacerbado del antisemitismo de *La Voz de la Iglesia* no debe hacernos perder de vista su característica esencial: se dirigía a un enemigo imaginario, de contornos difusos, seguramente identificado con los males que para los católicos acarrearía la modernidad; y no contra individuos judíos concretos. Se trataba este de un verdadero antisemitismo sin judíos, que no requería de la presencia israelita para atribuir a individuos determinados las causas de los males de la sociedad, por las que era responsabilizada la fantasmática entidad judía.⁵³

49 *La Voz de la Iglesia*, 28 de enero de 1898, p.1.

50 *La Voz de la Iglesia*, 24 de enero de 1899, p.1

51 *La Voz de la Iglesia*, 13 de enero de 1898, 21 de enero de 1898, 12 de marzo de 1898, 19 y 20 de julio de 1898, 24 de enero de 1899, entre otros.

52 *La Civiltà Cattolica*, 8 de febrero de 1898, citado en L. Poliakov, op.cit., p. 77 y *La Voz de la Iglesia*, 7 de marzo de 1898, p.1.

53 Sobre el antisemitismo sin judíos, Cf. Bernard Glassman, *Anti-semitis Stereotypes without jews: Image of the jews in England, 1290 - 1700*, Detroit, Wayne State University Press, 1975.

A tal punto era esta su posición, que el periódico no realizó ningún esfuerzo por traducir las experiencias francesas a los términos del Río de la Plata. En efecto, el diario no hacía por aquellos años ni siquiera mención - con una sola excepción, en absoluto prejuiciosa - a la creciente inmigración israelita a la Argentina y, si consideraba a los judíos como peligrosos adversarios de Francia y, naturalmente, a la Sinagoga como enemiga eterna de la Iglesia, nada tenía que decir sobre los riesgos que podría sufrir la integridad de la Nación Argentina al incorporar población israelita.

Sobre la base de todo lo señalado hasta aquí, podemos afirmar que el antisemitismo que atribuía a los judíos las características de una fuerza conspirativa, se difundió en la Argentina de las últimas dos décadas del siglo XIX refractando las tendencias al respecto vigentes en Europa.

Las raíces de este pensamiento se encuentran en Francia y Roma, y su diseminación en Argentina se debió a la relevancia de la cultura francesa entre la intelectualidad argentina del período, y a la adscripción de la Iglesia local a las opiniones vertidas por los voceros del Vaticano. Sin embargo, para el pensamiento católico del período la figura del enemigo ocupada por el judaísmo, al que se le atribuían características perennemente conspirativas, no se transfería a la inmigración judía a la Argentina, sobre la que no emitió juicios negativos.

En la etapa asistimos a un cuestionamiento de los resultados del proceso migratorio, por el que la élite acusó al conjunto de los extranjeros arribados a la Argentina, y en particular a los italianos, de todos los males que atravesaba la República. En tal impugnación se emplearon tanto argumentos de índole política y social - se sostenía que los extranjeros habían importado de manera injustificada la cuestión social a la Argentina, se resistían a participar en las instancias políticas nacionales, ocupaban espacios sociales que no les correspondían, se enriquecían demasiado rápidamente - cuanto de índole biologicista: eran portadores de la degeneración física y mental de la raza. Si bien estas acusaciones se dirigían a la mayor parte de los inmigrantes; solamente los judíos fueron caracterizados por algunos voceros de la élite como enemigos, a los que no se les debería permitir establecerse en la Argentina.

Judíos y socialistas: El mito conspirativo en los inicios del siglo XX

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, la centralidad de la llamada *cuestión social* planteó en Argentina un problema que afectaba a la Iglesia en el nivel mundial: la competencia con la izquierda por la fidelidad de los sectores obreros y populares. El año 1891 marcó un cambio esencial en la actitud de la Iglesia Católica hacia el mundo moderno, ya que se trata del momento de la publicación por el Papa León XIII de la encíclica *Rerum Novarum*, documento fundador de la doctrina social de la Iglesia. En lugar de atrincherarse en el rechazo puro de los cambios sociales, como había sido el caso hasta entonces, los católicos recibieron un llamado a la reconquista del terreno perdido frente al liberalismo y al socialismo. *Rerum Novarum* representaba un cambio estratégico esencial, ya que la Iglesia debía, a partir de aquel momento, tener en cuenta otras fuerzas que competían por el lugar que ella pretendía recobrar y que cuestionaban el papel que quería jugar: la burguesía liberal y el movimiento socialista. En la lucha contra ambos enemigos irreconciliables, la Iglesia reivindicaba ahora el derecho a pronunciarse sobre los problemas sociales del mundo moderno. Según la encíclica, el último siglo había destruido, sin sustituirlas, a las corporaciones que protegían a los trabajadores, dejándolos aislados y sin defensa frente a la codicia de los patrones y la inhumanidad de una competencia desenfrenada, que sumadas a la concentración de la propiedad en la industria y el comercio, imponían un yugo casi servil a las enormes masas de trabajadores.

Una percepción nostálgica del perdido orden medieval explicaba las transformaciones acarreadas por la modernidad como decadencia: la causa última de los males del siglo residía en que todo principio y sentimiento religioso había desaparecido de las leyes e instituciones públicas.

Este momento de la historia del catolicismo ha sido definido como el de la construcción de un tercer espacio ideológico, antisocialista y antiliberal. En este conflicto triangular, liberalismo, catolicismo y socialismo podían efectuar acercamientos entre ellos, pero la reconciliación resultaba inconcebible.⁵⁴ Gustavo Franceschi recordaba varias décadas después, que la Democracia Cristiana - a la que

⁵⁴ Emile Poulat, *Eglise contre bourgeoisie. Introduction au devenir du catholicisme actuel*, París, Casterman, 1977, citado en: Lila M. Caimari, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y Sociedad en la Argentina (1943 - 1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp.39 - 40.

adhirió en 1901, siendo seminarista - se apartaba por igual en su programa del individualismo liberal y el colectivismo socialista, y afirmaba querer:

“... la reconstrucción social sobre la base de la corporación. (...) Quiere, por lo tanto, el individuo dentro de la Corporación, la Corporación dentro del Estado y el todo formando la Nación”.⁵⁵

La Iglesia argentina, que había completado a fines del siglo XIX su proceso de *romanización* - esto es, de homogeneización de sus posiciones con las de la Iglesia Universal y de alineamiento con la autoridad papal - no tardaría en reorientar la organización del laicado de la cuestión educativa, prioritaria hasta el momento, a la social, manteniendo las experiencias políticas en un segundo plano de importancia.⁵⁶

El primer promotor del catolicismo social en Argentina fue el sacerdote redentorista alemán Federico Grote, que en 1892 fundó los Círculos de Obreros Católicos. Los Círculos eran entidades mutuales, muy alejadas del modelo tradicional de sindicato obrero, que proveían a sus adherentes servicios sociales y adoctrinamiento cristiano, funcionando generalmente en el ámbito de las parroquias. En 1896 existían 17 círculos con 4.000 afiliados, alcanzando en 1913 la cantidad de 70 círculos y 24.000 afiliados,⁵⁷ mientras en 1914 se afirmaba que 20.000 ejemplares de *El Trabajo*, mensuario de los Círculos, se distribuían de manera gratuita entre los obreros miembros de la institución.⁵⁸ Un buen indicio de la importancia de los Círculos de Obreros es su capacidad de movilización. Según fuentes católicas, 35.000 personas participaron de la manifestación con la que se festejaron las Bodas de Plata de la institución.⁵⁹

Desde un comienzo, la orientación de los Círculos, y de su Federación Nacional fundada en 1898, fue más antisocialista que antiliberal, dedicando gran parte de sus expresiones públicas a repudiar la doctrina y la práctica de las expresiones políticas y sindicales identificadas con la izquierda.⁶⁰ Ya el primer artículo del estatuto fundacional de los Círculos de Obreros sostenía que:

⁵⁵ *Criterio*, 2 de agosto de 1934, p. 317.

⁵⁶ Lila Caimari, op.cit., pp. 41 y ss.

⁵⁷ Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas*, Buenos Aires, Sudamericana / Universidad de San Andrés, 1995, p.52.

⁵⁸ *El Trabajo. Órgano central de los círculos de obreros de la República Argentina*, mayo de 1914, p.1.

⁵⁹ *Dios y Patria. Órgano de la Parroquia de Nuestra Señora de Buenos Aires*, año I, N°30, 27 de mayo de 1917, pp. 4 - 5.

⁶⁰ Cf. Federico Grote, *De como el socialismo explota al obrero actualmente y lo explotará en el estado que pretende crear* (Conferencia), Buenos Aires, Escuela Tipográfica del Colegio Pío IX de Artes y Oficios, 1904; Federico Grote, *El Socialismo*, Friburgo (Alemania), Herder y Cía., 1904.

"Esta Asociación se funda en la Capital de la República Argentina , con el fin de defender y promover el bienestar material y espiritual de la clase obrera en marcada oposición a la funesta propaganda del socialismo y de la impiedad que, mediante promesas engañosas de efímera felicidad, llevan al obrero a su ruina temporal y eterna y acarrear a toda la sociedad males incalculables" ⁶¹

Otras experiencias de los católicos sociales fueron la Liga Democrática Cristiana (1902-1910) y su sucesora, la Unión Democrática Cristiana que se prolongó hasta 1919; y la *Liga Social Argentina* (1908-1919), fundada por Emilio Lamarca. La acción principal de la Liga Social fue de difusión doctrinaria, a través de la organización de cursos y conferencias y la fundación de la principal biblioteca del pensamiento católico, que sería la base de la de los Cursos de Cultura Católica.

Paralelamente, intelectuales católicos que pugnaban por un "renacimiento" que se inspiraba en el pensamiento contrarrevolucionario europeo fundaron en 1904 *El Circulo*, al que concurrían "...católicos militantes en la derecha conservadora y figuras del conservadurismo."⁶² En 1917 surgió el Ateneo Social de la Juventud, entre cuyos iniciadores se encontraban jóvenes que tendrían una destacada actuación posterior en los ámbitos del nacionalismo católico, como Tomás Casares y Atilio Dell'Oro Maini. Entre sus referencias intelectuales se encontraban los más importantes pensadores ligados a los movimientos de restauración católica en Europa, como Jacques Maritain, Étienne Gilson y Garrigou Lagrange en Francia, el Cardenal Newman, Chesterton y Belloc entre los ingleses, el italiano Giovanni Papini y el español Ramiro de Maetzu.⁶³

En 1912, Miguel de Andrea reemplazó a Grote como asesor espiritual de los Círculos de Obreros. Formado en la Universidad Gregoriana de Roma, regresó al país en 1900, convirtiéndose cuatro años después en secretario privado del Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Espinosa. De Andrea compartía las ideas sociales del catolicismo europeo: en su óptica, sólo la acción organizada de los católicos podía evitar la adopción del socialismo por los obreros, como consecuencia de la existencia del estado liberal e individualista.⁶⁴ De Andrea imprimió un cariz patriótico a los Círculos

Para los datos biográficos de Grote, cf. Alfredo Sanchez Gamarra, *Memorias del Padre Grote*, Buenos Aires, Edición de la Federación de Círculos Católicos de Obreros, 1972.

61 Néstor Auza, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, Bs As., Docencia, 1987, vol. I, p.33

62 Carlos Floria, *Pasiones Nacionalistas*, Buenos Aires, F.C.E., 1998, p.79.

63 Idem, pp. 79 - 80.

64 Lila Caimari, op. cit., p.44; Francisco J. Sagasti, *Monseñor de Andrea y el Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, A. de Martino, 1924., *Monseñor Miguel de Andrea. Su pensamiento, su obra*, Buenos Aires, Kraft, 1957.

de Obreros Católicos, que comenzaron a celebrar en público las fiestas nacionales. Bajo su dirección, el catolicismo social ganaría dinamismo y presencia pública, destacándose entre las iniciativas del período la creación de la Universidad Popular⁶⁵ y el lanzamiento, desde comienzos de 1916, de una campaña de conferencias callejeras destinadas a disputar el espacio público al socialismo, para " ... ganar la calle y bautizar a las muchedumbres con las ideas de regeneración social cristiana" ⁶⁶

Si el combate contra el socialismo, la decadencia moral y el laicismo constituyen el núcleo de las preocupaciones del catolicismo en los primeros años del siglo XX, el tópico antisemita, aunque totalmente ausente en el discurso de sus principales dirigentes, como Grote y de Andrea, aparecerá en el período - aunque sin la frecuencia obsesiva que notaremos en la década de 1930 - en las distintos voceros periodísticos ligados a las instancias eclesásticas.

A diferencia de la época del Caso Dreyfus, en este período - aún cuando el judaísmo conserva para sus impugnadores el carácter de entidad fantasmática identificada con los males de la modernidad - aparece entre los católicos una oposición a los judíos reales, a los inmigrantes a la Argentina, a los que se atribuían oscuras intenciones. En esta línea, el vocero oficial del Arzobispado no dudará en reproducir un artículo en el que se afirmaba que la colonización judía de Entre Ríos buscaba implantar en América un Estado Judío independiente.⁶⁷ En ocasiones, este tipo de prevenciones eran compartidas también con voceros del campo liberal, que veían en la conservación de la particularidad cultural judía en las colonias litorales la simiente de un Estado israelita en tierras argentinas.⁶⁸

El tipo más frecuente de intervención antisemita en los diarios católicos tendía a emparentar o a identificar socialismo y judaísmo, reduciendo en muchos casos a

65 Nacida en 1913 bajo el auspicio de la Junta Central de los Círculos de Obreros Católicos, la Liga Social, la Unión Democrática Cristiana y la Academia del Plata, la Universidad Popular se proponía llegar a los obreros, los empleados y los "ciudadanos conscientes". Entre sus docentes se encontraban Atilio Dell'Oro Maini, Dionisio Napal y Gustavo Francheschi. *El Trabajo. Organo central de los Círculos de Obreros de la República Argentina*, junio de 1913, p.2

66 Napal. *El escritor, el orador, el apóstol*, Buenos Aires, Editorial Stella Maris, 1941, p.76.

Las fuentes evaluaban como muy exitosas estas conferencias, en las que tuvieron activa participación, entre otros, figuras como Dionisio Napal, Samuel Medrano, Alberto Molas Terán y Gustavo Francheschi.. Entre marzo de 1916 y junio de 1917 se organizaron 186 asambleas al aire libre y 64 con entrada libre en teatros y salones. Se pronunciaron 698 discursos y la propaganda escrita alcanzó las 301.900 hojas y opúsculos. Se emplearon 222.150 carteles murales anunciando las conferencias, y el número de oyentes de las conferencias se aproximó a los 250.000. *El Pueblo*, 15 de marzo de 1918, p.2

67 *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, año IX, t.9, 1909, pp. 197 - 198.

68 Véase, por ejemplo, "Israel en la tierra prometida", *La Nación*, 19 de junio de 1914, p.11.

ambos adversarios a una imagen que los unificaba. Aunque a lo largo de la primera década del siglo afirmaciones de esta índole fueron publicadas de manera esporádica, a fines del año 1909 alcanzarán una atención central para la prensa católica.

La relevancia otorgada al tema en aquel momento se relaciona indudablemente con el atentado del 14 de noviembre de 1909 contra el coronel Ramón Falcón, con el que el joven anarquista Simón Radowitzky vergó la represión policial de la manifestación del 1º de mayo de ese año.

El atentado conmovió a la opinión pública, y el impacto sobre la comunidad judía fue muy importante. En efecto, la gran prensa y funcionarios gubernamentales harían responsables del atentado de manera colectiva a los judíos, en especial a los inmigrantes de Rusia, multiplicándose los gestos de hostilidad e incrementándose la vigilancia sobre los nuevos inmigrantes.⁶⁹ Los obreros judíos, que desde 1906 participaban de las manifestaciones públicas, fueron colocados, al conocerse la identidad de Radowitzky, en el foco de la hostilidad de las clases dirigentes. Paralelamente, cuando la sociedad *Ezrah* solicitó por entonces al intendente municipal de Buenos Aires la concesión de un terreno para la construcción de un hospital, la solicitud fue denegada, dándose como razón expresa el "*atentado judío*" contra el Jefe de Policía. Al mismo tiempo, existieron casos de enfermos judíos que tropezaron con dificultades, e incluso con una franca negativa, al solicitar ser admitidos en hospitales municipales.⁷⁰

No resulta sorprendente que en la oportunidad los periódicos católicos hayan decidido "denunciar" el secreto que encerraba en sí el socialismo: su origen judío y su sumisión a los intereses de los israelitas. En efecto, en los últimos días de diciembre de 1909 *La Voz de la Iglesia* publicó, a modo de folletín, la primer exposición sistemática de la teoría de la conspiración judeosocialista, desplegando una serie de tópicos que se repetirían hasta el hartazgo en los años sucesivos. La forma en que estos argumentos eran presentados nos sugiere que en la ocasión el periódico creía estar develando un secreto, explicando una verdad evidente pero oculta por años.

Se sostenía allí que el origen y la impulsión de la idea socialista es judía porque "solo la raza hebrea extendida por el mundo saldría beneficiada del nuevo orden social, si llegara a implantarse", ya que el día que triunfe el socialismo se realizará la

69 Haim Avni, op. cit., p. 185.

interpretación que los rabinos dan a las promesas hechas al pueblo hebreo de que le será dado el dominio sobre todas las naciones de la tierra. El socialismo nació de la masonería - continuaba *La Voz de la Iglesia* - la que a su vez no es sino el brazo ejecutivo y el instrumento del judaísmo. Además de eso, continúa, fueron judíos los iniciadores del socialismo como fuerza organizada, empezando por Marx y Engels, lo que explica que los maestros del socialismo y los líderes partidarios maldigan a los patrones y a la burguesía industrial, pero no digan una palabra sobre Rotschild y las finanzas judías.

Estos artículos también sostenían que el rechazo de los socialistas y anarquistas a las ideas de familia, patria y propiedad, resultaba absolutamente semita, ya que cuando la familia cristiana se debilitó a partir de las leyes del matrimonio civil y divorcio, la familia hebrea fue adquiriendo preponderancia sobre ella; el judío niega la idea de patria, porque su patria es el mundo que le fue dado a su raza en heredad para esclavizar al resto de los hombres; los socialistas son enemigos de la propiedad porque el judío no produce nada: es comerciante e intermediario, banquero y prestamista. Les conviene por lo tanto, concluía, que la producción se realice con el régimen colectivo para ocupar una posición dominante.⁷¹

El periódico - que frecuentemente reproduce artículos de Maurice Barrés y cita a *La Libre Parole*, quienes constituían dos de sus principales fuentes de inspiración - publicará hasta su desaparición en octubre de 1911 varios artículos de esta índole, en los que la visión conspirativa se completará en sus más variados matices: Si en ocasión de comentar las alternativas del *Asunto Ferrer* en España sostendrá que “Se ve al proletariado reducido, como de costumbre, a servir de instrumento inconsciente de la logia y de la sinagoga”⁷², no tendrá dificultad poco después en presentar el complot judío en su clásica visión bifronte:

“... el judaísmo de todos los tiempos, pero especialmente el actual, ha declarado guerra a muerte a la Iglesia; para enrolar a la burguesía se apoderó de la masonería, para contar con el proletariado, se hizo dueño del socialismo.”⁷³

70 Idem, p.286.

71 “Del origen semita del socialismo”, *La Voz de la Iglesia*, 29, 30 y 31 de diciembre de 1909, p.1

72 “Epílogo del asunto Ferrer”, *La Voz de la Iglesia*, 16 de febrero de 1910, p.1. Francesc Ferrer i Guàrdia (1854 - 1909), intelectual anarquista español e impulsor de la Escuela Moderna, fue acusado falsamente en 1906 por el intento de asesinato de Alfonso II. Fue acusado como responsable de la Semana Trágica - insurrección popular ocurrida en Barcelona en la última semana de julio de 1909 - y ejecutado junto a otros 4 líderes anarquistas. La detención y ejecución de Ferrer desató una campaña internacional de condena, que también se manifestó en Argentina.

73 “Socialistas y judíos”, *La Voz de la Iglesia*, 17 de febrero de 1910, p.1.

El judaísmo poseía en esta óptica un poder absoluto, que le permitía corromper a distintos líderes políticos - Alfredo Palacios fue acusado de estar comprado por el oro hebraico - y dirigir a su antojo la opinión pública fomentando la hostilidad hacia la Iglesia a través del control de la prensa y las agencias noticiosas internacionales.⁷⁴

Pasada la conmoción causada por el atentado de Radowitzky, la hostilidad de los órganos del catolicismo hacia los israelitas no disminuiría, focalizándose cada vez más en la figura de los inmigrantes que residían en Argentina. De este modo, *El Pueblo* se alarmará ante el peligro judaico en la Argentina, en un artículo que sería comentado favorablemente por la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, que afirmaba que la inmigración israelita crecía en el período de manera alarmante.⁷⁵

El problema no consistía para ambos voceros del catolicismo sólo en la cantidad de inmigrantes, sino también en que - carentes de escrúpulos y preocupados únicamente por enriquecerse rápidamente, sin reparar en la legalidad de los medios con que lo lograban - habían logrado el control absoluto de:

"Los grandes negocios con frutos del país, con los huesos, carnes, lanas, maderas, artículos de construcción, piedras preciosas, etc., como igualmente los comercios a plazos semanales de compraventa, préstamos particulares, usureros, están en manos de esta gente, igualmente que los sucios cambalaches, fondines de pésima fama y despachos de bebidas alcohólicas"

El predominio de los judíos en la economía, según los voceros del catolicismo argentino, era tan amplia que no existía actividad que escapara a su control:

"El comercio de granos está completamente dominado por tres o cuatro grandes casa judías, que imponen en nuestros mercados el precio de los cereales. El trust de los molineros, que existe desde hace años, ha sido hecho por una casa de propiedad judía, que es la causante de que se pague en Argentina el pan tan caro (...) Otra ganancia no menor proporcionan el trust de la carne, el trust de los ferrocarriles, el de las compañías de seguros y el de los introductores de artículos rurales, etc. En todas estas operaciones, el judío, su capital, su viveza comercial, tienen un lugar preferente y posiciones poderosas. De los millones del capital extranjero invertido en empresas particulares, en bancos, compañías y deudas públicas, más de la mitad proviene seguramente del judío. Para defender los intereses de su capital ha conquistado a la prensa, que sabiendo o no, le presta grandes servicios".

Pese a ser acreedores de más de la mitad de las deudas del estado, los bancos y las empresas argentinas - continuaba el artículo - los judíos se destacan también por su fervorosa adhesión al socialismo y el anarquismo, lo que no les impedía actuar al mismo

74 *La Voz de la Iglesia*, 29 de enero, 3 de febrero y 17 de febrero de 1910: 17 de mayo y 6 de julio de 1911.

75 *El Pueblo*, 28 de enero de 1913, p.2; *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, año XIII, t.XIII, 1913, p.300. El tiraje de *El Pueblo*, de 18.000 ejemplares diarios en 1913, aunque limitado en

tiempo como delatores al servicio de la policía. El alarmante panorama se completaba con una presencia hebrea cada vez más considerable en el foro, la medicina y la prensa, fenómeno que auguraba un próximo predominio judío en estas actividades.

Pos supuesto, aunque el prejuicio que animaba el texto tornaba algunas afirmaciones exageradas hasta lo inverosímil, y en otros casos la supuesta descripción resultaba totalmente disparatada - como en los ejemplos del supuesto control judío de los ferrocarriles o la carne - a comienzos de la década de 1910 existían judíos en muchas de las actividades del país. De tal modo, así como existían judíos socialistas y anarquistas, también los había entre los grandes y pequeños comerciantes, entre los profesionales y los tratantes de blancas, entre los estudiantes y los banqueros. La mirada antisemita provocaba que sobre esta constatación real, se atribuyera falsamente a cada individuo judío la participación en un colectivo que motivaba sus actos, orientándolos supuestamente hacia la conquista del poder y la riqueza en cada uno de los ámbitos en que se desempeñaban. A ello se sumaba que, desde una perspectiva que negaba toda posibilidad de pluralismo, la presencia israelita no podía ser tematizada sino como una invasión.

Evidentemente, este tipo de afirmaciones no era patrimonio exclusivo de los núcleos católicos, ya que fue compartida por algunos voceros liberales y conservadores del período desarrollaban una mirada similarmente prejuiciosa. En ocasiones se combinaban con otros argumentos para sugerir que se estableciera una política migratoria selectiva, que excluyera a las *razas inferiores* entre las que se englobaba a los judíos. Entre ellos, Francisco Stach sostenía que la inmigración judía rusa era responsable del aumento de la criminalidad y de las quiebras fraudulentas, afirmaba que los israelitas se estaban adueñando de todos los recursos económicos de la nación y estaba convencido de que “.. no hay otra raza de las que viven en Europa que fuera tan degenerada como lo es la judía. Y el día de hoy en los manicomios y asilos para idiotas de la Capital tenemos un crecido número de degenerados e idiotas de origen judío.”⁷⁶

comparación con los grandes periódicos de la época, distaba de resultar insignificante. Cf. Sylvia Saïta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p.33.

76 Francisco Stach, “La defensa social y la inmigración” en *Boletín del Museo Social Argentino*, t.V, 1916.

Estos y otros prejuicios se difundirían también en el ámbito educativo. Desde 1917 los Hermanos de las Escuelas Cristianas publicaron dos libros, *La Tierra y La Argentina* que se emplearían en los años siguientes como textos para la enseñanza primaria y secundaria. Mientras en *La Tierra* se sostenía que en Rusia vivían más de seis millones de judíos dedicados al oficio de taberneros y de usureros, en *La Argentina* se afirmaba que "... la inmigración rusojudía ha resultado un presente griego para la Nación Argentina..." debido a que se trata de "... un elemento que encierra en sí un verdadero peligro moral y económico ..." ya que su característica es llevar una vida parasitaria basada en la usura. *La Argentina* también sostenía que:

"... el barón Hirsch, este moderno Moisés de frac, monóculo y corbata blanca, coge la ocasión por el cogote para dirigir el éxodo de los judíos expulsados a la República Argentina, en la seguridad de que aquí no se le opondrá obstáculos a la creación de su nueva Palestina"⁷⁷

La Argentina empleaba como fuentes para sus afirmaciones antisemitas *La República Argentina en 1910* de Colombo y Urien y la 3ª edición del *Diccionario Geográfico Argentino* de Francisco Latzina. Gracias a la elogiosa reseña publicada en *La Nación* por el propio Latzina, sabemos que el autor de *La Tierra* fue el director del Colegio Lasalle, R.H.Damián, aunque desconocemos quién fue la persona que escribió *La Argentina*.⁷⁸

Aunque ambos manuales no figuraban en la lista de los textos aprobados por el Consejo Nacional de Educación, su uso era habitual en las escuelas públicas. Los dos libros estaban destinados a "la enseñanza primaria, secundaria y comercial" y se publicaron - según el comité de la colectividad israelita que gestionó la supresión de su uso ante el Presidente del C.N.E., Dr. Angel Gallardo - por centenares de miles de ejemplares.⁷⁹

Sin embargo, y pese a las protestas, este libro se seguiría empleando por un tiempo considerable. Aún en 1934 *La Tierra* se continuaba usando como libro de texto en Entre Ríos y otras provincias. En 1936 el Consejo Nacional de Educación derogó un

77 H.E.C., *La Argentina. Estudio Físico, etnográfico, político y económico*, Buenos Aires, Librería de José Moly, 8ª ed., s/f, pp. 149 - 150. A lo largo de todo el libro no encontramos injurias dirigidas a los otros grupos inmigrantes, aunque se critique a la liberalidad de las leyes por permitir el ingreso de anarquistas y otros elementos disolventes.

78 *La Nación*, 18 de julio de 1898, p.3. Pese a sus prejuicios antisemitas, Latzina había participado de las actividades de los *dreyfusards* de Buenos Aires. Ver Daniel Lvovich, op. cit.

79 "Textos escolares antisemitas. Gestiones para su supresión" en: *Israel(Mundo Hebraico Argentino)*, año III, tomo III, N°37, 1º de abril de 1919, p.921 y "Textos escolares antipatrióticos y antisemitas", en: *Israel(Mundo Hebraico Argentino)*, año II, tomo II, N°34, 1º de febrero de 1919, pp. 769 - 771.

decreto del año 1933, por el cual las autoridades escolares - haciéndose eco de la protesta de los representantes diplomáticos de ciertas naciones a cuyos habitantes se injuriaba - habían retiraban al libro de los Hermanos Cristianos la calidad de texto aprobado. Mientras los pasajes que habían motivado las protestas diplomáticas fueron suprimidos, los enunciados antisemitas se mantuvieron inalterados en la edición nuevamente autorizada.⁸⁰

La asociación entre judaísmo y socialismo era permanentemente postulada por los medios católicos. Tal asociación no se derivaba sólo de la presencia de militantes y dirigentes judíos en el Partido Socialista ni de la existencia de una importante participación sindical de los trabajadores israelitas⁸¹, sino ante todo de las ya antiguas tesis conspirativas del catolicismo acerca del carácter del judaísmo.

En ocasión del triunfo socialista en las elecciones legislativas de 1914 en la Capital Federal, la calificación del evento como una victoria de la comunidad judía motivó una respuesta de la prensa israelita.⁸² La caracterización de la victoria socialista como un éxito judío no hacía más que radicalizar los argumentos que se habían escuchado un año antes, en ocasión del sorpresivo triunfo electoral del P.S. en las elecciones de la ciudad de Buenos Aires llevadas a cabo el 30 de marzo de 1913. En ese momento, *La Nación* había descalificado a algunos candidatos socialistas por ser extranjeros naturalizados, mientras en una circular del Comité Nacional de la U.C.R. se explicaba la derrota como el resultado de “una siniestra conjuración tramada por el régimen imperante”, que en su afán de derrotar al Radicalismo “no ha vacilado en prestar su concurso a una secta, compuesta en su mayor parte de extranjeros sistemáticamente enemigos de todo bien común”.⁸³ Carlos Ibarguren recordaba que el pánico se apoderó de los círculos conservadores ante el triunfo socialista de 1914, a tal

80 *Mundo Israelita*, 20 de octubre de 1934, pp. 1 y 2 y 29 de febrero de 1936, p.1, *Israel*, 9 de junio de 1933, p. 8

81 Cf. Edgardo Bilsky, “Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino” en: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 4, N°11, abril de 1989.

82 “Los israelitas y las elecciones”, *El Israelita Argentino*, año I, N° 18, 15 de abril de 1914, pp. 1- 3. Pese a que resulte imposible constatarlo de manera fehaciente, aparentemente el voto judío en la ciudad de Buenos Aires se distribuía en la década de 1910 entre el Partido Socialista y la Unión Cívica Radical. Victor Mirelman, “The Semana Trágica of 1919 and the jews in Argentina” in : *Jewish Social Studies*, N°37, 1975, p.72.

83 Citado en: Enrique Garguin, “La marea roja. El triunfo socialista en las elecciones porteñas de 1913” en: *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* N°6, segundo semestre de 1999, p.168.

punto que en una reunión de senadores de esa extracción, a la que sumó el radical Crotto, existió un “asentimiento general acerca de la conveniencia de calificar el voto, al menos el de los extranjeros nacionalizados”.⁸⁴ De tal modo, en un clima signado por la identificación del socialismo con los extranjeros, no resultan extrañas las afirmaciones respecto al rol de los judíos, *otros* por excelencia en la cultura occidental.

La Unión Democrática Cristiana, que defendía en 1914 y 1915 propuestas de representación política que anticipaban el corporativismo, sostenía que la conspiración judeomasónica, responsable del origen del socialismo, era el factor que impedía que la Iglesia Católica aportara la verdadera solución a la *cuestión social*.⁸⁵ Tanto *El Pueblo* cuanto *El Trabajo* solían denominar *la Sinagoga* al Partido Socialista, o bien referirse a este como *El partido de los Chertkoff* - dando por sentado que las relaciones maritales de algunos dirigentes partidarios evidenciaba el carácter indudablemente judío de la agrupación - mientras en ocasiones apodaban a Juan B. Justo como *Gran Rabino* y a los dirigentes socialistas como *levitas*.⁸⁶ A menudo, estos modos de referirse a los socialistas tenían como objetivo principal lograr su descalificación, ya que el empleo a modo de insulto de conceptos relacionado con el judaísmo da por supuesto el carácter pernicioso que atribuían a los israelitas. En otras ocasiones, la identificación entre judaísmo y socialismo estaba mediada por el uso de aquel tipo de expresiones, que actuaban a la vez como descripción y condena. En esta dirección, *El Pueblo* sostenía que: “A los judíos en las personas de la familia Chercoff les debemos los argentinos el azote de la plaga más dañina que hayamos tenido: el socialismo ...”⁸⁷ e informaba a sus lectores que los estudiantes de la Reforma cordobesa no eran otra cosa que servidores de “... la familia Chercoff socialista anticlerical”.⁸⁸ También los Círculos de Obreros

84 Carlos Ibarguren, *La Historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1955, p.298.

85 “El socialismo es de origen judío”, *Acción Democrática* (Órgano de la Unión Democrática Cristiana), enero de 1915, citado en: Eduardo Zimmerman, op.cit., pp. 54 - 55. Muy importante como órgano doctrinario, aunque su tirada alcanzó en su mejor momento sólo mil ejemplares, *Acción Democrática* apareció entre 1913 y 1919. En la actualidad sólo se conservan algunos pocos ejemplares. Néstor T. Auza, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, T.II, *Monseñor de Andrea. Realizaciones y conflictos*, Buenos Aires, Docencia - Don Bosco - Guadalupe, 1987, pp. 310 - 312.

86 *El Trabajo. Órgano Central de los Círculos de Obreros de la República Argentina*, mayo de 1914, p.5; junio de 1914, pp.6-7, agosto de 1914, p.9, diciembre de 1914, p.5. Entre 1917 y 1918 este tipo de referencias era habitual en las páginas de *El Pueblo*.

87 “La raza judía en Entre Ríos. Un protector que le cuadra”, *El Pueblo*, 3 de enero de 1918, p.1.

88 *El Pueblo*, 30 de julio de 1918, p.1.

acusaban insistentemente a los estudiantes cordobeses de actuar en contubernio con los judíos y los partidos laicos e izquierdistas.⁸⁹

La siempre presente mirada conspirativa sobre judíos y socialistas percibió como una confirmación de sus peores temores los contactos entre la organización sionista socialista *Poalei Sión* y el Partido Socialista. Cuando la agrupación judía curso una nota invitando al Partido Socialista a un mitin para celebrar el primer aniversario de la Declaración Balfour, y solicitando del PSA el reconocimiento que ya había obtenido de varios partidos europeos y de la Internacional Socialista⁹⁰, parte de la opinión católica entendió que ganaba corporalidad la temida amenaza:

"... el pacto se ha realizado y las dos sinagogas, la roja de los socialistas y la negra de los judíos, han quedado refundidas. En adelante tendremos a los judíos politiqueando. A la vuelta de pocos años acaso los tengamos en el congreso (...) el peligro judío no es cosa de leyenda ; es una inquietante realidad. Las posibles resultancias de esta judaización del socialismo acaso podamos apreciarla pronto. Por el momento, no fuera malo averiguar como se podría resistir por los hombres patriotas la influencia judía en la República Argentina."⁹¹

Como veremos, este llamado a la resistencia ante el peligro judío pronto encontraría eco entre sectores decididos a emplear la violencia física.

Sin embargo, la existencia de este conjunto de acendrados prejuicios no impidió que el flujo migratorio israelita hacia la Argentina se mantuviera e incrementara. De acuerdo a la estimación de Sergio della Pergola y V.O. Schnelz la población judía de la Argentina era en el año 1900 de 15.000 personas, en 1905 de 25.000 y alcanzó en 1910 los 68.000 habitantes. Para 1915 la cifra de los israelitas de la Argentina alcanzaba los 116.000, en 1920 los 127.000 y en 1925 unos 162.000. Para 1930 los habitantes judíos de la Argentina eran 191.000, cinco años más tarde la cifra se elevó a 218.000, en 1940 a 254.000 y en 1945 a 273.000.⁹²

Desde fines del siglo XIX y a lo largo de los primeros años del siglo XX las corrientes sociales - inspiradas en la Encíclica *Rerum Novarum* - predominaran en el seno del catolicismo argentino. Si desde el punto de vista ideológico esta tendencia impugnará por igual al liberalismo y al socialismo, responsables y resultado a la vez de

89 Cf. Respuesta de Enrique Barros, "Encuesta de Vida Nuestra sobre la situación de los judíos en Argentina", *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, Año II, N° 9, marzo de 1919, p.197

90 *La Vanguardia*, 2 de noviembre de 1918, p.2; *La Prensa*, 3 de noviembre de 1918, p.5.

91 *El Pueblo*, 17 de noviembre de 1918, p.1.

92 AMIA, *Comunidad Judía de Buenos Aires. 1894 - 1994*, Buenos Aires, 1994, p.222.

la descomposición del orden cristiano, en lo estratégico los católicos argentinos encontrarán en el socialismo al más irreconciliable de sus enemigos. En aquellos años las posiciones antisemitas no pertenecían en exclusividad al campo católico, ya que también en el arco liberal encontraremos personas que compartían tal postura, al sostener afirmaciones prejuiciosas acerca del desempeño socioeconómico de los judíos y su utilidad para la vida nacional o bien de índole biologicista, al atribuirles características raciales degeneradas.

Una de las características que definirían la especificidad del discurso antisemita de los sectores clericales sería la exposición de una teoría del complot, en la que los judíos aparecían asociados a distintos agentes - la masonería, el liberalismo, el mundo de las finanzas, la prensa - pero de manera preponderante al socialismo.

Estas creencias - producto en buena medida de la influencia de la tradición del antisemitismo católico francés - no se ubicaron en el centro de las preocupaciones católicas, ocupando en cambio una posición subordinada en el dispositivo discursivo de sus voceros periodísticos y sólo esporádicamente fueron tenidas en cuenta por los principales miembros de la jerarquía eclesiástica del período. Pese a ello, se reiteraron a lo largo de todo el período analizado y reaparecieron periódicamente en distintas formas.

De tal manera, creemos posible afirmar que en los años previos a la Semana Trágica formaba parte del sentido común de una parte de la opinión católica la creencia en la existencia de una asociación natural entre judaísmo y socialismo, movidos en una conjura común destinada a combatir a la Iglesia y obtener el predominio judío sobre la Argentina y el mundo. Consideramos que sin atender a esta forma, ya tradicional y naturalizada, de atribución de sentido, resulta imposible comprender los eventos antisemitas ocurridos durante la Semana Trágica de enero de 1919.

¿Implica esta afirmación una atribución de responsabilidad a los sectores antisemitas de la Iglesia Católica por el *pogrom* ocurrido en la Semana Trágica?

La respuesta a este interrogante resulta necesariamente ambigua. Si por un lado resultaría exagerado imputar a aquellos sectores tal responsabilidad de manera directa - esto es, como la puesta en acto de una voluntad preestablecida - por el otro, y siguiendo a Baczkó, sabemos que en las situaciones de grave conflicto social, las acciones mismas de las fuerzas presentes tienen condiciones simbólicas de posibilidad, aunque

estas no sean estas más que sus imágenes de los objetivos a alcanzar. Con ello, se pregunta este historiador: “¿Cómo separar en este tipo de conflictos a los agentes y sus actos de las ideas - imágenes que ellos se dan a sí mismos y a sus adversarios de clase, de raza, de religión, de raza o de nacionalidad?”.

Es que, aunque los escenarios imaginados por los agentes sociales para ellos mismos y para sus adversarios sólo se cumplen raramente, “este desfase no les quita nada a las funciones reales de esos escenarios imaginarios, sino, por el contrario, hacen valer su importancia”.⁹³ En las peores escenarios imaginados por parte del catolicismo argentino, el judío estaría destinado a ocupar el rol del enemigo: aquel que por definición aparecía como responsable de la revolución social - último eslabón del camino de decadencia iniciado con la Reforma y el liberalismo - que amenazaba no sólo al orden establecido sino a la existencia misma de la Iglesia.

Considerando entonces la centralidad de la dimensión del imaginario social, en el capítulo siguiente intentaremos mostrar el modo en que las formas de atribución de sentido hasta aquí presentadas interactuaron con otros factores en la generación de las sangrientas jornadas de enero de 1919.

93 Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p. 17.

III

LA SEMANA TRÁGICA: EL GRAN TERROR DE 1919

“Los pequeños desórdenes ocurridos en Buenos Aires durante las últimas huelgas de obreros (casi todos argentinos) habrían pasado desapercibidos sin las vituperables violencias cometidas por las autoridades en defensa de las empresas capitalistas (casi todas extranjeras) ... Sin fines explícitos, sin organización metódica, sin plan de acción, sólo ha demostrado la justa protesta de la clase trabajadora ante el asesinato policial de algunos obreros metalúrgicos. Llamar a esos desórdenes revolución social sería no tener la más remota idea de lo que es la Revolución Social que se está realizando en el mundo ; decir que fue un movimiento maximalista implicaría ignorar que esos desórdenes carecieron de programa y finalidad, no siendo ni siquiera minimalistas”

José Ingenieros. 1919

“Desde el lugar que ocupábamos veíamos a los soldados echados a tierra apuntando y disparando. Los particulares sorprendidos en medio del fuego corrían alocados, espantados, sin saber donde ocultarse; muchos caían ensangrentando la calle (...) Después del combate contra el enemigo invisible, comenzó la tarea de levantar a los caídos ...”

La Protesta, 28 de enero de 1919

“Porque hay que ver lo ridícula que es la pretensión de esos revolucionarios que creen nuestros campos una estepa siberiana y en los que, bajo el barniz de librepensadores, de dinamiteros profesionales, de idealistas del vitriolo, de internacionalistas (¡como no lo han de ser estos parias !) aparece siempre el semita con todas sus lacras, con toda su vesanía, con su característica mezquindad.”

Tiberio Lolo. El peligro semita en la República Argentina. 1919

El Gran Terror de 1919

En este capítulo analizaremos la Semana Trágica como una manifestación de terror colectivo de las clases dominantes argentinas. Aunque los distintos abordajes historiográficos existentes se refieren invariablemente a la existencia de una situación de temor a la revolución en aquellos sectores, ninguno de ellos ha colocado en el centro de su análisis tal factor.¹ Paralelamente, si exceptuamos el trabajo de Edgardo Bilsky, los trabajos dedicados a analizar los sucesos de 1919 desde la perspectiva de la historia social, así como las historias del movimiento obrero escritas por historiadores - militantes, no han considerado, o han brindado una atención muy escasa a las persecuciones contra los judíos ocurridas durante la Semana Trágica.

La Semana Trágica constituye un caso testigo capaz de mostrar la potencia que las representaciones sobre el enemigo pueden imprimir a las prácticas, una vez que la convicción sobre la peligrosidad de sus intenciones se apodera de los sectores dominantes de la sociedad. En este sentido, el análisis de este fenómeno resulta central a la hora de considerar la efectividad de las teorías del complot como fuente de inspiración de las prácticas sociales.

Consideramos que la mirada que aquí expondremos puede contribuir a ampliar la comprensión de los sucesos de 1919, ponderando la dimensión del imaginario social y examinando los mecanismos de difusión del rumor. La perspectiva analítica que proponemos se inspira en un texto fundacional, *El Gran Terror de 1789* de Georges

¹ Entre una muy amplia producción bibliográfica, las principales obras sobre la semana trágica son: Nicolás Babini, "Pesadilla de una siesta de verano. La Semana Trágica" en *Todo es Historia*, año I, N°5, septiembre de 1967 ; Julio Godio, *La Semana Trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 [1972] ; David Rock, "Lucha Civil en la Argentina". La Semana Trágica de enero de 1919" en : *Desarrollo Económico*, N°42-44, julio 1971- marzo 1972 ; Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1984. Sobre la Semana Trágica en el interior del país, Carlos Tur Donati, "Crisis Social, xenofobia y nacionalismo en Argentina, 1919" en: *Cuadernos Americanos*, año VII, vol.6, N°42, México, noviembre - diciembre de 1993, p. 59. Para un estado de la cuestión, cf. Ricardo Falcón y Alejandra Monserrat, "Una vez más la Semana Trágica : estado de la cuestión y propuestas de discusión" en : *Cuadernos del Ciesal. Revista de estudios multidisciplinarios sobre la cuestión social*, año 3, N°4, 1998. Para una selección de fuentes, cf. Beatriz Seibel, *Crónicas de la Semana Trágica*, Buenos Aires, Corregidor, 1999. Sobre los aspectos de la persecución antisemita en enero de 1919: Nahum Solominsky, *La Semana Trágica en la Argentina*, Buenos Aires, Biblioteca Popular Judía del Congreso Judío Mundial, 1971 ; Victor A. Mirelman, "The Semana Trágica of 1919 and the jews in Argentina" in : *Jewish Social Studies*, N°37, 1975 ; Haim Avni, "¿Antisemitismo estatal en la Argentina ? (A propósito de los sucesos de la Semana Trágica - Enero de 1919) en : *Coloquio*, año IV, N°8, 1982. Aunque esta amplia producción explica las dificultades para aportar nuevas fuentes, y pese a que en este capítulo nos basamos ampliamente en los aportes empíricos aportados por esta bibliografía, no dejamos por ello de apoyarnos en fuentes de archivo y periodísticas hasta ahora no consultadas.

Lefebvre, que constituye sin duda un modelo magistral para el estudio de las situaciones de pánico colectivo y sus efectos.² Esta obra muestra el modo en que, una vez instalado en el imaginario un temor colectivo, este funcionará como principio explicativo de una multiplicidad de prácticas que, a su vez, reforzarán la creencia en la potencia del motivo del terror. La entidad fantasmática que origina el pánico se muestra entonces particularmente eficaz, a la vez como expresión de los temores y como factor que determina la dinámica de los acontecimientos que provoca.³

En la Argentina de 1919, evidentemente, los actores sociales y la circunstancia histórica eran radicalmente distintos a los de la Francia revolucionaria, tanto como las distancias entre los escenarios rurales y urbanos y la importante presencia de la prensa escrita en Buenos Aires. Sin embargo, el modelo desarrollado por Lefebvre resulta altamente pertinente para el análisis de la Semana Trágica en cuanto manifestación de terror colectivo. En efecto, en un contexto internacional signado por las revoluciones sociales europeas, el aumento de la conflictividad social en Buenos Aires sería interpretado por los sectores dominantes como la puesta en marcha de un complot maximalista. La presencia de un segmento del movimiento obrero que manifestaba su adhesión al bolchevismo sería considerada, pese a lo limitado de su influencia, como una demostración adicional de la existencia de tal complot.

La atribución - como veremos, absolutamente injustificada - de una relación de causalidad entre ambos fenómenos explica el desarrollo y la difusión del terror a la revolución. A su vez, el establecimiento de tal relación de causalidad resulta

2 Georges Lefebvre, *The Great Fear of 1789. Rural panic in Revolutionary France*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1982. [1º edición en francés, 1932]. Recordemos las líneas centrales del argumento de este clásico texto. En julio de 1789 en distintas zonas rurales de Francia se propagaron versiones según las cuales un conjunto de bandidos, soldados, o ejércitos extranjeros estarían avanzando, saqueando los pueblos y exterminando a la población a su paso. Todas estas tropas estarían, según el rumor, al servicio de un complot aristocrático destinado a castigar al pueblo. La presencia de vagabundos y mendigos en los caminos, junto a la existencia del bandidismo rural, se interpretaría como una prueba tangible del complot. Ante el supuesto peligro, los campesinos en armas salieron al encuentro de los enemigos a los caminos y los aldeas, desplazamientos que reforzaron el pánico colectivo, llevando el temor a los pueblos. Mientras el asedio campesino a los castillos señoriales se multiplicaba a lo largo del país, exigiendo en ocasiones por la fuerza el cumplimiento de sus demandas, la circulación de manifiestos atribuidos al Rey en los que se denunciaba el complot aristocrático reforzaban la creencia en la conjura, que se reforzaba, a la vez, con las noticias sobre los ataques a los castillos. De tal modo, pese a que el complot aristocrático jamás tuvo lugar, la creencia en su existencia provocó efectos que eran interpretados, a la vez, como prueba de su real entidad. La existencia del bandidismo rural era verídica, tanto como la de los disturbios campesinos. La atribución de sus causas al imaginario complot explica la difusión del *Gran Terror*.

3Cf. Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, pp. 38 - 39.

incomprensible sin recordar dos modos de explicación ya tradicionales: la acusación conservadora - vigente desde hacía décadas - a los "agitadores extranjeros" de ser responsables de las luchas obreras y las creencias de tipo conspirativo difundidas por la Iglesia Católica. La reacción obrera ante la brutal represión policial se tomaría como un indicio más de la existencia de la conspiración, que sería confirmada por la puesta en circulación de documentos apócrifos que fueron tomados como testimonios contundentes sobre su real entidad. En este contexto se inscriben las persecuciones y la violencia ejercida contra personas y organizaciones judías, a las que se caracterizaba como responsables de los sucesos no sólo como resultado del desplazamiento semántico entre los conceptos de ruso y judío - factor tantas veces postulado como explicación - sino también a causa de unas representaciones conspirativas sobre el judaísmo que alcanzaron verosimilitud al calor de los sucesos.

La perspectiva analítica que postulamos no resulta demasiado novedosa. Pocas semanas después de la tragedia, decía la revista *Nosotros* en su editorial:

"El miedo explica muchas cosas, si no las justifica, y en este caso, él es el mayor responsable, después de la imprevisión y desconcierto del primer momento. El creó muchos de estos fantasmas e hizo correr mucha sangre..."⁴

No era esta la primer ocasión en que el terror a la revolución social se apoderaba de las clases dominantes argentinas. Ya en abril de 1901 se informaba sobre la existencia de un complot anarquista internacional, versión según la cual un anarquista de Rosario habría de asesinar al Emperador Guillermo de Alemania, mientras durante la huelga marítima de 1902 las clases altas de Buenos Aires vivieron momentos de pánico cuando corrió el rumor de que treinta mil obreros armados avanzaban sobre el centro de la ciudad dispuestos a llegar a la Casa de Gobierno.⁵

A diferencia de aquellas ocasiones, en las que los temores - y los rumores que actuaban como principal instrumento de su difusión - eran rápidamente desmentidos, en los primeros días de 1919 estos ya estaban sedimentados, tras un considerable período en que las versiones alarmistas se habían desplegado.

4 "La Huelga Sangrienta", *Nosotros*, año XIII, Tomo XXXI, 1919, pp.10-11.

5 Iacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 192 - 193 y 208.

En efecto, el temor a la revolución se había apoderado de las clases dominantes argentinas ya a fines de 1918, por lo que resulta preciso analizar los sucesos de enero de 1919 como una consecuencia de las creencias difundidas por entonces.

Para probar la fertilidad de nuestras hipótesis es preciso considerar ampliamente el modo en que los sucesos de enero de 1919 han sido estudiados y someter tales interpretaciones al contraste con las que aquí proponemos. Consideramos que resulta imposible analizar las persecuciones antiisemitas de 1919 fuera del marco de la huelga general y de la represión a los trabajadores, por lo que dedicaremos parte de este capítulo a considerar tales acontecimientos.

Trabajadores y empresarios a fines de la década de 1910

Desde 1915 la clase obrera argentina estaba organizada en torno a dos centrales sindicales, la F.O.R.A del Vº Congreso y la F.O.R.A. del IXº Congreso.

La primera, cuya dirección era intransigentemente anarquista tenía hacia fines de la década de 1910 una influencia muy limitada. Tras haber constituido la principal corriente en el seno del movimiento obrero durante la primera década del siglo, la severa represión sufrida en ocasión del Centenario por un lado, y la imposibilidad de los grupos libertarios para adaptar su estrategia a la ampliación del régimen electoral y a la creciente participación del Estado en la sociedad por otro determinaron el ocaso de su influencia.⁶

La F.O.R.A. del IXº Congreso atravesaba en el período una situación de expansión, que le permitió extender su actividad a todo lo largo del territorio nacional, abarcando en sus filas tanto a obreros como a empleados. La corriente sindicalista era hegemónica en esta central, cuyas prácticas se caracterizaron por un progresivo abandono de toda pretensión revolucionaria, la oposición a la estrategia insurreccional del anarquismo, la prescindencia política y - en especial desde la llegada de Irigoyen al gobierno en 1916 - la aceptación de la mediación y el arbitraje estatal en los conflictos laborales.⁷

6 Juan Suriano, "Ideas y prácticas 'políticas' del anarquismo argentino" en: *Entrepasados. Revista de Historia*, año V, N°8, 1995, pp.37 y ss.

7 Samuel Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p.50.

Aunque se ha señalado que el sector anarquista recuperaría algo de su influencia desde 1918⁸, las tendencias reformistas serían ampliamente mayoritarias en el movimiento obrero en los últimos años de la década, y los movimientos huelguísticos desencadenados en el período tendrían en la enorme mayoría de los casos objetivos estrictamente reivindicativos.⁹

En efecto, al finalizar la primera guerra mundial, la economía argentina comenzaba un proceso de recuperación de la crítica situación que había atravesado en los años previos, lo que posibilitó un descenso de los índices de desempleo, fenómeno que a su vez alentó el aumento de la afiliación sindical. Estas condiciones, sumadas al persistente aumento del costo de vida, que implicó un descenso sostenido del salario real, explican que desde mediados de 1917 las huelgas obreras se hayan multiplicado en Argentina, como expresión de un descontento social extendido entre amplias capas de trabajadores¹⁰. Tal oleada huelguística, que abarcó a la mayor parte de los gremios de la Capital Federal y a una parte considerable de los del resto del país, decreció en su intensidad a mediados de 1918, pese a que la FORA del Vº Congreso convocó el 19 de julio de ese año a una huelga general en solidaridad con un sector de los ferroviarios que atravesaban un conflicto gremial, llamado que tendría una muy limitada aceptación, debido a la escasa influencia de esta central obrera¹¹.

A partir de septiembre de aquel año estalló una nueva ola de conflictos: trabajadores marítimos, petroleros de Comodoro Rivadavia, textiles, albañiles, tranviarios de Lanús, y aún los policías de Rosario desarrollaron entre los últimos meses de 1918 y enero de 1919 distintos movimientos huelguísticos de carácter reivindicativo, resultando algunos de ellos severamente reprimidos. También los 2.500 trabajadores del establecimiento metalúrgico Pedro Vasena e hijos se declararon en huelga el 2 de diciembre de 1918, en reclamo de la reducción de la jornada de trabajo de 11 a 8 horas, aumentos de jornales y la vigencia del descanso dominical, a lo que sumaría luego la

8 Edgardo Bilsky, op. cit., 1984, p.27.

9 Diego Abad de Santillán, el principal historiador - militante del anarquismo señalaba que entre 1917 y 1919 un gran número de gremios iban a la huelga "... en demanda de mejoras materiales y morales..." Diego Abad de Santillán, *La F.O.R.A.*, Buenos Aires, s/d, 1933, p.258.

10 Cf. José Panettieri, *Los Trabajadores*, Buenos Aires, CEAL, 1982, pp. 183 y ss. ; Edgardo Bilsky, op.cit., pp. 32 y ss.

11 Idem, p.37.

demanda de reincorporación de los delegados obreros expulsados al iniciarse el conflicto.¹²

Desde la llegada al poder del radicalismo, los grupos conservadores manifestaron su oposición a una buena parte de las políticas del gobierno de Irigoyen. Si los rasgos plebeyos y el tono plesbiscitario del gobierno radical generaron el rechazo del “patriciado” argentino, las frecuentes intervenciones federales a las provincias gobernadas por conservadores provocaron un incremento de las críticas provenientes de este sector. En particular, la cuestión obrera fue el aspecto que generó la más grande alarma de los miembros de la élite social argentina.

En efecto, en contraste con las prácticas más habituales del régimen conservador, el gobierno de Irigoyen mediaba en los principales conflictos laborales, laudando en muchas ocasiones a favor de los trabajadores. Tal política se dirigió fundamentalmente a los obreros ferroviarios y de otras actividades claves de la economía argentina, mientras en el caso de los trabajadores del Estado y de aquellos sindicatos cuyos integrantes eran mayoritariamente extranjeros - y por lo tanto no votaban - el gobierno radical fue más renuente a realizar concesiones, recurriendo en ocasiones a medidas represivas.¹³

Desde 1917 los representantes del capital extranjero comenzaron a presionar al gobierno radical para que tomara medidas tendientes a evitar las huelgas que afectarían sus intereses. Mientras el embajador británico amenazaba con suspender los acuerdos sobre ventas de cereales a los aliados si el gobierno no ponía fin a las huelgas en los frigoríficos ingleses, las empresas ferroviarias británicas afectadas por las huelgas de 1917 y principios de 1918 acusaron al gobierno de permitir que sabotadores alemanes impidieran el suministro de alimentos a su país¹⁴.

A medida que las huelgas aumentaban en número e intensidad, los directivos de las compañías inglesas encontraron aliados entre el empresariado local y los políticos conservadores. Juntos, atribuyeron la responsabilidad de las huelgas tanto a los

12 Julio Godio, *La Semana Trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p.11.

13 Edgardo Bilsky, op.cit., p.48.

14 David Rock, *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993, p.81; Edgardo Bilsky, op.cit., p.48.

agitadores revolucionarios extranjeros cuanto al gobierno, a quien acusaban de fomentar con sus políticas laborales el clima de agitación obrera.

La afirmación que sostenía que el conflicto social era el resultado de la presencia de agitadores extranjeros no era nueva - al punto que Halperín Donghi ha señalado que esta creencia ya está presente en la década de 1870¹⁵ - ni exclusiva del escenario argentino, ya que era una percepción prevaleciente también entre las burguesías europeas.¹⁶

Lo que resultaba novedoso en el período era una creciente tendencia a relacionar toda acción reivindicativa con la supuesta presencia de agitadores bolcheviques y la idea - que cobró vigencia luego del desenlace de la Revolución Rusa de 1917 - que sostenía que la democracia escondía las semillas de la revolución. Como aseveraba Rock, “Según sus opositores, Irigoyen se estaba convirtiendo en un Kerensky.”¹⁷

En este clima de enfrentamiento social, las clases propietarias de la Argentina pusieron en marcha una organización patronal: la Asociación del Trabajo. Creada en mayo de 1918, esta entidad aglutinó a los sectores más concentrados del capital nacional y del extranjero radicado en Argentina, constituyendo un bloque destinado tanto a enfrentar a la clase obrera organizada cuanto a presionar al gobierno de Irigoyen, en pos de obtener una acción estatal represiva contra las distintas organizaciones de la clase trabajadora¹⁸. En este sentido, la Asociación del Trabajo fue pionera de la reacción conservadora que en el período atravesó la Argentina y gran parte del mundo occidental.

15 Tulio Halperín Donghi, “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810 - 1914) en: *El espejo de la historia. Problemas Argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p.212.

16 Eric Hobsbawm, *La Era del Capitalismo*, Barcelona, Guadarrama, 1977, t.2, p.17.

17 David Rock, op.cit., p.82.

18 María Ester Rapalo, “Los empresarios y la reacción conservadora en Argentina: las publicaciones de la Asociación Nacional del Trabajo, 1919 - 1922” en: *Anuario del IHES “Prof. Juan C. Grosso”*, N°12, 1997, p.425.

Entusiasmo y temor: Los ecos de la Revolución Rusa en Buenos Aires

Las noticias sobre la revolución rusa, la oleada insurreccional europea de 1918 y 1919 y el establecimiento de las efímeras repúblicas de Baviera, Munich y Hungría¹⁹ llegarían a un escenario argentino signado, como hemos visto, por una creciente conflictividad social. Todos los periódicos de Buenos Aires dedicaron desde 1917 una muy importante atención al desarrollo de las revoluciones y la guerra civil en Rusia y los eventos de Europa Central, reproduciendo una muy nutrida información originada en las agencias internacionales de noticias. Sin embargo, recién hacia fines de 1918 un verdadero terror a la revolución se apropió de una buena parte de los sectores dominantes de la Argentina, que creían ver en las acciones de algunas fracciones de la izquierda y el movimiento obrero los signos de una catástrofe en ciernes.

La finalización de la Primera Guerra Mundial fue recibida con júbilo en Argentina. En Buenos Aires y en muchas ciudades del interior se realizaron manifestaciones públicas de festejo, organizadas por distintas expresiones políticas y las diversas comunidades que agrupaban a inmigrantes de los países vencedores.²⁰ También el Partido Socialista organizó una manifestación el día 17 de noviembre, en festejo de la paz y del avance de la democracia y el socialismo en el mundo. Encabezada por la bandera roja, la manifestación contó - según fuentes partidarias - con una asistencia de entre 80.000 y 100.000 personas. Junto a los militantes y simpatizantes del Partido Socialista desfilaron en la ocasión los miembros de dos organizaciones socialistas judías: la bundista *Avangard* y la sionista socialista *Poali Sión*.²¹

Al día siguiente la policía echó a correr un rumor, según el cual el Comité Ejecutivo del Partido Socialista habría enviado una circular a sus seccionales de todo el país recomendándoles la conveniencia de "... preparar el ánimo de la clase trabajadora, por medio de impresos y conferencias, para el caso de que la revolución social que reina en algunos países de Europa se extienda a los del nuevo continente."²² Lógicamente, los socialistas rechazarían enfáticamente la versión. En el seno del Partido Socialista

19 Cf. Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997, pp.72 y ss.

20 *La Nación*, 13 de noviembre de 1918, p.11.

21 *La Vanguardia*, 18 de noviembre de 1918, p.1

22 *La Vanguardia*, 19 de noviembre de 1918, p.1, Alberto Gerchunoff, "La Nueva inquietud" en *Vida Nuestra, Publicación Mensual Israelita*, Año II, N°6, diciembre de 1918, p.121.

las tendencias mayoritarias se enrolaban con las corrientes reformistas, y el rechazo a la experiencia bolchevique resultaba por entonces ampliamente mayoritario.

Otros grupos y personalidades de izquierda, en cambio, demostraban su adhesión a la Revolución Rusa. Sobre la base de una corriente de oposición de izquierda surgida en el seno del P.S. en 1916, los sectores que apoyaban a la Revolución Bolchevique habían conformado en enero de 1918 el Partido Socialista Internacional (a partir de 1920 Partido Comunista)²³, de insignificante influencia política y sindical. También en enero de 1918 un sector del anarquismo había creado un “comité pro - maximalista” en apoyo a los revolucionarios de Rusia, desarrollándose a lo largo de ese año un intenso debate en las filas ácratas acerca del carácter del bolchevismo. La fracción identificada con el régimen ruso comenzó a publicar el periódico *Bandera Roja*.²⁴

El 22 de noviembre de 1918, José Ingenieros pronunció en un teatro de Buenos Aires su discurso sobre “La significación histórica del movimiento maximalista”, dos días después 30.000 personas participaron de la manifestación organizada por la Federación Obrera Rusa de Sudamérica - cuya dirección era aparentemente anarquista - en la que los oradores explicaron el programa maximalista. Una semana más tarde, una manifestación anarquista que demandaba la liberación de Simón Radowitzky y Apolinario Barrera terminó en un enfrentamiento callejero en el que resultó herido el jefe de la Policía de Buenos Aires, mientras pocos días después el Partido Socialista Internacional organizó un acto en Córdoba en solidaridad con el maximalismo ruso.²⁵

Tres circunstancias se desarrollaban, entonces, de manera simultánea: La afluencia de noticias sobre los eventos revolucionarios europeos, la existencia de manifestaciones de apoyo a la revolución rusa por parte de intelectuales y grupos obreros y la extensión de la actividad huelguística de los trabajadores. Al atribuirles un origen común, un verdadero *terror a la revolución* se generalizó desde fines de 1918

23 Comisión del Comité Central del Partido Comunista, *Esbozo de Historia del Partido Comunista Argentino*, Buenos Aires, Anteo, 1947, capítulo II.

24 Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, op.cit, p.101-102.

25 Idem, pp. 49 - 51. La popularidad alcanzada en 1918 por el tango *Se viene la maroma*, de Batistela, Romero y Delfino resulta otro indicio de la influencia de la Revolución Rusa entre los sectores populares argentinos. La canción decía en su estrofa final: *Ya está, llegó, no hay más que hablar/ se viene la maroma sovieta/ los orres ya están hartos de morfar salame y pan/ y hoy quieren morfar ostras con*

entre los grupos conservadores, la Iglesia y la Policía. Diversos testimonios documentan la existencia de aquella situación de terror.

A fines de 1918, el Juez Federal de La Plata Clodomiro Zavalía condenó al militante anarquista Juan Deilla, detenido en la estación de Ferrocarril de Rojas con "folletos y carteles de propaganda subversiva", a la pena de diez años de extrañamiento.

En su fallo, sostenía el Juez que:

" ... no debe olvidarse que toda reivindicación social o política tiene su período preliminar, de preparación y de propaganda, durante el cual son las personas como el reo las que tienen a su cargo la tarea de infiltrar en las masas la idea subversiva, mediante el reparto de folletos como los secuestrados y validos también de la tribuna, desde la cual (...) disertan contra el orden constituido y sobre la necesidad de suprimir en absoluto toda forma de gobierno."

Agrega el fallo que "... en el país germina ya la semilla de una rebelión libertaria, con la conveniente secreta organización dispuesta a aprovechar cualquier revuelta para apoderarse de la dirección de la cosa pública, sin que pueda ser parte a modificar este convencimiento la circunstancia de que ella pueda realizarse en época lo más remota que se quiera."

La sentencia - que resultaba completamente ajena a la tradición liberal al sostener que la expresión de la voluntad subversiva implicaba ya un alzamiento contra la ley, que debía ser por lo tanto castigada - expresaba la alarma frente a un peligro que se consideraba inminente:

"Está organizada en el país la hostilidad al orden constituido con un encono y una virulencia tales que es fácil prever los extremos a que llegarían sus agentes en la acción."²⁶

La *Revista de la Policía* consideró oportuno publicar la sentencia de manera íntegra, señalando su conformidad con la doctrina que la sustentaba. Resulta relevante considerar que a fines de 1918 la Policía soportaba las críticas de la prensa por no haber impedido los desórdenes ocurridos en una reciente manifestación - factor que explica la prontitud y saña con que intervendría en enero de 1919 - mientras sostenía que la prohibición completa de toda manifestación pública anarquista resultaba el único modo de impedir que los disturbios se repitieran²⁷. Tan insólito avance policial sobre áreas que claramente no le correspondían no era novedoso. Desde que la cuestión obrera se tornó un problema central de la vida política argentina, el Estado había otorgado a la Policía atributos de control sobre los sectores ideológicamente más radicalizados, en particular desde 1901, año en que se creó la Sección Especial, destinada al control de anarquistas

sauternes y champán/ Aquí ni Dios se va a salvar/ el día del reparto a la romana/ y hasta tendrás que entregar tu hermana/ para la comunidad. Citado en: Carlos Tur Donati, op.cit., p. 59.

26 "Propaganda maximalista", *Revista de Policía. Periódico Quincenal. Órgano de los intereses generales de la institución policial*, Año XXI, N°491, 1° de diciembre de 1918, pp.525 - 529.

27 "Los Sucesos de la Avenida de Mayo", en: Idem, pp. 511-513

y socialistas. La jerarquía policial veía en el anarquismo al principal enemigo del orden público, y su actitud hacia ellos y hacia el conflicto social se fue endureciendo al transcurrir la primera década del siglo. Bajo la jefatura del coronel Falcón se desarrolló una política abiertamente represiva frente al conflicto social, cuya cumbre se alcanzó con la masacre del 1° de mayo de 1909 en Plaza Lorea. La especialización política de una parte del aparato represivo provocó que la policía excediera en la época del Centenario los objetivos fijados por el Poder Ejecutivo, ya que sus informes avanzaban sobre temas que no les eran específicos, como los relativos a la libertad de prensa, el derecho de reunión o la libre agremiación de los trabajadores. La policía defendió de manera entusiasta la limitación de las actividades políticas y sindicales, basándose en la idea de la existencia de un enemigo interno de quién la Nación debía defenderse. De manera tal que la pasividad o complicidad policial con los grupos nacionalistas que en 1910 atacaron a anarquistas y socialistas o sospechosos de serlo, a grupos sindicales, y a los habitantes del barrio judío de Buenos Aires, sería un índice de la adhesión policial a métodos más expeditivos que los brindados por el régimen constitucional.²⁸

El gobierno radical, pese a las transformaciones que impulsó en las relaciones entre estado y sindicatos, no reestructuró la Policía, lo que determinó la continuidad de la tradición policial de intervenir de manera violenta frente a los conflictos sociales.²⁹ Con ello, la denuncia del complot socialista que señaláramos antes se inscribía en un sistema de creencias y en un estilo de intervención policial de ya larga data³⁰.

28 Para la evolución de las actitudes policiales nos hemos basado en: Juan Suriano, "El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos. Política social y represión, 1880 - 1916" en: *Anuario. Escuela de historia de la U.N.R.*, 2° época, N° 14, 1989 - 1990.

29 Nicolás Babini, "Pesadilla de una siesta de verano. La Semana Trágica" en *Todo es Historia*, año I, N°5, septiembre de 1967. Sólo en 1917, 26 obreros fueron muertos por la policía en distintos conflictos sociales. Cf. Diego Abad de Santillán, op.cit., p. 257

30 En esta dirección, las afirmaciones del estilo de la que sigue, muy frecuentes en los meses posteriores a la Semana Trágica, pueden ser tomadas como una verdadera creencia de los miembros de la institución policial, sin que esto implique desechar que su empleo haya tenido como propósito realizar una defensa corporativa, ante las críticas que recibiera por su actuación en las jornadas de enero de 1919. "... la policía no ignoraba la trama que existía entre los elementos de descomposición social que a la sombra de la bandera anarquista o maximalista, en su principio de organización doctrinaria, proclamó extemporáneamente la insólita revuelta, habiendo abortado el movimiento social que tampoco habría tenido gestión misteriosa para la institución del orden. Lo que en realidad ha ocurrido a este respecto hay que buscarlo en la discreción y tolerancia que la autoridad creyó conveniente usar con el fin de no promover represalias prematuras en perjuicio de los intereses generales, dando margen a que los malos elementos depusieran sus intenciones ante lo inoportuno del momento y la ausencia de factores que incitaran con más o menos justicia la explosión de sus designios" "Por el orden público", *Revista de Policía*, Año XXII, N°495, 1° de febrero de 1919. p.54

Entre los grupos conservadores el temor al *complot maximalista* se manifestaba de manera similar. El 8 de enero de 1919, antes que los sucesos de mayor gravedad de la Semana Trágica se desarrollaran, el Diputado conservador Luis Agote afirmaba que:

“Existe en el país, diseminado por todas partes, un gran número de agitadores de profesión que van mucho más, muchísimo más lejos que los señores socialistas. Esos hombres ofrecen a la multitud un programa máximo, los señores diputados un programa mínimo. En el máximo figuran todas las violencias ...”³¹

Paralelamente, una huelga de la Policía de Rosario, desatada el 8 de diciembre en demanda de la efectivización del pago de salarios que llevaba 9 meses de retraso en los pagos, sería denunciada por algunos diarios como el comienzo de un *soviet*.³²

El cambio del tono de la prensa a fines de año resultaba notable. En noviembre de 1918 *La Nación* confiaba en que el maximalismo no se expandiría más allá de las fronteras rusas, y consideraba que sólo unos pocos países europeos enfrentarían en los meses sucesivos al peligro maximalista³³. En contraste, a partir de diciembre la gran prensa - *La Nación*, *La Razón*, *La Prensa* - alertaba en sus editoriales contra la divulgación de las ideas maximalistas y consideraba la posibilidad de que, como en Europa, también en Argentina se desencadenasen huelgas revolucionarias.³⁴

Tras los sucesos de enero, Estanislao Zeballos afirmaba que “los preparativos de la huelga revolucionaria eran públicos desde meses atrás” sosteniendo que la imprevisión gubernamental había dejado a los habitantes de Buenos Aires abandonados “...a la acción tumultuaria de grupos implacables, formados en su mayoría por extranjeros y por un mucho mayor número de niños de 10 a 15 años.”³⁵

Se podría objetar que las apreciaciones de este tipo formaban parte de las recurrentes acusaciones conservadoras contra el gobierno radical, por lo que no operarían como un indicio confiable acerca de una situación de terror al bolchevismo. Sin embargo, la constatación de que los propios voceros radicales empleaban este tipo de argumentos contribuyen a reforzar nuestra hipótesis. Según David Rock, cuando en noviembre de 1918 comenzó a cundir el terror a la revolución, el gobierno se mantuvo en un principio calmo. *La Epoca* decía por entonces que el maximalismo era ante todo

31 *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, año 1918 - 1919, t.V, pp. 70-71.

32 *Review of The River Plate*, 13 de diciembre de 1918, citado en David Rock, *El Radicalismo Argentino. 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977, p. 179.

33 “ Los maximalistas fuera de Rusia”, *La Nación*, 17 de noviembre de 1918.

34 Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, op.cit., p.52.

una actitud literaria de muchachos desocupados. Tras la manifestación anarquista de fines de noviembre, hubieron algunas señales de temor en el gobierno, que al declararse la huelga policial en Rosario ya estaba al borde del pánico : el diario radical culpaba de la huelga a los anarquistas y sostenía que se había encontrado en la ciudad propaganda bolchevique.³⁶ Distintas informaciones, originadas en legaciones argentinas en el exterior o en el cuerpo diplomático extranjero acreditado en Buenos Aires, advertían, en diciembre de 1918, sobre la llegada al país de agitadores rusos que preparaban un complot bolchevique, acrecentando el terror en las filas gubernamentales. Entre ellas, resulta particularmente relevante la nota confidencial enviada el 28 de diciembre de 1918 por la Legación Argentina en Montevideo al Ministro de Relaciones Exteriores, que fue enviada al Ministro del Interior el día 31 de ese mes. La misma refería que la huelga policial de Rosario había despertado en la capital uruguaya una intensa agitación en el movimiento obrero, “suscitada por cabecillas ácratas” entre los que predominaban “rusos y españoles”, frente a la que el gobierno oriental estaba dispuesto a reprimir “con ruda energía”, como ya lo había hecho en la semana al disolver un mitin en el que “predicaban la revolución social”. El ejército uruguayo estaba movilizado y listo para sofocar cualquier intento revolucionario, se había despedido a la mayor parte de los policías de nacionalidad española, y los rusos estaban “expresamente vigilados, pues como es sabido, buena parte de ellos están afiliados a sociedades terroristas o propagan con fanático ardimiento las doctrinas maximalistas”.³⁷

Una testigo norteamericana que visitó Argentina por cinco meses en aquella época ofrece una evidencia adicional sobre el clima de terror al maximalismo que se vivía en los meses previos a la Semana Trágica, mientras señalaba que varias empresas

35 Estanislao Zeballos, "Gobierno radical. Los sucesos de enero" en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año XXI, N°LXII, 1919, p.273 - 275.

36 David Rock, *El radicalismo ...*, pp.181 - 182.

37 A.G.N. Series Históricas. Serie Movimiento Obrero del año 1919. Legajo 31. Nota Confidencial N°817. Legación de la República Argentina en Montevideo, 28 de diciembre de 1918. Folios 40 - 42. También desde las legaciones en Berna y La Haya se recibían informes referidos a la inminencia de un estallido revolucionario en Suiza y Holanda provocado por “agitadores extranjeros”, se informaba sobre las medidas de represión dispuestas por ambos gobiernos, y se señalaba la necesidad de redoblar la vigilancia en Argentina para evitar el ingreso de “maximalistas”. Ver A.G.N., Fondo Ministerio del Interior, año 1919, Legajo 1, expediente 180 (reservado); Legajo 5, expedientes 749, 750, 925 y 945 (reservados).

despidieron a sus empleados rusos y judíos, a los que se consideraba en bloque maximalistas.³⁸

También entre los católicos el terror a la revolución se extendía. El 23 de noviembre el Arzobispo de Córdoba publicaba una Pastoral titulada *La Revolución Social que nos amenaza* en la que afirmaba que:

“Tonificados por los diversos núcleos de anarquismo, nihilismo, liberalismo, logias masónicas y socialismo, con quien están en convivencia y abundan en el país, se agruparán con una sola palabra y continuarán la tarea agresora para ir contra la causa católica. El maximalismo europeo trasladará sus huestes o los formará de todos estos elementos del país (...) [para] rebelar las masas contra el trono y el altar, los cuales una vez abatidos, caerá por tierra la civilización cristiana, cediendo su puesto a la anarquía imperante.”³⁹

El peligro revolucionario no era sólo un fantasma agitado por la jerarquía eclesiástica como instrumento de presión, ya que la tematización de una inminente amenaza maximalista tenía lugar también en el interior de las instituciones ligadas a la Iglesia, tal como consta en documentos que no estaban destinados a la difusión pública. En una reunión de la Comisión de Propaganda de los Círculos Católicos de Obreros se afirmaba que los vientos de descomposición social que agitaban el mundo - comenzando por Francia, pasando por Barcelona durante la semana trágica que culminó con el fusilamiento de Ferrer y continuando en Rusia - ya estaban haciendo sentir sus efectos no sólo en toda Europa sino también en Brasil, Chile y Buenos Aires. La constatación del peligro revolucionario en Argentina - ante el que se convoca a una participación activa y organizada de los miembros de los Círculos - se desprendía de

“... las últimas manifestaciones ácratas, una color negro y la otra color rojo obscuro (anarquistas y maximalistas) paseando por las calles de esta ciudad cosmopolita el trapo de la rebelión y la vergüenza, sucios en sangre y hechos con odio, levantados en alto por parias de la sociedad y seguidos por escoria de la misma ...”⁴⁰

También a fines de 1918 ganarían un nuevo impulso las conferencias callejeras que a partir de 1916 acostumbraban realizar oradores - laicos o religiosos - del catolicismo social. En este período el tema más frecuentemente abordado resultaba el del peligro bolchevique, al que se mostraba en buena medida como resultado de una conspiración judía. El renacimiento de esta argumentación conspirativa, ya por entonces

38 Katherine S. Dreier, *Five Months in the Argentine; From a woman's Point of view, 1918 to 1919*, New York, 1920, citado en: Victor Mirelman, op.cit., p.66.

39 Reproducido en: Nahum Solominsky, op. cit, pp. 13 - 14.

40 Archivo de la Federación de Círculos de Obreros. Cuaderno de Actas de la Comisión de Propaganda de los Círculos de Obreros. Palabras del Presidente, Sr. Amadeo Barousse, acta N°57, 13 de diciembre de 1918, pp. 85 - 86.

de larga data, tenía lugar - de acuerdo al testimonio de Leopoldo Lugones - en el contexto de una ampliación de la difusión del antisemitismo católico.⁴¹

La caracterización de la Revolución de Octubre como una conjura judía fue lanzada originalmente por grupos ligados al régimen zarista y por miembros de los ejércitos blancos. Asumida por el propio Kerensky, el mito se difundió por Occidente fundamentalmente desde fines de 1919, aunque ya en 1917 el *Times* de Londres afirmaba que “Lenin y varios de sus confederados son aventureros de sangre germano-judía, a sueldo de los alemanes”, y que el Soviet de Petrogrado estaba formado por “típicos judíos internacionales”.⁴²

Sin embargo, en el caso francés, siempre tan influyente sobre la Argentina, ni *La Croix* ni *L'Action Française* se harían eco de esta versión hasta 1920.⁴³ Por su lado, el vocero oficioso del Vaticano no realizaría hasta mayo de 1919 afirmaciones en tal sentido.⁴⁴

La asociación que los católicos argentinos establecían entre judíos y socialistas tenía, tal como afirmamos en el capítulo anterior, una ya dilatada trayectoria. No podemos establecer a ciencia cierta si en 1918 los sectores ligados a la Iglesia en Argentina estaban al tanto del mito acerca del origen judío de la Revolución Rusa - y lo reproducían en una práctica autoconfirmatoria de sus creencias previas - o si simplemente continuaban divulgando sus tradicionales acusaciones.

El principal orador en las conferencias callejeras era Dionisio Napal⁴⁵, quién el 8 de diciembre de 1918 - en un acto que sería recordado en los medios católicos por su trascendencia - hizo uso de la palabra en una alocución que pasó entre otros temas por

41 Leopoldo Lugones, "Los falsos problemas", *Vida Nuestra*, Año II, N°2, agosto de 1918, pp.25 - 26. Lugones señalaba la presencia, en un discurso al que calificaba de anticristiano, de dos tópicos antisemitas: el peligro para la nacionalidad que representarían los judíos y su carácter de pueblo deicida.

42 León Poliakov, *Historia del antisemitismo*, t.V, *La Europa suicida, 1870 - 1933*, Barcelona, Muchnick, 1986, p.212 y 232.

43 Idem, pp.322 - 324.

44 En mayo de 1919, *La Civiltà Cattolica* afirmaba que: “Asistimos al espectáculo trágico de la destrucción de Rusia, cuyo desorden y anarquía sirven a la bolsa judía y a la secta masónica, como en Hungría, en Baviera y otros estados alemanes.” “La babele política dell'ora presente”, *La Civiltà Cattolica*, Año 70, cuaderno 1654, Vol.2, 17 de mayo de 1919, pp.289-230.

45 Dionisio Napal nació en 1887 en un hogar de inmigrantes españoles, ordenándose como sacerdote en abril de 1911. Tras cursar sus estudios en Roma, desarrolló una intensísima actividad en los círculos del catolicismo social. Desde abril de 1912 dirigió *El Trabajo*. En agosto de 1911 fue nombrado Teniente Cura en Belgrano, y llegaría a ser Vicario General de la Armada. Sería uno de los más fervientes impulsores y oradores de las conferencias callejeras. Cf. Dionisio Napal, *Junto al surco*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y publicaciones, 1926 y *Napal. El escritor, el orador, el apóstol*, Buenos Aires, Editorial Stella Maris, 1941

capítulos titulados: "El maximalismo y las bellezas de la revolución rusa", "...la autoridad moral de Ingenieros" y "... el factor judío en los movimientos revolucionarios del mundo".⁴⁶

En las sucesivas conferencias Napal acusó a los judíos de traidores y chupasangres, y caracterizó al socialismo como una enfermedad judía⁴⁷. El testimonio de la prensa israelita de Buenos Aires nos permite conocer el tono de las sucesivas conferencias callejeras, que desarrolladas en el barrio judío, constituían una verdadera provocación:

"Los curas comenzaron en Corrientes y Junín. Prosiguieron luego sus sermones contra los socialistas y los judíos, con la ayuda de la Policía, por todo Buenos Aires y los suburbios. El domingo organizaron una conferencia similar en la Avenida Sáenz y Esquiú, rodeados por policías y escoltados por bandidos locales que estaban armados con bastones de acero. Después del mitin partió una manifestación. En Caseros y Rioja pronunció el cura Napal un tenebroso y agresivo discurso",⁴⁸

No eran los católicos los únicos que antes de la Semana Trágica atribuían a los judíos la participación en un complot revolucionario. En sus memorias, el por entonces embajador norteamericano en Buenos Aires Frederick Jessup Stimson afirmaba haber recibido información acerca de la existencia en 1918 y 1919 de un movimiento internacional liderado por el comunismo, que debía estallar simultáneamente en los

46 *El Pueblo*, 10 de diciembre de 1918. p.1. Aunque no conocemos el texto de esta conferencia, podemos imaginar su contenido de acuerdo a escritos posteriores de Napal. Sin embargo, no podemos aseverar, como dijéramos, que en 1919 la creencia en el carácter judío de la Revolución Rusa hubiera llegado a Buenos Aires. En 1932 sostenía el por entonces Vicario General de la Armada: "Fue tan destacada la participación de los israelitas en los primeros tiempos de la revolución, que el estado soviético fue considerado como sinónimo de república judía. En número considerable los hebreos son cooperadores fieles del régimen comunista, aunque el elemento eslavo - ruso o ucraniano lentamente va adueñándose de los puestos directivos. Entre otros prohombres bolcheviques son hebreos Trotzky, Zinovief, Kamenef, Litwinof, Lowien, Tellier, etc. La paz de Brest fue negociada por el hebreo Joffre. La política exterior ha sido inspirada por los israelitas Radek y Litwinof. Y no olvidemos que el sanguinario Dzerjinsky (de la GPU) también era judío. Esta secta tiene mayoría en la internacional comunista. Entre sus elementos hay exaltados que quisieran arrojar sobre el mundo con la espada roja de sangre y fuego, para imponer el bolchevismo. Como el israelita no se incorpora a la vida de nación determinada, pues es por antonomasia refractario al ambiente nacionalista y a la influencia de las razas, fácilmente secunda la ideología roja en su campaña por la abolición de las naciones. Y aunque en la actualidad no constituye frente a la totalidad de la población sino un grupo numéricamente muy reducido, sin embargo en las universidades alcanza a formar el cincuenta por ciento de los estudiantes," Dionisio R. Napal, *El Imperio Soviético*, Buenos Aires, Imprenta López, 1932, pp.247 - 248.

47 *Di Presse* (Idisch), 28 de diciembre de 1918, p.1, 6 de enero de 1919, p.3, 7 de enero de 1919, p.3, citado en: Víctor A. Mirelman, op.cit. p.68.

48 *Di Idische Tzaitung* (Idisch), 25 de noviembre de 1918, citado en: Nahum Solominsky, op.cit., p.14. Sobre las conferencias callejeras decía el órgano de prensa socialista tras la Semana Trágica: "La propaganda clerical soez e insolente de los últimos tiempos contra el Partido Socialista y sus hombres ha preparado el terreno del odio y la venganza. Frailes vestidos de sotana han hablado en las esquinas de la ciudad sobre el maximalismo, llegando su temeridad hasta el colmo cuando pocos días antes de los

cinco puertos más importantes para los aliados - Estocolmo, Rotterdam, Liverpool, Nueva York y Buenos Aires - y cuyos dirigentes eran en su mayoría judíos.⁴⁹

El conjunto de estos testimonios nos permite sostener que el terror a la revolución bolchevique estaba ampliamente difundido en diversos círculos hacia fines de 1918. Los sucesos de enero de 1919 no harían más que confirmar y amplificar estos temores.

La Huelga General de enero de 1919: Entre el mito y la historia

Como es bien sabido, los sucesos que la memoria y la historia congregan bajo la denominación de Semana Trágica se desencadenaron a partir del conflicto gremial en los talleres Vasena. En efecto, tras más de un mes de extensión de la huelga, a partir del 3 de enero se desarrollaron violentos enfrentamientos entre los huelguistas y los guardias armados que custodiaban las instalaciones de la empresa, que no tardarían en ser apoyados por la policía y los bomberos. Como resultado de estos enfrentamientos murió un cabo de la policía y tres vecinos de la zona resultaron heridos. Ante un requerimiento de la empresa para que la Policía desarrollara una represión más dura, el informe policial señalaba que, aunque los huelguistas disparaban,

“En no pocos casos, además, son los mismos conductores de carros de Vasena que trabajan los que han iniciado el fuego contra los huelguistas que se aproximaban para invitarlos a plegarse al movimiento. La nerviosidad o el temor de ser víctimas de atentados los hacía emplear preventivamente sus armas.”⁵⁰

En un clima de máxima tensión, el 7 de enero un grupo de huelguistas, acompañados por sus mujeres e hijos intentaron detener a los rompehuelgas que, protegidos por la policía, transportaban materias primas hacia la fábrica. Cuando los obreros comenzaron a arrojar piedras contra los *crumiros*, la policía cargó contra ellos disparando sus fusiles, matando a cuatro trabajadores e hiriendo a más de treinta, algunos de los cuales fallecieron en los días posteriores.

La brutalidad policial, que como dijéramos resultaba la habitual manera de enfrentar los movimientos huelguísticos, se explica en la ocasión por varios factores: el deseo de venganza por la reciente muerte del cabo, su tradicional animadversión hacia

sucesos luctuosos organizaron una conferencia en la esquina de Corrientes y Junín. Aquello fue una torpe y soez provocación.”. “Intrigas y maniobras clericales”, *La Vanguardia*, 23 de enero de 1919, p.1

49 Frederick Jessup Stimson, *My United States*, Nueva York y Londres, 1931, citado en: Victor A. Mirelman, op.cit. p.65.

el movimiento obrero, el malestar existente en la fuerza por el desplazamiento - en los días previos - del Jefe de Policía de Buenos Aires a causa de sus diferencias con el Ejecutivo sobre las maneras de conducir la represión.⁵¹ Mientras Babini ha sostenido que la policía actuó en la ocasión por cuenta propia, Bilsky señaló, sobre la base de fuentes socialistas y anarquistas, la responsabilidad gubernamental en la represión.

En las horas siguientes la indignación de los obreros se hizo sentir: miles de trabajadores asistieron a los locales del Partido Socialista y de la Sociedad de Resistencia Metalúrgica en los que se velaba a los caídos, mientras diversos grupos sindicales convocaron para el día 9, en el que se llevaría a cabo el sepelio de las víctimas, a una huelga general, que alcanzaría una gran masividad.⁵² La amplia adhesión a la huelga se explica, ante todo, por su carácter de expresión de la indignación popular frente a la violencia policial y de solidaridad con sus víctimas, que se potenciaría al intensificarse la represión. En efecto, sería la masacre provocada por las fuerzas represivas en ocasión del sepelio de las víctimas en el Cementerio de la Chacarita y la ampliación de las persecuciones en los días siguientes la causa fundamental de la extensión de la huelga obrera.

Debemos detenernos aquí en el debate historiográfico acerca del papel del anarquismo en la ocasión. Julio Godio ha considerado que la FORA del Vº Congreso intentó transformar la huelga pacífica en violenta y provista de objetivos revolucionarios, ante "... la evidente predisposición de una parte considerable de los obreros a lanzarse a una lucha verdaderamente capitalista ...".⁵³ En esta óptica, la matanza de obreros del taller Vasena actuó como el factor detonante "que desataría las fuerzas revolucionarias de una clase obrera socialmente sumergida y marginada de los asuntos políticos del país", ya que aquella lucha "sobredeterminó el conflicto social, desencadenando una huelga general de carácter político".

Sin embargo no existe evidencia alguna acerca del carácter revolucionario del conflicto ni sobre el papel activo que Godio atribuyó en el mismo al anarquismo. Como ha observado Rock, al asignar Godio al movimiento obrero y a las masas trabajadoras

50 A.G.N., Fondo Ministerio del Interior, año 1919, Legajo 3, expediente 296 - P, folio 4.

51 Edgardo Bilsky, op.cit., p. 51, Nicolás Babini, op. cit., pp. 18 - 19.

52 Rock afirma que la FORA sindicalista no convocó a la huelga, aunque *a posteriori* se hiciera responsable de la misma. En el mismo sentido, Bilsky señala que recién en la noche del día 9 de enero esa central sindical convocó a la huelga.

53 Julio Godio, op.cit., p.22.

una falsa y exagerada conciencia política, y postular su potencial capacidad para la acción revolucionaria, tergiversó el carácter de los acontecimientos. Godio resultó así prisionero de la visión conservadora sobre el complot, reemplazando al maximalismo por el anarquismo en el rol de instigador que se le atribuía en 1919.⁵⁴

En efecto, no existe en el texto de Godio ninguna evidencia empírica que permita demostrar sus hipótesis. De tal modo, la aserción acerca de la “evidente predisposición” de los trabajadores a lanzarse a una lucha anticapitalista no se apoya en documentación alguna. Para sostener que la FORA del Vº Congreso intentaba “... orientar la huelga hacia un enfrentamiento directo con el Estado y los patrones” negándose “ a levantar cualquier programa reivindicativo que orientase el accionar obrero al plano de las reformas”⁵⁵ Godio se basó en fuentes anarquistas, sobre las que realizó una interpretación forzada. En efecto, si *La Protesta* sostenía en el último número que apareció durante la huelga que “El pueblo está para la revolución”, no existe texto alguno en que los anarquistas se arroguen la dirección del supuesto movimiento revolucionario.⁵⁶

Tampoco el manifiesto de la FORA anarquista en que se llamaba a continuar la huelga por tiempo indeterminado, que Godio reproduce, constituye una prueba suficiente, ya que se limitaba a exhortar a los trabajadores a continuar la huelga “... como acto de protesta contra los crímenes de Estado...”⁵⁷ y a fijar como objetivo del movimiento la búsqueda de la excarcelación de los presos por cuestiones sociales y la libertad de Radowitzky y Barrera, cuestiones estas que habían generado muchas manifestaciones de protesta en los años anteriores. En la ocasión la FORA anarquista terminaba su manifiesto viviendo a la “huelga general revolucionaria”, aunque la exclamación parece constituir más una expresión de deseos que una descripción de la

54 En busca de tal finalidad, Godio recayó en apreciaciones de orden empírico incorrectas, como la de atribuir una pertenencia anarquista a la Federación Obrera Marítima, que en realidad pertenecía a la FORA sindicalista, o sobredimensionar la importancia de la Federación Obrera Ferroviaria. Cf. David Rock, "La Semana Trágica y los usos de la historia" en: *Desarrollo Económico*, N°45, julio de 1972. Para una crítica de las obras de Godio y Bilsky entendidas como exponentes de una “historia heroica de los trabajadores”, cf. Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 204 - 205.

55 Julio Godio, op.cit., p.49.

56 Ricardo Falcón y Alejandra Monserrat, op. cit., p.41. La frase en cuestión fue usada por *La Protesta* como encabezado de una enumeración de acontecimientos violentos de escaso relieve, en particular la quema de automóviles y tranvías, y no como una convocatoria a la insurrección. Cf. Diego Abad de Santillán, op. cit., p. 261

57 Julio Godio, op. cit. , p.50.

situación. El contraste con la caracterización más general que realizaba *La Protesta* sobre la situación, nos lleva a pensar que se trataba de un artificio retórico producto del entusiasmo, y no de un llamado a la destrucción del Estado y la propiedad privada.⁵⁸

Tampoco los llamados a la acción directa resultaban novedosos en el discurso anarquista, por lo que no pueden considerarse como prueba de una voluntad insurreccional de la FORA del V° Congreso en enero de 1919. En efecto, desde sus mismos orígenes el anarquismo argentino había incorporado a su retórica frecuentes llamados a la acción violenta directa, sin que tales recursos discursivos se plasmaran en prácticas políticas de tal índole.⁵⁹ Por otro lado, estas convocatorias a la acción constituían ante todo un llamado a la defensa de los obreros frente a la agresión, y a la venganza por la muerte de muchos trabajadores, no constando que en ninguno de ellos se hubiera incitado a la destrucción inmediata del poder estatal.⁶⁰

Por otra parte, aún si una voluntad insurreccional hubiera existido, se presenta el problema de la recepción de sus llamados: Godio magnifica la participación anarquista en los sucesos de 1919, otorgándoles un rol dirigente y una influencia desproporcionada a su peso real. Por último, las reflexiones de *La Protesta* sobre las jornadas de enero planteaban una estimación radicalmente opuesta a la de Godio. El propio autor emplea, en distintos contextos, dos citas del periódico anarquista en los que se niegan rotundamente las pretensiones revolucionarias que su texto les atribuye.

58 Si desde 1901 los anarquistas se dedicaron a exhortar intensamente a la huelga general, en muchas ocasiones anteriores - como en la huelga de inquilinos de 1907 - y sin generar consecuencias similares a las de 1919, habían convocado a la huelga general revolucionaria. Cf. Isaac Oved, op. cit., p.208 y Juan Suriano, "Ideas y prácticas 'políticas' del anarquismo argentino" en: *Entre pasados. Revista de Historia*, año V, N°8, 1995, p.35. Como Godio, Ricardo Rojas suponía que Buenos Aires había sido el escenario de una huelga general revolucionaria en función de las mismas pruebas " ... debemos reconocer que se trató de una reacción capitalista por la huelga revolucionaria (...) Digo 'la huelga revolucionaria' porque el diario anarquista lo proclamó a grandes titulares el viernes y el sábado, y la muchedumbre asaltó a hierro y fuego un asilo de huérfanos, cosa que no justifican ni la venganza a ciegas ni esa burda mentira del soviét maximalista" "Encuesta de *Vida Nuestra* sobre la situación de los judíos en Argentina", *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, Año II, N° 9, marzo de 1919, p.194.

59 Afirma Suriano, refiriéndose a la primera década del siglo, que "... aunque una retórica violenta se haya destacado en la producción discursiva del anarquismo local, su práctica política estuvo muy distanciada del terrorismo. La emergencia de una percepción tan negativa del anarquismo, siempre ligada a imágenes virulentas, además de haber sido alimentada por los artificios retóricos mencionados, se relaciona a la mirada crispada de las élites cruzada no sólo por el impacto de los atentados europeos [de fin del siglo XIX] sino también por los fuertes prejuicios, instalados en el clima de ideas de la época por la influencia de la criminología lombrosiana ..." Juan Suriano, op. cit., p.29.

60 "Dinamita hace falta ahora más que nunca (...) El pueblo no ha de dejarse matar como mansá bestia. Incendiad, destruid sin miramientos, obreros (...) frente al crimen de la justicia histórica, la violencia del pueblo como única e inmediata consecuencia y solución." *La Protesta*, 8 de enero de 1919, en : Idem, p.105.

Una de ellas sostenía:

“Que una simple huelga general, de protesta y solidaridad, se haya transformado, por obra y gracia de la prensa tendenciosa en una revolución maximalista se debe, precisamente, a las groseras especulaciones de esos capitalistas [ingleses] a la política funesta de los acaparadores y agentes de bolsa, que quisieron aumentar sus capitales al amparo de una anormalidad provocada y al mismo tiempo obligar al gobierno a que tomara medidas represivas contra las organizaciones obreras, ya que estas, con su resistencia, malogran los propósitos egoístas de los que trafican con los frutos del país.” (resaltado D.L.)⁶¹

En la segunda, *La Protesta* reafirmaba la participación anarquista en los sucesos de enero, aunque negando que aquellos hubieran tenido intención insurreccional alguna:

No negamos (...) nuestra participación en los pasados acontecimientos. Hemos sí, porque respondían a propósitos reaccionarios, desvirtuado las noticias estúpidas de la prensa, el mochuelo ese del maximalismo, ya que no existió plan alguno de revolución, ni maximalista ni anarquista, originándose lógicamente el movimiento, que fue de protesta y solidaridad, y agravándose merced a las medidas brutalmente represivas tomadas por el gobierno y a los abusos incalificables de la horda policial, alcoholizada, para mejor defender el orden.” (resaltado D.L.)⁶²

La caracterización general de Edgardo Bilsky sobre la Semana Trágica se emparenta con la de Godio, ya que este autor sostenía que aquellas jornadas representaron la máxima expresión de la agudización del conflicto social en Argentina. Bilsky remarca la radicalización de la clase obrera en el período, puesta de manifiesto en los debates en torno a la revolución rusa, el aumento de la afiliación sindical, el renacimiento anarquista y el surgimiento del Partido Comunista. Al igual que Godio, considera que la huelga comenzó de modo espontáneo, tomando las masas formas de combatividad activas para pasar en las jornadas posteriores a la defensiva, y atribuye la responsabilidad por la derrota del movimiento a las vacilaciones de la dirección de la FORA sindicalista y del P.S., mientras destaca el rol directivo del anarquismo, examinando con exhaustividad las distintas vertientes en que los sectores de dicha orientación se agrupaban.

Sin embargo, se diferencia de las posiciones de Godio al considerar que la violencia obrera se explica “... por las necesidades de la generalización del movimiento

61 *La Protesta*, 22 de enero de 1919, citado en Julio Godio, op. cit., p. 108.

62 *La Protesta*, 31 de enero de 1919, citado en: Idem, p.119. En el mismo sentido, la reflexión de Abad de Santillán resulta contundente: “la revuelta popular duró varios días. Faltó entonces la capacidad para canalizar las energías del pueblo y ofrecerles un objetivo revolucionario inmediato. (...) Por lo demás, el movimiento fue inesperado y sorprendió a todos, a los de arriba y a los de abajo. Fue una explosión instintiva de solidaridad proletaria, pero no un movimiento preparado y orientado hacia algo más.” Diego Abad de Santillán, op.cit., pp 260 - 261.

y en algunos casos a la autodefensa, pero no existía plan de acción coordinado tendiente a desarrollar enfrentamientos o ataques de envergadura.”⁶³

Las conclusiones a las que arriba Bilsky acerca del carácter insurreccional de las jornadas de enero no se corresponden con el desarrollo argumentativo de su obra. Si el movimiento es caracterizado por su origen espontáneo, se niega la existencia de un plan coordinado destinado a desarrollar enfrentamientos de envergadura, y se destaca el carácter defensivo de la violencia popular, no se comprende por que se considera a la Semana Trágica como expresión de tendencias insurreccionales. Aún cuando las corrientes revolucionarias conocieran en el período una expansión, su sola existencia no determina en absoluto que la oleada insurreccional europea hubiera alcanzado el Río de la Plata, como afirma el autor.

Por lo tanto, la caracterización de la huelga que ha realizado David Rock se presenta, en parte, como la más apropiada. En su óptica, la huelga careció de organización y liderazgo, tratándose de un movimiento carente de metas fijas y objetivos clasistas, altamente caótico y limitado a una expresión de protesta por la brutalidad policial y de respeto por las víctimas. No existía capacidad o interés de los distintas expresiones obreras para conducir el movimiento: el P.S. y la FORA sindicalista compartían posiciones reformistas, no existen constancias de que *Bandera Roja*, único órgano que apoyaba sin reservas a los bolcheviques, se dedicara a otras tareas que las de propaganda, mientras la debilidad del vínculo entre el anarquismo y las masas indica que este sector no pudo haber liderado la huelga. Sin embargo, Rock minimiza el grado de adhesión popular al movimiento, que como ha demostrado Bilsky, resultó amplísimo.⁶⁴ Por otro lado, si bien el historiador norteamericano acierta al señalar la carencia de liderazgo nacional del movimiento, no considera las formas de organización local que representó el hecho de que los puntos de referencia para los trabajadores movilizados fueran siempre los locales sindicales.⁶⁵

De tal modo nos encontramos frente a una huelga puramente solidaria y reivindicativa, carente de objetivos revolucionarios. Sin embargo, más allá del carácter real de la huelga, el aspecto más relevante para nuestro análisis reside en la consideración del modo en que el gobierno y las clases dominantes la interpretaron. A

63 Edgardo Bilsky, op.cit., p.84.

64 Idem, pp.78 -80.

65 Ibídem, p.145.

diferencia de Rock, que considera que la huelga general no fue la causa, sino el pretexto para la acción represiva, pensamos que el modo de análisis más fértil para este caso no reside en la atribución de una maniobra basada en la mala fe de las fuerzas represivas, sino en el examen de su sistema de creencias. Esta última consideración no implica desconocer la existencia de individuos e instituciones que falsearan a sabiendas las informaciones sobre la situación, sino un intento de comprender las condiciones que posibilitaron que ese tipo de versiones resultase verosímil para un amplio segmento de la población..

La violencia, sus lecturas, sus efectos

Para analizar el modo en que el terror a la revolución maximalista se difundió en enero de 1919, es preciso analizar detenidamente las distintas manifestaciones de violencia popular - reales o atribuidas - y el modo en que estas fueron interpretadas. Debemos recordar que la difusión del temor a la revolución era anterior al desarrollo de actos de violencia, por lo que estas resultaron prácticas que, pese a surgir de objetivos en absoluto insurreccionales, fueron consideradas como una confirmación de los temores preexistentes.

Paralelamente, es preciso distinguir analíticamente entre el temor a la revolución entendido como *Gran Terror* y el burdo anuncio policial acerca del descubrimiento de la célula responsable del complot maximalista. El terror precedió a la información policial y permitió que esta fuera considerada verídica durante unos pocos días, el anuncio del descubrimiento del supuesto *soviet* argentino acrecentó a su vez el *Gran Terror*.

Aunque ya el 8 de enero el Diputado radical Horacio Oyhanarte acusó por los disturbios del día anterior tanto a la intransigencia patronal cuanto a la presencia de "agitadores armados"⁶⁶, no existieron en ese día referencias específicas al peligro de una revolución. En la mañana del día siguiente, y antes que comenzaran los actos de violencia, el diario radical *La Epoca* alertaba a los trabajadores contra el anarquismo, amenazando con reprimir violentamente las huelgas que intentaran violar el orden

66 Julio Godio, op.cit., p.28.

social.⁶⁷ Si la advertencia muestra los temores previos al desarrollo de la movilización obrera, los sucesos del 9 de enero no harían más que confirmarlos.

En la mañana de ese día se sucedieron algunos disturbios en las calles de Buenos Aires: el incendio de algunos tranvías cuyos choferes no se habían plegado a la huelga, atribuido por Rock a grupos de trabajadores tranviarios que en aquel momento estaban desarrollando una huelga por demandas salariales que buscaban con su acción imponer la solidaridad e intimidar a las compañías para que hicieran concesiones.⁶⁸

Simultáneamente los huelguistas y grupos de niños arrojaban piedras contra las oficinas de Vasena, en cuyo interior se desarrollaba una reunión entre los directivos de la empresa y miembros de la Asociación del Trabajo. A este episodio, que se inscribía sin duda en la violenta dinámica que había alcanzado el conflicto en la planta, se sumó la quema del coche del flamante Jefe de Policía, Elpidio González, que se había acercado a la empresa a presionar a Vasena y calmar los ánimos de los trabajadores. Todo indica que ambos sucesos se debieron a la cólera de los trabajadores por la brutal represión de los días previos.

Por la tarde la amplitud de la huelga provocó que se ordenara el acuartelamiento de la policía. Simultáneamente la columna fúnebre, encabezada por un grupo de hombres armados⁶⁹ y por un coche con los miembros de la dirección de la FORA sindicalista, comenzaba su marcha hacia el Cementerio de la Chacarita. La presencia de una columna muy numerosa, en la que abundaban las banderas rojas y negras y encabezada por hombres armados seguramente corporeizó las peores pesadillas del gobierno y los conservadores. Sin embargo, hasta que fue atacada, el desarrollo de la manifestación se destacó por su absoluto orden.

Al pasar frente al establecimiento Vasena, desde los talleres se abrió fuego contra los manifestantes, generalizándose los disturbios en la zona: los trabajadores rodearon la empresa e incendiaron los depósitos de carbón abandonados, mientras un

67 Edgardo Bilsky, op. cit., p.69.

68 David Rock, op.cit., p.198.

69 Si para el Diputado conservador Gallegos Moyano tal presencia mostraba las intenciones revolucionarias de la multitud, según el diputado socialista Nicolás Repetto "Se trataba realmente de una nota cómica (...) dado que tres o cuatro ilusos se habían colocado a la cabeza del cortejo cargando escopetas de caza y hallándose sus poseedores completamente desprovistos de municiones." *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, año 1918 - 1919, en: Beatriz Seibel, op. cit., p.234.

grupo saqueó algunas armerías de la zona.⁷⁰ El enfrentamiento se prolongó varias horas y sólo terminaría tras la intervención de tropas del Ejército, que dejaría un importante saldo de huelguistas muertos.

La noticia de la masacre cundió rápidamente por la ciudad, exagerada y deformada por el mecanismo distorsivo del rumor. A las cinco de la tarde, en el centro y en Villa Devoto ya se hablaba de revolución maximalista y el comercio, aterrorizado, cerraba sus puertas en toda la ciudad.⁷¹

Uno de los hechos de violencia más recurrentemente esgrimidos en los días sucesivos como demostración del carácter revolucionario de los acontecimientos, fue el ataque de los manifestantes a la Iglesia de Jesús Sacramentado y el Asilo Casa de Jesús, en Corrientes y Yatay. El suceso ha recibido dos tipos de explicación. Según Rock, se debió al rumor que se difundió en la manifestación sobre la existencia de una emboscada policial en la Iglesia.⁷² Para Bilsky, la causa fue que mientras algunos obreros intentaban detener un tranvía, los bomberos que lo custodiaban abrieron fuego sobre la manifestación, creyendo algunos manifestantes que los disparos provenían de la Iglesia, y comenzando a arrojar piedras contra esta. Desde dentro del edificio, los sacerdotes respondieron con armas de fuego, resultando la Iglesia atacada por grupos de trabajadores.⁷³ Distintas fuentes permiten afirmar que el asalto a la Iglesia surgió de grupos que no formaban parte de la manifestación.⁷⁴

Independientemente de la causa real y de este ataque, la información que dio el órgano eclesiástico al respecto estará modelada ante todo por el clima de terror predominante en la semana, ya que sostenía dos improbables versiones: afirmaron en primera instancia que los asaltantes eran mayoritariamente rusos y más tarde que se trataba de un grupo de rusos y catalanes, esto es, los dos grupos acusados en ese

70 Según *La Razón*, se trataban de decenas de miles de trabajadores (9 de enero de 1919, en: Beatriz Seibel, op.cit., p.59.), según un testigo que vio los acontecimientos desde su balcón, ubicado frente a la planta de Vasena, de entre cien y doscientos. Respuesta de J. González Castillo a: Encuesta de Vida Nuestra sobre la situación de los judíos en Argentina”, *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, Año II, N° 7, Enero de 1919. La diferencia numérica resulta esencial: en la primera versión, la imagen que se brinda es la de una verdadera insurrección popular, en la segunda, la de un moderado disturbio.

71 J. González Castillo, op. cit., p.151.

72 David Rock, op.cit., p.192.

73 Edgardo Bilsky, op. cit., p.74.

74 Así lo señala Bilsky y lo confirma el relato de Santiago Usher, capellán de Jesús Sacramentado, que en su relato del acontecimiento afirmaba que se trataba de un grupo de entre 20 y 100 personas, formado básicamente por menores de edad que no participaban de la manifestación. *El Pueblo*, 30 de enero de 1919, p.1.

momento de ser los responsables del complot revolucionario.⁷⁵ Según otra fuente, el clero, que no podía reconocer que la Iglesia hubiera sido arrasada por los trabajadores argentinos, “... sindicó a los ‘malditos judíos’ como autores de tantos desmanes.”⁷⁶

La manifestación siguió avanzando, hasta que en las inmediaciones de la Comisaría 21^a se produjo un nuevo disturbio, que sería considerado como una agresión de los manifestantes. Sin embargo *La Razón* diría esa misma tarde que “no se sabe si los obreros intentaron tomar el local, pero como se oyeron varias detonaciones, el personal hizo uso de sus armas”, lo que exaltó a la multitud, que rodeó por varias horas el local policial.⁷⁷ Cuando la manifestación llegó al Cementerio, las tropas allí apostadas provocaron, mientras los representantes obreros pronunciaban sus discursos, una nueva matanza.

Como hemos visto, todos los disturbios tuvieron su origen en la necesidad de generalizar la huelga o bien en acciones defensivas. Es importante señalar que los actos que serían utilizados posteriormente como demostración de las intenciones ofensivas de la manifestación, como los saqueos de armerías, el asalto a la Iglesia y el sitio a la Comisaría 21^a, ocurrieron como respuestas inmediatas y caóticas a los ataques - reales o imaginados - de que era víctima la multitud.⁷⁸

Sin embargo, esa misma tarde el diputado radical Araya señalaba la existencia de una situación que amenazaba al orden y las libertades, mientras el conservador Agote planteaba que en Buenos Aires se había perdido todo control de la situación, advirtiendo que:

En las bancas corren versiones de una gravedad tal (...) que si fueran exactas, quizás mañana tuvieran que constituirse batallones cívicos para defender todo lo que es más caro en el país.⁷⁹

En las primeras horas del día siguiente, 10 de enero, las tropas acantonadas en Campo de Mayo al mando del general Dellepiane, ocuparon la ciudad. Si ello ocurrió

⁷⁵ *El Pueblo*, 11 de enero de 1919, p.1. y 15 de enero de 1919, p.1.

⁷⁶ Respuesta de Aristóbulo Soldano a: “Encuesta de Vida Nuestra sobre la situación de los judíos en Argentina”, *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, Año II, N° 10, abril de 1919, p.235.

⁷⁷ *La Razón*, 19 de enero de 1919, 5a Edición, en: Beatriz Seibel, op. cit., p. 69.

⁷⁸ Cuando estallaron los disturbios de 1919, el anarquista expropiador Boris Wladimirovich intentó organizar en Chacarita un “... comité revolucionario de ideas (...) se encontró con un montón de gente que no obedecía a plan alguno y que demostraba una absoluta incapacidad para ello, que se limitaba a disparar aturdidamente sus armas en todas direcciones.” Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, Buenos Aires, Legasa, 1986, p.19.

⁷⁹ Citado en Julio Godio, op.cit., pp.40 y 43. En los debates parlamentarios, el radicalismo se mostró siempre más mesurado que el conservadurismo en cuanto a extensión de la represión, distinguiendo permanentemente entre las demandas obreras legítimas y la acción de agitadores.

como resultado de una orden gubernamental o por una decisión autónoma de Dellepiane continúa siendo una incógnita no develada por la historiografía, aunque en la coyuntura de 1919 la movilización de tropas provocó la difusión de rumores acerca de la posibilidad de un Golpe de Estado.

Los días en que la huelga obtuvo mayor adhesión fueron el 10 y 11 de enero, jornadas en las que los únicos hechos de violencia en que intervinieron los trabajadores fueron resultado del encuentro con patrullas de soldados o policías, cuando intentaban detener vehículos de transporte o provocaban destrozos en los servicios públicos de alumbrado o agua corriente.⁸⁰ También se registraron ataques a comerciantes que intentaban, aprovechando la escasez de alimentos, venderlos a un precio más alto que el habitual.

Por el contrario, en esas dos jornadas se desarrolló con brutal intensidad la “caza del hombre”: las fuerzas represivas atacaron a los trabajadores y sus familias en los barrios obreros, asaltaron los locales sindicales, asesinaron a centenares de hombres, mujeres y niños y detuvieron a miles. Las acciones represivas continuaron con menor intensidad hasta el 14 de enero, día en que se levantó la huelga, retornando los militares a sus cuarteles el día 16. La ausencia de información oficial ha provocado la imposibilidad de una estimación precisa del número de víctimas. Las informaciones más conservadoras se refieren a la existencia de alrededor de 60 muertos, según la embajada de los Estados Unidos la cifra se elevó a 1.356 víctimas fatales. La cantidad de heridos estimada oscila entre 400 y 5.000 casos, la de detenidos entre 5.000 y 45.000 personas.⁸¹ Entre las fuerzas policiales, en cambio, las bajas fueron muy escasas, lo que demuestra el carácter ofensivo de la represión y la inexistencia de combates de envergadura. En los sucesos de enero participaron 1.800 oficiales, 958 suboficiales y 6793 agentes de la policía, entre los que se registraron 78 heridos y tres muertos: dos agentes y un cabo.⁸²

80 Edgardo Bilsky, op. cit., p.78. David Rock (op. cit, pp. 198 y ss.) destaca la participación en este tipo de acciones de grupos de niños y jóvenes de familias obreras y de hijos de inmigrantes. N. Babini (op. cit., p.10) señala que la ruptura de caños de agua y cables de teléfono y electricidad ya había tenido lugar en las cercanías de los talleres Vasena en los primeros días de enero de 1919. La mayoría de estas destrucciones tuvieron lugar en los barrios alejados del centro (*La Razón*, 9 de enero de 1919, en: Beatriz Seibel, op. cit., p.69), lo que apoyaría la hipótesis de Rock en relación a la ausencia de objetivos políticos de las mismas.

81 Julio Godio, op. cit., p.83; Edgardo Bilsky, op. cit., p.135; David Rock, op. cit., p.180.

82 A.G.N., Fondo Ministerio del Interior, año 1919, legajo 8, expediente 2012 - C, “Comisión Pro - defensa del orden, S/datos sobre heridos y muertos en últimos eventos huelguísticos”. Se trata de

Mientras la masacre se desarrollaba, el gobierno y los conservadores estaban definitivamente convencidos de encontrarse frente a una revolución. El 10 de enero *La Epoca* denunciaba la existencia:

“... de una tentativa absurda, provocada y dirigida por elementos anarquistas, ajenos a toda disciplina social y extraños también a las verdaderas organizaciones de trabajadores. (...) Se trata de una minoría sediciosa contra cuyos excesos basta oponer la firmeza y la cordura de las gentes partidarias del orden.”⁸³

Esa misma tarde grupos de militantes radicales ganaron las calles céntricas de la ciudad, mientras la policía solicitaba la colaboración de civiles para las tareas represivas. Distintos grupos civiles acudieron a ese llamado. Entre ellos es posible identificar contingentes conservadores y radicales, mientras el Comité Nacional de la Juventud - creado durante la Guerra para oponerse al neutralismo de Irigoyen y que se había constituido en los días previos como partido político - participó orgánicamente de la represión, recibiendo instrucción militar de oficiales de la marina.⁸⁴

Paralelamente, la preocupación por el riesgo revolucionario se veía a la vez confirmada y acrecentada por la difusión en los medios uruguayos y argentinos de la versión según la cual las huelgas generales que se desarrollaban en Buenos Aires y Montevideo eran la expresión de un plan destinado a imponer el maximalismo en ambas orillas del Río de la Plata.⁸⁵ El testimonio de Carlos Ibarguren, de quien no se puede sospechar que simpatizara con el anarquismo, resume el clima que vivían en esos días “las familias pudientes”:

“Este estado psicológico colectivo de miedo a sangrientas amenazas era el resultado de imaginarias noticias, echadas a rodar no sólo por timoratos, sino también por mucha gente que las recogía como ciertas.”⁸⁶

Para comprender el terror reinante, resulta muy importante la consideración del modo en que los rumores se difundían, lograban confirmación y se convertían por último en pruebas contundentes de la existencia de una tentativa revolucionaria. Circulando los diarios de manera muy limitada durante la huelga, el valor del rumor se agigantaba. El caso más significativo al respecto lo constituyeron las versiones acerca

información oficial brindada por el Ministerio del Interior ante la requisitoria de la Comisión presidida por Domecq García.

83 *La Epoca*, 10 de enero de 1919, citado en: Julio Godio, op. cit., p.51.

84 Edgardo Bilsky, op. cit., p.120 - 12, Julio Godio, op.cit., pp.191 y ss., Nicolás Babini, op. cit., p.20.

85 Julio Godio, op. cit., p.52.. El 11 de enero, las autoridades uruguayas anunciaban que habían comprobado el funcionamiento de tres *soviets* en Montevideo e informaban que se había logrado detener a cinco rusos. *La Razón*, 11 de enero de 1919, en Beatriz Seibel, op.cit., p.111.

86 Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1955, p.342.

de supuestos ataques contra varias comisarías, el Departamento Central de Policía y el Correo Central, que supuestamente ocurrieron las noches del 10 y 11 de enero.

La prensa obrera desmintió la mayoría de los ataques contra las comisarías, y los testimonios posteriores coinciden en señalar que la policía tiraba en la oscuridad, contra la calle totalmente vacía, alcanzando sus disparos a vecinos y transeúntes.⁸⁷ La mayor parte de las reacciones policiales se debían al temor que en ellos generaba el estruendo de las detonaciones de las armas de la fuerza represivas en las inmediaciones de las comisarías, que atribuían al avance de los inexistentes grupos maximalistas.

Si el testimonio literario de Arturo Cancela⁸⁸ apoya esta hipótesis, el relato del comisario Romariz sobre el ataque a la comisaría 26^a muestra la verdadera magnitud de los pocos ataques reales:

De improviso alcanzamos a ver que un sujeto sin saco, desprendiéndose del grupo de combatientes en la puerta de la comisaría, avanzaba a la carrera en nuestra dirección, esgrimiendo un cuchillo en su mano derecha. Al aproximarse a la línea de tiradores, que ya se había reconstituido, de pie y frente al local policial, se le intimó se entregara y en vez de rendirse, al mismo tiempo que vociferaba con voz iracunda ‘Viva la anarquía’ atropellaba blandiendo el cuchillo, a los agentes que le interceptaban el paso (...) Un proyectil de mi fusil lo desplomó mortalmente herido.⁸⁹

Si bien es cierto que estos acontecimientos fueron magnificados *a posteriori* como parte de una estrategia destinada a justificar la brutal represión, no pueden haber dudas acerca de su naturaleza: provocados por el temor de la policía, no hicieron más que cumplir una función confirmatoria del terror vigente.⁹⁰

El supuesto ataque al Correo Central resultó por su parte, como lo reconocieron prontamente *La Nación* y *La Prensa*, un error de la guardia que disparó contra varios empleados que salían del edificio.⁹¹

87 Edgardo Bilsky, op.cit., p.79. El 16 de enero, las comisarías 2a, 4a, 6a, 8a, 17a, 18a, 31a y 40a informaban que no se habían registrado bajas en su personal, mientras la 5 a señalaba que sólo tuvo un agente herido. *La Razón*, 16 de enero de 1919, en: Beatriz Seibel, op. cit., p.181

88 Arturo Cancela, “Una Semana de holgorio” en: *Tres Relatos Porteños*, Buenos Aires, Nuevo Siglo, 1995.

89 José Ramón Romariz, *La Semana Trágica. Relato de los hechos sangrientos del año 1919*, Buenos Aires, Hemisferio, 1952, p.123.

90 En el libro sobre la Semana Trágica escrito por el militante antisemita Federico Rivanera Carlés se reproducen los partes que cada comisaría de la Capital Federal envió a la Jefatura de Policía en la ocasión. A excepción de la Comisaría 21°, a la que la multitud que marchaba hacia el Cementerio de la Chacarita rodeó, los distintos comisarios sólo hacen referencia a tiroteos aislados. Sólo una mentalidad conspirativa como la de Rivanera Carlés pudo emplear estos testimonios, en plena década de 1980, como una constatación acerca del carácter revolucionario de los sucesos, que habrían formado parte de la conspiración judía mundial. Federico Rivanera Carlés, *El Judaísmo y la Semana Trágica*, Buenos Aires, Instituto de investigaciones sobre la cuestión judía, 1986.

91 “ A eso de las 10.30 llegó al portón de la calle Reconquista el señor Claros, empleado de la repartición. Sintió unos tiros cercanos, e inmediatamente, sin darle tiempo a entrar en el edificio, salieron

Tampoco el asalto al Departamento Central de Policía tuvo lugar jamás. Todos los indicios llevan a suponer que, tras escuchar varios disparos - muy probablemente originados en Plaza Congreso, donde las tropas tiraban a la vez contra supuestos agresores - las fuerzas situadas en el Departamento Central de Policía comenzaron a disparar sus armas de manera caótica.⁹² El testimonio de Romariz, hecho público más de treinta años después de los sucesos, confirma esta versión:

“Al sonar los primeros tiros, no se supo disparados por quien, uno de los sargentos de servicio, por propia determinación, corrió al tablero de las llaves de luz y las cerró, dejando a oscuras (...) a todo el Departamento Central de Policía. La batahola se hizo entonces infernal. Los agentes corrían desesperadamente haciendo fuego al aire; los oficiales, al salir de las oficinas para asumir el mando de sus secciones y no obstante sus voces de mando, tenían que volver a refugiarse en el casino, dormitorios, etc., pues no solo les era imposible dominar el tumulto, sino que hasta se veían en peligro de ser muertos por las balas que disparaban en todo sentido las tropas dominadas por el pánico.”⁹³

Durante varios días la prensa de Buenos Aires difundiría los incidentes de lo que consideraban un auténtico ataque, y hasta *La Vanguardia* aceptó por un corto tiempo la veracidad de los sucesos.⁹⁴

Podemos reconstruir el mecanismo por el que los rumores de los ataques al Departamento Central de Policía y al Correo Central se difundieron. La mejor confirmación de la realidad del ataque provino, de manera involuntaria, del seno del propio movimiento obrero. En efecto, en un esfuerzo por diferenciarse de los anarquistas, los dirigentes de la FORA del IX° Congreso manifestaron el día siguiente al Dr. González que sólo se solidarizaban con los actos propios de la clase obrera, rechazando la responsabilidad por actos “... como el asalto al Correo y al Departamento de Policía, hechos con intervención de elementos extraños, ajenos por completo a la Federación Obrera Regional Argentina”.⁹⁵ Al negar su actuación en los sucesos, la FORA sindicalista certificaba la existencia de los mismos, otorgándoles de tal modo una indiscutible veracidad. De tal manera, no hizo más que dar por ciertas unas versiones sobre las que casi nadie dudaba.

de el varios agentes e hicieron una descarga. Por fortuna, no lograron herirlo. Explorados los alrededores, no se encontraron elementos sospechosos, y se volvió a la normalidad.” Resultado de la confusión resultaron muertas dos personas, uno de ellos empleado del correo, y resultó herido un cartero. *La Prensa*, 11 de enero de 1919, en: Beatriz Seibel, op. cit., p.98.

92 Edgardo Bilsky, op. cit., p.79.

93 José Ramón Romariz, op. cit., p.141.

94 Julio Godio, op.cit., p.57.

95A.G.N. Series Históricas. Serie Movimiento Obrero del año 1919. Legajo 31. Nota Confidencial N°817. Legación de la República Argentina en Montevideo, 28 de diciembre de 1918. Folio 8.

El círculo autoconfirmatorio se cerró el 14 de enero, cuando en el Congreso, el diputado Oyhanarte destacó el gesto de la FORA del IX° Congreso de no solidarizarse con los responsables de ambos ataques, intentos que debieron ser repelidos “... con la voz ruda pero elocuente de las ametralladoras.”⁹⁶

A la vez, los rumores sobre el ataque al Departamento Central de Policía provocarían otras manifestaciones de terror. *La Razón* informaba sobre una agresión “intensa y continuada” contra la Comisaría del barrio de La Boca, que generó un enfrentamiento de más de cuatro horas entre la policía y los atacantes que dejó como saldo cuatro muertos y dieciocho heridos.⁹⁷ Sin embargo, según el relato de Romariz, los acontecimientos fueron muy distintos. Mientras se recibía la información sobre el ataque a la Jefatura, desde la calle se avisaba a la policía que grupos armados avanzaban hacia la comisaría. Los agentes comenzaron a disparar en todas direcciones, espantando a los caballos del Escuadrón estacionado frente a la dependencia policial, que contribuyeron a generalizar la confusión. Los disparos se realizaban al azar, “... dado que no se veía a nuestro frente ni en las calles transversales, atacante alguno.” El caos reinante provocó que al fuego de los defensores de la Comisaría se sumaran el de los soldados estacionados en la zona y el de los bomberos del cuartel próximo. Tras quince minutos, el episodio terminó sin heridos ni muertos. Sin embargo, el comisario a cargo de la dependencia policial informaba - para destacar su actuación o para ocultar su responsabilidad en el descabellado episodio - que habían sido atacados por centenares de obreros marítimos y que un agente había muerto y otro había resultado herido.⁹⁸

El mecanismo que hemos descripto muestra el modo en que el *Gran Terror* de 1919 se difundió, a partir de una atribución de sentido a acontecimientos inexistentes - aunque no por ellos menos eficaces en sus efectos - o bien mediante una interpretación, signada por el previo terror, de eventos reales. Seguramente tuvo importancia en su propagación la difusión intencional de informaciones falsas, que sólo pudieron ser consideradas verídicas debido al clima de terror generalizado reinante. No existen motivos, por lo tanto, para considerar a la huelga general como un pretexto para la

96 *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, año 1918 - 1919, t.V, p.137, citado en Julio Godio, op.cit., p.73.

97 *La Razón*, 11 de enero de 1919, en: Beatriz Seibel, op. cit., p.93.

98 José Ramón Romariz, op. cit., p. 144.

represión: el terror del gobierno y las clases dominantes no fue una impostura sino el resultado de un sistema de creencias, un prisma por el que vieron en la huelga general la materialización de sus peores temores. De tal modo, la brutal represión fue una consecuencia del Gran Terror y no el resultado de una argucia.

Estas características explican que la fábula policial acerca del descubrimiento de los responsables del complot maximalista - producto evidente de la mala fe de los sujetos que la formularon - haya sido aceptada como verídica por el gobierno y buena parte de la prensa. En efecto, cuando el 12 de enero la policía afirmó haber detenido al presidente del Soviet, la mayor parte de la prensa no dudó acerca de la veracidad de la información, que reprodujo abundantemente. Cuando, tras pocos días, se revelara la falsedad de la información policial, la certificación de la inocencia de los inculcados en la ocasión no implicó el fin de la certidumbre en el carácter revolucionario de los sucesos que se habían atravesado. El testimonio del propio general Dellepiane, principal responsable de la represión, sostiene esta perspectiva. Cuando se le preguntó si creía en la existencia de un *soviet* en Buenos Aires, respondió que, pese a ignorar si todos los detalles hechos públicos reflejaban exactamente la verdad, no dudaba que el movimiento había sido inspirado por el maximalismo.⁹⁹

Evidentemente existieron matices en la apreciación del carácter de los sucesos, expresados fundamentalmente en las disidencias entre radicales y conservadores sobre la responsabilidad patronal o estatal en las huelgas, la extensión y objetivos de la represión y la imposición del Estado de sitio; y aún entre distintos voceros conservadores en torno a la actuación de los grupos civiles armados. Sin embargo, las controversias se desarrollaban en el seno de una creencia compartida acerca del carácter revolucionario de los acontecimientos de enero.

Las persecuciones a los judíos

En el contexto de la represión a los trabajadores de la Semana Santa, entre el 9 y el 14 de enero se desarrolló en las calles de Buenos Aires un verdadero *pogrom*. Los judíos fueron, en efecto, uno de los blancos centrales de las persecuciones de aquellas jornadas.

⁹⁹ *La Razón*, 12 de enero de 1919, en: Beatriz Seibel, op. cit., p.146.

Pese a que este apartado se presenta - a los fines analíticos - de manera autónoma, consideramos que el *pogrom* constituyó una parte orgánicamente vinculada con todos los demás acontecimientos de enero de 1919. Desde una perspectiva que considere a la Semana Trágica como resultado de un *Gran Terror*, el enemigo alcanzaba características multiformes: eran tanto los anarquistas y maximalistas - reales o imaginarios - como los judíos y catalanes, con lo que las persecuciones antisemitas no resultaban una acción adicional a la represión de los trabajadores, sino parte de una misma dinámica.

La población judía de Argentina había crecido significativamente en las primeras dos décadas del siglo. Aunque no existen datos fidedignos sobre el número de la población judía en 1919, el Comité de la Colectividad Israelita decía, tras las persecuciones antisemitas, representar a 150.000 personas. En la ciudad de Buenos Aires los judíos se asentaron en algunos barrios, en particular el de Once, y se desempeñaron como artesanos, comerciantes y obreros, desarrollándose entre estos últimos una intensa actividad asociativa, política y sindical.¹⁰⁰ Tanto dicho patrón de asentamiento urbano cuanto la existencia de rasgos culturales distintos a los de la población mayoritaria - idioma, costumbres, religión - otorgaron a los judíos de Buenos Aires una particular visibilidad, pese a constituir un porcentaje ínfimo de la población de la ciudad.

En el barrio de Once se desarrollaron los principales sucesos de persecución específicamente antisemita, ya que aunque trabajadores israelitas sufrieron la represión ocurrida durante el cortejo fúnebre del día 9 de enero - registrándose en la ocasión al menos un muerto perteneciente a la organización *Avangard*¹⁰¹ - en la ocasión fueron atacados en tanto manifestantes y no debido a su condición judía.

Todos los relatos coinciden en destacar la barbarie de los ataques que se desarrollaron en el barrio del Once. Ante la pasividad policial, fueron saqueados los locales de la Organización Teatral Israelita, *Avangard* y *Poalei Sión*, en la que funcionaban también los centros de los obreros panaderos y peleteros judíos. Sus muebles, archivos y bibliotecas fueron quemados, las personas que allí se encontraban

100 Cf. Edgardo Bilsky, "Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino" en: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 4, N°11, abril de 1989.

101 Boleslao Lewin, *Como fue la inmigración judía en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1983, p.174.

resultaron apaleadas.¹⁰² Los ataques se extendieron pronto a todo el barrio, protagonizados por civiles, policías y soldados que disparaban contra los transeúntes, asesinando a varios de ellos. Son numerosos los testimonios sobre las torturas a que los judíos fueron sometidos en las calles y el Departamento Central de Policía, los ataques e incendios de casas y comercios del barrio, las humillaciones a que fueron sometidos hombres, mujeres, jóvenes y ancianos.¹⁰³ Recordemos la tantas veces citada descripción de Juan Carulla sobre la situación en el barrio de Once:

" En medio de la calle ardían varias piras formadas con libros y trastos viejos, entre los cuales podían reconocerse sillas, mesas y otros enseres domésticos, y las llamas iluminaban tétricamente la noche destacando con rojizo resplandor los rostros de una multitud gesticulante y estremecida. Me abrí camino y pude ver que a pocos pasos de allí se luchaba dentro y fuera de los edificios. Inquirí y supe que se trataba de un comerciante judío al que se culpaba de hacer propaganda comunista. Me pareció, sin embargo, que el cruel castigo se hacía extensivo a otros hogares hebreos. El ruido de muebles y cajones violentamente arrojados a la calle, se mezclaban con gritos de '¡Mueran los judíos!', '¡Mueran los maximalistas!'. De rato en rato pasaban a mi vera viejos barbudos y mujeres desgrefñadas. Nunca olvidaré el rostro cárdeno y la mirada suplicante de uno de ellos al que arrastraban un par de mozalbetes, así como el de un niño sollozante que se aferraba a la vieja levita negra, ya desgarrada, de otro de aquellos pobres diablos..."¹⁰⁴

Como en todos los casos de la Semana Trágica, el saldo de víctimas judías no ha quedado esclarecido. Según la exposición que el Comité de la Colectividad Israelita elevó a las autoridades, el saldo fue de "pocos muertos y millares de heridos".¹⁰⁵ Según el testimonio de Wald, esta lista era muy incompleta, mientras Solominsky afirmaba, aunque sin citar sus fuentes, que las víctimas judías se contaban por centenares.¹⁰⁶ Según fuentes policiales, sobre un total de 3.578 detenidos en la ciudad de Buenos

102 Nahum Solominsky, op.cit., pp 18 -19. Los actos antisemitas se extendieron a otras localidades. El local de la Unión Israelita de Avellaneda fue destruido por la policía. *La Razón*, 15 de enero de 1919, en: Beatriz Seibel, op. cit, p. 177.

103 El testimonio más completo al respecto se encuentra en dos obras de Pedro (Piñe) Wald: *Pesadilla. Una novela de la Semana Trágica*, Buenos Aires, Ameghino, 1998, [1929]; y "Di Yidn in der traguisher bocht" (Idisch, judíos en la Semana Trágica) in: *Argentiner IWO Schriftung*, Buenos Aires, 1947. En las obras citadas de Solominsky, Avni, Mirelman y Lewin se reproducen variados testimonios acerca de las persecuciones a los judíos.

104 Juan Carulla, *Al filo del siglo y medio*, Buenos Aires, Huemul, 1964, p.219.

105 Comité de la Colectividad Israelita, A/ número de atropellos contra individuos e instituciones de la colectividad, locales de los mismos y s/ audiencia al excelentísimo Sr. Presidente de la Nación. A.G.N., Fondo Ministerio del Interior, Legajo 5, expediente 838 - C, folios 12 - 13. Parte de este documento está reproducido, aunque con algunas pequeñas modificaciones respecto al original, en Boleslao Lewin, op. cit.

106 Nahum Solominsky, op.cit., p.26. El embajador francés en Buenos Aires relataba: "La policía masacró de una manera salvaje todo lo que era o pasaba por ruso. Uno de los jefes del partido en el poder se jactó, en una reunión de 20 personas, de haber matado con sus manos unos 40. Los guardias blancos compuestos de aficionados se distinguieron particularmente en la caza al hombre que duró dos o tres días enteros." Message au Ministre M.Pichon del 14 de enero de 1919. *Archives Diplomatiques du Ministère de Affaires Etrangères de France. Amérique 1918-1940, sous serie Argentine*, 8 en : Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, op. cit., p. 126.

Aires, 560 eran judíos.¹⁰⁷ La proporción cercana al 16% de los detenidos implica una notable sobrerrepresentación de los israelitas entre los detenidos.

Las explicaciones sobre las causas del *pogrom* que hasta ahora se han vertido resultan múltiples. En un primer nivel, que atiende a las causas inmediatas, se sitúa la difusión de la fantasía conspirativa contenida en la denuncia del complot maximalista en Argentina y Uruguay, de cuya responsabilidad se acusaba a una organización rusa de Buenos Aires y a “ ... otros judíos rusos de la estación Bernasconi ...”¹⁰⁸. Su corolario fue la detención de Pedro Wald - joven judío emigrado de Rusia, dirigente del *Bund* - a quien la policía atribuyó ser el Presidente del *Soviet* argentino, junto su novia y varios de sus supuestos ministros.

En una perspectiva de más largo plazo, los distintos argumentos desarrollados no resultan siempre enteramente satisfactorios. Godio señala al respecto que el antisemitismo y el hecho de que de la colectividad surgieran ideólogos de izquierda asoció involuntariamente a los judíos con los huelguistas.¹⁰⁹ Sin embargo, la existencia del antisemitismo, no explica por si misma la transición desde una actitud prejuiciosa a la acción violenta contra los judíos. Por su parte, surgían también ideólogos de izquierda, y en mayor cantidad, del seno de otras colectividades inmigradas, no existiendo noticias de que se haya perseguido, por ejemplo, a los italianos por su condición de tales.

La explicación de Bilsky resulta más compleja. El autor señala como antecedentes del *pogrom* los sentimientos adversos a los israelitas que había despertado en la élite porteña el atentado de Simón Radczvitzky; su plasmación en las persecuciones a los judíos - en el contexto de la represión a los trabajadores de 1910 - y la prédica antisemita de la Iglesia. Por último agrega que el temor a la revolución rusa aumentó la tendencia preexistente a asimilar judíos con rusos, y a ambos con el maximalismo, concluyendo: “..la ideología antisemita existía, el pánico también, la huelga general suministrará el pretexto.”¹¹⁰ Los argumentos de Solominsky y Avni,

107 Archivo de la Policía Federal Argentina, Sección 1, Libro de Presos N° 4, pp. 44 - 46, citado en Federico Rivanera Carlés, op. cit., p.260.

108 *La Prensa*, 14 de enero de 1919, *La Argentina*, 13 de enero de 1919, citados en: Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, op. cit., p. 125.

109 Julio Godio, op. cit., p.83.

110 Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, op. cit., p. 124.

son similares, agregando ambos la hipótesis del “chivo expiatorio”, según la cual el ataque a los judíos sería el resultado de un intento de la élite de desviar el descontento social hacia las minorías.¹¹¹ También Mirelman destaca la existencia del antisemitismo en algunos sectores de la élite y el rol de difusión del prejuicio que le cupo a la Iglesia Católica, agregando un tercer factor de menor importancia: la relativa riqueza de algunos judíos, contrastante con los bajos salarios de los policías, que habrían llevado a muchos de ellos a saquear los bienes de sus víctimas.¹¹²

Este conjunto de argumentos alumbró con eficacia muchas de las causas que originaron las persecuciones antisemitas, pese a lo cual no quedan totalmente libres de objeciones.

En primer lugar, las referencias que se realizan sobre la ideología antisemita destacan en su contenido la presencia de tópicos como los del judío especulador, usurero o comerciante inescrupuloso, sin explicar de qué modo esta imagen se trocó, de improviso, en la del temible agente de la revolución. Las referencias a discursos previos a la Semana Trágica en los que se considere al judío como impulsor de la revolución son escasas, y se limitan a las conferencias callejeras pronunciadas en las tres semanas previas a los sucesos de enero.

En segundo término, aunque la identificación entre judío, ruso y maximalista resultó evidentemente determinante en la ocasión, su sola enunciación no explica por sí misma su efectividad. Recordemos que simultáneamente a la Semana Trágica, se desarrollaba en Alemania el movimiento Espartaquista, que despertó los temores de la élite argentina tanto como la revolución rusa. Sin embargo, no existe constancia alguna de que en Buenos Aires se haya perseguido a los alemanes en su conjunto por considerárselos agentes del movimiento de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.¹¹³

Resulta indudable que el atentado de Radowitzky había generado una atribución colectiva de responsabilidad a los judíos, pero desde 1910 no formaba parte del discurso público de la élite la identificación entre los israelitas y la revolución. En la década la identificación entre un grupo nacional y el anarquismo recaería, ante todo, sobre los catalanes. Por su parte, la observación de Mirelman acerca del contraste social entre la

111 Nahum Solominsky, *op.cit.*, p.15, Haim Avni, *op. cit.*, p.52.

112 Victor Mirelman, *op. cit.*, p.68.

113 En efecto, aunque se acusó al periódico *Vorwärts* por incitar a la revolución, la incriminación no se dirigió al conjunto de los residentes alemanes en Argentina.

policía y algunas de sus víctimas no tiene en cuenta que la intervención policial no se debía a la motivación individual de los agentes, sino a su pertenencia a tal institución. Mientras dicha observación puede explicar los saqueos, no da cuenta del origen de su participación en las persecuciones, que se derivaba de su obediencia a las órdenes emanadas de las autoridades policiales.¹¹⁴

Por su parte, la teoría del “chivo expiatorio” no parece apropiada para el análisis de estos acontecimientos. En la Semana Trágica se atacó de manera simultánea a trabajadores y judíos, no habiendo por lo tanto en la ocasión sujeto alguno a quien desviar de su descontento, ni evidencia de que se haya intentado orientar a las masas populares a enfrentarse con los israelitas.

Consideramos que las explicaciones reseñadas se fortalecerían si se incorporara al análisis un factor adicional: la presencia en el largo plazo de tesis conspirativas que relacionaran a los judíos con las revoluciones sociales. Considerando este factor, resulta más comprensible la difusión de la ecuación que identificaba a los judíos con los maximalistas - ya que esta asimilación se asentaría sobre una tradición previa - y la observación acerca de la precedencia del antisemitismo se reforzaría, ya que en tal perspectiva la visión del colectivo de los judíos como un grupo de características conspirativas estaría ya cimentada. Como hemos demostrado en el capítulo anterior, sólo en el seno de algunas corrientes católicas estas creencias estaban difundidas, siendo en 1919 parte de una ya larga tradición en la que el tono de las conferencias callejeras encabezadas por Dionisio Napal en diciembre de 1918 no resultaba novedoso.

No proponemos con ello una explicación monocausal, sino sumar a los factores que hemos reseñado un elemento adicional de considerable importancia para la comprensión de los sucesos de la Semana Trágica.

Las acciones de los agentes sociales resultan inseparables de las representaciones que se dan de sí mismos y de sus adversarios. Conocemos el rol que la difusión de la perspectiva conspirativa del catolicismo cumplió en los días previos a la Semana Trágica, pero aún debemos demostrar la participación de grupos católicos en el

114 En este sentido, resulta absolutamente insostenible la prejuiciosa apreciación de Romariz, según la cual una de las causas que explican los sucesos antisemitas fue “...el recuerdo, que se tradujo en venganza, de los métodos usurarios con los que algunos de estos individuos habían atribulado la vida y atormentado la existencia de los empleados, que aún sufrían sus dolorosas consecuencias pecuniarias.” A todas luces, no fueron los sectores populares enfurecidos los que atacaron a los judíos, sino los jóvenes de la élite de Buenos Aires.

desarrollo del *pogrom* de 1919 para verificar la plasmación de estas representaciones en prácticas..

¿Quiénes participaron de los ataques contra la población judía de Buenos Aires?. En primer lugar, las fuerzas militares y policiales. Ante la gravedad de las características de la intervención policial, el día 13 de enero el general Dellepiane envió una circular a las comisarías ordenando que se estableciera una perfecta distinción “...entre los criminales a los que se está persiguiendo y los pacíficos miembros de la comunidad israelita.”¹¹⁵

En relación a las persecuciones policiales resulta revelador el testimonio incluido en la nómina de atropellos contra instituciones e individuos judíos presentada por el Comité de la Colectividad Israelita al Ministro del Interior. En referencia al asalto al local de *Poale Ziön* el documento describía que:

“El viernes 10 de enero a las 6 p.m. llegó frente al local de esta organización, Ecuador 645, un grupo de particulares armados con revólveres y palos, y encabezados por agentes de policía y conscriptos. Desde la calle hicieron una descarga al interior del local. Luego forzaron las puertas y ventanas y, posesionados del local, destruyeron todos sus objetos: muebles, ventanas, puertas y persianas, y quemaron la biblioteca (...) Al mismo tiempo, vigilantes y particulares invadieron las habitaciones de los vecinos de la casa, disparando sus armas, golpeando con los sables y las culatas de los máuseres a cuanta persona, hombres, mujeres y niños encontraron a mano. Acto continuo todos los hombres fueron detenidos y conducidos a la comisaría 7°, siendo todos ellos cruelmente maltratados en todo el trayecto y en la misma comisaría. De aquí los trasladaron a la 9°. Cuando se produjo el ataque al local, sus moradores llamaron auxilio de la comisaría 7°, de donde se les contestó ‘que los manifestantes saben lo que hacen’.”¹¹⁶

La responsabilidad policial y militar se extendía en la denuncia a los 71 casos que se presentaban de ciudadanos israelitas heridos, golpeados y torturados por los uniformados en la calle o en las comisarías.¹¹⁷ En su descargo, el Jefe de la Policía de la Capital recurría a la imagen del judío revolucionario como explicación de los sucesos de enero, señalando que entre los detenidos “... una apreciable proporción pertenece a la colectividad ruso israelita, algunos de cuyos componentes tuvieron activa participación en los luctuosos hechos” e informando que en el ataque a la Iglesia de Jesús Sacramento y los asaltos a varias armerías “figuraban varios anarquistas rusos, a los

José Ramón Romariz, op.cit., p.21.

115 *Vida Nuestra, Publicación Mensual Israelita*, Año II, N°8, febrero de 1919, p.169.

116 Comité de la Colectividad Israelita, A/ número de atropellos contra individuos e instituciones de la colectividad, locales de los mismos y s/ audiencia al excelentísimo Sr. Presidente de la Nación. A.G.N., Fondo Ministerio del Interior, Legajo 5, expediente 838 - C, folio 1, 22 de enero de 1919.

117 Idem, folios 1 – 11.

cuales la División Investigaciones trata de establecer prueba legal”.¹¹⁸ De tal modo, invertía la carga de la prueba: si estaban detenidos significaba que eran culpables de los hechos que se les imputaban.

En relación a los vejámenes recibidos en el trayecto entre las comisarías, el Jefe de Policía negaba toda responsabilidad de sus hombres, aunque admitía que resultaba posible que “la efervescencia popular propia del momento y la actitud sospechosa cuando no francamente hostil de los detenidos, haya determinado ataques contra ellos, antes de que la intervención de la policía pudiera evitarlos.” En sus afirmaciones respecto de los 71 casos denunciados por el Comité, el jefe policial señalaba que todos ellos habían sido detenidos mientras disparaban, distribuían propaganda maximalista o vivaban a la revolución social, y explicaba sus heridas como un resultado de los combates en los que afirmaba que habían participado.

Sobre el asalto al local de *Poalei Ziön*, la explicación del jefe policial combinaba las confusiones características de la situación de *Gran Terror* con la evasión completa de la responsabilidad de la institución que comandaba:

“El viernes 10 del mes anterior, a las 6, 30 p.m., poco más o menos, se sintió desde el local de la comisaría 7ª el estampido de armas de fuego que partían de la zona oeste de esta sección, por lo que empleados y agentes de la misma salieron, dirigiéndose allí en demanda de información sobre lo que ocurría. Instantes después regresaron dichos empleados conduciendo a los sujetos Mauricio Ktilare, Simón Saconsky e Israel Bensión Shlafer, los que fueron entregados por varios soldados del Regimiento 8 de Caballería y algunos particulares, en la esquina de Ecuador y Lavalle, bajo la imputación, según los civiles, de que al pasar en manifestación con otros más, dando vivas a la Patria, esos sujetos le habían hecho fuego (...) dando muerte a uno de ellos, que era estudiante, y herido a otros. Como la intervención en el hecho correspondiera por razón del lugar a la sección 9ª fueron conducidos a esta los detenidos.”¹¹⁹

Por otra parte, muchos testimonios señalaron la presencia entre los atacantes de grupos radicales.¹²⁰ También actuaron en la ocasión *Guardias Blancas*, formadas por jóvenes de la élite y adiestradas por oficiales de la Marina. Contamos con un valioso testimonio acerca de la preparación de los grupos civiles armados:

“Los oficiales de marina en actividad y retirados que allí [en el Centro Naval] pasan sus ocios resolvieron, entonces, salvar ellos también a la patria,

¹¹⁸ Ibidem, Nota del Jefe de la Policía de la Capital al Ministro del Interior, 13 de febrero de 1919.

¹¹⁹ Idem.

¹²⁰ Nahum Solominsky, op.cit., p.18, *La Vanguardia*, 12 de enero de 1919 en: Beatriz Seibel, op. cit., p.117.

celebrando una gran tenida en la esquina del local, en Córdoba y Florida. Pidieron consejo al senador Melo, quien en 'vibrante arenga' los invitó a respetar los derechos legítimos, pero a no tolerar que las multitudes se alcen contra esto y aquello y lo de más allá. Habló luego el contraalmirante O'Connor, como si estuviera convencido que Buenos Aires, por el hecho de haberse cruzado de brazos sus trabajadores y parado su tráfico por breves días, se ha convertido en Petrograd en noviembre de 1917, y terminó su peroración dando cita a los presentes para el día siguiente a las nueve, a fin de ir a buscar a 'esos rusos y catalanes' en sus propios barrios, si éstos no iban a buscar a ellos. Hemos recibido versiones concordantes de este discurso de varios testigos presenciales."¹²¹

En la prensa de Buenos Aires vinculada a la Iglesia no existen referencias directas que permitan considerar la participación católica en las *Guardias Blancas*. Sin embargo, durante la Semana Trágica *El Pueblo*, que no informaba sobre las persecuciones antisemitas, llamó a sus lectores a concentrarse en las instituciones católicas para defenderlas de los ataques que pudieran sufrir. En un estilo más directo, el vocero de los católicos rosarinos convocaba a similar tarea, recomendando que no se escatimaran las armas ni la pólvora.¹²²

En varias de las respuestas a la encuesta de la revista *Vida Nuestra* sobre la situación de los judíos en la Argentina se responsabiliza a los católicos por las agresiones antisemitas. En su intervención, afirmaba José Ingenieros:

"... súpase en Buenos Aires que algunos grupos de jóvenes habían invadido el barrio judío en son de saqueo y de matanza. El hecho no puede sorprender a los que conocen la organización de una sociedad semisecreta de estudiantes, ex alumnos de los colegios jesuíticos y manejados por algunos sacerdotes que hacen política clerical militante al servicio de las clases conservadoras; desde hace varios años han promovido, sin resultado, varias agitaciones antisemitas y su principal tarea es difamar a los estudiantes argentinos hijos de judíos, que se cuentan por centenares en nuestras universidades."¹²³

También las respuestas de Leopoldo Lugones y de la redacción de *La Protesta*, entre otras, atribuían una gran cuota de responsabilidad en los sucesos a la Iglesia

121 "Salvadores de la Patria. Planeando pogroms", *La Vanguardia*, 12 de enero de 1919, p.2. en; Beatriz Seibel, op. cit., p.117.

122 *Acción Social*, 20 de enero de 1919, p.3. citado en: Luis María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20*, Buenos Aires, Corregidor, 1995, p.30.

123 Encuesta de *Vida Nuestra* sobre la situación de los judíos en Argentina, *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, Año II, N° 8, febrero de 1919, p.172.

Católica.¹²⁴ Los socialistas afirmaban, por su lado, que la invención del complot maximalista era un resultado de las maniobras clericales, sosteniendo que:

"En la Capital Federal los clericales han soplado en los días luctuosos sobre la hoguera. Y los 'guardias blancos' que en la semana de vergüenza y de dolor que hemos pasado, han asaltado, protegidos por la policía, a obreros indefensos y a judíos inocentes, pertenecen en gran parte a la juventud católica educada en los colegios de los jesuitas"¹²⁵

Indudablemente, estos testimonios están teñidos por la tradición anticlerical de sus emisores, pero si despejamos de ellos las afirmaciones sobre la existencia de complots jesuíticos, la presencia en las *Guardias Blancas* de jóvenes católicos de las clases altas parece verificarse. Una confirmación adicional proviene de un documento que no estaba destinado a la polémica en Argentina, sino a informar desde Buenos Aires a las instituciones sionistas de La Haya sobre los sucesos, con lo que no encontramos motivos para suponer que se intentara exagerar la responsabilidad de los católicos en los sucesos. El informe afirmaba que ante la difusión del rumor acerca de la revolución maximalista:

"En la juventud católica prendió (...) el fuego del patriotismo y el odio a todos los extranjeros, especialmente a los judíos, que a su juicio debían ser seguramente los responsables del levantamiento. Los estudiantes se organizaron en una asociación llamada la '*Guardia Blanca*' que se atribuyó la función de ayudar a los guardianes de la ley a salvar el país"¹²⁶

El conjunto de estos indicios nos permite sostener que, ante el *Gran Terror*, un sector del catolicismo argentino consideró como evidente que, tal como una sedimentada tradición lo indicaba, la responsabilidad de los judíos en la revolución era manifiesta. ¿No había llamado *El Pueblo* a los patriotas a resistir la influencia judía a fines de 1918? ¿Acaso las demandas por la liberación de Radowitzky no eran, en esta lógica, una prueba más que contundente sobre el carácter judío del intento maximalista?

Evidentemente, no todos los actores que intervinieron en los grupos represivos participaban de estas creencias, por lo que señalamos que estas se restringían a ciertos ámbitos católicos. Aunque su influencia era entonces, limitada, el peso de la cosmovisión conspirativa católica desempeñó indudablemente un rol central en 1919 al

124 *Vida Nuestra*, Año II, Nº 7, enero de 1919, pp.144 - 148 y 159 - 160. Véanse además las respuestas de Enrique Barros, Arquimedes y Aristóbulo Soldano, Carlos Caminos y G. Coria Peñaloza en los números 9 y 10 de *Vida Nuestra*, de marzo y abril de 1919.

125 "Intrigas y maniobras clericales", *La Vanguardia*, 23 de enero de 1919, p.1.

126 Carta de Najman Guesang al Fondo Nacional Judío en La Haya, 31 de enero de 1919, citado en Haim Avni, op.cit., p.52.

caracterizar al enemigo, definir los campos de la lucha y sugerir los caminos que se debían recorrer.

La persistencia de las creencias conspirativas

En los días inmediatamente posteriores a la Semana Trágica radicales y conservadores no dudaban acerca de la responsabilidad maximalista por los sucesos, tal como se desprende de los debates parlamentarios de la época.

El diario *La Epoca* sostenía por entonces que los responsables y ejecutores de la huelga eran extranjeros indignos de la hospitalidad que les había brindado la República, afirmando el 19 de enero que una pequeña minoría era la causante del intento revolucionario:

“... decimos que se trata de una minoría minúscula porque los verdaderos autores de los acontecimientos pasados representan el 1, 18% de la población de la República y el 1,79% de la Capital Federal.”¹²⁷

Estos porcentajes correspondían a la población rusa de la Argentina según el censo de 1914, por lo que se ha señalado en muchas ocasiones el carácter antisemita de la acusación. En la misma dirección, las felicitaciones de la Jefatura de la Policía por el comportamiento de la tropa en los sucesos de enero remarcaban el carácter extranjero del movimiento.¹²⁸

Entre las alarmadas notas diplomáticas sobre la inminencia de la revolución en distintos países que continuaban llegando a la Cancillería argentina, se destacaban una vez más las procedentes de Montevideo, en las que se celebraba la energía con que se había actuado en Uruguay frente al peligro maximalista. En una de ellas - fechada el 15 de enero y enviada por el Ministerio de Relaciones Exteriores al del Interior y por este a la Policía - se relataban las medidas tomadas en Uruguay y se informaba que en aquel país “buen número de extranjeros, sobre todo de judíos rusos sindicados de maximalistas están en la cárcel”, mientras las tropas militares y policiales continuaban

¹²⁷ *La Epoca*, 19 de enero de 1919, citado en Edgardo Bilsky, op. cit., p.126..

¹²⁸ Policía de la Capital. *Libro de Ordenes*, Vol. XXXVIII, Año 1919, Orden del día del 16 de enero de 1919, p.51.

acuarteladas “y con orden severísima de no dar cuartel”, y el barrio del Cerro – poblado mayoritariamente por inmigrantes - estaba ocupado militarmente.¹²⁹

Respondiendo a los carteles murales con los que el Comité de la Colectividad Israelita difundió un manifiesto titulado *150.000 israelitas al pueblo de la República Argentina* - en el que se defendía a los judíos de las acusaciones recibidas - las paredes de Buenos Aires se cubrieron con los carteles del *Comité pro Argentinidad*, cuyo manifiesto citaremos *in extenso*:

"En nombre de 150.000 israelitas se ha pegado en las paredes de Buenos Aires un manifiesto que es un bofetón canallesco al espíritu argentino, que es un cínico salivazo lanzado al rostro de la patria. Los judíos rusos organizaron y llevaron a cabo la cruenta revolución de 1910 con el fin de hacer fracasar los festejos del centenario. Los judíos rusos son los que han organizado esta revolución que va costando tanta sangre y tantas vidas argentinas. Han sido allanadas innumerables casas de rusos judíos desde las que se tiroteaba cobardemente a nuestros conscriptos, y se encontró que eran cantones anarquistas de judíos rusos y que eran verdaderos arsenales de armas y municiones y de folletos y manifiestos antipatrióticos y ácratas. Se han levantado trincheras en las calles, delante de las que se colocaba a mujeres y niños para balear arteralmente a nuestros conscriptos, y los prisioneros tomados en estas trincheras son todos rusos judíos. Han tenido la audacia de asaltar casi todas las comisarías y los prisioneros tomados a los grupos asaltantes son también judíos rusos.(...)la responsabilidad de las desgracias que hoy día están sangrando al pueblo argentino y envileciendo a la nación corresponde total e íntegramente a los judíos que infectan el país. Hasta ayer se gloriaban de ello. Caiga, pues, sobre los judíos la execración pública, y que el gobierno, cumpliendo su deber, libre a la nación de ese contagio y de esa peste."¹³⁰

El manifiesto testimonia la existencia de un antisemitismo virulento, e inaugura lo que sería una larga tradición. En un libro cuyo prólogo está fechado en febrero de 1919, Tiberio Lolo señalaba la existencia de una invasión semita que amenazaba con destruir la independencia nacional y provocar el dominio judío sobre la República Argentina.¹³¹ La postura de Lolo resultaba extraña para su época, ya que el autor se definía como ateo y admirador de la tradición grecolatina, no participa del racismo biologicista y era crítico del liberalismo. La única influencia que el autor del confuso libro reconocía es la de Barrès, cuya doctrina proponía aplicar a nuestra política inmigratoria. Lolo reunió en su obra todas las acusaciones tradicionales contra los judíos: dueños de las finanzas y el comercio, delincuentes natos, traidores por naturaleza y revolucionarios sociales, rechazarlos resultaba una actitud instintiva:

129 A.G.N., Fondo Ministerio del Interior, año 1919, legajo 1, expediente 183 (reservado) . nota de Carlos de Estrada, Legación de la República Argentina en Montevideo, al Ministerio de Relaciones Exteriores N° 34 (confidencial)

130 Reproducido en *El Pueblo*, 19 de enero de 1919, p.2

131 Tiberio Lolo, *El peligro semita en la república Argentina*, Buenos Aires, Ediciones América Latina, 1919. Es probable que el nombre del autor sea un seudónimo, aunque no pudimos determinar fehacientemente esta suposición.

"No son las cuestiones de raza las que nos llevan a repudiarlos, a asquearnos en su presencia. Es algo que se siente en el estómago o más abajo, algo que a un hombre le subleva e indigna."¹³²

Coincidiendo con la perspectiva católica, Lolo afirmaba que el socialismo no era más que un arma semita, cuya difusión era posibilitada por el liberalismo. Sin embargo, a diferencia de aquellos, el autor señalaba que la completa responsabilidad por los sucesos de enero recaía en los judíos, sin que siquiera haya mencionado a los grupos maximalistas a los que la opinión eclesiástica acusaba. Escribía Lolo al respecto:

"Los judíos han realizado en muy pocos años una obra eminentemente suya, vale decir, con desmedro y burla de nuestra tranquilidad e hidalga condescendencia. Así lo hemos podido comprobar en momentos de exaltación popular, en 1909 y en el curso de los recientes sucesos que, falsamente, han sido atribuidos a los obreros, cuando en realidad los provocadores fueron, de una parte estos elementos inadaptables y amorales que constituyen la población semita y de la otra, la policía aturdida y alarmada como jamás estuvo. Fuera de dudas está que estos elementos semitas son los que han propagado en el país las ideas revolucionarias que, si bien tienen una razón de ser en las caducas naciones europeas, donde los *obreros son todos ciudadanos nativos*, mal pueden fructificar aquí, en la Argentina, donde *a los hijos del país y a nadie más* nos incumbe obtener buenos gobiernos..."¹³³

Este tipo de intervenciones invalidan de modo absoluto las posiciones de aquellos que entendían que los actos antisemitas de enero de 1919 fueron resultado de la ignorancia de los que confundían a rusos con judíos.¹³⁴

Otros sectores continuarían, aún pasados muchos años, creyendo en la existencia de un complot comunista. Aún los católicos sociales que señalaban que las causas del malestar obrero residían en la insensibilidad patronal, daban crédito a la versión de la conjura maximalista. En las conferencias pronunciadas en la Catedral de Buenos Aires en Agosto de 1919, Miguel de Andrea explicaba que la convulsión social se debía al egoísmo imperante, por lo que llamaba a la aceptación de los principios y las prácticas del catolicismo social, solución que apelaba ante todo a la solidaridad.¹³⁵ No por ello dejaba de señalar la existencia de un intento comunista destinado a la toma del poder, posición que sustentaría aún cuatro décadas después.¹³⁶ Sin embargo, nunca atribuyó responsabilidad alguna en el supuesto complot a los judíos.

132 Idem, p.113.

133 Ibídem, pp. 11-12.

134 Cf. Respuestas de Ricardo Rojas y J González Castillo. "Encuesta de *Vida Nuestra* sobre la situación de los judíos en Argentina", *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, enero y marzo de 1919.

135 Miguel de Andrea, *Obras Completas*, tomo III: *La perturbación social contemporánea*, Buenos Aires, Difusión, 1944, p.207.

136 Ambrosio Romero Carranza, *Itinerario de Monseñor de Andrea*, Buenos Aires, 1957, p.131.

Miguel de Andrea, "Misión del catolicismo social", Alocución pronunciada el domingo 29 de agosto de 1954, en el acto organizado en celebración del septuagésimo aniversario del Primer Congreso de los

La tantas veces citada afirmación de Carlos Ibarguren en la que sostenía que la Semana Trágica fue el resultado de la acción de agitadores rusos, agentes del soviét que se aprovecharon del malestar obrero, resulta en cambio una construcción retrospectiva.¹³⁷ En 1919 Ibarguren no se refería a la existencia de complot alguno, limitándose a señalar que durante la huelga ocurrieron disturbios y episodios violentos.¹³⁸

Los testimonios conservadores, católicos y nacionalistas sobre la existencia del complot maximalista se multiplicaron en los años siguientes. Como hemos visto, no existieron, sin embargo, ni complot, ni comportamiento revolucionario alguno, ni fuerzas capaces de imprimirle una dirección insurreccional al movimiento provocado por el rechazo a la represión policial, ni agrupaciones políticas que se atribuyeran tal intención.

Nada de esto impediría que aún en 1986, el obsesivamente antisemita Federico Rivanera Carlés persistiera en sus creencias conspirativas, y afirmara que la Semana Trágica fue el producto de una conspiración dirigida por el omnipresente “judaísmo internacional”.¹³⁹

A fines de enero de 1919 un observador sostenía que “las autoridades vieron fantasmas y obraron como los chiquilines espantados por las sombras.”¹⁴⁰ Estaba en lo cierto.

La Semana Trágica fue el resultado de una situación de *Gran Terror* que posibilitó que se tornara verosímil la versión sobre la existencia de un intento revolucionario. Sostener una posición como esta no implica minimizar la responsabilidad de los agentes implicados en las persecuciones y la represión, ya que, independientemente de sus creencias, la brutalidad e ilegalidad de sus acciones no admite justificación alguna.

Católicos Sociales de la Argentina, en : *Monseñor Miguel de Andrea. Su pensamiento, su obra*, Buenos Aires, Kraft, 1957, p.114.

137 Carlos Ibarguren, op. cit., p.343.

138 Respuesta de Carlos Ibarguren a “Encuesta de *Vida Nuestra* sobre la situación de los judíos en Argentina”, *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, Año II, N° 8, febrero de 1919, p.173.

139 Federico Rivanera Carlés, op.cit.

140 Respuesta de Folco Testena a “Encuesta de *Vida Nuestra* sobre la situación de los judíos en Argentina”, *Vida Nuestra. Publicación mensual israelita*, Año II, N° 8, febrero de 1919, p.153.

La simultaneidad de una situación de conflictividad social en Argentina, con las revoluciones en Rusia y Europa y la presencia en el nivel local de algunas corrientes que manifestaban su adhesión al bolchevismo provocó que los tres fenómenos fueran considerados - por el gobierno, la policía, la Iglesia y los grupos conservadores - como resultados de una misma causa. La seguridad, de vieja data, en la efectividad de los agitadores extranjeros y la cosmovisión conspirativa de la Iglesia Católica facilitaron la difusión de estas creencias. En un clima de terror, las versiones y rumores sobre eventos inexistentes, reforzaron el pánico y provocaron que la represión se redoblará. Los actos masivos de defensa ante la represión fueron, asimismo, considerados de manera injustificada como pruebas de la intención revolucionaria de la multitud. Las creencias de ya larga data sobre el carácter intrínsecamente revolucionario de los judíos explican, por su parte, el desarrollo de un verdadero *pogrom* en Buenos Aires. De tal modo, en enero de 1919 ocurrió en Buenos Aires una persecución contra distintos sectores de la población que adquirió la dimensión de una auténtica masacre.

En nuestra óptica, no resulta adecuado explicar la represión a los trabajadores como parte de una dinámica social, a la que se sumarían los ataques antisemitas como resultado de una lógica racista autónoma respecto a la anterior. Por el contrario, ambas resultan de la situación de *Gran Terror*, por la que se adjudicaba la responsabilidad por la supuesta conjura a un enemigo con distintos rostros.

En los años siguientes, la creencia en la existencia del complot no desaparecería. En algunos casos, como resultado de que se considerara cierta la versión, en otros, bajo la forma de una construcción retrospectiva con intención legitimadora de una práctica política posterior; entre los radicales, como modo de justificar la represión.

Los sucesos de enero de 1919 reforzarían el precedente de una represión salvaje a la que se sumarían grupos civiles, práctica que se repetiría a lo largo del siglo XX con trágicas consecuencias. También marcarían el comienzo del uso del antisemitismo en la arena política y señalarían, en definitiva, el punto de partida de la reacción antidemocrática, que desarrollaría sus efectos más notables en la década de 1930.

Las consecuencias de la Semana Trágica, en lo que hace a nuestro objeto de estudio, fueron múltiples: la formación de la Liga Patriótica Argentina, una puesta en debate sobre la política inmigratoria en la que primaron los principios de selección étnica, el desarrollo - con una potencia y difusión antes desconocida - de la

identificación entre judíos y revolucionarios. En el capítulo siguiente analizaremos el desarrollo de estos factores a lo largo de la década de 1920.

IV

**LA INQUIETUD CONSERVADORA
(1919 - 1927)**

Un hombre inteligente no puede creer de buena fe que el voto de su peón debe influir lo mismo que el suyo en la elección de los poderes públicos y, por consiguiente, en la resolución de los problemas nacionales.

Carlos Rodríguez Larreta, "Hacia la dictadura", *La Nación*, 22 de abril de 1923

Es el judaísmo una hiena desbocada e implacable de la humanidad en general y de los cristianos en particular

***Boletín Mensual de la Unión Popular Católica Argentina*, 31 de agosto de 1921**

En este capítulo analizaremos los modos en que, a lo largo de los años iniciales de la década de 1920, se desarrollaron en distintos ámbitos políticos y culturales muchos de los elementos que confluían, al finalizar el decenio, en la conformación de la ideología y las organizaciones nacionalistas. Aunque se trató de un período signado por una marcada estabilidad política, una notable disminución de la conflictividad sindical y una relativa recuperación de la economía argentina, no estuvieron por ello ausentes las críticas a la democracia liberal y sus fundamentos. Paralelamente, el discurso y las prácticas contrarias al movimiento obrero y un marcado anticomunismo signaron el período, mientras el antisemitismo se presentaba tanto bajo las versiones conspirativas que identificaban al judaísmo con la Revolución Rusa cuanto bajo formas que pretendían justificar el racismo de manera “científica”

Los sucesos de enero de 1919 dejarían una profunda huella en el panorama político argentino de los años inmediatamente posteriores a la Semana Trágica. Para algunos sectores conservadores, implicaría la entronización definitiva de la imagen de un peligro bolchevique al que se debía combatir por todos los medios. El mundo del catolicismo desarrollaría una similar imagen del enemigo, lo que explica en buena medida el acercamiento entre ambos universos. Tal aproximación - manifestada sobre todo en la común participación en instituciones como la Liga Patriótica Argentina - no resultó sin embargo en una definitiva fusión de intereses entre la Iglesia y los sectores políticamente conservadores. La transformación del clima político y cultural en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial explica, por otra parte, que el catolicismo, y aún la militancia católica, se convirtieran en aceptables entre los descendientes de la generación del '80.¹ La identificación de un enemigo en común no implicó que las estrategias propuestas resultaran idénticas, sino que se manifestó ante todo a través de momentos de aproximación y de distanciamiento entre ambas instancias.

Entre estos últimos - en particular en algunos sectores católicos y en grupos próximos al fascismo - la ya tradicional identificación entre la izquierda y el judaísmo se transfiguraba ahora en la superposición entre el comunismo, la revolución rusa y la omnipresente conspiración israelita.

¹ José María Ghio, "La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo" en: Beatriz Gurevich y Carlos Escudé, *El Genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Buenos Aires, Universidad Di Tella - G.E.L. , 1994, p.219.

Paralelamente, se observa en esta etapa un marcado consenso liberal - conservador en torno a la necesidad de la aplicación de criterios étnicos de selección de los inmigrantes, que darían paso en algunos casos, como el de Lucas Ayarragaray, a posiciones definidamente racistas.

Si el conjunto de estos elementos confluyeron en la conformación del ideario nacionalista que cristalizaría al finalizar la década, uno de sus aspectos centrales, el cuestionamiento a la existencia misma del régimen democrático liberal, aunque presente en la prédica de un intelectual de la importancia de Leopoldo Lugones, no sería incorporado por la opinión conservadora hasta muy avanzada esta etapa. En efecto, en el período que consideraremos en este capítulo, para los sectores conservadores mayoritarios el principal problema político residía en el que consideraban como intolerable populismo del gobierno de Irigoyen, fenómeno al que consideraban pasajero. Sería la segunda elección a la presidencia de Irigoyen el factor que provocaría, en un contexto mundial crecientemente signado por el antiliberalismo, una radicalización antidemocrática de las posiciones conservadoras.

Una de las consecuencias más inmediatamente directas de los sucesos de enero de 1919 fue la conformación de la Liga Patriótica Argentina, organización que por su accionar puede ser considerada como el más importante antecesor de los grupos nacionalistas.

La Liga Patriótica fue fundada en una reunión realizada en el Centro Naval el 20 de enero de 1919, como corolario de una serie de iniciativas desplegadas en los días previos para dar unidad y expresión orgánica a los sectores más dispuestos a defender un orden social al que consideraban amenazado. Participaron de la reunión representantes del Círculo Militar y el Centro Naval, de varias instituciones de la élite - Círculo de Armas, Jockey Club, Yacht Club, Asociación de Damas Patricias - y en representación de la Iglesia Monseñor de Andrea y Monseñor Piaggio, resultando electo presidente provisional el Almirante Domecq García.² En abril de 1919 fue elegido presidente de la Liga Manuel Carlés, quién permanecería en el cargo hasta su muerte, en 1946.

² Sandra McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina, 1900 - 1932. The Argentine Patriotic League*, Lincoln & London, University of Nebraska Press, 1986, p.81.

La Liga Patriótica Argentina fue la principal organización contrarevolucionaria argentina de la década de 1920, logrando concitar el apoyo de las principales organizaciones patronales, de miembros de la Iglesia Católica, el Ejército y de importantes sectores de las clases medias y altas urbanas y rurales, entre los que se contaban no pocos miembros de la Unión Cívica Radical. Gobernada por una Junta Central que en la práctica delegaba su autoridad en manos del presidente, la estructura organizativa básica de la Liga Patriótica eran las brigadas extendidas a lo largo de todo el país.³ Tales brigadas se organizaban en función de criterios territoriales, profesionales y de género. Aunque a comienzos de la década de 1920 las autoridades de la Liga afirmaban contar con más de 1.500 brigadas y cerca de 60.000 miembros, en el estudio más importante sobre esa organización se sostiene que contaba con 41 brigadas femeninas y 550 masculinas presentes tanto en las grandes ciudades del Litoral cuanto en las más alejadas zonas rurales del país, en las que se desempeñaban alrededor de 12.000 activistas, lo que le otorgaba una base militante similar a la del Partido Socialista.⁴ Desde el punto de vista doctrinario, el lema de “Patria y Orden” sintetizaba el ideario de La Liga Patriótica Argentina, que se presentaba como “guardián de la argentinidad” amenazada por los “sacudimientos anárquicos” que anunciaban el intento de “imponer sus ideales funestos a la sociedad y el individuo.” En los Estatutos de la Liga se afirmaba que el conflicto social en Argentina era el resultado de haber “descuidado el problema moral”, entendiendo que la solución para tal problemática residía en estimular el amor a la Patria y en la colaboración con las autoridades en el mantenimiento del orden público:

“... hay fuerzas organizadas para la destrucción, sepamos oponerle fuerzas organizadas para el orden, la construcción, el progreso; si hay voces que se alzan contra la patria, hagamos que la escuela difunda sanamente el sentimiento nacional ...”⁵

En una estrategia destinada a aplacar el conflicto de clases a través de políticas conciliatorias, la Liga se proponía además el establecimiento de instituciones caritativas, escuelas para trabajadoras y aún de ciertas reformas sociales.⁶ Sin embargo, el objetivo primordial de la Liga, tal como se manifestaría en sus prácticas, sería “... agruparse en

3 Luis María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20*, Buenos Aires, Corregidor, 1995, pp. 59 y ss.

4 Sandra McGee Deutsch, op. cit., pp. 93 - 97.

5 Liga Patriótica Argentina, *Estatutos*, Buenos Aires, Imprenta Rinaldi Hnos., 1919, p.7.

6 Sandra McGee Deutsch, op. cit, cap. V; Luis María Caterina, op. cit., pp. 122 - 125 y 244 - 253.

organizaciones vecinales que cooperen a la acción represiva de todo movimiento anarquista.”⁷

La Liga Patriótica Argentina resultó ante todo una institución de clase, que a partir de la identificación del interés nacional con la defensa del orden establecido, se propuso como objetivo fundamental el combate contra las distintas expresiones políticas y sindicales de izquierda - en particular las anarquistas - a las que consideraban como enemigas de la patria.⁸ Como ha señalado Sandra McGee Deutsch, en su período de auge, en la primera mitad de la década de 1920, su orientación sería predominantemente antiizquierdista aunque no antiliberal, manifestando la Liga en reiteradas ocasiones su adhesión al orden constitucional. En este período la Liga no se presentó como un adversario de los gobiernos radicales, de manera altamente probable, debido a la presencia en su seno de adherentes al radicalismo. En su etapa fundacional, la Liga contó incluso con el beneplácito gubernamental, al punto que los manifiestos de la L.P.A. se exhibían en todas las agencias de correos del país por orden del Ministerio del Interior.⁹ Esto no impidió que, años más tarde, desde el gobierno se observara con inquietud el desarrollo de la Liga por diversos motivos: la importancia de la adhesión de militares de alta graduación a esa institución, la competencia por la fidelidad política de sectores de la clase media, el desarrollo por parte de la L.P.A de actividades paraestatales.¹⁰ Al finalizar esa década - en particular a lo largo del segundo gobierno de Irigoyen - la Liga Patriótica se relacionaría con los primeros grupos nacionalistas y formaría parte del conglomerado que impulsaría el Golpe de Estado de 1930.

7 Liga Patriótica Argentina, *Estatutos*, p.23.

8 En este sentido, Carlés consideraba a la Liga Patriótica como una vanguardia de la defensa del orden social, censurando a aquellos que, en una coyuntura considerada crítica, no asumían una posición activa: “Se cree censurarnos diciéndonos que pretendemos monopolizar el patriotismo. Contesto que no es censura, ni vanidad, siendo, como es, una realidad de ambiente. Los que nos censuran no han hecho nada para contener la ola roja que amenazó con arrasar la civilización, ni para normalizar los anhelos de orden de la población sana, vigorosa y trabajadora del país. Tranquilamente sentados en los sillones de sus clubs, o parapetados en el éxito de sus comités, o embriagados en la literatura cómoda de ideologías sin médula, los gritones del vituperio no consiguieron ni conseguirán interrumpir la marcha de la gentil falanje que, haciendo de la patria, espejo, con la espada al cinto y sonando las espuelas del caballero, vamos a donde la gloria nos llama. ¡Y bendito sea Dios! Sentimos una voz que sale de la tierra madre y concierta con otra que desciende del cielo cristiano y nos acaricia, diciendo: ‘Sois la carne de la carne, la sangre de la sangre, el alma de la vida nacional’.” Discurso del Dr. Manuel Carlés en: Comisión de Propaganda de la Liga Patriótica Argentina, *1º de mayo argentino. Conmemoración del Pronunciamiento de Urquiza en Entre Ríos*, Buenos Aires, 1921, p.36.

9 Resolución 2011 - I - 919 del Ministro del Interior, 26 de marzo de 1919. A.G.N., Fondo Ministerio del Interior, año 1919, Legajo 8, expediente 2011 - I.

10 Sandra McGee Deutsch, op. cit, pp. 100 y ss.

El pensamiento de Manuel Carlés¹¹ puede considerarse - aun teniendo en cuenta que la heterogénea composición de la institución nos impide considerarlo como un ideario capaz de dar cuenta del conjunto de las orientaciones de sus miembros - como la expresión más representativa de la ideología liguista. En algunos aspectos, las concepciones de Carlés representaban una continuidad de las propias de la élite de fines del siglo XIX. Tal el caso de su juicio acerca del conflicto social, ya que consideraba que mientras en Europa resultaba una consecuencia lógica de la falta de oportunidades económicas de los trabajadores, “... aquí, la protesta parece exótica, artificial o mórbida”¹², a la que se debía prevenir y reprimir. En otros, expresaría con claridad los cambios en el ideario de buena parte de una élite que comenzaba a abandonar la tradición laica. En efecto, Carlés consideraba que:

“Un alma sin fe fácilmente es víctima de la angustia, como un corazón sin patriotismo es presa de cualquier rebelión (...) Sólo el hogar con patria y la escuela con Dios pueden prevenir el mal en las generaciones de argentinos”¹³

No se trataba sólo de la confianza en las posibilidades disciplinadoras y moralizantes de la difusión del Evangelio, sino de la convicción de que “... la civilización argentina es cristiana”.¹⁴ En este sentido, el pensamiento de Carlés aparece fuertemente vinculado con la tradición del catolicismo conservador, resultando un significativo indicio que nunca un miembro de la Liga hiciera siquiera mención a la encíclica *Rerum Novarum*.¹⁵ Destacados sacerdotes y laicos vinculados a la Iglesia serían significativos miembros de la Liga, entre otros el ya citado Monseñor de Andrea

11 Manuel Carlés nació en Rosario en 1872 en el seno de una acomodada familia, emparentada con los Gálvez. Cursó sus estudios de Derecho en Buenos Aires, ciudad en la que se radicaría definitivamente. Se desempeñó como profesor de la Escuela Superior de Guerra, el Colegio Militar, la Facultad de Derecho y el Colegio Nacional de Buenos Aires. La adopción del Plaza Hotel como residencia y su pertenencia a los exclusivos Jockey Club y Círculo de Armas mucho nos dicen sobre los estrechos límites del medio social que frecuentaba. Simpatizante con el radicalismo en su juventud, participó de las revoluciones de 1890 y 1893, lo que no le impediría desempeñarse como diputado nacional entre 1898 y 1912, cargos a los que accedió a través de las listas impulsadas por Pellegrini primero y luego por Figueroa Alcorta, integrando en 1912 la facción que apoyaba las reformas de Sáenz Peña. En 1918 Yrigoyen lo designó Interventor en Salta y en 1922 - cuando ya se desempeñaba como presidente de la LPA - Alvear lo puso al frente de la Intervención Federal en San Juan. Tal trayectoria no obstaculizó su apoyo al golpe de 1930, pese a lo cual se distanció de Uriburu ante el cariz que adquirió su gobierno. Sobre la trayectoria de Carlés, cf. Sandra McGee Deutsch, op. cit., pp. 85 y ss; Luis María Caterina, op. cit., pp. 62 y ss., María Inés Barbero y Fernando Devoto, *Los Nacionalistas (1910 - 1932)*, Buenos Aires, CEAL, 1983, p.41.

12 Manuel Carlés, “¡Salvemos el Orden y la Tradición Nacional!”, en: *Estudios*, año IX, t. XVII, Buenos Aires, julio - diciembre de 1919, citado en María Inés Barbero y Fernando Devoto, op. cit., p.49.

13 Idem

14 Manuel Carlés, *Discurso inaugural, Cuarto Congreso de la Liga Patriótica Argentina, 1923*, citado en Luis María Caterina, op. cit., p. 203.

- cuyas orientaciones ideológicas resultaron particularmente influyentes¹⁶ - Dionisio Napal, Santiago O'Farrel, Emilio Lamarca y Alberto Molas Terán; la prensa católica informaba de modo elogioso sobre las actividades de la Liga¹⁷ y, en muchas ocasiones la L.P.A desarrolló actividades en distintas parroquias de Buenos Aires y otras ciudades del país. En la misma dirección, la participación de mujeres católicas en la Liga representó un importante vínculo entre esta organización y la Iglesia.¹⁸

Aunque no resulta apropiado afirmar que la Liga Patriótica fue "... una de esas típicas asociaciones clericales que se venían desarrollando durante los treinta años anteriores ..." ¹⁹ - tanto debido a la heterogeneidad de la composición de la organización cuanto por el fundamental papel de la violencia en sus prácticas, que la diferenciaban con claridad de las instituciones puramente clericales - la notable participación de hombres y mujeres de la Iglesia en la Liga significó una de las vías de encuentro entre los anteriormente distantes mundos del catolicismo y la élite social argentina.²⁰

Sin duda alguna, las actividades más relevantes de la Liga Patriótica en la primera mitad de la década de 1920 fueron las destinadas a propagar su ideario y a combatir la acción sindical de los trabajadores urbanos y rurales y a las organizaciones políticas de izquierda. Con relación al primer aspecto, los esfuerzos liguistas se concentraron en las tareas de propaganda y en la realización de desfiles y otros eventos conmemorativos de las fechas patrias, además de orientar su actividad en pos de ganar para su causa a maestros y profesores.

Sería en la actividad antisindical y antiizquierdista donde la Liga mostraría su carácter de organización paramilitar, lo que permite emparejarla en este sentido - por

15 Luis María Caterina, op. cit, p. 204.

16 Cf. Lila Caimari, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y Sociedad en la Argentina (1943 - 1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995, p. 45.

17 El principal vocero eclesiástico de Buenos Aires manifestaba su beneplácito por las actividades de la Liga en ocasión de la elección de Carlés como su presidente, señalando la justicia de su accionar en "... los actuales tiempos de revuelta y conmoción que siempre han debido preocupar a los que somos hijos de un país que amenaza verlo todo invadido por el cosmopolitismo avasallador y perdidos sus perfiles propios, sus características singulares ""Argentinismo", *El Pueblo*, 10 de abril de 1919, p.1,

18 Sandra McGee Deutsch, op. cit., pp. 105 y ss.

19 David Rock, *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993, pp. 84 - 85.

20 En 1927, cuando la Liga Patriótica Argentina otorgó la Medalla al mérito al Arzobispo de Bs. As. Monseñor Bottaro afirmaba un vocero del Episcopado que la L.P.A. "... a quien la sociedad debe en parte la custodia de las tradiciones del país, comprende que en la Iglesia están esos principios básicos de

sus prácticas, aunque no por su composición social ni por su ideología - con sus contemporáneos *fasci italiani di combattimento*. Además de irrumpir en actos públicos de los partidos de izquierda, los miembros de la Liga participarían de la represión de movimientos huelguísticos, alcanzando su accionar en ocasiones grados de extrema violencia, como en los casos de la Compañía Las Palmas del Chaco Austral, las huelgas de la Patagonia de 1921 y los conflictos de los conductores de taxis y los portuarios de Buenos Aires en ese mismo año. La Liga Patriótica, en conjunto con la Asociación Nacional del Trabajo, registraba, organizaba y proveía a las empresas en conflicto brigadas de trabajadores destinados a suplir la actividad de los huelguistas.²¹

En diversos trabajos académicos se ha destacado la centralidad del carácter antisemita de la Liga Patriótica.²² Sin embargo, no existieron declaraciones públicas ni prácticas políticas de esa organización que permitan sostener tal caracterización. Aunque varios de sus miembros mantendrían posturas contrarias a la presencia judía en la Argentina, la Liga no se pronunció en ningún momento de modo orgánico en tal sentido. Es posible afirmar que las posiciones de la Liga respecto a los judíos se inscribían en la concepción más general sustentada respecto al conjunto de los inmigrantes, entre los que se reservaba el rol de enemigo a aquellos que formaban parte de los partidos políticos de izquierda o participaban en los sindicatos o los conflictos sociales. Aunque la Liga Patriótica manifestó en muchos de sus congresos su voluntad de limitar y seleccionar la inmigración hacia la Argentina²³, tales propuestas contaban, como veremos, con un extendido consenso en el mundo de la élite liberal y conservadora de la década de 1920.

Para algunos de sus contemporáneos, los violentos episodios ocurridos en la provincia de Entre Ríos en febrero de 1921 evidenciaban el carácter orgánicamente

orden, patriotismo legítimo y no tiene dificultad en hacerlo público..." .Boletín Mensual de la U.P.C.A., año VIII, N°91, 1° de septiembre de 1927, pp.1-2.

21 La Liga Patriótica y la Asociación Nacional del Trabajo desarrollarían en conjunto actividades de defensa de los intereses patronales. La inscripción de los rompehuelgas de ambas instituciones se realizaba en la céntrica sede de la L.P.A. Prominentes dirigentes de la A.N.T. eran a la vez miembros de la Liga Patriótica, entre ellos su presidente Joaquín de Anchorena, el secretario general Atilio del'Oro Maini, Ricardo Aldao, quien sería gobernador radical de Santa Fe y Santiago O'Farrel, directivo de las empresas ferroviarias y anteriormente diputado católico. Cf. Sandra McGee Deutsch, op. cit., p.117.

22 María Inés Barbero y Fernando Devoto, op. cit., p. 40; Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968, p.40. Natan Lerner, "Las raíces ideológicas del antisemitismo en Argentina y el nacionalismo" en Leonardo Senkman (comp.), *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1989, p.195.

23 Luis María Caterina, op. cit., pp. 224 - 228.

antisemita de la Liga Patriótica.²⁴ Sin embargo, la presencia de miembros judíos en los dos sectores enfrentados en la ocasión, la incorporación de numerosos participantes israelitas a las actividades de la Liga Patriótica en Entre Ríos²⁵ y la previa - y efímera - existencia de una Brigada Israelita en Buenos Aires²⁶ muestran que los objetivos clasistas de la organización predominaban sobre cualquier otro tipo de consideración. Ello también demuestra que, en el caso de los propietarios judíos adheridos a la Liga Patriótica, la defensa de los intereses económicos ocluía la solidaridad de tipo étnico, y aún las prevenciones ante el marcado chauvinismo liguista.²⁷

Los sucesos de Villaguay fueron presentados como el resultado de un complot judío por un sector de la prensa. El corresponsal de *La Nación* informaba al respecto que el problema consistía en “ el estallido de una verdadera lucha entre criollos y judíos (...) al servicio de propagandistas y agitadores profesionales.”²⁸, mientras algunos periódicos locales empleaban un lenguaje igualmente chauvinista y racista.²⁹ En

24 En ocasión de una huelga llevada a cabo por los peones rurales de Domínguez - localidad ubicada en la zona de colonización israelita de la provincia de Entre Ríos - el secretario de la “Sociedad de Oficios Varios”, José Axentzoff y otros trabajadores fueron apaleados por un grupo de propietarios de la región y enviados luego en calidad de detenidos a Villaguay. Tanto Axentzoff como algunos de sus agresores eran judíos, al igual que el médico policial y vicepresidente de la Brigada de la L.P.A de Domínguez, que se negó a atender al obrero herido. El sindicato de peones y el centro Socialista de la localidad organizaron un acto para pedir la libertad de los detenidos, en el que debía hacer uso de la palabra el dirigente socialista de Concordia Julio Serebrinsky, pero la manifestación fue interrumpida por el ataque de los miembros de la L.P.A, encabezados por el Senador Alberto Montiel y secundados por la policía. El enfrentamiento dejó como saldo varios heridos y muertos, entre ellos el hijo del Senador Montiel. Sobre los sucesos de Villaguay, cf. *La Vanguardia*, 12, 15, 16, 17 y 18 de febrero de 1921; *La Fronda*, 13 de febrero de 1921, p. 4, *Vida Nuestra. Publicación Mensual Israelita*, año IV, N°9, marzo de 1921, pp.193-194.

25 *La Nación*, 3 de marzo de 1921, p.7; *La Fronda*, 3 de marzo de 1921, p.2.

26 La Brigada Israelita, fundada en julio de 1919, publicitaba sus propósitos en las páginas de *Vida Nuestra*. Según Caterina estaba formada por miembros de la Bolsa de Comercio con fuertes vínculos con la clase alta de Buenos Aires. Luis María Caterina, op. cit. P.81.

27 Al respecto decía con indignación un intelectual judío convocado por *Vida Nuestra*: “... es de notar que entre los causantes del conflicto en Villaguay figuran algunos judíos indignos que por intereses de lucro se han unido a los elementos de la Liga Patriótica para ejercer bajo el amparo de los colores azul y blanco venganzas personales contra determinados correligionarios. Esos señores, como se ve, han prescindido por completo de la solidaridad de raza, para infundir el pánico entre sus hermanos de Entre Ríos, porque así convenía a sus fines de mercaderes y de politiqueros. Lástima que los ‘salvadores del orden’ que de tan buen grado admiten la colaboración de extranjeros cuando se trata de apalea a gente indefensa en nombre de la patria y de la libertad, no quieran reconocer a los socialistas judíos el mismo derecho de solidaridad con sus compañeros criollos en cuestiones ajenas a toda violencia.” Salomón Resnick, “Contra el error”, *Vida Nuestra. Publicación Mensual Israelita*, año IV, N°9, marzo de 1921, p.201.

28 *La Nación*, 17 de febrero de 1921, p.7. Dos días después *La Nación* se retractaría. El periódico socialista afirmaba que el corresponsal de *La Nación* fue el primero en calificar como “lucha de razas” a los sucesos de Villaguay. “Qué corresponsales tienes, Benita”, *La Vanguardia*, 25 de febrero de 1921, p.1.

29 El diario *La Provincia* de Concordia advertía a sus lectores que “la judiada se amotina”. Citado en *La Vanguardia*, 17 y 18 de febrero de 1921, p.1.

el Parlamento, el diputado radical Mouesca afirmaba que la responsabilidad por los sucesos era de "... un grupo de judíos anarquizantes (...) que para mal de Entre Ríos se han enquistado en el seno de la Provincia."³⁰

Sin embargo no fue esta la interpretación del presidente de la Liga Patriótica, que en su visita a Villaguay se refirió a la existencia de un "peligro rojo", sin mención alguna al "peligro judío"³¹, condenando posteriormente la Liga los ataques sufridos en 1921 por los colonos judíos entrerrianos.³²

Los objetivos restringidos a la defensa del orden establecido, la inexistencia de cuestionamientos - en su etapa de mayor desarrollo e influencia - al sistema democrático liberal y la ausencia del antisemitismo como componente orgánico de su ideología distinguen con claridad a la Liga Patriótica de los movimientos nacionalistas que la sucederían. Su carácter de organización paramilitar y el uso de la violencia en la práctica política la convierten, sin embargo, en uno de sus más importantes precedentes.

Sin duda alguna, la principal figura del nacionalismo en los primeros años de la década de 1920 fue la de Leopoldo Lugones. Nacido en Córdoba en 1874, Lugones combinó a lo largo de toda su vida su actividad como escritor con una intensa actividad política. Tras un paso juvenil por el socialismo, se sumará a principios de siglo a las posturas liberales, apoyando al roquismo.

Las primeras aproximaciones de Lugones al nacionalismo tendrían lugar en el campo literario, con la tarea de revalorización del *Martín Fierro* desplegada en las conferencias de 1913 en el teatro Odeón y la publicación en 1916 de *El Payador*. Para Lugones, el *Martín Fierro* era el poema épico nacional y el gaucho el prototipo mismo del argentino. Si en el texto de 1916, Lugones ya mostraba su animadversión hacia los inmigrantes y la democracia³³, bajo la influencia de la Gran Guerra, la Revolución Rusa

30 *La Vanguardia*, 19 de febrero de 1921, p.1. En su respuesta a esta intervención, el diputado Repetto acusó a Mouesca por querer crear en el país una "lucha de razas" *La Fronda*, 24 de febrero de 1921, p.3.

31 *La Nación*, 16 de febrero de 1921, p.3.

32 *La Nación*, 11 de julio de 1921, citado en Luis María Caterina, op. cit., p.229.

33 "La plebe ultramarina, que a semejanza de los marinos ingratos nos armaba escándalos en el zaguán, desató contra mí al instante sus cómplices mulatos y sus sectario mestizos. Solemnes, tremebundos, inmunes con la representación parlamentaria, así se vinieron. La ralea mayoritaria paladeó un instante el quimérico pregusto de manchar un escritor a quien nunca habían tentado las lujurias del sufragio universal." Leopoldo Lugones, *El Payador en: Antología de la Prosa*, Buenos Aires, Centurión, 1949, p.282.

y los sucesos de enero viraría hacia posturas definitivamente antiliberales y nacionalistas³⁴, condenando en numerosas conferencias y publicaciones al liberalismo, valorando al patriotismo como virtud excluyente y definiendo para las fuerzas armadas el rol de reestablecer el orden amenazado, a su entender, por los males de su sistema político y por la amenaza maximalista que, encabezada por agitadores extranjeros, ponía en peligro la supervivencia de la patria:

A la discordia nos la han traído de fuera (...) La guerra que nos traen los extranjeros rebeldes, conforme al programa de un gobierno extraño, es un ataque exterior, mucho más peligroso que la guerra militar porque maniobra a traición desde adentro. La Patria no es una ideología. Es un hecho. No, tampoco una pertenencia internacional (...) tenemos que exaltar el amor de la Patria hasta el misticismo, y su respeto hasta la veneración.³⁵

Vitalista nietzscheano y admirador de la cultura greco latina, Lugones desplegó en la década de 1920 una marcada hostilidad hacia el cristianismo, que se moderaría en la década siguiente para culminar, poco antes de su muerte, en su conversión a dicha fe. Los postulados irracionalistas lo aproximarían al fascismo y a la defensa de los gobiernos basados en la fuerza:

Antes de la guerra era posible, a mi entender, creer en la libertad, la justicia, la democracia, la igualdad y demás ideologías del racionalismo cristiano. Después de aquel experimento, no veo cómo. El jefe resulta una necesidad vital, y la fuerza la única garantía positiva de vivir. El raciocinio conviértese en una mera diversión ingeniosa. Las ideas nada construyen. Son, nada más, que fórmulas estadísticas. Vive el que puede, conforme puede; y en las razas de combate como la humana, la suprema razón es el triunfo de la fuerza. Allá donde impongo mi voluntad, existen mi libertad y mi justicia. ¿Y qué es mi voluntad, todavía? La preponderancia del instinto de dominación sobre otro o sobre mí mismo. (...) Vivir es conquistar vitalidad ajena para incorporársela. Y por ello la jerarquía fundada en la fuerza, vale la servidumbre de los vencidos y dominados, es inabolible fuera del dominio de los sueños.³⁶

Sin duda alguna, la intervención más polémica de Lugones en este período fue el discurso pronunciado en Lima en diciembre de 1924, en ocasión del centenario de la batalla de Ayacucho. Lugones formaba parte de la comitiva argentina y, frente a representantes de todos los gobiernos americanos, llamó a las Fuerzas Armadas a restaurar el orden y la jerarquía frente a los peligros de la democracia y el socialismo, suscitando una oleada de comentarios desfavorables.

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada (...) En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar

34 " ... la guerra europea, la revolución de los rusos, los días de enero, todo contribuyó como hecho visible e inmediato en la nueva formación mental de mi padre ..." Leopoldo Lugones (hijo), *mi padre. Biografía de Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Centurión, 1949, p.274.

35 Leopoldo Lugones, *Acción ante la doble amenaza* (1923) en *Antología de la prosa*, Buenos Aires, Centurión, 1949, p.371.

36 Carta de Leopoldo Lugones a Lucas Ayarragaray, en: *Cuestiones y Problemas Argentinos Contemporáneos*, tercera edición definitiva corregida y notablemente aumentada, Buenos Aires, L.J.Rosso, 1937, pp.195 - 196.

con aquella. En esto consiste su deber y sacrificio. El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta ante la disolución demagógica. Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza.³⁷

Tales posiciones contrastaban con el filosemitismo³⁸ y el filisionismo³⁹ de Lugones, posición *sui generis* que lo llevó en muchas ocasiones a enfrentarse con otros nacionalistas. En efecto, pese a que en 1932 Lugones sostuvo que “La banca internacional constituye una organización hebrea y el socialismo internacional una verdadera secta judía” - aunque aclarando que tal afirmación era el resultado de “conceptos objetivos” que no constituían “ninguna hostilidad antisemita”⁴⁰ - a lo largo de toda su vida se opuso con firmeza a los detentores de concepciones prejuiciosas sobre los judíos.

Aunque polémico y criticado, Lugones continuó publicando sus intervenciones políticas a lo largo de los años '20 en *La Nación*. Aunque sus posiciones antiliberales eran en aquel período muy minoritarias, no era Lugones el único intelectual que veía con simpatía a los regímenes de fuerza. En efecto, sin proponerlo como modelo político inmediato para la Argentina, Carlos Rodríguez Larreta afirmaba que la reacción natural de los pueblos amenazados por los excesos inherentes a la democracia los conducían “irresistiblemente a refugiarse en las dictaduras.” Afirmando que “Un hombre inteligente no puede creer de buena fe que el voto de su peón debe influir lo mismo que el suyo en la elección de los poderes públicos y, por consiguiente, en la resolución de los problemas nacionales” y negando por motivos prácticos la instauración del voto calificado, concluía Rodríguez Larreta que los dictadores no requerían otra legitimidad que la derivada del ejercicio mismo del poder, lo que implicaba que “... el hombre que la ejerce es la verdad y la razón preponderante de su país y de su tiempo.”⁴¹

37 Leopoldo Lugones, *Discurso de Ayacucho*(1924), en: *La Patria Fuerte*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1930, pp. 19 - 20.

38 Allan Metz, *Leopoldo Lugones y los judíos. Las contradicciones del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Milá, 1992.

39 “El antisemitismo católico, a su vez, en coincidencia tácita pero eficaz con el mahometanismo, prosigue el fracaso del sionismo en Palestina: o sea, de un solo golpe, la anulación del único elemento de progreso efectivo en dicha comarca ...” Leopoldo Lugones, *La Organización de la paz*, Buenos Aires, La Editora argentina, 1925, p.91.

40 Leopoldo Lugones, *El Estado equitativo. Ensayo sobre la realidad argentina*, Buenos Aires, Ed. Argentina, 1932, p.31.

41 Carlos Rodríguez Larreta, “Hacia la dictadura”, *La Nación*, 22 de abril de 1923, p.14.

Si al nivel de la difusión pública las posiciones antiliberales lograron en este período cierto avance, debido en buena medida al prestigio acumulado por Lugones en el campo literario, desde el punto de vista de la creación de organizaciones políticas su implantación resultó insignificante. En efecto, aunque en mayo de 1923 se creó en Buenos Aires el Partido Nacional Fascista, este restringió su accionar a los límites de la colectividad italiana, y sólo contaba en 1927 con quinientos afiliados.⁴² Por su parte, el caracterizado por Carulla como primer vocero del nacionalismo argentino, *La Voz Nacional*, que se editó entre marzo y noviembre de 1925, con muy bajo tiraje y nula influencia, no era otra cosa que la expresión del pintoresco y heterogéneo grupo que lo impulsaba.⁴³

Lejos de estas posiciones, la crítica conservadora más difundida se dirigía contra lo que se consideraban los excesos demagógicos del Irigoyenismo, sin que se hubiera cuestionado hasta muy avanzada la década la vigencia del orden democrático. Tal es el caso del periódico *La Fronda* dirigido por Francisco Uriburu, cuyo primer número apareció, 1º de octubre de 1919, como continuación del diario *La Mañana*.⁴⁴

Prosiguiendo el modelo de la prensa faccional del siglo XIX, *La Fronda* no se diferenció en un principio de la tradicional doctrina conservadora, defendiendo en lo económico al librecambismo y la inserción agroexportadora del país en el mercado mundial, y en lo político, una crítica despiadada al paternalismo y personalismo de Irigoyen, a los contenidos estatistas de su administración y al estilo plebeyo de su gobierno, junto a una vaga defensa del sistema oligárquico.⁴⁵ Más interesados en opinar que en informar, sus redactores repetían número a número sus denuestos contra el

42 Marysa Navarro Gerassi, op. cit., pp. 95 - 96.

43 "No poca fue mi sorpresa y hasta diría desilusión, cuando al llegar al citado local me encontré con un heterogéneo grupo de personas, la mayoría de avanzada edad. Lo componían la marquesa de Wagner, dama sesentona, anquilosada por una afección reumática, aunque muy culta y de profunda versación en materia de política y literatura francesa; dos condes italianos, los señores Boldini y Puppo, también senectos; un capitán del ejército italiano, gran mutilado de la guerra, el que se acompañaba de un señor Stappa, especialista, según él, en 'corporativismo'; un periodista de *La Fronda*, a quien oí designar por 'el gordo'. Sólo Roberto Acosta, Domingo de Muro y yo éramos hijos del país..." Juan E. Carulla, *Al filo del siglo y medio*, Buenos Aires, Huemul, 1964, p.230.

44 Para un análisis de las transformaciones de las posiciones políticas de ambos medios, cf, María Inés Tato, "La prensa conservadora ante el desenvolvimiento político de la 'República Verdadera': El caso de *La Mañana* - *La Fronda*, 1911 - 1931", ponencia presentada a las VII jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Universidad Nacional del Comahue, 1999.

45 José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Nuevo País, 1987, pp. 113 - 114.

régimen y la figura de Irigoyen, al que consideraban responsable de todos los males que atravesaba la nación. Si el objetivo manifestado por la publicación era "... la defensa de las libertades públicas y la cultura política, social e intelectual del país..." amenazadas por el "... caudillaje declamador y analfabeto que nos conduce al descrédito y la ruina..."⁴⁶, las culpas atribuidas al presidente resultaban innumerables. *El Peludo*, o *El motinero rebelde* - de tales modos denominaban a Irigoyen - era acusado de demagogia, unicato y tiranía, por suprimir el régimen federal con las frecuentes intervenciones a las provincias, por promover las huelgas y aislar a la República en el orden internacional, por carecer de una plataforma política definida. Resultaban igualmente frecuentes las recriminaciones por la utilización del empleo público en beneficio de la maquinaria política del radicalismo, por el descrédito de la cátedra universitaria y la justicia y aún los reproches por agitar, en beneficio propio, el fantasma del maximalismo.⁴⁷

Sin embargo, esperando que la evolución de la cultura política llevaría por medios constitucionales a la derrota del "peludismo"⁴⁸, *La Fronda* se mostraba confiada en el accionar de los "partidos de ideas", mostrando su apoyo al Partido Demócrata Progresista primero y a distintas expresiones conservadoras más tarde, y manifestándose de manera respetuosa y en ocasiones hasta amistosa con el Partido Socialista. El periódico exhibió una postura de respeto durante las primeras etapas del gobierno de Alvear - al que consideraban un presidente aceptable por su origen social - aunque las críticas hacia su administración se redoblaron, en un tono más mesurado que el reservado a Irigoyen, al constatar su falta de decisión para acabar con las bases del sustento político del personalismo.

46 "Nosotros", *La Fronda*, año I, n°1, 1° de octubre de 1919, p.1.

47 "La tragedia del maximalismo no es entre nosotros sino un recurso de las mañas electorales del peludismo": "Maximalismo peludista", *La Fronda*, 12 de noviembre de 1919, p.1.

48 Esta confianza en las cualidades regenerativas de la evolución política estaba presente en buena parte de la élite en los primeros años de la década de 1920. El por entonces radical antipersonalista, y furiosamente opositor a Irigoyen, Benjamín Villafañe sostenía en 1922: "*Le Bon hace notar de cómo, en épocas anormales, es lo más frecuente que un atrevido, ciego de cerebro y de alma, se encumbre y ultraje a los intelectuales. El eclipse o colapso porque atraviesa el carácter de nuestras clases pensantes en este momento, tiene que ser forzosamente un fenómeno pasajero.*" Benjamín Villafañe, *Irigoyen, el último dictador*, Buenos Aires, Moro, Tello y Cía, 1922, p.12. Sobre la trayectoria y el pensamiento de Villafañe, cf. Mario C. Nascimbene, *El nacionalismo liberal y tradicionalista y la Argentina inmigratoria: Benjamín Villafañe (h.), 1916 - 1944*, Buenos Aires, Biblos/ Fundación Simón Rodríguez, 1997.

Si desde su primer número exhortaba a terminar con la “mansa tiranía” a través de “... la norma democrática del sufragio”⁴⁹ la confianza de *La Fronda* en la perfectibilidad del sistema democrático no abandonaría al periódico hasta que, como en el caso de otras fracciones conservadoras, la segunda elección de Irigoyen como presidente la llevara a adoptar posiciones marcadamente antiliberales a partir de 1929.⁵⁰

El apego de *La Fronda* al régimen constitucional hasta aquel momento era tan marcado que sus redactores no dudaron en censurar, en nombre de la democracia, la participación de Leguía y Saavedra en los festejos del Centenario de Ayacucho⁵¹ ni en reprochar a Lugones sus posiciones antidemocráticas:

"Lejos de clasificar como casta privilegiada a los militares y llamarle cenáculo de los mejores, como ha dicho el señor Lugones, conviene llevar a toda la República la convicción de que sus jefes y oficiales que salen de su seno están para velar y servir al régimen constitucional y que los que sirven bajo sus banderas son carne y sangre de su pueblo."⁵²

Ante la incapacidad de las fuerzas conservadoras para articular una estructura partidaria capaz de competir exitosamente con el radicalismo, *La Fronda* asumió un rol supletorio, actuando como rector de las opiniones de esas fuerzas y expresando el consenso básico de las mismas.⁵³ En sus páginas se puede observar con transparencia la trayectoria de un sector social que, desde una posición de confianza en las potencialidades de la democracia liberal para desalojar del poder político a un régimen considerado inaceptablemente demagógico, arribó desde 1928 - al calor de la nueva elección de Irigoyen, la recepción del pensamiento antiliberal europeo del período y el impacto de la gran crisis económica - a posturas golpistas.

El mundo católico

A lo largo de la década de 1920 la Iglesia Católica de la Argentina sentaría las bases de un nuevo desarrollo institucional, extendiendo la cantidad de parroquias,

49 *La Fronda*, año I, n°1, 1° de octubre de 1919, p.1.

50 María Inés Tato, op. cit.

51 "No son pues, los festejos de Lima, la conmemoración de la grandiosa hazaña libertadora, sino la orgía de la dictadura, entronizada en Lima y en La Paz. No nos dejemos turbar por los discursos declamatorios, ni el concierto armonioso de mutuas congratulaciones, en el que no falta la nota épica de los bardos, y hagamos votos para que termine pronto el reinado de los Leguía y los Saavedra, para el bien del Perú y Bolivia, para su mayor grandeza y el bienestar de sus hijos, desenvolviéndose en el libre juego de las instituciones y no bajo la férula de dictadores vulgares." "El Ayacucho de los tiranos", *La Fronda*, 10 de diciembre de 1924, p.1.

52 "Militares y paisanos", *La Fronda*, 25 de diciembre de 1925, p.1.

mejorando la preparación de sus sacerdotes⁵⁴ y aumentando - merced a la reforma del reglamento castrense de 1923 - la importancia e influencia de los capellanes militares en el seno del Ejército.⁵⁵ Tales modificaciones se vieron acompañadas por un movimiento de aproximación entre la Iglesia y grupos de la élite conservadora, y por el desarrollo de un proyecto católico de “reconquista” de la sociedad argentina.

La primer respuesta institucional del catolicismo argentino frente al clima de tensión social que sucedió a la Semana Trágica fue la creación de la Unión Popular Católica Argentina (U.P.C.A.), fundada a instancias del Episcopado de la Argentina en abril de 1919, siguiendo el modelo de la Unione Popolare italiana y con la intención de aunar - bajo la dirección de las más altas autoridades eclesiásticas - los esfuerzos hasta aquel momento dispersos del laicado católico del país. En la Pastoral del Episcopado emitida en la ocasión se manifestaba la voluntad de sostener un orden al que se consideraba amenazado, definiendo un rol para los católicos en la defensa de la nacionalidad:

“Queremos dejar constancia de que, al dar esta voz de orden a las personas y entidades católicas, satisfacemos a un tiempo la doble aspiración de nuestras conciencias, que nos inducían a cumplir el sagrado deber de velar como Obispos por los intereses de la Iglesia y como argentinos por los de la Patria. Los golpes que se vienen asestando a las instituciones básicas de la civilización cristiana, la moral pública y privada, la familia, la propiedad dentro de sus límites legítimos, hieren de rechazo la nacionalidad que sobre aquellas está fundada. Los católicos que habitan este país, argentinos de nacimiento ó de corazón, no pueden permanecer indiferentes ante tan demoledora actividad.”⁵⁶

Entre las autoridades de la U.P.C.A se encontraban muchas de las más importantes personalidades del catolicismo argentino: su primer presidente fue Lorenzo Anadón - anteriormente dirigente de los Círculos Católicos de Obreros - mientras Monseñor De Andrea cumplía el rol de asesor, tarea desde que la lideró en la práctica el desarrollo de la institución.⁵⁷ Como afirma Néstor Auza, “Nada de importancia se realizaba [en la U.P.C.A.] y menos en sus primeras decisiones, sin el aval de Monseñor

53 María Inés Tato, op. cit.

54 Lila Caimari, op. cit, p. 45 y ss.

55 Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del Peronismo. 1930 - 1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, p. 33

56 Pastoral del Episcopado, *El Pueblo*, 28 y 29 de abril de 1919, p.1

57 La U.P.C.A. contaba con tres instancias organizativas internas: la Liga de Damas, presidida por Teodolina Alvear de Lezica y asesorada por Monseñor Francisco Alberti, La Liga de la Juventud, presidida por Atilio Dell' Oro Maini y asesorada por el Pbro. Juan Valverde y la Liga Económico Social, cuyo Presidente era Alejandro Bunge y su asesor Gustavo Franceschi. *El Pueblo*, 17 de mayo de 1919, p.1. En años posteriores, Gustavo Martínez Zuviría sería Presidente de la Liga de la juventud católica, mientras Horacio Beccar Varela encabezaría la U.P.C.A. *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año II, N° 19, 30 de septiembre de 1921, p.1 y año III, N° 31, 30 de septiembre de 1922, p.15.

de Andrea.”⁵⁸ No estaban ausentes entre los motivos de la designación de Miguel De Andrea su experiencia en el terreno social, sus conexiones con los grupos económicamente poderosos y su proximidad a Monseñor Espinosa, Arzobispo de Buenos Aires.⁵⁹

El nacimiento de la U.P.C.A. se vinculó estrechamente a la realización de la “Gran Colecta Nacional Pro Paz Social” de 1919, impulsada por la institución y destinada a obtener fondos que serían empleados en distintas iniciativas que permitieran controlar el conflicto social.⁶⁰ La Gran Colecta Nacional logró interesar a grupos poderosos, con cuya colaboración la U.P.C.A. logró comprar su sede e iniciar la construcción de viviendas obreras, pese a lo que la mayor parte de sus proyectos no se plasmaron en la práctica.⁶¹ Empleando un tono apocalíptico en el que la amenaza revolucionaria aparecía como un peligro inminente, los propulsores de la colecta llamaban a las clases propietarias a la realización de concesiones, como medio de preservación del orden social:

“Dime. ¿Qué menos podrías hacer, si te vieras acosado por una manada de fieras hambrientas que echarles pedazos de carne para aplacar su furor y tapanles la boca? ¡Los bárbaros ya están a las puertas de Roma!”⁶²

Aunque el proyecto original de la Unión Popular resultó frustrado⁶³, a lo largo de la década de 1920 y hasta 1931, año en que la institución fue absorbida por la

58 Néstor T. Auza, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, T.II, *Monseñor de Andrea. Realizaciones y conflictos*, Buenos Aires, Docencia - Don Bosco - Guadalupe, 1987, p.167.

59 Lila Caimari, op. cit., p.45.

60 Los fondos recaudados serían destinados a: 1 - Creación de una oficina general de servicios sociales, que coordinara las acciones de todas las instituciones de beneficencia; 2 - Construcción de viviendas populares; 3 - Creación de Universidades obreras; 4 - Formación de sindicatos - cajas rurales; 5 - Creación del Instituto Técnico Femenino; 6 - Formación del Ateneo Social de la Juventud; 7 - Fomento de las instituciones existentes y formación de otras nuevas. Anahí Ballent, “La Iglesia y la vivienda popular: la ‘Gran Colecta Nacional’ de 1919.”, en: Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 202.

61 Uno de los integrantes de la “Comisión de Honor” adherente a la Gran Colecta Nacional era el Vicealmirante Domecq García, de destacada actuación en la organización represiva de la Semana Trágica. Anahí Ballent, op. cit., p.200. Siete de los once miembros del comité de finanzas de la colecta eran miembros de la L.P.A., como otros organizadores y colaboradores. Sandra McGee Deutsch, “The right under radicalism” en: Sandra McGee Deutsch y Ronald Dolkart (eds), *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins, 1910 to the Present*, Wilmington, (Delaware), Scholarly Resources Inc.,1993, p.50.

62 *La Paz Social*, N°5, agosto - septiembre de 1919, citado en: Anahí Ballent, op. cit., p.201.

63 Hacia 1923 la U.P.C.A. sólo funcionaba en dos diócesis, y su puesta en práctica llevó a tenaces enfrentamientos entre el opositor Juan A. Boneo, Obispo de Santa Fe; y el Obispo de Cuyo, José Orzali, que fue uno de sus defensores. Susana Bianchi, “La Conformación de la Iglesia Católica como actor político - social: El Episcopado argentino (1930 - 1960) en: Susana Bianchi y María E. Spinelli (comps.) *Actores, proyectos e ideas en la Argentina contemporánea*”, Tandil, Instituto de Estudios Históricos

naciente Acción Católica, la U.P.C.A se convirtió en una entidad más dedicada a la elaboración y difusión de propuestas doctrinarias que a su concreción. En tal sentido, resulta notorio el desarrollo de una intensa actividad editorial, cuyos productos se dirigían a distintos segmentos de lectores. El secretariado de la Unión Popular publicaba el *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, que se enviaba a todos los socios activos de la entidad, *Alerta*, hoja de propaganda dedicada a los socios adherentes y que era adquirida en cantidad por algunos curas párrocos para repartir entre sus feligreses⁶⁴, y *Archivo Social*, que reproducía artículos periodísticos y estudios sociales de la más diversa procedencia, dirigida a “... los hombres de estudio que aman el orden y no quieren perder el tiempo cuando están por escribir algún artículo o para dar alguna conferencia perfectamente documentada.”⁶⁵ Junto a estas publicaciones periódicas, la U.P.C.A editaba múltiples folletos y volantes, además del *Almanaque Social* que aparecía anualmente.

Las publicaciones de la U.P.C.A. informaban profusamente sobre las actividades e instituciones del catolicismo social en Argentina, y difundían con frecuencia las experiencias e iniciativas de los católicos de distintos países europeos. La preocupación por incidir en la moralidad de la vida cotidiana resultaba igualmente manifiesta, ya que repetidamente se criticaba el carácter “deshonesto” de distintas manifestaciones literarias, musicales y cinematográficas, así como al atrevimiento de las modas femeninas de la época y a la frivolidad de la prensa.

Si desde la perspectiva de la competencia por la fidelidad de los feligreses la U.P.C.A. presentaba al espiritismo y el protestantismo como a peligrosos enemigos, a este último se le atribuía - de acuerdo a una variante de la teoría del complot de gran

Sociales U.N.C.P.B.A, 1997, p.24. Auza señala tres factores que comprometían las posibilidades de éxito de la U.P.C.A: 1 - Consistía en una organización ideada y montada desde las esferas del Episcopado, en cuyo diseño no se tuvo en cuenta el esfuerzo de sincronizar y armonizar las fuerzas católicas ya actuantes; 2 - Se estructuró en un sistema de organización nacional y diocesana, excesivamente amplio y rígido para las posibilidades de los recursos humanos disponibles y 3 - Dejó de lado a una buena parte de los activistas del catolicismo y depositó la dirección de las obras en manos de personas provenientes de sectores sociales altos, en desmedro de los dirigentes surgidos de los sectores medio y bajo. Néstor T. Auza, *Los católicos argentinos. Su experiencia política y social*, Buenos Aires, Claretiana, 1984, pp. 156 - 157.

⁶⁴ *Alerta*, con un tiraje de entre 14.000 y 19.000 ejemplares, era una publicación mensual de cuatro hojas, dedicada al gran público católico. “Publicaciones periódicas”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año III, N° 30, 30 de agosto de 1922, p.7. Se caracterizaba por presentar en un lenguaje llano las principales preocupaciones del episcopado. Sólo se conservan algunos pocos números sueltos de esta publicación.

difusión en el mundo católico del período - el rol de promotor y beneficiario de la revolución mexicana.⁶⁶

En relación a la esfera estrictamente política, el enemigo definido por la U.P.C.A. era el comunismo. No existían en sus diversas publicaciones críticas directas al radicalismo gobernante, y hasta 1926 no aparecerían en sus páginas condenas sistemáticas a la democracia liberal, a la que manifestaban su adhesión.⁶⁷ Era frecuente en cambio la censura a las consecuencias del régimen liberal sobre la formación de la juventud, fenómeno cuya solución no requería, en la óptica del Episcopado, el reemplazo del régimen político sino - en consonancia con un reclamo que el catolicismo mantuvo de manera permanente desde la sanción de la Ley 1420 de Educación Común - la instauración de la enseñanza religiosa. En consecuencia, la tarea más urgente de la U.P.C.A. residía:

“... en la formación integral de la juventud profundamente minada y corrompida por las fuerzas antisociales e inmorales que gravitan sobre ella en nuestra patria. A tal fin, luchará sin descanso por conseguir la libertad de enseñanza.”⁶⁸

En esta dirección, y pese a que el fascismo era frecuentemente criticado por la U.P.C.A. debido a su carácter dictatorial y a sus prácticas violentas - aún cuando se rescataba su papel en el combate contra el comunismo - el *Boletín Mensual* sostenía:

“Ciertamente que no es digna de aplauso toda la obra realizada en Italia por el gobierno fascista, pero no podemos dejar de reconocer la bondad de algunas de las reformas llevadas a cabo. Entre ellas no es seguramente la menos importante el puesto de honor dado a la religión en las escuelas primarias italianas.”⁶⁹

65 “Las publicaciones del Secretariado Nacional”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año II, N° 14, 30 de abril de 1921. Mientras el Boletín aparecería mensualmente hasta 1931, *Archivo Social y Alerta* suspendieron su publicación en 1925.

66 “En Méjico está probado que esa revolución bestial se ha desarrollado por el protestantismo yanqui y por la política personal del presidente Wilson. (Documentation Catholique N° 93, 15 de enero de 1921) La comisión Fall, encargada de ver hasta donde llegó la influencia protestante, nos informa que han sido muertos 300.000 mejicanos por odio a los católicos, dio carta blanca a los protestantes y subvencionó sus escuelas en toda la nación.” “A través del mundo”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año II, n° 14, 30 de abril de 1921, p.16.

67 “¿Está en crisis la democracia? No lo creemos. Seguimos adheridos a nuestra fe esencial sobre la organización política.” Pese a esta adhesión, la U.P.C.A. criticaba la evolución de la democracia debido a lo que entendían era una fundamental ausencia de límites morales que llevaron desde el siglo XIX al predominio de una política sin escrúpulos e incapaz de evitar el desequilibrio social, por lo que presentaba como modelo deseable a “... una democracia fundada en la verdad y en la acción - con contenido espiritual y con fórmulas de representación profesional y proporcional debidamente consagradas - [que] triunfará al cabo sobre comunismos y fascismos, sobre anarquías diabólicas y reacciones dictatoriales.” “La dictadura contra la dictadura”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año IV, N° 41, 31 de julio de 1923, pp.3 -4.

68 *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año III, N° 31, 30 de septiembre de 1922.

69 “Una feliz Reforma de Mussolini”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año IV, n°46, 31 de diciembre de 1923, p.5. Las opiniones de la Iglesia Argentina frente al fascismo se alineaban - como resultaba natural

Por su parte, la crítica al accionar de las organizaciones sindicales era permanente, tanto como las dirigidas al Partido Socialista. A diferencia de las décadas anteriores, en las que el P.S. era presentado como la personificación de oscuras fuerzas destinadas a destruir a la cristiandad, a lo largo de la década de 1920 fue concebido como un adversario político, al que se lo censuraba más debido a lo que entendían como la habitual deshonestidad de sus dirigentes, que por el carácter mismo de sus posiciones doctrinarias. A diferencia también de los años previos, las publicaciones de la U.P.C.A. trazaban una nítida línea divisoria entre socialismo y comunismo. En particular en *Archivo Social*, publicación dirigida a los intelectuales católicos, se publicaban con frecuencia informaciones - muchas veces originadas en fuentes socialistas de distintos países - que daban cuenta del rechazo de distintos partidos socialistas del mundo al régimen y los partidos comunistas.

El proyecto original de la U.P.C.A. se proponía “...reunir en un sólo haz todas las energías, para disciplinarlas en una cohesión firme con unidad de dirección y programa.” para enfrentar así el peligro revolucionario, logrando de tal modo “combatir en el campo católico en favor de las bases mismas de la toda sociedad civilizada.”⁷⁰ El instrumento organizativo privilegiado por el Episcopado para tales fines era la Juntas Parroquiales, que debían permitir “... el contacto del estado mayor con el ejército, pues (...) el cuerpo que pierde el contacto está a punto de ser copado”. El sistema propuesto - que encontró notables dificultades y oposición en su puesta en práctica - debía permitir que se reconstruyera el vínculo entre la Jerarquía Eclesiástica y las masas, tendiendo “...los hilos que parten del centro que es el Párroco y se ramifican en medio de las multitudes.”⁷¹

En sus definiciones, la U.P.C.A. se proponía como una herramienta limitada al mundo católico, y no como una entidad de tipo político destinada a la implantación de un régimen fundado en los principios de la Iglesia, tal como amplios sectores del

en una institución fuertemente “romanizada” - con las surgidas desde el Vaticano, cuyas posiciones frente al régimen encabezado por Mussolini resultaron sumamente ambiguas y variantes, pasando desde una manifiesta simpatía hasta una cerrada oposición, hasta alcanzar un inestable *modus vivendi* tras el Concilio de Letrán de 1929. Cf. Stanley Payne, *El Fascismo*, Madrid, Alianza, 1996, p.84. De manera muy frecuente, *Archivo Social* reproducía artículos inspirados en las opiniones del Vaticano sobre el fenómeno aparecidos originalmente en *La Civiltà Cattolica*.

70 “Carta Pastoral Colectiva del Episcopado”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año II, N° 15, 31 de mayo de 1921, p.2-3

catolicismo se propondrían en la década siguiente. La entidad se autodefinía así como una asociación de católicos de carácter eminentemente confesional, igualmente apartada del “extremismo demagógico y del conservadurismo estrecho y reaccionario.”⁷²

Si la U.P.C.A se consideraba una entidad de tipo nacionalista, esta definición se limitaba a un rol de difusor del amor a la patria y sus tradiciones⁷³, compartiendo la condena del Papa Pío XI al “nacionalismo exagerado” - al que de todos modos, no percibían como un peligro inminente en la Argentina - y entendiendo que al catolicismo le correspondía un relevante rol unificador frente a las tendencias disolventes, afirmando “la consubstancialidad del catolicismo con nuestros destinos nacionales”:

“Nuestra patria, aún en tiempos de mayor fervor religioso que el presente, no ha andado sobrada de morales que corrigieran nuestra tendencia a la disgregación. La religión es hoy - como lo fue siempre - pero hoy más que nunca - no sólo una fuerza, sino la única fuerza unificadora.”⁷⁴

En las páginas de las distintas publicaciones de la U.P.C.A. se le otorgaba una singular importancia a la *cuestión social* urbana y rural en el país - refiriéndose de manera reiterada a la problemática de la vivienda obrera, las jubilaciones y la duración de la jornada laboral - y se tomaban como modelos de acción al respecto las experiencias del movimiento cooperativo católico europeo - en especial en los casos belga y holandés - y del *Volskerein* alemán. La U.P.C.A. manifestaba su adscripción a las enseñanzas de la encíclica *Rerum Novarum*, su oposición al individualismo y su búsqueda de una armonía social que no resultara del sometimiento absoluto de una clase a otra, sino del respeto de los principios de la justicia y el derecho, ya que “Ni la ley natural, ni la de Cristo, ni la civil, nos obligan a someternos sin resistencia a la usurpación de nuestros derechos.”⁷⁵ La preocupación por no ser identificados como una organización puramente favorable a los intereses empresariales, la constante preocupación por la cuestión social y la publicación en las páginas de *Archivo Social* de

71 “Las juntas parroquiales en la práctica”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año II, N° 14, 30 de abril de 1921.

72 *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año III, N° 31, 30 de septiembre de 1922.

73 “Es una institución nacionalista de trascendental importancia que reconoce a la educación del patriotismo. Se esforzará en dar una base sólida al amor de la patria, cimentándolo en el respeto de la tradición, a cuyo fin el estudio de nuestro pasado histórico será una de sus preocupaciones esenciales.” *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año III, N° 31, 30 de septiembre de 1922.

74 “Catolicismo y Patriotismo”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año III, N° 40, 30 de junio de 1923, p.5.

75 “La Unión Popular Católica Argentina. ¿Qué somos?”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año V, N°60, 28 de febrero de 1925, pp.9 -10.

proyectos legislativos y debates del ámbito católico europeo - que incluían propuestas de participación de los trabajadores en las ganancias y hasta planteos referidos a la progresiva abolición del salariado, para extender la propiedad y evitar así el riesgo revolucionario - distinguían las posiciones de la Unión Popular de las de las organizaciones patronales. En este sentido, y pese a compartir una común imagen del enemigo, las posturas católicas contrastaban con claridad con las de la Asociación del Trabajo cuyo objetivo de destruir el poder de negociación de los trabajadores se acompañaba con la tarea de producir y divulgar ideologías que justificaran sus conductas, tomándose el ejemplo del fascismo temprano como un incentivo y una fuente de argumentos legitimadores.⁷⁶

Por detrás de la figura del enemigo comunista se dibujaba, para las publicaciones de la U.P.C.A., la ya tradicional imagen del complot judío. Como en las décadas previas, el judaísmo era concebido como una fuerza oscura capaz de imponer su voluntad a la humanidad y, sobre todo, como el principal responsable y beneficiario de la instauración del régimen soviético:

“Los judíos son los agentes más activos de la revolución mundial. En efecto : La descomposición de Rusia es toda o en la mayor parte obra de judíos ; la derrota de Alemania y Austria, se puede decir que es debida a los judíos. Mientras los centrales eran una fuerza poderosa los judíos aplaudían y ayudaban esa parte, pero cuando vieron a los aliados en mejor situación, cambiaron de partido. Es el judaísmo una hiena desbocada e implacable de la humanidad en general y de los cristianos en particular.”⁷⁷

En la misma dirección, la U.P.C.A. sería responsable de la publicación de la primer edición argentina de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, el más celebre y difundido de los textos del antisemitismo conspirativo, cuya versión extractada apareció en su *Almanaque Social* del año 1923, publicitado en los medios católicos y legitimado por la autoridad del Episcopado.⁷⁸

Si podría considerarse que este tipo de expresiones - esporádicas pero persistentes - se debían a una mera intención retórica, destinada a la implantación de

76 María Ester Rapalo, “Los empresarios y la reacción conservadora en Argentina: las publicaciones de la Asociación Nacional del Trabajo, 1919 - 1922” en: *Anuario del IHES “Prof. Juan C. Grosso”*, N°12, 1997, p.440. Las diferencias entre los propósitos de ambas organizaciones - una con objetivos puramente clasistas, la otra con un proyecto social que trascendía los intereses de los sectores patronales - explica la pertenencia de algunos individuos a ambas instituciones. El caso más representativo es el de Atilio Dell’Oro Maini, abogado de empresas navieras y Secretario General de la A.T. entre 1919 y 1929 y presidente de la Liga de la Juventud de la U.P.C.A. entre 1919 y 1922.

77 *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año II, N°18, 31 de agosto de 1921, p.15

78 *Almanaque Social de la U.P.C.A.*, Buenos Aires, 1923, pp.123 - 124. Desarrollaremos la difusión en Argentina de los *Protocolos de los Sabios de Sión* en el capítulo VIII de esta tesis.

una imagen fantasmagórica de los judíos en la imaginación popular, la recurrente reproducción de estos argumentos en la publicación destinada a los intelectuales permite juzgar a estas argumentaciones como producto de una sincera creencia en la peligrosidad de la acción del “judaísmo internacional”. De tal manera, la U.P.C.A. reproduciría en *Archivo Social* afirmaciones como las que siguen:

"Una mano profana ha sacado a luz secretos que llevan la marca del ghetto. ¿Documentos o falsificaciones? Será difícil, como siempre poder penetrar en las tinieblas en que Israel celosamente se envuelve. El velo del templo que rasgará Jehová, los hijos de Judá lo han recosido con doble hilo; pero lo que con él quieren cubrir no es ya el Arca Santa del Señor: es la caja fuerte de sus usuras y de su egoísmo" (...) " ... no es de exagerar decir que en Rusia - ejemplo único - a la nación eslava se la ha impuesto el yugo de otra nación, la judía. Y no vaya alguno a creer, fiándose en una observación superficial, que la revolución rusa sea un episodio suelto, una borrasca producida por la inconstancia de las pasiones plebeyas pasajera y exaltadas por los desórdenes de la guerra. No: la república hebrea comunista es la actuación de una doctrina son los dogmas del evangelio de Marx y Engels puestos como bases de un programa social. Sólo la perversión de una fantasía semita era capaz de subvertir todas las tradiciones de la humanidad ..."79

La identidad entre bolchevismo y judaísmo fue públicamente postulada por una muy alta autoridad eclesiástica, el Arzobispo de Lemberg y metropolitano de los católicos rutenos, Monseñor Andrés Szeptycky, que en una conferencia pronunciada en Buenos Aires en 1922, atribuyó las causas de la revolución de octubre a “la hidra revolucionaria de los judíos rusos, que ya traspasaban las fronteras de Rusia para intentar azotar al mundo con sus satánicos proyectos”80

Si las creencias de esta naturaleza habían logrado una amplia difusión en Occidente desde 1919⁸¹, no resulta extraño que las encontremos reiteradas también en los medios ajenos al catolicismo. No sorprende entonces que en las páginas de la vanguardista revista *Inicial*, algunos de cuyos miembros se aproximaban al fascismo desde una posición revolucionaria y antiburguesa, atraídos por el esteticismo de D’Anunzio y el futurismo de Marinetti⁸², los dictorios antisemitas fueran frecuentes. Si desde su primer número *Inicial* declaró su voluntad de luchar “ ...contra los grandes

79 "La revolución mundial y los judíos" (reproducido de *Revue Universelle*, junio de 1922) *Archivo Social. Documentos para el estudio y la acción. Secretariado Nacional de la U.P.C.A.*, año III, N° 63, 10 de diciembre de 1922, pp. 1 - 11. En el mismo tenor, cf. "Dentro de la Rusia roja", *Archivo Social. Documentos para el estudio y la acción. Secretariado Nacional de la U.P.C.A.*, año I, N° 14, 25 de noviembre de 1920 y "El Soviet ruso y el judaísmo", *Almanaque Social de la U.P.C.A.*, Buenos Aires, 1923, pp.126 - 127.

80 Pbro. Manuel Juan Sanguinetti, "La Iglesia Católica frente a la actitud judía" (II), *El Pueblo*, 15 de septiembre de 1932, p.3.

81 Véase el capítulo III de esta tesis.

82 Sobre *Inicial*, cf: Fernando Diego Rodríguez, "Inicial. Revista de la nueva generación. La política en la vanguardia literaria de los años '20" en: *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Santa Fe, año 5, N°8, 1° semestre de 1995.

diarios malolientes de judaísmo”⁸³ poco después señalarían que, habiendo constatado “... la realidad del peligro judío, como mentalidad inadaptable al espíritu de occidente” no dudaban: “Nuestras relaciones con ellos sólo pueden ser de carácter guerrero.”⁸⁴

Si estas injurias pueden considerarse como parte de una estrategia de crítica hacia el campo cultural establecido, identificando la condición judía de algunos literatos y periodistas con su rol como intelectuales consagrados, el radical anticomunismo de la publicación se sumaba al antisemitismo en la atribución de la revolución rusa a los israelitas:

“Creemos firmemente que nadie hasta ahora, fuera del judío Marx, ha perjudicado tanto a los proletarios del mundo como el judío Lenin. (...) Es perfectamente natural que los dueños de todas las revoluciones marxistas sean judíos, puesto que son revoluciones económicas, y como en economía no existe más principio que la conservación y el sentimiento, Lenin, *gran economista*, transige con el capitalismo.”⁸⁵

En la segunda mitad de la década - y muy probablemente como resultado del “caso De Andrea”⁸⁶ - la U.P.C.A. comenzó a pregonar posiciones definitivamente antiliberales, además de redoblar sus denuncias contra el comunismo. Si, como resulta natural, en la disputa sobre el patronato la institución había apoyado las posiciones papales y rechazado la potestad del Estado argentino sobre la cuestión⁸⁷, el giro marcadamente antiliberal de los años siguientes parece operar como una afirmación de la competencia eclesiástica y de la pretensión católica de imponer sus normas al Estado y la sociedad. De tal modo en el *Boletín Mensual* se sostendría que las libertades individuales pregonadas por el liberalismo no pasaban de ser meras teorías que amparaban el error, ya que “... que la Iglesia Católica Romana es la única verdadera y obligatoria para todos los hombres”, no existiendo por lo tanto individuos ni gobiernos

83 *Inicial*, año I, N° 1, octubre de 1923, p.5.

84 *Inicial*, año I, N° 2, noviembre de 1923, pp.7 - 8.

85 *Inicial*, año I, N° 2, noviembre de 1923, pp. 39 - 40. En el mismo sentido, Ramiro de Maetzu se refería en las páginas de *La Prensa*, siguiendo al monárquico y antisemita Basilio Shulgin, a la existencia de un “poder comunista judío” que gobernaba Rusia. Cf. Ramiro de Maetzu, “Un ruso en Rusia. El libro de Basilio Shulgin”, *La Prensa*, 23 de agosto de 1927, p.13. El artículo fue comentado en *Mundo Israelita*, año V, N° 221, Buenos Aires, 27 de agosto de 1927, p.1.

86 En 1924, tras la muerte de Monseñor Espinosa, el senado presentó la habitual lista de candidatos para ocupar el cargo vacante de Obispo de Buenos Aires, resultando Monseñor De Andrea - resistido en los ámbitos eclesiásticos - escogido por el Presidente Alvear. El Vaticano e negó a confirmar la nominación, y al persistir el gobierno argentino en su elección, se generó un conflicto entre el Vaticano y las autoridades argentinas. Finalmente el gobierno aceptó la renuncia de Miguel De Andrea, declarando como contrapartida persona no grata al Nuncio, que sería reemplazado por el Vaticano en 1926.

que pudieran “... legítimamente negar este derecho exclusivo de la Iglesia Católica y reconocer al error y al mal, a la herejía, a la impiedad y a la inmoralidad un derecho natural que no tienen para existir y propagarse.”⁸⁸ En la misma dirección, el origen de los males de la sociedad moderna serían atribuido al abandono de las nociones cristianas sobre el orden social y la secularización del Estado y del Derecho. En ocasión de instituirse la fiesta de Cristo Rey⁸⁹, se afirmaría que:

“Negado el origen divino del Poder, los actos de autoridad se convierten en actos de fuerza que no tienen otra justificación que la conveniencia social, pero este es un concepto variable y en todo caso insuficiente para acallar las resistencias individuales. De aquí la anarquía reinante en la sociedad, la lucha de los funcionarios contra el poder y el poder contra los funcionarios, la obediencia que degrada y la autoridad que oprime, la perpetua oscilación entre el despotismo y el desorden.”⁹⁰

En esta línea de pensamiento, no tardarían en aparecer los primeros llamados a la realización de una “nueva cruzada” destinada a la “reconquista cristiana” de la sociedad, que tanto impacto lograrían en la siguiente década.⁹¹

En este clima de ideas, no resulta extraño que la Unión Popular señalara una vez más la existencia de un peligro judío, que residía ahora no sólo en el lejano grupo de conspiradores responsables de la revolución bolchevique sino además en la inmigración israelita hacia la Argentina. En esta óptica se sostenía que la exagerada hospitalidad argentina resultaba explotada por los judíos - “elemento no deseable”, “seres indignos de figurar en la sociedad” - con el propósito de absorber con su “egoísmo refinado” la riqueza de la sociedad. Llamando a la puesta en práctica de una política de selección inmigratoria, concluía:

“Es necesario que nos convenzamos de que si las tendencias a disolver que domina el elemento de Lenin nos debe poner sobre aviso, no menos lo ha de ser la de absorber que domina al judío. De ahí que tan temible sea el peligro sovieta como lo es el peligro israelita.”⁹²

Uno de los más importantes ámbitos que contribuyeron - dentro del mundo del catolicismo argentino - a la difusión de un ideario antiliberal, fueron los Cursos de

87 “Los católicos argentinos y nuestras autoridades” *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año V, N°60, 28 de febrero de 1925, pp. 6 -7.

88 “Liberalismo. ¿A qué se llama libertades modernas ?” *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año VII, N°74, 1° de abril de 1926, pp.12 - 13.

89 La institución de la fiesta de Cristo Rey es, pues, en cuanto tiende a combatir la secularización, origen del mal social y al retorno de las sociedades humanas al reconocimiento de la realeza de Cristo, un triunfo del catolicismo social.” *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año VII, N°81, 1° de noviembre de 1926, pp.2-3.

90Idem

91 “La acción Católica”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año IX, N°99, mayo de 1928, pp.1-4.

92 “El peligro judío”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año VII, N°74, 1° de abril de 1926, p.11.

Cultura Católica (C.C.C.), creados en Buenos Aires en 1922 con el apoyo del Episcopado.⁹³ Los Cursos, equiparables a una Universidad católica de élite, ejercieron una decisiva influencia sobre los jóvenes intelectuales que protagonizarían el resurgimiento de un catolicismo tributario de muchas de las corrientes antidemocráticas que circulaban por entonces en Europa. Sus principales impulsores fueron tres figuras que desarrollarían una notable actividad en el nacionalismo católico de las siguientes décadas: Atilio Dell’Oro Maini - director de los Cursos entre 1922 y 1925 - Tomás Casares - que dirigiría los Cursos entre 1928 y 1930 - y Cesar Pico.

En su origen, los C.C.C. se proponían cubrir las insuficiencias formativas de la Universidad liberal, dictándose en su seno materias relativas a la historia y la filosofía católicas en las que predominaba la perspectiva neotomista. Además de los textos de Santo Tomás de Aquino, eran frecuentados en los Cursos una pléyade de autores identificados con el pensamiento conservador y reaccionario europeo, entre ellos el por entonces maurrasiano Jacques Maritain, Giovanni Papini, Charles Péguy, Hillaire Belloc, Ramiro de Maetzu, Nicolás Berdiaeff, Maurice Barrès, Charles Maurras, y Oswald Spengler. Entre los profesores de los C.C.C. se destacaban sacerdotes integristas, como el español Zacarías de Vizcarra y Julio Meinvielle.

A las actividades de los cursos se sumaba el *Convivio*, ateneo de discusión y conferencias, centro de actividades artísticas y lugar de encuentro informal, generalmente dirigido por Pico y la práctica, tres días al año, de retiros espirituales.

Los Cursos representaban para sus miembros una novedad revolucionaria, porque reivindicaban la originalidad del pensamiento católico desplegando una crítica radical al liberalismo. Para Mario Amadeo, por entonces uno de los jóvenes que participaba de los Cursos, estos significaban

“... una renovación plena de nuestra vida intelectual. Pudimos apreciar que nuestra doctrina era infinitamente más rica y más actual que todas las demás concepciones e ideologías entonces en boga”⁹⁴

93 Sobre los Cursos de Cultura Católica, cf. José María Ghio, "La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo" en: B. Gurevich y C. Escudé, *El Genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Buenos Aires, U. Di Tella - GEL, 1994, pp. 219 - 220, Loris Zanatta, op. cit., p.29 - 30, Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927 - 1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p.48; E. Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, T.I, pp. 188 - 189, María Ester Rapalo, "La revista Criterio y las pedagogías para la nación católica. Política, disciplina, literatura", ponencia presentada a las Primeras Jornadas de Religión y Sociedad en la Argentina, Instituto Ravignani, U.B.A., 3 y 4 de junio de 1999.

94 Mario Amadeo, "El Grupo Baluarte y los Cursos de Cultura Católica" en: *Universitas*, año 9, N°38, 1976, p.24.

Permitiendo conjugar la pertenencia a la Iglesia con la militancia intelectual y social, los Cursos desarrollaron un fundamental rol formativo en los jóvenes que protagonizarían el renacimiento católico de la siguiente década.

Inmigración y cuestión étnica: de la selectividad al racismo

En los años de la Primera Guerra Mundial se revirtió la tendencia que a lo largo de más de cuarenta años había mantenido la inmigración hacia la Argentina. En efecto, si desde la década de 1870 la población argentina había crecido enormemente merced a la llegada de vastos contingentes de inmigrantes, la Gran Guerra tendrá como consecuencia la caída brusca de los flujos migratorios. Tal proceso constituirá uno de los principales motivos de preocupación para la élite política e intelectual del período, ya que la inmigración había resultado hasta entonces un recurso básico, no sólo para la expansión de la economía capitalista, sino hasta para la constitución misma de la sociedad argentina. Aunque el fenómeno de re - emigración resulta observable al menos desde un lustro antes de comenzada la contienda, entre los años 1914 y 1918 el déficit en el balance migratorio argentino sobrepasó las 200.000 personas. Uno de los corolarios de tal fenómeno fue la reactualización del debate sobre el carácter de la inmigración deseable. Las posiciones asumidas por buena parte de la élite liberal y conservadora en el período tenían como denominador común las propuestas de selección de los inmigrantes en base a criterios étnicos, lo que se contraponía de manera notoria con la tradicional política liberal que la Argentina había mantenido desde el siglo XIX.

En efecto, los distintos instrumentos jurídicos argentinos habían definido una política migratoria de puertas abiertas. La Constitución Nacional de 1853, aunque establecía en su artículo 25 una preferencia por la inmigración europea, sostenía como principio general que la Argentina estaba abierta a todos los "hombres de buena voluntad" que quisieran habitarla. Aunque la Ley Fundamental definió que la Religión Católica Apostólica Romana habría de ser sostenida por el Estado y restringió el ejercicio de los cargos de Presidente y Vicepresidente a quienes pertenecían a ella, también garantizaba la libertad de cultos, por lo que la cuestión religiosa no implicaba un obstáculo para la inmigración. La necesidad de estimular el poblamiento del país

determinó que en 1876, bajo la presidencia de Nicolás Avellaneda, se sancione la Ley de Inmigración y Colonización N° 817, que sistematizó el carácter espontáneo de la política migratoria manteniendo la amplitud de criterios vigentes hasta el momento.

Aunque Alberdi - como gran parte de la élite política de mediados del siglo XIX - había propiciado el ingreso de anglosajones y escandinavos como herramienta para "mejorar" la población local y producir los cambios culturales que permitieran un rápido progreso de la nación, inaugurando una tradición en la que determinados grupos étnicos resultarían preferidos a otros, no acompañaban estas perspectivas las ideas de selección étnica que emergerían con fuerza en 1919.

Aunque en la etapa del Centenario existieron propuestas destinadas a modificar las políticas inmigratorias, favoreciendo el ingreso de europeos, en especial de las naciones cristianas, y limitando el de otros orígenes⁹⁵, estas no prosperaron. Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial los temores al carácter que podría asumir la inmigración se reactivaron, y en la Cámara de Diputados se presentaron proyectos tendientes a "filtrar la corriente migratoria" de quienes huyendo de la guerra procuraban entrar al país, estos tampoco lograron su aprobación.⁹⁶ De manera que, hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, los intentos de establecer alguna forma de limitación a la política argentina de puertas abiertas fueron no sólo episódicos sino además invariablemente rechazados.

Por otro lado, es preciso señalar que las explicaciones sociales fundadas en principios racialistas estaban, desde fines del siglo XIX, sumamente difundidas en el conjunto de la tradición del positivismo argentino, resultando uno de sus principales exponentes Carlos Octavio Bunge. En *Nuestra América*⁹⁷, publicado en 1903, Bunge explicaba los rasgos de la "política criolla" a través del examen de la psicología de las razas que habitaban la América hispana. Bunge encontraba en las características raciales de españoles, negros e indígenas la causa de los males americanos: la arrogancia, la pereza, el desprecio al trabajo, el fatalismo y la sed de venganza que les adjudicaba explicaban las taras de la organización política sudamericana. El autor enfatizaba el carácter degenerativo de todo proceso de mestizaje, según el cual el producto del cruce

95 Juan Alsina, *La Inmigración en el Primer Siglo de la Independencia*, Buenos Aires, 1910

96 *Diario de sesiones de la Honorable Cámara de diputados*, tomo IV, p.49, citado en Beatriz Gurevich, Prólogo a : *Proyecto Testimonio*, Buenos Aires, Planeta/ DAIA, 1998, p.37.

97 Carlos O. Bunge, *Nuestra América. Ensayo de psicología social*, Buenos Aires, Vaccaro, 1918.

de razas conservaría todos los defectos de sus antecesores, sin heredar ninguna de sus virtudes. El superior desarrollo estadounidense se explicaba, desde esta óptica, por la mayor pureza racial que conservó la colonización anglosajona, que contrastaba con la difusión del mestizaje en el sur del continente. Sin embargo, Bunge depositaba su confianza en la inmigración, que podría atenuar mediante la europeización los males de la idiosincracia sudamericana.

En los meses de julio y agosto de 1918 el Museo Social Argentino⁹⁸ lanzó una encuesta que fue respondida por cuarenta y cinco políticos e intelectuales liberales, socialistas y conservadores, cuyas preguntas giraban en torno al futuro de la inmigración hacia la Argentina después de la guerra y los factores que podrían estimularla o frenarla, sobre las características de la inmigración deseable e indeseable y sobre la vigencia de la legislación existente en materia de inmigración y los medios para adaptarla a las nuevas circunstancias.⁹⁹ Esta encuesta constituye un documento invaluable para conocer la actitud de la élite ante los problemas de la inmigración, tanto por la cantidad de personas que la respondieron cuanto por la amplitud del arco ideológico allí representado y por tratarse de una fuente única en su tipo para el análisis de la problemática en cuestión a fines de la década de 1910. La encuesta, aunque lanzada en 1918, fue respondida en muchos casos en los primeros meses del año siguiente, tras los sucesos de la *Semana Trágica*.

La encuesta de 1918 - 1919 no resultaba una excepción en cuanto a los temas que se discutían en los países tradicionalmente receptores de inmigrantes, en particular en los Estados Unidos. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, los empresarios norteamericanos coincidían con los sindicatos de aquel país en un frente común de

98El Museo Social Argentino fue fundado en mayo de 1911 por Tomás Amadeo para investigar y difundir información fidedigna sobre Argentina, en particular sobre los aspectos sociales y económicos del país. La institución se inspiraba en el ejemplo del Museo Social Francés fundado en 1894 y publicaba un Boletín Mensual, en cuyas páginas colaboraban muchos de los más prestigiosos intelectuales argentinos. Sus estudios y acciones se proponían trascender la instancia teórica, intentando influir en las tomas de decisiones de las élites gobernantes, en particular en materia de política agraria y de población. El prestigio de sus socios y adherentes logró que las opiniones del Museo Social fueran escuchadas, en especial cuando la institución se expedía sobre la cuestión inmigratoria. Eduardo Zimmerman, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890 - 1916*, Buenos Aires, Sudamericana / Universidad de San Andrés, 1995, pp.74 - 78 y Leonardo Senkman, "Nacionalismo e inmigración: La Cuestión Etnica en las élites liberales e intelectuales argentinas: 1919 - 1940" en: *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, N°1, enero - junio de 1990, p.84.

acción destinado a frenar a la inmigración. Mientras los primeros se movían impulsados por el temor de la expansión de la revolución desde Europa a los Estados Unidos, las organizaciones obreras aducían como razón la necesidad de evitar una competencia profesional que tendiera a deprimir los salarios. Las dificultades económicas derivadas del tránsito de la economía de guerra a la producción en época de paz y el florecimiento de un nacionalismo xenófobo estimulado por el conflicto bélico ampliaban considerablemente la plataforma pública de los opositores a la inmigración. De tal modo, a comienzos de 1917 el Congreso de los Estados Unidos estableció, como medida restrictiva, la prueba de lectura en cualquier idioma como condición para ingresar al país. En 1919 fue elevado al Congreso norteamericano una ley destinada a suspender totalmente la inmigración por cuatro años a partir de la firma de los tratados de paz. Aunque esta no fue aprobada, sólo dos años después resultará promulgada una ley por la que se instauraba un sistema de cuotas nacionales, por la que se determinaba el número de inmigrantes correspondientes a cada nacionalidad de acuerdo al tres por ciento de su población en los Estados Unidos en el año 1910.¹⁰⁰ De tal modo, el principio de clasificación nacional - racial que hasta aquel momento regía sólo para los provenientes del Lejano Oriente, se aplicó en Estados Unidos a todos los inmigrantes, llegándose dos años después a reducir aún más las cuotas que el país estaba dispuesto a recibir.

En la época en que se realizó la encuesta, prácticamente nadie dudaba de la importancia que conservaba la inmigración a la Argentina. Con una sola excepción, la práctica totalidad de los encuestados por el Museo Social coincidieron en considerar a la reanudación de la inmigración como una necesidad vital para el desarrollo de la República, ya que al igual que en la etapa anterior la expansión de las actividades económicas nacionales dependía en buena medida de un abastecimiento constante de mano de obra traída desde el extranjero. La coincidencia también fue amplia en cuanto a la especialización laboral del inmigrante deseado, del que se esperaba que fuera agricultor. De tal modo, varios de los encuestados coincidieron en que una expansión de las áreas de cultivo, el fomento del crédito agrícola y el desarrollo de una política de

99 "La Inmigración después de la guerra", *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, N° 85 - 90, enero - junio de 1919. (En adelante BMSA)

colonización acompañada de obras públicas y ferroviarias favorecería la incorporación de este tipo de inmigración.

Aún quienes, como el economista Alejandro Bunge, sostenían ideas de industrialización y proteccionismo como medio de rectificar los desequilibrios provocados por la orientación agroexportadora tradicional, consideraban nociva la tendencia a la radicación urbana de la inmigración. Pese a que abogaba por el desarrollo de una industria de consumo local, Bunge no incluía entre quienes allí podrían trabajar a los inmigrantes.¹⁰¹

En muchos casos se consideraban inmigrantes indeseables a todos aquellos que no fueran exclusivamente agricultores, incluyendo de este modo a los trabajadores urbanos con o sin oficio en esta categoría :

"Los que por tener una mediocre instrucción vienen en busca de algún empleo ; los que no tienen ningún oficio y vienen 'dispuestos a todo' según ellos dicen, pero que no sirven para nada ; los artesanos de ciertas industrias que aquí no existen o los de otras existentes y que tienen exceso de trabajadores, los profesionales de ciertas carreras que vienen a ponerse en competencia con los nativos, esos y otros son los elementos cuya llegada debe lamentarse"¹⁰²

Mientras los sectores más conservadores temían la agitación social que una llegada masiva de inmigrantes podría provocar en las ciudades, los socialistas se oponían a la llegada de inmigrantes que no fueran agricultores en condiciones económicas de acceder a la tierra, ya que entendían que la llegada de jornaleros no calificados no haría más que provocar una caída general del nivel de los salarios, que en aquel momento comenzaba a recuperarse tras una etapa de crisis coincidente con el período de guerra.¹⁰³

En ocasiones los encuestados más conservadores proponían inclusive limitar o prohibir mediante medidas administrativas el ingreso de inmigrantes sin aplicación agrícola.¹⁰⁴ Esta preferencia generalizada por una inmigración orientada hacia las actividades rurales no resultaba sorprendente debido a que en la época se consideraba prioritaria la expansión de las actividades agrícolas, en particular las cerealeras. Igualmente, esta tendencia se articulaba coherentemente con los objetivos colonizadores

100 Cf. Oscar Handlin, *Immigration as a factor in American History*, Englewood Cliffs, N.J., 1959, pp. 161 y 192 - 199 y Haim Avni, *Argentina y la historia de la inmigración judía, 1810 - 1950*, Magness Press / AMIA, 1988, p. 316 - 318.

101 Leonardo Senkman, op.cit., pp.86 - 87.

102 José Ceppi, BMSA, p.42.

103 Augusto Bunge, BMSA, p.34

104 Estanislao Zeballos, BMSA, p. 29.

que las políticas inmigratorias habían sostenido desde el siglo XIX, independientemente de la efectividad de su aplicación real..

En la encuesta aparece en cambio, como factor novedoso, una marcada preocupación por la composición étnica de la población que llevará a considerar indeseables, y a sugerir medidas legislativas para impedir su ingreso, a determinadas "razas". En las respuestas a la encuesta se observa con claridad que la inmigración no sólo era percibida como un recurso económico sino también como un importante factor en la formación de la nacionalidad. Máspero Castro - futuro director del Departamento Nacional de Inmigración en un momento clave de las restricciones a la entrada de inmigrantes judíos durante los gobiernos de Ortiz y Castillo¹⁰⁵ - definía la figura del inmigrante de una manera que seguramente podría haber sido suscripta por la mayoría de los encuestados.

"Para nosotros *inmigrante* es un término económico y no social, que significa aumento de trabajo, de población y de capital, aporte de nuevos contingentes de diversas sangres para la mejora de la raza y de nuevas ideas para una mejor organización social."¹⁰⁶

De este modo, las consideraciones de tipo económico sobre las características de la inmigración deseable se superpondrán a las de índole racial. En esta dirección, en muchos de los casos se manifestará una preferencia explícita por la población blanca europea, con una serie de importantes matices al interior de los que defendían tal criterio.

Por un lado se hallaban los que sustentaban posturas clásicamente racistas - posición esta claramente minoritaria - postulando la necesidad de incorporar miembros de las *razas superiores*, capaces de formar, a través de un proceso de *selección natural* darwiniano un tipo argentino superior. En este sentido se expedía Eduardo Gschwind, quien, comparando al proceso poblacional con el exitoso perfeccionamiento del ganado argentino, postulaba que :

"... la inmigración que más nos conviene, es sin duda, la que nos proporcione población culta, instruída, laboriosa y sobre todo de *raza superior*... Estas condiciones las llenan ampliamente los habitantes de Alemania y Austria, cuidando tan sólo de no cargar con los mutilados, errabundos, anarquistas y bohemios o zingaros (...) Tal vez fuera tiempo ya de que se exija al inmigrante el ser alfabeto, de buenos antecedentes y poseer un pequeño capital. Así ahuyentaríamos la inmigración *no deseable* de raza inferior (que debe prohibirse en absoluto) [así como la de] individuos sin profesión, sectarios, religiosos y civiles, mutilados, etc. y particularmente los bolscheviquis rusos, que probablemente tendrán que dejar su país antes de mucho."¹⁰⁷

105 Leonardo Senkman, op.cit., p.87.

106 BMSA, pp. 98 - 99.

107 Idem, p.136.

En la misma dirección se inscribían los que entendían que el proceso de selección étnica debía tender a ubicar " ... al pueblo argentino del futuro entre los mejores de la raza blanca".¹⁰⁸ La mayor parte de las respuestas se encontraban, en cambio, lejos de estos extremos, lo que no les impedía expresar sus preferencias por los atributos de dos grupos europeos : los latinos o los nórdicos.

El criterio sobre la latinidad de la inmigración había sido expresamente recomendado por la *Conferencia sobre selección y control de la inmigración* realizada en Montevideo en 1919, en razón de las virtudes atribuidas a italianos, franceses y españoles para asimilarse con más rapidez al país que otros grupos "que viven su vida, propia de su idiosincracia particular".¹⁰⁹ Tal perspectiva estaba presente en gran parte de las respuestas, en las que se consideraba que la inmigración de los países latinos, debido "... a las afinidades de raza, de lengua, de costumbres con el pueblo argentino ..."¹¹⁰ no presentaría dificultades para su integración en una sociedad en la que la homogeneidad étnica era considerada un valor deseable. A estos argumentos, se agregaban los de tipo económico, relativos a la tradicional adaptación a las tareas rurales de italianos, franceses y españoles.

En gran parte de las respuestas se manifestaba, como criterio exclusivo o en combinación con los latinos, la preferencia por la inmigración del Norte de Europa, fuera anglosajona, germánica o escandinava. Muchos de los encuestados coincidían así con la opinión expresada por la Facultad de Ciencias Económicas :

" ... preferimos en este momento una buena corriente de población del Norte de Europa, para que influya con sus características individuales, de orden y trabajo, de voluntad y disciplina, en nuestros hábitos y costumbres demasiado latinos..."¹¹¹

Un consenso amplio al respecto no debe sorprender, si tenemos en cuenta que la esperanza en las virtudes civilizatorias de los noreuropeos ha sido una constante en el imaginario de los impulsores de la inmigración hacia la Argentina.

En veintiuna de las respuestas se observa que se consideran como "indeseables" a distintos grupos étnicos. En general, tal consideración se refería a las poblaciones de color, fueran estas negras o amarillas. El rechazo se fundaba en variados argumentos.

108 Ibid, p.46

109 Leonardo Senkman, op.cit., p.88

110 José Ceppi, BMSA, p.41.

111 Idem, p.181.

Por un lado se sostenía que este tipo de población, en particular la amarilla, se caracterizaba por una frugalidad que no tardaría en crear dificultades en el mundo del trabajo. Como sostenía el general Proto Ordoñez, los asiáticos constituían :

"... una formal promesa de complicaciones en el problema del trabajo por la baratura de su brazo, y siendo, debido a esto mismo, en cierto modo excluyentes, traerían como resultado, poco a poco, el desalojo del obrero e inmigrante blanco".¹¹²

En segundo término se los consideraba grupos refractarios a la civilización, y , cuando el ejemplo japonés obligaba a reconsiderar esta afirmación, se sostenía el tercer y principal argumento : los pueblos de color conspiraban contra la homogeneidad racial argentina. Aunque en algunos casos se toman como modelo las dificultades de integración de los grupos asiáticos residentes en Estados Unidos, sorprende la fuerte presencia del temor ante la inmigración amarilla si se tiene en cuenta que no existían, en el momento, iniciativas destinadas a lograr la radicación de grupos asiáticos en la Argentina.

Junto a negros y amarillos, y además de los que se oponían a que la Argentina incorporara a su población a las que definían genéricamente como "razas inferiores" o "razas exóticas", seis respuestas consideraran como indeseables a los grupos semíticos, englobando el concepto a judíos y árabes. También en este caso, las prevenciones étnicas y culturales - por las que se afirmaba una esencial incapacidad de ambos grupos para integrarse a la vida nacional - se mezclaban con las económicas, ya que se consideraba que se trataba de una población básicamente urbana y dedicada a tareas comerciales y de intermediación. Sostenía en este sentido el general Proto Ordoñez, miembro de la L.P.A., su oposición al ingreso al país de grupos "refractarios al orden y contrarios a todo principio de autoridad" entre los que incluía a " ... los judíos rusos, los gitanos, los egipcios, los de raza negra y amarilla"¹¹³, mientras el ingeniero Jorge Butza calificaba de inmigrantes indeseables a los "turcos - árabes, judíos, etc." en particular si no tenían una profesión.¹¹⁴

En el caso de los rusos, la prevención resultaba más ideológica que étnica, por lo que se los puede agrupar con la difundida opinión de los que se oponían al ingreso de revolucionarios de cualquier tenor al país. En efecto, si en cuatro casos se incluía a la

112 Ibid., p.85.

113 Idem, p.84.

114 Ibid., p. 141.

inmigración rusa entre los grupos indeseables, esto se debía a que se consideraba a los rusos intoxicados por el temible virus del bolchevismo. En tal sentido sostenía el conservador y dirigente de la U.P.C.A. Horacio Beccar Varela:

" la población de Rusia pasa por un período de extraño extravío. Allí ha sido tan violenta la sacudida para el cambio de régimen, que es innegable que el cerebro de los que fueron súbditos de Nicolás puede considerarse enfermo. Es algo como una locura colectiva de la que conviene precaverse. Excluyo a los agricultores y prefiero a los iletrados, porque el agricultor perdido en las campañas, es un peligro mucho menor, y el iletrado en Rusia, es un ser incontaminado y que fácilmente se adaptará a nuestro ambiente de libertad y orden."¹¹⁵

De tal manera, quedaba constituido un esquema en que las razas se clasificaban según una gradación basada en los aportes de distinto signo que se suponía podían entregar al país. Sobre este trasfondo, se levantaban unas pocas opiniones que apoyaban una política inmigratoria amplia y sin reservas, entre las que la más significativa era la de Emilio Frers, que se había desempeñado como Ministro de Agricultura en la segunda presidencia del general Julio Argentino Roca (1898 - 1904) y era en 1919 vocal del Museo Social.

Frers no sólo era un defensor del absoluto respeto a la cláusula constitucional que sostenía el derecho de todos los extranjeros que vinieran a dedicarse al trabajo a radicarse en Argentina, sino que sostenía además, en base a las ideas expuestas en 1905 por Jean Finot en *Le préjugé des races*, una radical oposición a los conceptos de disparidad o inferioridad de razas. Confiando en la unidad de la especie humana y en la perfectibilidad de todas sus variedades, Frers sostenía que los factores ambientales y educativos no sólo explicaban las diferencias entre los distintos grupos de hombres sino que eran capaces de elevar hasta las cumbres de la civilización a los grupos aparentemente más retrasados.

Consecuentemente, Frers sostenía en la ocasión con respecto a la migración hacia la Argentina que :

"Desde más de veinte años atrás vengo combatiendo el prejuicio de la raza latina que, a mi juicio, puede comprometer el porvenir de la República Argentina. He sostenido siempre que este país debe abandonar todo prejuicio de raza, para constituir un tipo nacional propio o cuando menos americano, mediante la desintegración de los viejos tipos europeos y la fusión de todas las tituladas razas (...) es menester reconocer que el criterio de razas no puede en ningún caso servir de base para establecer diferencias o exclusiones legales. Más justo fuera reconocer de plano que estas exclusiones y diferencias responden a consideraciones de un orden muy distinto ..."¹¹⁶

115 Ibid., p.37

116 Idem, p.25

Pero aún en el caso de un pensamiento tan liberal como el de Frers, dispuesto a recibir en Argentina sin límites a todo tipo de inmigración, aparece como condición "en salvaguardia de los intereses nacionales" que los grupos étnicos migrantes fueran capaces de mezclarse con el resto de la población, mediante "su asimilación y consiguiente nacionalización" :

"Pienso que esta es la única condición que la República Argentina puede y debe poner en cuanto tiene relación con la raza de los inmigrantes : De otra manera constituirían verdaderos *secuestros* en el organismo nacional y podrían llegar a poner en peligro su unidad, tal como los negros en los Estados Unidos"¹¹⁷

De este modo, aún entre los encuestados más liberales la idea de una homogeneidad étnica monolítica de la nación constituía uno de los objetivos principales a los que debe propender la inmigración en gran escala. En este sentido, los liberales de fines de la década de 1910 aparecen como fieles herederos de la tradición de las políticas migratorias del siglo anterior, para el cual la idea de *melting pot* no se refería sólo a la integración de las distintas culturas en una novedosa, sino también a un proceso de fusión de pusiera fin a las peculiaridades de los diversos grupos desde el punto de vista étnico.

En este contexto, las posturas contrarias a la inmigración judía alcanzaron cierto grado de difusión entre la élite, aunque este fenómeno no puede atribuirse de modo exclusivo a las motivaciones antisemitas que algunos de sus detentores pueden haber tenido. El caso de las prevenciones ante la inmigración judía es comparable al de otra inmigración considerada exótica a los ojos de la élite, la de los llamados "turcos". Bajo esta denominación se englobaba a los inmigrantes provenientes de distintos puntos del Imperio Otomano, pese a las diferencias étnicas o nacionales - árabes, turcos, armenios, kurdos - y religiosas - musulmanes sunitas, shiítas y alawitas ; católicos, melkitas, maronitas, ortodoxos, judíos - de los miembros de este contingente. La inmigración "turca" comenzó a llegar a la Argentina hacia 1860, convirtiéndose en una corriente migratoria importante a fines del siglo XIX, alcanzando su punto más alto en 1912, cuando ingresaron al país 19.972 inmigrantes de ese origen.¹¹⁸

117 Ibid, p. 27

118 Jorge Omar Bestene, "La inmigración sirio - libanesa en la Argentina. Una aproximación", en : *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 3, N° 9, agosto de 1988, pp. 243 - 248.

Cuando la presencia de los “turcos” se hizo notoria a fines del siglo XIX, momento en el que algunos grupos locales comenzaban a manifestar su alarma por el tipo de inmigrantes que arribaban a la Argentina. En este contexto se destacó el arribo de los inmigrantes provenientes del Mediterráneo Oriental, “cuya exótica apariencia y peculiar actividad parecían resumir todos los males de la época”¹¹⁹ Todos los diarios criticaron esta inmigración a la que consideraban perjudicial, estableciéndose una relación entre las actividades de comercio al menudeo a la que se dedicaban muchos de sus miembros con la mendicidad y el abuso de la caridad pública.¹²⁰

A lo largo de las primeras décadas del siglo XX se conformó un estereotipo del “turco” - presente en diversas manifestaciones literarias y teatrales del período - en el que se destacaban las dificultades de expresión y pronunciación del idioma español, las carencias culturales, la enorme dedicación al trabajo y una identificación exclusiva con la actividad comercial.¹²¹

Considerados de tal modo, no sorprende que en la encuesta de 1918 - 1919 se los haya catalogado en varios casos como una inmigración indeseable, que nada de positivo tenían para aportar a la Argentina, además de como un grupo exótico que conspiraba contra la homogeneidad étnica de la nación.¹²² Tal constatación permite considerar el caso del recelo ante la inmigración judía en un contexto más amplio, en el que no resultan las características étnicas, culturales y religiosas israelitas el factor exclusivo que explica tal rechazo, ya que este abarca a otros grupos considerados exóticos, inasimilables o sencillamente perjudiciales, capaces de conspirar contra la anhelada homogeneidad étnica de la nación.

Más allá de las diferencias de enfoque entre los encuestados, y de que privilegiaran en sus ópticas los criterios económicos o étnicos, una coincidencia casi absoluta atraviesa al conjunto de la encuesta, la referida a la conveniencia de aplicar una política de control que pusiera fin a la etapa de inmigración espontánea y libre hacia la

119 Lilia Ana Bertoni, “De Turquía a Buenos Aires. Una colectividad nueva a fines del siglo XIX” en : *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 9, N° 26, abril de 1994, p. 68.

120 Idem, pp. 68 - 70.

121 Jorge Omar Bestene, “Realidades y estereotipos. Los ‘turcos’ en el teatro argentino”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 9, N° 26, abril de 1994, p.162.

122 Sobre el carácter “indeseable” de la inmigración árabe, ver : Ignacio Klich, “Arabes, judíos y árabes judíos en la Argentina de la primera mitad del novecientos” en : *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, N° 6, 1995.

República Argentina. Las diferencias se ubicaban en el terreno de los instrumentos jurídicos más convenientes para la aplicación de políticas inmigratorias de tipo selectivo. En algunos casos se consideraba necesario adoptar el modelo estadounidense de selección, conjunto en el que se inscribían tanto los que consideraban que para ello habría que modificar la Ley de Inmigración cuanto los que entendían que con la legislación vigente al momento se podrían alcanzar estos objetivos, entre los que se contaba el futuro canciller Enrique Ruiz Guiñazu.¹²³

En la mayor parte de los casos se proponían modificaciones puntuales de la Ley, tendientes a su modernización y adaptación a las circunstancias de posguerra, mientras muchos de los que defendían la vigencia de los instrumentos legislativos sobre la cuestión sugerían que se aplicaran políticas migratorias selectivas a través de métodos administrativos. Sólo en un caso, el del futuro Director del Departamento Nacional de Inmigración, Isidoro Ruiz Moreno, se consideraba la posibilidad de tener que recurrir inclusive a la reforma de la Constitución Nacional para impedir la inmigración negra y asiática.¹²⁴

El recorrido realizado nos permite constatar que, ya en 1919, conservadores y liberales coincidían en otorgar una importancia central a la selección étnica de la inmigración y a la necesidad del acrisolamiento como condición para su aceptación. Desde 1919 se venía gestando, entonces, el consenso por el cual las élites argentinas de los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial aceptaran los criterios de profilaxis social basados en prevenciones étnicas y racistas en materia de inmigración y aceptación de refugiados¹²⁵. El modelo de selectividad de la inmigración - aunque no los fundamentos étnicos en que muchos de los que lo solicitaban se apoyaban - fue aplicado, aunque de manera muy moderada en el Reglamento de Inmigración de 1923 aprobado durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear. Primaban en la nueva

123 Jorge Omar Bestene, "Realidades y ...", p.51.

124 Idem., p.70

125 Cf. Leonardo Senkman, *Argentina, la Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables. 1933 - 1945*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991. Aunque, como es bien sabido, estos criterios conocieron a fines de la década de 1930 una enorme aceptación en gran parte de los países occidentales, su incorporación al pensamiento de las élites argentinas no es explicable, por lo tanto, sólo desde la perspectiva del clima internacional de ideas de aquella época. Tales concepciones estarían destinados a influir menos en la legislación sobre inmigración - ya que las leyes argentinas al respecto resultaban mucho más benévolas que las de otros países latinoamericanos, en particular Colombia, Perú y Guatemala, en las décadas de 1930 y 1940 - que en la actitud de los funcionarios encargados de realizar trámites migratorios en los que muchas veces el criterio étnico - racial se imponía para evitar el ingreso al país de determinados grupos de inmigrantes o de refugiados.

reglamentación los criterios económicos, ya que autorizaba exclusivamente el ingreso a extranjeros que fueran de "utilidad" para el país, anulando la condición de "simple viajero" y prohibiendo la entrada de enfermos, menores de quince años, mayores de sesenta y mujeres solas o acompañadas de niños. Simultáneamente, a través de circulares no reglamentarias, se recomendaba que se diera preferencia al ingreso de agricultores. En la práctica, tales circulares provocaron una serie de restricciones al ingreso de inmigrantes judíos de Polonia que huían de las persecuciones en ese país, debido a que no cumplían con los requisitos profesionales exigidos.¹²⁶

En este clima de ideas, no resulta sorprendente que la Liga Patriótica haya manifestado de manera reiterado su voluntad de seleccionar la inmigración, en general en función de restringir el ingreso de "agitadores" y, en contadas ocasiones, con el propósito - enunciado por Fernando Gowland, miembro de la Junta Central - de "mantener en nuestra patria una raza fuerte, viril, blanca y pura" a salvo de la "incorporación de razas y elementos exóticos" calificados de "repudiables".¹²⁷

Sin embargo, el más firme exponente en el período de una visión racista y en particular antisemita, Lucas Ayarragaray, no participaría de la Liga Patriótica. Este intelectual, que en *La anarquía argentina y el caudillismo*¹²⁸ presentaba a las dificultades del régimen político argentino como una fatalidad derivada del bastardo tipo étnico resultado de la mestización de indígenas y españoles, sin esperanzarse por ello en las virtudes raciales de los inmigrantes¹²⁹, desarrolló a lo largo de su vida una intensa participación política.

Nacido en Paraná en 1861, se graduó como médico en Buenos Aires con su tesis sobre *La imaginación y las pasiones como causas de enfermedades*, para desempeñarse luego en varios hospitales, entre ellos el Asilo Nacional de Alienados. En su carrera política fue Ministro de Gobierno de la Provincia de Entre Ríos, Secretario y vocal del Departamento Nacional de Higiene, Diputado Nacional en tres períodos, Interventor Federal en Jujuy, Ministro Plenipotenciario en Brasil y Embajador en Italia.¹³⁰

126 "Contra la Inmigración restringida" *Mundo Israelita*, año I, N° 31, 5 de enero de 1924, p.1

127 Fernando Gowland, "Reformas a la ley de inmigración", *VIII Congreso Nacionalista de la Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, 1927, pp. 84 - 86, citado en Luis María Caterina, op. cit., p.228.

128 Lucas Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo*; Buenos Aires, Félix Lajoaune, 1904.

129 Cf. Maristella Svampa, "La dialéctica entre lo nuevo y lo viejo: sobre los usos y nociones del caudillismo en la Argentina durante el siglo XIX" en: Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

130 Prólogo de Enrique de Gandía a: *Lucas Ayarragaray, Ideario*, Buenos Aires, Hachette, 1939.

Ayarragaray otorgaba, en el seno de una cosmovisión en la que la clave racial funcionaba como principio explicativo prácticamente único, un especial énfasis al problema de la locura, leída en términos de degeneración mental.¹³¹ De todas las causas que pueden provocar la degeneración, sostenía, la herencia era considerada la más importante, a tal punto que en su óptica “degenerados y hereditarios son dos términos solidarios y concordantes, que en definitiva se refieren a modalidades mentales, pero designan una entidad mórbida.”¹³²

Si el sustento de los problemas del país residía en una composición étnica entendida como inferior, aún peor resultaron, para Ayarragaray, los productos del mestizaje, ya que la política inmigratoria había abierto las puertas del país a: “todos los residuos de razas viejas y extenuadas, que unidos a su vez a la población indígena o mestiza, han ido formando condiciones étnicas verdaderamente deplorables”¹³³

Es por esta creencia que Ayarragaray sostenía la necesidad de cambiar la fórmula de Sáenz Peña de “América para la humanidad” por la muy restrictiva de “América para la humanidad blanca”, lo que suponía la puesta en práctica de una política migratoria severamente selectiva, ya que entendía que “Las razas que no son afines y que por consiguiente resultan incapaces de propulsar la evolución de la nuestra hacia un tipo blanco homogéneo, debieran excluirse como factores de atraso o decadencia.”¹³⁴

131 La preocupación por el carácter de la inmigración y su relación con la locura era marcada en el campo de la psiquiatría. El prestigioso psiquiatra Arturo Ameghino, que se encargó de realizar prolijos estudios estadísticos sobre la relación entre locura y nacionalidad, consideraba que el aumento en la cantidad de alienados en Argentina desde fines de la década de 1910 se debía al “...mal estado mental del contingente inmigratorio ingresado en el país durante y después de la guerra europea”. Arturo Ameghino, “Datos para la profilaxis mental en la República Argentina”, en: *Revista de criminología, psiquiatría y medicina legal. Organó del Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional*, Año X, 1923, y Arturo Ameghino y Juan Martín E. González, “Locura e inmigración” en: *Revista de criminología, psiquiatría y medicina legal*, Año XVIII, N°104, marzo – abril de 1931. Ameghino propondría en la década de 1930 la práctica de los métodos eugenésicos como forma de “protección a la raza”, impidiendo “la reproducción de seres débiles o perniciosos.” Arturo Ameghino, “La acción del Estado en el mejoramiento de la raza” en: *Revista de criminología, psiquiatría y medicina legal. Organó del instituto de Criminología*, Año XXII, N°127, enero - febrero de 1935. Ver al respecto: Daniel Lvovich, “¿Por qué enloquecen los inmigrantes? Locura e inmigración en el origen de la psiquiatría argentina” en: Enrique Mases (comp.), *Historia Social. 10 Años del GEHiSo*, General Roca (Río Negro), Publifadecs, 2000.

132 Lucas Ayarragaray, “La mestización de las razas en América y sus consecuencias degenerativas” en: *Revista de Filosofía*, Año II, vol.1, 1916, p.21

133 Idem, p.23

134 Lucas Ayarragaray, “La inmigración y el maximalismo”, conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Económicas el 11 de septiembre de 1920, en *Cuestiones y Problemas Argentinos Contemporáneos*, tercera edición definitiva corregida y notablemente aumentada, Buenos Aires, L.J.Rosso, 1937, p.60.

Aunque Ayarragaray reconocía que la mayoría de la inmigración española e italiana estaba constituida por hombres laboriosos y “tipos de razas superiores”; afirmaba que con ellos llegaron también los “innobles residuos de las viejas poblaciones europeas”: los viciosos de los grandes centros de población e industria, los vagos y alcoholistas, los sin trabajo, “con los estigmas individuales que imprimió sobre ellos el alcohol, la sífilis, la tuberculosis, la epilepsia y todas las modalidades que puede asumir la degeneración mental y física, como también las influencias del medio en el cual nacieron y se desarrollaron”¹³⁵

Sin embargo no sólo ellos serían estigmatizados como portadores de tendencias degenerativas, sino que la caracterización englobaría además a los elementos considerados superiores, por su tendencia diferencial a la enajenación y por los peligros que encerraba la posibilidad de una descendencia mestiza.

Si los resultados de la inmigración ya radicada en Argentina eran pintados con trazos tan patéticos, Ayarragaray temía aún más los peligros de la inmigración amarilla, aliviado ante el carácter sedentario de la población negra, que alejaba los supuestos males de su presencia en Argentina.

Respecto a la inmigración judía, ya presente en el país, la posición de Ayarragaray era absolutamente negativa. Ayarragaray se oponía en 1924 a la liberalidad con que la Argentina había abierto las puertas a la “inmigración semítica e israelita” por motivos económicos y raciales:

“No considero muy conveniente [la inmigración judía] desde el punto de vista económico, por sus hábitos y modalidades de tráfico o comercio y defectos estampados por persecuciones milenarias, que los alejó de la agricultura, de la industria y de la propiedad, y desde el punto de vista del factor de la nueva raza argentina, la considero un tanto vetusta y ensimismada para poder convertirse en un factor activo de gestación pobladora. Estos defectos, más que inherentes al israelita, fueron añadidos a esa raza por las condiciones históricas, poco holgadas, en que, durante miles de años se desarrolló en Europa.”¹³⁶

La explicación histórica de las características atribuidas a los judíos y la apenas esbozada confianza en la posibilidad de que el “ambiente liberal y desprevenido” de la Argentina podría modificar tales rasgos, desaparecería en los años siguientes. En 1928 sostenía Ayarragaray que mientras “el vínculo de sangre y la similitud psicológica propios de razas de orígenes comunes” tendía a la fusión de las mismas, las razas

135 Ibidem, pp.33 – 34.

136 Lucas Ayarragaray, “Política inmigratoria” (1924), en: *Cuestiones y Problemas Argentinos contemporáneos*, tercera edición definitiva corregida y notablemente aumentada, Buenos Aires, L.J.Rosso, 1937, pp. 237 - 238.

extrañas o antagónicas no lograrían jamás integrarse, “perturbando el irregular desenvolvimiento colectivo, como seguramente acontecerá con las masas israelitas, semitas, que empiezan a volcarse en nuestro suelo”.¹³⁷

Oponiéndose frontalmente a la política inmigratoria de puertas abiertas, Ayarragaray sostenía “como un dogma la desigualdad entre ciertas razas” y afirmaba preferir “una Argentina semidesierta, pero serena y feliz, a una hacinada de razas incongruentes y de acarreo, descontenta y sin equilibrio”.¹³⁸ Este intelectual encontraba todo tipo de males en la inmigración judía: la mentalidad argentina tiene “propensiones colectivas” que se contraponen a la judía, calificada como “particularista, inmovilizada, contumaz, rebelde, protestante eterna”; los israelitas eran criticados como inasimilables y dañosos para la integridad étnica, pero a la vez era censurada su incorporación a la vida política y cultural argentina; el socialismo, el marxismo y la revolución rusa eran definidos como judíos. Frente a tal amenaza, Ayarragaray sostenía la necesidad de limitar la inmigración israelita, sosteniendo que la política nacional al respecto debía “estribar en el racionalismo oportunista de preservación étnica”¹³⁹

Poco tiempo después agregaba un último estigma en su caracterización del judaísmo, referido a una supuesta predisposición diferencial israelita a la locura que formaba parte de un proceso más general de degeneración racial.

“Acabo de mencionar el influjo predisponente de raza que a primera vista pareciere remoto y débil. Recuerdo el papel que le asignaba en su clínica de la Pitié el Profesor Babinsky para el diagnóstico de las enfermedades mentales, a la israelita. Yo la considero a esa raza como vetusta, de sistema nervioso deprimido por los repudios y persecuciones seculares, habiendo estado constreñida a cruzamientos consanguíneos que contribuyeron a cargarla con mayores estigmas degenerativos que a otras razas que tuvieron existencia histórica más holgada.”¹⁴⁰

Resulta muy significativo que estas apreciaciones, lejos de haber sido formuladas en un ámbito marginal, formaban parte de una conferencia pronunciada en el centro mismo del campo institucional médico de la Argentina, la Academia de Medicina, el 17 de mayo de 1929, y se articulaban - como hemos visto en relación a las posiciones de Ramos Mejía - con una larga tradición.

137 Lucas Ayarragaray, “Inmigración judía en Argentina” (1928), en: *Cuestiones y Problemas Argentinos* ...p. 449.

138 Idem, pp. 454 - 455.

139 Ibídem, p.453.

140 Lucas Ayarragaray, “Filosofía médica del diagnóstico” (1929), en: *Cuestiones y ...*, op. cit., Vol. I, p. 467

Entre 1919 y 1927, en distintos ámbitos políticos, institucionales y culturales, se fueron desarrollando buena parte de los tópicos y prácticas que el nacionalismo adoptaría a fines del decenio.

En este sentido se inscriben el anticomunismo, el modelo organizativo y las prácticas de violencia política de la Liga Patriótica Argentina, que sentaron precedentes que serían retomados por las formaciones del nacionalismo en la década de 1930. Tanto en la Liga Patriótica como en las instituciones dependientes de la U.P.C.A. se observa en el período una aproximación entre sectores de las clases dominantes y de la Iglesia, que - resultado en buena medida de la identificación de un enemigo común - anticipa la reconciliación entre ambos sectores bajo el proyecto de “nación católica” que se comenzó a desplegar en la década de 1930.

En el seno de las instituciones eclesíásticas comienza en este período la formación sistemática de jóvenes intelectuales católicos antiliberales y se observan desde mediados de la década expresiones públicas hostiles al régimen liberal y tendientes a impulsar la “reconquista” cristiana de la sociedad. A lo largo de la etapa analizada en este capítulo, la dilatada tradición por la que se identificaba al judaísmo con una fuerza que, identificada con el mundo de las finanzas o con el socialismo y la revolución, complotaba contra el orden cristiano, se transfiguró en la creencia - difundida internacionalmente - acerca del carácter eminentemente israelita de la Revolución Rusa.

Paralelamente, si existía desde fines de la década de 1910 un consenso entre las élites conservadoras y liberales respecto a la necesidad de practicar una selección étnica de la inmigración, observamos en el decenio de 1920 la emergencia de un discurso antisemita de tipo racista, en particular en las concepciones pretendidamente científicas de Lucas Ayarragaray.

No resulta de menor importancia la emergencia de un discurso radicalmente antiliberal, cuyo principal vocero fue Leopoldo Lugones. Aunque muy minoritario al comenzar la década, la coyuntura de la segunda elección de Irigoyen a la presidencia de la República y el clima de ideas internacional crecientemente hostil al liberalismo posibilitaría la ampliación del campo receptivo a tales perspectivas. De tal manera, si bien a lo largo de la década de 1920 el consenso liberal estuvo aún lejos de desaparecer,

se puede afirmar con certeza que múltiples signos indicaban su progresivo cuestionamiento.

Como veremos en el próximo capítulo, el antiliberalismo, el corporativismo y el antisemitismo serían abiertamente incorporados al discurso de la derecha política al finalizar el decenio, a partir del surgimiento de los primeros grupos que levantaban de manera explícita las banderas nacionalistas y de la radicalización antiliberal del catolicismo que expresó la revista *Criterio*.

V

**EL NACIONALISMO DE ELITE Y SU CRUZADA
ANTILIBERAL: LA NUEVA REPUBLICA Y CRITERIO
(1927 - 1931)**

“Ambas instituciones, socialismo y finanza, son los instrumentos de la dominación israelita, cuyo poder aumenta día a día. Predicó en Rusia el pacifismo para obtener el poder de los zares, y desde ese momento no ha cesado la guerra roja, la guerra destructiva, la guerra de exterminio.”

Rodolfo Irazusta, *La Nueva República*, 8 de noviembre de 1930.

“El soviet es instrumento de predominio israelita ; el soviet no se ha creado solamente para Rusia, el soviet amenaza a la civilización cristiana, el soviet acecha la oportunidad de instalarse en nuestra tierra.”

Alberto Molas Terán, *Criterio*, 3 de diciembre de 1931

En este capítulo analizaremos la construcción de la imagen del enemigo durante el período de emergencia de los primeras organizaciones políticas autodefinidas como nacionalistas, y de consolidación de un movimiento católico radicalmente antiliberal. Asistimos en aquellos años a una marcada crisis de las convicciones liberales y democráticas, crisis que conduciría al primer Golpe de Estado de la Argentina del siglo XX, y a la formulación, durante el régimen encabezado por el general Uriburu, de propuestas para establecer un sistema político de tipo corporativo.

Aunque amplios y heterogéneos sectores impulsaron la llamada “Revolución de septiembre”, nos concentraremos en este capítulo en el análisis de las dos publicaciones periódicas que expresaban las principales tendencias del campo nacionalista en esta etapa: *La Nueva República* y *Criterio*. En ambos casos, las perspectivas antiliberales y antidemocráticas se hallaban atravesadas por creencias de tipo conspirativo en las que el antisemitismo conspirativo ocuparía un destacado rol, reactivando una tradición que en la década de 1930 sería llevada al paroxismo.

Tras el triunfo de Hipólito Irigoyen en las elecciones presidenciales de 1928, sectores muy diversos de la oposición comenzaron a percibir como única solución, para una situación a la que consideraban intolerable, el recurso a la fuerza. Sin embargo, el común objetivo de derrocar al gobierno radical, plasmado en el Golpe de Estado de 1930, no ocultaba las diferencias existentes entre los impulsores de la “Revolución de Septiembre”.

En efecto, la muy heterogénea coalición que se encolumnaba tras los propósitos golpistas abarcaba tanto al naciente movimiento nacionalista como a conservadores, socialistas independientes y radicales antipersonalistas que, partiendo de muy disímiles caracterizaciones del régimen de Irigoyen, esperaban que escenarios muy distintos se abrieran con su derrocamiento.¹ De manera muy esquemática, se puede afirmar que mientras el sector más radicalizado pretendía realizar una transformación del sistema político que eliminara o limitara los alcances del sufragio universal y el parlamentarismo, los tradicionales grupos conservadores sólo esperaban eliminar el

¹ Tras el Golpe de Estado, aún el minúsculo Partido Comunista Argentino llegó a manifestar su preferencia por el gobierno militar, debido a que - en una interpretación signada por la táctica de “clase contra clase” sustentada en aquel período por la Tercera Internacional - afirmaba que mientras el Uriburismo representaba una dictadura militar con algunos aspectos fascistas pero con una muy restringida base social, el Irigoyenismo constituía un movimiento que tenía en su seno todas las condiciones para convertirse en un movimiento fascista de masas. Cf. Daniel Lvovich y Marcelo

obstáculo que en su óptica representaba la tendencia irigoyenista para la instauración de una vida institucional acorde a las normas constitucionales. Tal división estaba también presente en la conducción militar del movimiento, expresada en las divergentes tendencias representadas por el general José F. Uriburu y el general Agustín P. Justo: mientras el primero promovió un proyecto institucional de tinte corporativista, el segundo, encuadrado ideológicamente en las filas del tradicional conservadurismo, no estaba dispuesto a reformar las bases del sistema político argentino.

Dos estilos radicalmente diferenciados de crítica al régimen y la figura de Irigoyen confluyeron en la coalición golpista. Para buena parte de la opinión conservadora, el defecto central del gobierno radical residía en su falta de apego a la letra constitucional y en los riesgos para la democracia que ello implicaba. En tal sentido, uno de los voceros más representativos de tal sector, el diario *La Nación*, sostendría repetidamente desde 1928 que la naturaleza de la relación entre el líder radical y las masas que lo apoyaban permitía pensar que en la figura de Irigoyen se manifestaban localmente las tendencias antidemocráticas ejemplificadas por los regímenes de Mussolini, Primo de Rivera, Leguía o Ibañez, por lo que no resulta sorprendente que - tras septiembre de 1930 - se convirtiera en uno de los más firmes defensores de la restauración democrática.²

Mientras una Liga Patriótica Argentina que lejos estaba de su poderío de años anteriores convocaba abiertamente al golpe, apelando a una retórica de defensa de la Constitución - frente a un gobierno al que se acusaba de violarla sistemáticamente, además de achacarle una completa ineficacia en sus funciones - que se combinaba de manera poco consistente con el llamado a realizar profundas modificaciones en el sistema político³, los sectores expresados por el periódico *La Frontera* habían experimentado una profunda transformación de sus perspectivas políticas. El periódico comenzó a reclamar desde 1928 un cambio en el régimen político, atacando a la democracia y la ley electoral, decepcionado por el carácter que habían adoptado sus consecuencias en Argentina, e influido por las diversas tendencias autoritarias europeas,

Fonticelli, "Clase contra clase: Política e historia en el Partido Comunista Argentino (1928 - 1935)" en: *Desmemoria. Revista de Historia*, año 6, N°23 - 24, julio - diciembre de 1999.

2 Cf. Ricardo Sidicaro, "El diario *La Nación* ante la democracia y su primer ciclo de crisis" en: Julio César Melón Pirro y Elisa Pastoriza (eds.), *Los caminos de la democracia. Alternativas y prácticas políticas, 1900 - 1943*, Buenos Aires, Biblos/ Universidad Nacional de Mar del Plata, 1996, p.32.

3 Sandra McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina, 1900 - 1932. The Argentine Patriotic League*, Lincoln & London, University of Nebraska Press, 1986, pp.187 y ss. y Luis María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20*, Buenos Aires, Corregidor, 1995, cap. VIII

en particular por la maurrasiana. Sin embargo, en los ataques de *La Fronda* contra el parlamento y los “profesionales de la política” los execrados eran asimilados exclusivamente al radicalismo, sin que se aludiera en tal crítica a la clase dirigente tradicional, cuyo dominio se pretendía restaurar. En tal sentido, a diferencia de las pretensiones revolucionarias de la extrema derecha europea, “*La Fronda* encarnaba una típica reacción conservadora frente al surgimiento de nuevos actores políticos, vistos como usurpadores de las funciones naturales de una élite que se consideraba a sí misma particularmente dotada para el ejercicio del poder.”⁴

Por su parte, la continua prédica antiliberal de Leopoldo Lugones ganó en los años previos al Golpe de Estado una nueva y ampliada difusión. Una serie de artículos de su autoría publicados en *La Nación* entre 1927 y 1930 fueron compilados en un volumen titulado *La Patria Fuerte*, editado por el Círculo Militar en vísperas de septiembre y distribuido de manera gratuita entre sus socios.⁵ Si en este libro Lugones señalaba el carácter anglosajón de la democracia, que adoptada por las naciones latinas se convertiría “irremediabilmente en colectivismo”⁶, en la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas desarrollada en julio de 1930 directamente arengó a los oficiales a asumir la dirección de la Nación.⁷ Un mes antes del Golpe de Estado, Lugones publicó *La Grande Argentina*, obra en la que, junto a los recurrentes tópicos lugoninanos, se desplegaba un “programa de gobierno destinado a quienes se hicieran cargo del poder”⁸ tras el derrocamiento del presidente constitucional. Frente al tradicional modelo agroexportador, Lugones propone en esta obra la puesta en práctica de una política de proteccionismo aduanero que permitiera el inicio de un proceso de industrialización, al que entendía como un verdadero “movimiento liberador” de la situación de subordinación del país respecto a los países exportadores de manufacturas.⁹ Si la preocupación por el desarrollo industrial y las propuestas proteccionistas de Lugones resultaban excepcionales en el conjunto del pensamiento nacionalista del período, no ocurría lo mismo en relación a otros aspectos expuestos en esta obra, como la demanda de restringir el ingreso de inmigrantes y la propuesta de suprimir el sufragio universal,

4 María Inés Tato, “La prensa conservadora ante el desenvolvimiento político de la ‘República Verdadera’: El caso de *La Mañana - La Fronda*, 1911 - 1931”, ponencia presentada a las VII jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Universidad Nacional del Comahue, 1999. P.7.

5 Fernando Devoto y María Inés Barbero, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL, 1983, p.45.

6 Leopoldo Lugones, *La Patria Fuerte*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1930, p.93.

7 Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo.. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927 - 1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p.65.

8 Fernando Devoto y María Inés Barbero, op. cit., p.46.

9 Leopoldo Lugones, *La Grande Argentina*, Buenos Aires, Babel, 1930, p. 114.

el sistema parlamentario y los partidos políticos, instaurando en su lugar un régimen corporativo.

Sobre la base de tan variados apoyos se llevó a cabo el Golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, a cuya concreción contribuyeron los negativos efectos sobre la economía argentina de la crisis de 1929, las dificultades de un ya anciano Irigoyen para desempeñar las funciones de gobierno, y el retroceso electoral del radicalismo en los comicios parlamentarios del mes de marzo.¹⁰

Reseñaremos de modo esquemático la coyuntura abierta en septiembre, a los fines de brindar un marco para la comprensión de la evolución de las posiciones de los grupos en que concentraremos nuestra atención.

El gobierno de Uriburu, régimen de una completa restauración conservadora, movido por un espíritu que ha sido justamente calificado como de “revancha social”,¹¹ emprendió desde sus primeros días una política severamente represiva hacia el movimiento obrero, el anarquismo y el comunismo, mientras los dirigentes radicales y funcionarios del gobierno irigoyenistas fueron igualmente perseguidos.

Tanto Uriburu cuanto el Gobernador provisional de Córdoba, Carlos Ibarguren, manifestaron en los últimos meses de 1930 su voluntad de transformar el sistema político argentino, modificando la Constitución Nacional para introducir en ella elementos de tipo corporativo. Sin embargo, tales propuestas no contaron con la adhesión de los partidos que habían impulsado el derrocamiento de Irigoyen y resultaron minoritarias aún en el seno de las Fuerzas Armadas.¹² El sector de Uriburu, manifiestamente aislado, no pudo impedir la convocatoria a elecciones en la Provincia de Buenos Aires que, desarrolladas en abril de 1931, dieron como inesperado resultado la victoria del radicalismo. Si tal circunstancia determinó el aislamiento político y militar de Uriburu, y multiplicó las demandas en pos de una salida electoral que allanara el camino al poder de la derecha conservadora, la respuesta gubernamental consistió en intentar presionar sobre sus adversarios a través de la actividad de la Legión Cívica, grupo militarizado reconocido oficialmente en mayo de 1931.¹³ Controlada por el Ejército y concebida como un instrumento destinado a “cooperar con el gobierno de

10 Fernando Devoto y María Ines Barbero, op. cit., pp. 143 y ss.

11 Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, t.I, p. 224.

12 Idem, pp. 233 y ss.

facto en el mantenimiento del orden revolucionario”¹⁴ y luchar contra “la amenaza interna” la actividad de la Legión Cívica contribuyó a aumentar la hostilidad de la élite tradicional frente al proyecto uriburista. De tal modo, el presidente de facto debió aceptar la salida electoral que culminaría en las elecciones del 8 de noviembre de 1931. En ellas, la Concordancia - nucleamiento político que había logrado unificar las hasta entonces dispersas fuerzas conservadoras, apoyadas por socialistas independientes y antipersonalistas - se impuso sobre la Alianza Civil conformada por socialistas y demócratas progresistas, encumbrando en la presidencia de la República al general Agustín P. Justo.

Detengámonos, tras esta breve exposición del marco de la historia política en que se desarrollaron, en las características y trayectoria de las dos publicaciones en que concentramos nuestro análisis.

La imagen del enemigo y sus transformaciones en *La Nueva República* (1927 – 1931)¹⁵

En el año 1932 los confiscatorios impuestos a la propiedad ahogaban a los pocos hacendados que no habían abandonado sus tierras, ya que la mayoría de las propiedades territoriales habían sido ocupadas por los campesinos, alzados al grito de *Tierra y Libertad*. Las actividades económicas rurales habían caído en la ruina, y aunque todavía se sembraba, los agricultores ocultaban o destruían sus cosechas para evitar la confiscación. En las ciudades nadie quería trabajar y el empleo público, que ocupaba a 800.000 personas, era la ocupación predilecta. Sólo el comercio se mantenía en pie, en especial el que estaba en manos de los israelitas.

El Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Dr. Leopoldo Bard, había atraído en dos años a medio millón de inmigrantes “circuncisos” provenientes de Palestina, Polonia y el sur de Rusia; y era tal la influencia y prestigio que tenía la colonia judía en el gobierno “que se había pensado en agregar a los símbolos nacionales la estrella de cinco puntas (sic) que figuraría en la bandera junto al sol”. La creciente inflación

13 Carlos A. Mayo y Fernando García Molina, *Archivo del general Uriburu: autoritarismo y ejército*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1986, t.1, p.31.

14 Idem

15 Esta sección reproduce en parte el contenido del artículo “La imagen del enemigo y sus transformaciones en *La Nueva República* (1928 – 1931)”, publicado en: *Entre pasados. Revista de Historia* N°17, fines de 1999.

provocaba, entretanto, que los billetes se depreciaran continuamente, mientras la masa del circulante se incrementaba sin pausa.

Las principales ciudades del país estaban semidestruidas por los saqueos de 1928, llevados a cabo por el populacho enfurecido, y aún cuatro años más tarde los radicales y los socialistas se disputaban el honor de haber saqueado a Buenos Aires, destruyendo sus edificios públicos, Iglesias y medios de transporte.

El panorama político se había modificado drásticamente en relación a 1928. La UCR había dado lugar a dos fracciones; el sector de Bard y Molinari, junto al Cantonismo y el Lencinismo, fundaron el Radi – Comunismo, para oponerse al melismo, “cuyo jefe había ingresado el año anterior, como se sabe, a la 3° Internacional”, mientras el conjunto de las fuerzas de izquierda dominaba el Senado. Tras la ocupación norteamericana de la Aduana de Buenos Aires y del Territorio del Neuquén por parte del ejército chileno, Hipólito Irigoyen, desplazado del poder, se distraía de su melancolía leyendo *El Capital* y una *Apología de Lenin* escrita por Enrique Larreta.

La esfera educativa no permanecía ajena a tan radicales cambios: El ministro de instrucción impuso como textos de lectura obligatoria en todas las escuelas a *El Hombre* de Oyhanarte y *El sofista* de Molinari, suprimió la ortografía y la sintaxis y declaró válidos los títulos otorgados por las bibliotecas Hipólito Irigoyen de la Capital; eliminó los exámenes e invirtió el orden de la enseñanza, que comenzaba entonces por la Universidad para terminar en los niveles originalmente iniciales.

Pocos documentos del pensamiento de los redactores de *La Nueva República* presentan con tanta claridad sus temores y prevenciones como el ejercicio de historia ficcional escrito por Juan E. Carulla en 1928¹⁶ - uno de los varios de tono similar que el autor publicó en este periódico - del que extrajimos las líneas precedentes. Se trata, en su imaginación, de un capítulo de la historia escrita en el año 1940 por orden del interventor norteamericano, en el que la catástrofe que los neorrepublicanos preveían en ciernes había alcanzado su completa consumación.

Si bien el registro ficcional y el tono paródico que adopta este artículo podrían provocar objeciones a su uso como testimonio del pensamiento político neorrepublicano, se debe considerar, sin embargo, que son justamente estas

16 Juan E. Carulla, “Capítulo de historia. El año 1932”, *La Nueva República* (en adelante *LNR*), año I, N°20, 26 de mayo de 1928, p.1

características las que le permiten presentar sin ambages sus preocupaciones y pesadillas, liberadas de las trabas que la intervención política tradicional exige a la argumentación.

El objetivo de esta sección es analizar el lugar que estas distintas imágenes del enemigo ocuparon en *La Nueva República*, ponderando su importancia relativa y considerando las transformaciones y desplazamientos que – pese a los escasos tres años en que apareció, de manera discontinua, el periódico – tuvieron lugar. La relevancia de este análisis reside en que muchas de tales imágenes estarían destinadas a perdurar, trascendiendo los estrechos límites de un periódico de escasa circulación, primero en los movimientos nacionalistas de la década de 1930 y más tarde en el seno de contingentes sociales mucho más amplios.

La Nueva República, el principal vocero nacionalista del período, se comenzó a publicar a fines de 1927. Inicialmente concebido como un periódico que expresara a la generación nacida entre los años 1890 y 1900, el grupo original era numeroso, aunque “.. los propósitos de unos y otros dispares. Había entre los interlocutores, católicos tradicionales o conversos recientes, maurrasianos, conservadores, antipersonalistas e irigoyenistas, nacionalistas de actuación flamante y empíricos puros”, amplitud que excluía, sin embargo, a los socialistas¹⁷. El proyecto inicial será pronto abandonado, para dar paso a la constitución de un órgano político y doctrinario de oposición al gobierno, lo que motivará que abandonen las conversaciones los irigoyenistas Carmelo Pelegrini y Mario Jurado, y el maurrasiano ortodoxo Alfonso de Laferrère, que no quería asociar “el destino de la patria al nombre de la república”¹⁸. El equipo de la nueva publicación quedó compuesto entonces por Rodolfo Irazusta como Director; Ernesto Palacio – que firmaba en ocasiones como Héctor Castillo - como Jefe de redacción, Juan Carulla, Julio Irazusta y Mario Lassaga, que empleaba el seudónimo de Mario Garay, como redactores permanentes y César Pico y Tomás Casares como colaboradores especiales, que participarán sólo en los primeros números de la publicación. Posteriormente se incorporaría al núcleo principal de la publicación el poeta Lisardo Zía, que en ocasiones firmaba como Eduardo Muñiz o como Taurus.

17 Julio Irazusta, *Memorias (historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975, p.176.

18 Idem, p.181.

Los hermanos Irazusta, que provenían de una acomodada familia entrerriana, habían tenido cierta participación en el radicalismo, acompañando a su padre, dirigente del radicalismo antipersonalista en su provincia. Ambos se vieron influidos durante su estancia en Europa por las corrientes antiliberales por entonces en boga. En el caso de Rodolfo, la principal influencia fue la de Charles Maurras; en el de Julio, la del creador de la Acción Francesa no fue tan relevante como las de Benedetto Croce, el filósofo espiritualista y conservador Jorge Santayana y Edmund Burke.¹⁹

Ernesto Palacio pertenecía a una destacada familia porteña. Anarquista en su juventud, se vinculó a las vanguardias literarias y en 1924 se encontró entre los fundadores de la revista *Martín Fierro*, por lo que Julio Irazusta consideraba que provenía “de una extrema izquierda más literaria que política”. Bajo la influencia de Cesar Pico se convertirá en un católico militante, dedicado a los problemas de la teoría y la acción política en base a una muy sólida formación clásica. Juan E. Carulla era un médico entrerriano, que en su juventud había sido anarquista y colaborado en *La Protesta*. Durante la Primera Guerra Mundial se enroló como médico en el ejército francés, siendo en Francia influenciado por *L’Action Française*. Su trayectoria se asemeja así al tradicional tránsito europeo, mediado por la *Fronterlebnis*, desde la izquierda al nacionalismo.

Cesar Pico, médico bacteriólogo de formación, ejerció una notable influencia entre las jóvenes generaciones nacionalistas, sobre todo a través de los Cursos de Cultura Católica. Tomista y católico intolerante, llamado el “vice – Papa” por sus amigos, estuvo influido por el primer Maritain, Berdiaeff y Belloc, y tras la condena papal a la *Action Française*, pasó de la admiración al desprecio por la obra de Maurras. Tomás Casares, filósofo y jurista, intransigentemente tradicionalista y antimoderno, se vinculó desde muy joven a los grupos católicos. Fue uno de los exponentes del nacionalismo católico que más participación tuvo en las instituciones del Estado.²⁰

Los distintos puntos de partida de los colaboradores de *La Nueva República* no impedían que los uniera su común oposición a la democracia liberal y al régimen irigoyenista, mientras el “criterio de base, católico, aristotélico, hispánico ...” los acompañaría durante toda su vida²¹.

19 María Inés Barbero y Fernando Devoto, op.cit., pp.69 y ss.

20 Para los datos biográficos de los miembros de *La Nueva República*, cf.: Julio Irazusta, *El pensamiento político nacionalista*, Buenos Aires, Obligado Editora, 1975 (en adelante PPN) y María Inés Barbero y Fernando Devoto, op. cit.

21 PPN, t. I, p.15.

El universo de lectores de *La Nueva República* no era numéricamente demasiado amplio, aunque desde el punto de vista de su influencia entre sectores de la elite no carecía de importancia. Desde una perspectiva doctrinaria Ernesto Palacio señalaba que “*La Nueva República* representa en el país una minoría. No debemos, ni podemos, ni queremos ser sino una minoría ...”²², mientras Carulla detallaba que “Se nos leía en los medios cultos, tanto de la Capital como del Interior; se nos leía entre la juventud universitaria, en el ejército y en las filas católicas”²³. Como es sabido, el general Uriburu se encontraba entre los más importantes suscriptores de la publicación.

Al cumplirse el primer aniversario de la publicación Julio Irazusta precisaba, posiblemente exagerando, que: “El número de suscriptores aumenta, paulatinamente y creemos poder completar el millar antes de fin de año”²⁴, con una influencia que se ampliaba debido a que los artículos eran transcriptos frecuentemente en diarios del interior y repercutían en la gran prensa metropolitana. Por otro lado se debe señalar que los redactores de *La Nueva República* colaboraban frecuentemente con otras publicaciones, en un abanico que abarcaba desde *Criterio*, *Baluartes* y *La Frontera* hasta *La Nación*. Sin embargo, la intención manifiesta en varios números de 1930 de alcanzar la cifra de diez mil suscriptores y la esperanza de que la aparición diaria los ponga en contacto con “...un público más vasto, de lectores nuevos e indiferentes, que pronto se convertirán en viejos amigos...”²⁵ se verán frustradas, ya que la publicación nunca alcanzará una difusión masiva.

Las posiciones ideológicas de los redactores de *La Nueva República* se inspiraban en dos fuentes básicas, que resultaban en ciertos aspectos contradictorias: el tradicionalismo católico de raíz tomista y la doctrina maurrasiana, que alimentaban una postura antiliberal y antidemocrática. Aunque es cierto que, como afirma Zuleta Alvarez, la influencia de Maurras sobre los neorrepublicanos fue indirecta y parcial y no alcanzó a todos los redactores ni a todos los aspectos desarrollados en el periódico²⁶, su importancia fue sin duda fundamental, y mucho mayor de lo que el autor de *El Nacionalismo Argentino* ha señalado. En las páginas del periódico se reproducían, igualmente, capítulos o párrafos de un arco relativamente amplio del universo de referencia del pensamiento conservador: desde clásicos de la antigüedad greco latina,

22 Ernesto Palacio, “Escándalo”, *LNR*, 28 de junio de 1930, p.1.

23 Juan E. Carulla, op. cit., p.175.

24 Julio Irazusta, “Nuestro Aniversario”, *LNR*, 1º de diciembre de 1928, p.1

25 Julio Irazusta, “Sobre el capital extranjero”, *LNR*, 22 de octubre de 1931, p.1.

26 Enrique Zuleta Alvarez, *El Nacionalismo Argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, t.I, p.214.

como Platón, Aristóteles o Cicerón, hasta autores argentinos, como Groussac, Lugones y R. Rivarola; incluyendo además, entre otros, a Burke, de Maistre, Spengler, Papini, Chesterton, Berdiaev, Mussolini y de Maetzu.

Desde un punto de vista editorial, la publicación de *La Nueva República* se divide en tres períodos. Entre diciembre de 1927 y marzo de 1929 aparece quincenalmente, bajo la dirección de Rodolfo Irazusta; reaparece como semanario con Ernesto Palacio como director, entre el 18 de junio de 1930 y el 7 de marzo de 1931; para iniciar luego una breve etapa como diario, desarrollada entre el 5 de octubre y el 10 de noviembre de 1931, dirigido conjuntamente por Palacio y Rodolfo Irazusta, con el subtítulo de “Epoca de la reorganización nacional”.

Sin embargo, desde el punto de vista de la transformación de las ideas de los redactores de la publicación, consideramos que el clivaje más importante está representado por el golpe de 1930, y la posterior desilusión de los neorrepublicanos con el rumbo adoptado por la revolución, que implicará notables desplazamientos en algunas de sus perspectivas fundamentales. Por lo tanto, la periodización que proponemos en este trabajo toma como punto de inflexión a los sucesos de septiembre de 1930, proponiendo una interpretación de la ideología neorrepublicana que privilegia como clave de lectura a los conceptos de decadencia y complot.

La perspectiva decadentista de los neorrepublicanos, derivada en gran medida de los esquemas interpretativos de Maurras y la derecha francesa, posibilitará la lectura de la democracia - entendida más como fenómeno ideológico que como una manera de distribución del poder político en la sociedad²⁷. - como jalón casi terminal, superado en este aspecto sólo por el bolchevismo, de un proceso de declinación de la sociedad. Las páginas de *La Nueva República* dan testimonio de los comienzos de un trabajoso proceso de búsqueda de un foco de positividad histórico - que resultó sin embargo, siguiendo la consigna maurrasiana de *la politique d'abord*, una preocupación secundaria - a partir del cual entender el desarrollo como corrupción.

La decadencia no era entendida como un proceso naturalmente desarrollado, sino como resultado de oscuras conjuras cuyos responsables creían poder identificar. En este sentido, consideramos que la idea de complot organiza desde el comienzo la cosmovisión nacionalista, que identificaba en ocasiones a los conjurados en individuos que, como Irigoyen, escondían tras sus prácticas unas intenciones siempre ocultas, y en

27 Cf. Tulio Halperín Donghi, “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, en: *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 107 – 111.

otras a fuerzas más amplias, que desde las sombras intentaban dominar el mundo, como el “judaísmo internacional”, la masonería o el protestantismo.

Para el caso de los neorrepublicanos, esta perspectiva se expresaba no sólo en su recepción de la doctrina maurrasiana de los cuatro estados conjurados, sino también en una retórica en la que la explicación causal de gran parte de los fenómenos políticos y sociales considerados remitían, en última instancia, a la acción de fuerzas ocultas.

La primera etapa de *La Nueva República* (1927 – 1930)

En el primer número de *La Nueva República*, los hermanos Irazusta publicaron un artículo de contenido programático²⁸, en el que señalaban que la sociedad argentina estaba atravesando una profunda crisis, cuya causa encontraban en la desorientación intelectual que había impedido la formulación de una doctrina capaz de reemplazar al positivismo de Alberdi y su generación; y en la demagogia imperante desde la sanción de la Ley Sáenz Peña, cuyas consecuencias eran el saqueo del Estado y el desaliento al trabajo productivo. Con ello, las instituciones de la República comenzaban a ceder ante los elementos de descomposición, que habían llegado a poner en riesgo la vigencia misma de la Constitución de 1853.

Ante un panorama descrito con trazos tan patéticos, *La Nueva República* asume el rol de vocero de una reacción patriótica. En este sentido, el componente católico tradicionalista es evidente, ya que afirman que: “Lo primero haremos una campaña de dignificación social, de depuración de todos los elementos contrarios a la unidad espiritual. Que esta no se consigue y preserva sino gracias a la religión es la enseñanza que nos proporciona la historia de los más diversos países que han merecido el título de grandes.(...) Nosotros trataremos de inculcar a la juventud, sobre todo universitaria, el respeto por la Iglesia y en problemas como el de la libertad de enseñanza y divorcio, para los cuales ella tiene solución conocida, estaremos con ella.”. Se proponen igualmente defender la solidez de la familia argentina, amenazada tanto por la posibilidad de una ley de divorcio cuanto por el excesivamente igualitario régimen de la herencia.

En el terreno político, defienden la diferenciación clara de las instituciones del Estado y, con espíritu maurrasiano, el fortalecimiento del régimen presidencial,

28 Julio y Rodolfo Irazusta, “Nuestro Programa”, *LNR*, 1° de diciembre de 1927, p.1

“tendencia que está en el orden natural de las cosas de acá”, y de las autonomías municipales y la existencia de fueros provinciales y municipales. En el aspecto económico, señalan que “Las industrias madres soportan el enorme tributo del capital extranjero que rige las transacciones por medio de los frigoríficos y de las grandes firmas de acopiadores de grano.”, criticando la ineptitud del Estado para proteger la producción y el desproporcionado crecimiento de la población urbana, que se contrapone al debilitamiento de la población rural y a la falta de estímulo al trabajo productivo.

La postura de los neorrepublicanos resulta entonces republicana pero no democrática, combinando la defensa de la Constitución con la crítica a la Ley Sáenz Peña, a la que responsabilizaban de los males políticos del país. En este sentido el grupo se presenta como una continuidad de la tradición política republicana argentina, por lo que no era poco frecuente que recurrieran a la figura de Alberdi para filiar su ideología. Rodolfo Irazusta presentó, en reiteradas ocasiones, a los conceptos de República y Democracia de manera contrapuesta, en base a un conjunto diferenciado de argumentos. Desde el punto de vista constitucional, afirmaba que “En los ciento y tanto artículos de la constitución del 53, ni una sola vez se habla de la democracia”, y que “De las tres palabras que definen la forma de gobierno, ninguna de ellas es inseparable del concepto de Democracia y dos son francamente hostiles”.²⁹ Según este razonamiento, mientras la República implica el interés por la cosa pública y la primacía del derecho público sobre el privado, la Democracia sostiene la primacía del interés y el derecho privado. El concepto de Representación implica en esta óptica sencillamente la delegación de poder, que existe en realidad en cualquier régimen político. En el caso democrático, “La elección no puede dar una representación fiel, si no se opera entre hombres de la misma condición social o profesional (...) Cuanto a que los diputados representan el interés general, es un contrasentido, porque ese sólo puede representarlo el Estado en su unidad. Podría pues la representación involucrar la democracia, pero la realidad de la democracia destruye toda representación con el sufragio universal”.³⁰ En cuanto al federalismo, Irazusta sostiene su incompatibilidad con la democracia, ya que cuando el Estado procede del sufragio universal no respeta ninguna limitación tradicional. Siendo

29 Rodolfo Irazusta, “La Política”, *LNR*, 28 de abril de 1928, p.1

30 Idem.

el federalismo tradicionalista por naturaleza, constituye una valla para el poder político, por lo que “ ... o hay federalismo o hay democracia; los dos juntos no pueden vivir.”³¹

Desde el punto de vista histórico, sostenía Rodolfo Irazusta que la Argentina nunca fue una república democrática, debido a que ni en el período colonial ni el que transcurrió entre la Independencia y la Organización Nacional existen rastros de una política democrática, a no ser en los Cabildos, que expresaban los intereses comunales, donde la democracia tiene su campo de acción indicado.³² Aunque resulta innegable que los hombres de mayo y los constituyentes de 1853 recurrieron a la doctrina democrática, afirma, lo hicieron como medio y no como fin. Si la democracia no está inscrita en la tradición nacional, si lo está la “ ...del gobierno personal, hasta el punto que se puede decir que el país, tal como es hoy y lo amamos, es una creación del poder personal: primero del Rey de España (...) y luego de Moreno, Rivadavia, Rosas, Urquiza y la serie de los varios grandes presidentes elegidos según la constitución del 53”³³

Desde una perspectiva doctrinaria, Rodolfo Irazusta afirmaba que la República, en sentido lato, es la realidad misma del gobierno, el gobierno existente en todo país bien organizado, “ ... donde éste sea regido por aquél como el cuerpo por el alma”.³⁴ Este es el sentido en que podían hablar de República los clásicos españoles y franceses que vivieron bajo regímenes monárquicos. El sistema republicano implica, igualmente, “ ...la admisión, en el ejercicio del gobierno y en su formación, de un principio más espiritual que el mayoritario, la capacidad y la representación de la capacidad, y en el organismo social, de las diferencias establecidas por la naturaleza; el respeto por las superioridades de la posición, de la cultura, de la edad ...”³⁵. En contraste, la democracia no es en esta óptica más que utopía y abstracción, y su teoría un movimiento de oposición hecha por hombres que sufrían de los inconvenientes inevitables en toda formación social y “que se vengaban teorizando sus rencores. Ostenta la unilateralidad y el espíritu sectario de un programa de partido”.³⁶ Sostenía asimismo que los principios de igualdad y libertad sin restricciones que son el fundamento de la democracia hacen imposible toda organización abriendo las posibilidades para que el culto de la incompetencia se haga general, ya que, arrasadas las jerarquías, todos creen ser aptos para todas las actividades. En el aspecto económico sostenía que la democracia es el

31 Ibidem

32 Rodolfo Irazusta, *LNR*, 1º de diciembre de 1927, p.2.

33 Idem

34 Rodolfo Irazusta, “República y Democracia”, *LNR*, 15 de marzo de 1928, p.1.

35 Idem

régimen del consumo: la igualdad teórica hace que nadie acepte de buen grado los duros oficios de la producción, que quedan para los que no alcanzan una participación en el presupuesto del Estado. Para los redactores de *La Nueva República*, la expansión ilimitada del empleo público era inseparable de la democracia, ya que apreciaban que era este el factor que permitía el desarrollo de prácticas clientelares que garantizaban el éxito de las maquinarias políticas.

La postura antidemocrática y antiliberal fue también teorizada por Ernesto Palacio en términos de decadencia intelectual. En su óptica, “Los sofismas del romanticismo y la revolución francesa, que emponzoñaron toda la actividad pensante de varias generaciones argentinas y obstaculizaron nuestro crecimiento político, siguen siendo en el ambiente nacional la ideología dominante.”³⁷. Consecuencias de esta hegemonía intelectual resultan, en el orden científico y artístico, la apoteosis de la improvisación y la incultura; y en el plano político, “una torpe demagogia que amenaza arrasar hasta con los más firmes pilares del monumento levantado por la cordura de nuestros constituyentes”. Ambos fenómenos son unificados por Palacio bajo el signo de la barbarie: Mientras en el plano especulativo el romanticismo significa el desconocimiento de las jerarquías espirituales y la defeción de la inteligencia ante el sentimiento y la experiencia sensible, en lo político representa el desconocimiento de las jerarquías naturales. “Su expresión categóricas es el dogma de la soberanía del pueblo, fuente de casi todos los errores doctrinarios que hacen del siglo pasado uno de los más funestos en la historia del pensamiento universal”.³⁸ En la Argentina, el predominio del pensamiento romántico ha provocado la “Negación de la jerarquía sobrenatural de la Iglesia de Cristo; negación de la jerarquía natural del Estado: predominio del arbitrio individual y de la sensibilidad revolucionaria.”. En tales características han desarrollado un rol central la escuela laica, la crítica de los partidos avanzados, la propaganda de la prensa popular y las prácticas demagógicas.

Desde esta temprana intervención aparece en Palacio la idea de complot, por lo que, frente a lo que entendía como una “... vasta conspiración de fuerzas enemigas ...”, señala la necesidad de iniciar la contrarrevolución, en un doble aspecto: Uno intelectual, “que consistirá en la destrucción paulatina de los sofismas democráticos y liberales con que se envenena a nuestra juventud desde la cátedra, el periódico y el

36 Ibidem

37 Ernesto Palacio, “Organicemos la contrarrevolución”, *LNR*, 1º de diciembre de 1927, p.2

38 Idem

libro” y otro político. “...la lucha sin cuartel contra los adversarios de la nacionalidad y el orden, contra la coalición de la canalla revolucionaria cada vez más insolente y envalentonada”³⁹.

La definición de nacionalismo que el mismo Ernesto Palacio propone participa de esta concepción antiliberal y antidemocrática, ya que en su óptica, “El nacionalismo persigue el bien de la nación, de la colectividad humana organizada; considera que existe una subordinación necesaria de los intereses individuales al interés de dicha colectividad y de los derechos individuales a los derechos del estado. Esto basta para diferenciarlo de las doctrinas del panteísmo político, las cuales se caracterizan por el olvido de ese fin esencial de todo gobierno – el bien común – para sustituirlo por principios abstractos: soberanía del pueblo, libertad, igualdad, redención del proletariado. Sabemos ya los orígenes de esta desviación moderna. Reconocemos inmediatamente las imaginaciones malsanas del psicópata ginebrino ...”⁴⁰. Por ello, el nacionalismo se manifiesta como un movimiento tendiente a la restauración de los principios políticos tradicionales, resumidos en los principios de orden, jerarquía y autoridad, a los que el espíritu democrático, con su invocación de derechos individuales absolutos, se contrapone. Acorde a esta concepción, el nacionalismo implica el reconocimiento de que la sociedad está fundada en la naturaleza, por lo que excluye de sus filas a aquellos que afirmen cualquier versión del contractualismo.

Desde una postura católico integrista, el aporte de César Pico y Tomás Casares a la crítica de la democracia y el liberalismo parte igualmente de una perspectiva decadentista. Si el fin de la Edad Media significó el tránsito de la cultura – en la que primaban los valores espirituales – a la civilización, caracterizada por el materialismo; sostiene Pico siguiendo a Berdiaev, la modernidad significa no sólo un agotamiento de las fuerzas creadoras sino también un desorden de las jerarquías establecidas por la naturaleza. La democracia no es en esta óptica más que una consecuencia de la indiferencia frente a la verdad y el criterio de las mayorías una torpe solución ante el abandono de los criterios objetivos, trascendentes al simple parecer subjetivo. Es por ello que el régimen parlamentario sólo se pudo desenvolver mientras no debió enfrentar problemas apremiantes, pero no podría superar los desafíos del bolchevismo y el fascismo, exponentes ambos de un estado de espíritu que apunta a la intolerancia. Mientras el comunismo es considerado un movimiento sentimental, cuyo cientificismo

39 Ernesto Palacio, “Organicemos la contrarrevolución”, *LNR*, 1º de diciembre de 1927, p.2

40 Ernesto Palacio, “Nacionalismo y democracia”, *LNR*, 5 de mayo de 1928, p.1

encubre su absoluto vacío intelectual, en cambio, “La reacción intelectual (...) consciente del significado filosófico de la crisis contemporánea busca el remedio en un retorno a la cultura, a la primacía del espíritu y de la inteligencia. Ante todo, una revisión de los sofismas del subjetivismo filosófico, una vuelta hacia la gran tradición de la filosofía realista. Cultura greco – romana; reivindicación de la Iglesia y del tomismo; disciplina obligada de la soberanía romántica” .⁴¹ Casares encuentra, en idéntico registro, la solución a los problemas abiertos por la difusión de las doctrinas de la soberanía popular y la autonomía individual teorizada por Kant, en el reconocimiento del concepto de deber como sometimiento a una norma trascendente, cuya legitimidad no podría provenir sino de la Iglesia como depositaria de la revelación divina.⁴²

Los neorrepblicanos compartían la idea de que la democracia y el liberalismo conducían naturalmente al socialismo, el caos o a la dominación extranjera,⁴³ no sólo porque la voluntad popular expresada en el sufragio universal arrasaba, en esta perspectiva, con todo límite, sino porque su desarrollo era entendido como producto de una serie de fuerzas conjuradas. Así, se entendía la decadencia espiritual de la juventud como resultado de “... la terca e insidiosa propaganda anticatólica subvencionada por el extranjero”⁴⁴, se afirmaba que la democracia tenía un origen protestante, al que se atribuía un espíritu revolucionario⁴⁵ y se aseguraba que tras el ataque del liberalismo a la Iglesia y su clero se ocultaba su alianza con la masonería y el protestantismo y su tendencia a “judaizar”.⁴⁶

Junto a estos enemigos universales del orden, la jerarquía y la Iglesia, existían naturalmente, otros mucho más cercanos, como el radicalismo y la izquierda.

Los neorrepblicanos presentaron una imagen permanentemente negativa de la figura de Hipólito Irigoyen, aunque sus opiniones sobre el Partido Radical serán más matizadas, para cambiar notoriamente tras la desilusión del grupo con el rumbo de la revolución de 1930 y el cambio de orientación ideológica que llevará a los hermanos Irazusta y a Palacio a una revalorización del pueblo y a un viraje hacia posturas antiimperialistas.

41 César Pico, “Inteligencia y Revolución”, *LNR*, 1º de enero de 1928, p.1

42 Tomás Casares, “Política y Moral”, *LNR*, 15 de enero de 1928, p.2.

43 Rodolfo Irazusta, “La política”, *LNR*, 1º de marzo de 1928, Ernesto Palacio, “La Reacción Republicana”, *LNR*, 18 de junio de 1930.

44 Julio y Rodolfo Irazusta, “Nuestro Programa”, *LNR*, 1º de diciembre de 1927, p.1

45 Rodolfo Irazusta, “La Política”, *LNR*, 5 de mayo de 1928, p1

46 Augusto Gozalbo, “Reaccionarios”, *LNR*, 24 de noviembre de 1928, p.2.

Según la óptica de Rodolfo Irazusta, hasta su acceso al gobierno en 1916, “...el Radicalismo no poseía, por lo menos en forma preponderante, elementos revolucionarios; era el Partido de la Constitución y aún se le sospechaba de un vago clericalismo.”⁴⁷ Sin embargo, a partir de esa fecha, aquel partido y su líder merecían la crítica de *La Nueva República* por tres motivos.

El primero era, coherentemente con la ideología neorrepblicana, el que su origen y legitimidad provinieran del voto popular. En la retórica de *La Nueva República*, las referencias a los sectores populares eran frecuentemente despectivas – el vulgo, el populacho – y su función en los movimientos sociales la de simples espectadores que apoyan pasivamente a las minorías activas, en una concepción que remite a Maurras pero también a Pareto. La imagen predilecta de Ernesto Palacio al respecto refiere que “... la masa en todos los movimientos de la historia, ofrece una analogía patente con el coro de la tragedia clásica”⁴⁸. De este modo, el primer pecado de Irigoyen consistió en llegar en 1916 a la Casa Rosada “arrastrado por la turba democrática” y haber dado a entender “...desde el primer momento su voluntad de castigar el orgullo de los poderosos en franca amistad con el populacho..”⁴⁹

El segundo aspecto, compartido con un amplio arco opositor se refería a las prácticas demagógicas, el carácter discrecional y corrupto del gobierno y al avasallamiento de las autonomías provinciales desarrolladas durante las administraciones de Irigoyen. Para *La Nueva República* – en cuyas páginas se escribía el apellido del Presidente con y griega para evitar relacionarlo con Bernardo de Irigoyen – esto se manifestaba en que mientras no proveía las altas dignidades del Estado, atiborraba las dependencias del gobierno con millares de empleados que habrían de constituir su ejército electoral. Junto a las frecuentes intervenciones federales a distintas provincias, los neorrepblicanos detestaban “el abuso, el prevaricato y el atropello”⁵⁰ que en su óptica caracterizaban al régimen, atribuyendo la raíz de todos estos males al carácter plesbiscitario del gobierno que le permitía arrasar con todo límite y control.

El tercero y más permanente de los tópicos neorrepblicanos respecto al radicalismo, residía en considerar a este partido como una fuerza con un verdadero carácter izquierdista y revolucionario. La popularidad de Irigoyen realizaría entonces las

47 Rodolfo Irazusta, “La Política”, *LNR*, 28 de abril de 1928, p.1

48 Ernesto Palacio, “Escándalo”, *LNR*, 28 de junio de 1930, p.1

49 Rodolfo Irazusta, “La Política”, *LNR*, 2 de mayo de 1929, p.1

tareas para las que los Partidos Socialista y Comunista no estaban en condiciones, ya que “Toda la propaganda de ideas hecha en los últimos años ha consistido en presentar aderezados de mil maneras los principios socialistas. El vulgo no maneja ya ni aun tópicos de otra procedencia. Pero nadie ha logrado encauzar el sentimiento socialista como el señor Irigoyen, con ese enorme partido con ciertos visos de nacionalismo y un espíritu de lucha de clases, favorecido por la abundancia del capital extranjero en el país. Y, al hacerlo ha despojado al socialismo, al suyo, de esa frialdad ideológica inhumana que lo caracteriza en su estado original y que debe a su origen judío y a su crianza protestante.”⁵¹

Detrás de cada movimiento huelguístico - a los que seguían con atención - los neorrepublicanos sospechaban de la acción de Irigoyen como instigador del conflicto, o bien de la pasividad o favoritismo del gobierno hacia los trabajadores. Aún el miembro más mesurado del grupo, Julio Irazusta, sostuvo una polémica con Manuel Gálvez respecto al obrerismo de Irigoyen, en la que afirmó que el líder del radicalismo era revolucionario no sólo por sus prácticas obreristas, sus demagógicos ataques al capital y su neutralidad en los conflictos sociales, sino también porque el sólo anuncio de su reelección había desencadenado huelgas y porque tras la Reforma Universitaria se escondía un larvado bolcheviquismo⁵²

Con relación a la izquierda, *La Nueva República* publicó desde su primer número informaciones negativas sobre la Unión Soviética y México – país al que consideraban como una sucursal de Moscú, dirigido por masones y socialistas - en las que destacaba sobre todo las persecuciones contra los católicos. Si la situación en estos países se conectaba con las peores pesadillas neorrepublicanas, no ocurría lo mismo con los partidos comunista y socialista argentinos, que nunca representaron para ellos un peligro verdadero ya que, como afirmáramos, sostenían que la verdadera amenaza revolucionaria provenía del radicalismo.

Por ello, las referencias a los líderes socialistas, aunque despiadadas, se realizaban en un tono permanentemente irónico y despectivo, en el que los caracterizaban como un conjunto de charlatanes insustanciales⁵³. Respecto al

50 Idem

51 Rodolfo Irazusta, *La Política*, LNR, 1º de abril de 1928, p.1

52 Julio Irazusta, “El obrerismo de Irigoyen – Respuesta a Manuel Gálvez”, LNR, 23 de junio de 1928, p.1

53 Veanse los comentarios de Palacio sobre Ingenieros, (LNR, 15 de diciembre de 1927), sobre Justo, (15 de enero de 1928) y sobre Sánchez Viamonte. (14 de abril de 1928) y el de Julio Irazusta sobre Palacios (14 de abril de 1928)

comunismo, si bien se lo consideraba “... peligroso (...) como estado de ánimo, como núcleo de simpatía a cuyo derredor se pueden agrupar esas dispersas fuerzas revolucionarias”⁵⁴ no se consideraba a aquel partido como una amenaza real, debido a su endeblez y sus permanentes divisiones. Por ello, aunque consideraban necesario mantener a sus militantes bajo vigilancia, pensaban que lejos de encabezar la revolución social, “... partidos como el comunista no alcanzarán más que a elegir concejales, como Penelón, que tan bien se ha caracterizado por su vanidad y ridícula suficiencia”.⁵⁵

Si los neorrepublicanos se exasperaban ante la composición plebeya del radicalismo, en el caso de los partidos de izquierda a ello se sumaba lo que consideraban una inaceptable participación extranjera en sus filas. Blanco privilegiado de sus iras eran, por un lado, los militantes y diputados socialistas de origen italiano, “señores llegados ayer al país” a los que, en su entender, la cláusula constitucional de nacionalización no amparaba, debido a que hubiera debido excluir “... a los que repudian lo nacional, a los que en vez de agradecer la acogida de la sociedad argentina, tratan de destruir su organización; a los que han llegado a identificar los vicios de la política con las modalidades argentinas, diciendo ‘política criolla’.”⁵⁶ Sin embargo, para los neorrepublicanos el principal problema de las organizaciones de izquierda era su origen y composición, que entendían eran característicamente judíos.

En efecto, desde sus primeros números, y a lo largo de toda su trayectoria, *La Nueva República* insistirá en presentar al socialismo como un instrumento judío, además de no dejar de recordar jamás el origen de varios de sus dirigentes, a los que se referían, despectivamente, como “Los judíos de la casa del pueblo” o “los israelitas Dickman. Similar identificación se realiza con el Partido Comunista, caracterizado como “artificiosa secta de pronunciado olor hebreo” constituida “...sobre un núcleo de afiliados judíos ...”.⁵⁷

El argumento acerca del origen judío del socialismo se apoyaba en primer término en la idea de que la obra de Marx era expresión de una “mentalidad semítica”, cuyo carácter polémico era resultado de un exhibicionismo que “... lo llevó a discrepar con todos, para así singularizarse y dar satisfacción a su enfermiza vanidad racial”⁵⁸. La conversión de la familia Marx al protestantismo no sólo no constituía un obstáculo para

54 Augusto Gozalbo, “Realidad Comunista”, *LNR*, 10 de noviembre de 1928, p.2

55 Idem.

56 Rodolfo Irazusta, “La Política”, *LNR*, 1º de abril de 1928, p.1

57 Abel Galíndez, “Revolucionarios revueltos”, *LNR*, 21 de abril de 1928, p.2

58 Abel Galíndez, “El Conventillo socialista”, *LNR*, 5 de mayo de 1928, p.2

este razonamiento sino que, curiosamente, lo reforzaba. Esta idea no se sostenía sólo con el irónico argumento de que su padre, “como buen abogado judío, decidió la conversión en bloc de toda la familia, con lo que realizaba una apreciable economía”⁵⁹, sino con la idea de que el judaísmo había dejado en Carlos Marx, pese a su conversión, el estigma corporal de la circuncisión y un estigma racial que provocaba que odiara su origen mucho más que cualquier converso de otra religión, porque “... en estos ruines menesteres los judíos descuellan, dando muestras de una amoralidad bastante desaprensiva”.⁶⁰

La convicción acerca del origen hebreo del socialismo reposaba además en lo que entendían era el carácter antinacional e inasimilable de los israelitas, quienes por ser extranjeros en todas partes “odian y desprecian a todas las naciones, a todas las patrias” sentimiento que se ha transformado en el “internacionalismo antipatriótico de los socialistas o, mejor dicho, tras el internacionalismo católico se oculta el odio hebreo, como se oculta el odio judío a la Religión Católica tras el liberalismo o la indiferencia religiosa de que blasonan los socialistas”.⁶¹ Es por ello, afirman, que los judíos socialistas conservan sus ritos mientras obligan a los católicos a abandonar su religión.

Si el lazo que mantenía unida a la “comunidad imaginada” de los neorrepublicanos era, en sintonía con las posturas de Ramiro de Maetzu, el catolicismo⁶² no debe extrañar que se considere a los judíos como extranjeros y enemigos. Debe recordarse al respecto que en la polémica desarrollada en 1928 sobre el carácter del nacionalismo, Ernesto Palacio se encargó de responder prolijamente a cada uno de los argumentos de Leopoldo Lugones, con la excepción de la acusación de antisemitismo, a la que no se preocupó en levantar.⁶³

El antisemitismo neorrepublicano no provenía sólo de la identificación entre izquierda y judaísmo, sino que abarcaba un amplio abanico temático. Los personajes más odiados dentro del radicalismo eran, además de Irigoyen, Molinari, Ricardo Rojas y

59 Augusto Gozalbo, “Internacionalismo Hebreo”, 30 de agosto de 1930, p.3

60 Idem

61 Ididem

62 Al respecto escribía Rodolfo Irazusta el 12 de octubre de 1931 que “Para el criterio latino, y por lo tanto para el español, la afinidad racial no proviene sólo de la sangre. Las razas que forman la latinidad no son sino la superposición de nuevas capas étnicas que ha llegado a identificarse por un vínculo mucho más fuerte que el de la transfusión de la sangre: por la unidad espiritual” Si para los españoles “la raza no consistía en la sangre sino en el bautismo.” y “lo que nos une con españoles y americanos más que la raza es la religión”, la consecuencia es que “Los que se empeñan en destruir el sentimiento religioso de nuestro pueblo, macerado con todos los sentimientos patrióticos, se empeñan en destruir el vínculo más fuerte y el más noble que une a nuestra sociedad”

63 Ernesto Palacio, “El Nacionalismo. Réplica a don Leopoldo Lugones”, *LNR*, 21 de julio de 1928, p.1

Leopoldo Bard. A este último, al que invariablemente se denominaba “diputado judeo – radical”, se le despreciaba por su visibilidad como judío, su origen plebeyo y sus tendencias populistas, imputándosele relaciones con la delincuencia y la pornografía.⁶⁴

La prédica neorrepublicana de defensa de las zonas rurales frente a una creciente urbanización, tenía como corolario que se demandara al Estado la implementación de una ley que obligara a los inmigrantes, independientemente de su origen, a permanecer en el campo y evitar que se radiquen en la Capital,⁶⁵ además de postular la necesidad de seleccionar a los migrantes. Sin embargo, para el caso de los inmigrantes israelitas, *La Nueva República* solicita una intervención más radical, ya que de los 400.000 judíos que aseguraban que vivían en 1928 en Argentina sólo un puñado había permanecido en el campo, debido a que “... los israelitas no son la mejor inmigración para ningún país y menos para el nuestro, en donde se necesita más que todo pobladores para el desierto. Y lo que ha pasado en Polonia, Canadá, Brasil, Palestina, Rusia, etc., es que los gobiernos respectivos se han visto obligados a limitar numéricamente la entrada de israelitas, o a encauzar sus actividades comerciales por medio de leyes restrictivas.”⁶⁶

La imagen recurrente que sobre los judíos tenían los neorrepublicanos era la del parásito, que aprovechaba en beneficio propio los esfuerzos ajenos, tanto en el aspecto intelectual como en el económico. En lo relativo al mundo de las ideas, Gozalbo opinaba que Marx no había hecho más que aprovechar las ideas concebidas por Saint Simón y Fourier entre otros, para apropiarse luego de la colaboración de Engels, ya que como todos los sabios judíos era un “empresario del saber”.⁶⁷ Para el contexto argentino, *La Nueva República* responde a las críticas de *La Vida Literaria*, revista dirigida por Samuel Glusberg en la que colaboraba Lugones, con similar argumento: Los judíos, que se apropian “... de ropas viejas y de ideas ajenas...” – así como Maimónides no pasó de ser un vulgarizador de Aristóteles y Spinoza de Descartes –

64 Sin firma, “El atentado del City Bank”, *LNR*, 1º de enero de 1928, p.1. Véase al respecto Sandra McGee Deutsch, “The Argentine right and the Jews, 1919 – 1933” en: *Journal of Latin American Studies*, N° 18, Cambridge, 1986.

Tras el derrocamiento de Irigoyen Bard fue “detenido, vejado y sometido a toda clase de torturas físicas y morales, llegándose hasta urdir un simulacro de fusilamiento...” para que revelara los propósitos del Klan radical. Leopoldo Bard, *Estampas de una vida*, citado en: Boleslao Lewin. *Como fue la inmigración judía a la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1983, p.281. Según Lewin, es probable que el padre de Bard haya sido miembro de la organización de trata de blancas *Zwi Migdal*

65 Cf. “Revista de la prensa”, *LNR*, 14 de abril de 1928, p.3. Aunque la sección no tenía firma, según Zuleta Álvarez generalmente era redactada por Rodolfo Irazusta.

66 Sin firma, “La Argentina y los israelitas”, *LNR*, 15 de marzo de 1928, p.2.

67 Augusto Gozalbo, “Internacionalismo Hebreo”, 30 de agosto de 1930, p.3. Que esta consideración se contradijera con la que derivaba la teoría marxista de la perfidia racial del autor no constituyó, al parecer, un problema lógico para el autor.

aprovechan hoy a Lugones “... con esa facilidad deshonestas con que Judá se aprovecha de todo”.⁶⁸ Es en el aspecto económico donde esta imagen se torna más recurrente, ya que desde el comienzo de la publicación se critica a las empresas cerealeras “judías”, - como Dreyfus y Bunge y Born - a las que se acusa por el empobrecimiento de los agricultores, aún antes de que los neorrepublicanos comiencen su crítica al capital extranjero⁶⁹, señalando que “La necesidad de intermediarios es un invento de los judíos”⁷⁰

El extremo conservadurismo de *La Nueva República* llevó a sus redactores a criticar también a *La Prensa* y *El Hogar* por su “liberalismo ciego”, a la educación popular, que abre en su óptica el camino a la difusión entre las masas de las ideologías avanzadas, por lo que se propone “...combatir el alfabetismo en nombre de la cultura”⁷¹, a la Reforma Universitaria y a la posibilidad de que las mujeres - cuyo único espacio legítimo era para los neorrepublicanos el doméstico - accedan al voto.⁷² También criticaron la creciente influencia norteamericana sobre Hispanoamérica y condenaron la invasión a Nicaragua, aunque esforzándose por distinguir su crítica de las propias de las posturas antiimperialistas de izquierda, ya que en la óptica de *La Nueva República*, el nudo del problema no radicaba en la defensa de un principio de soberanía absoluto, sino en que la intervención fue realizada por un país ajeno a la comunidad hispanoamericana⁷³.

Tampoco los grupos conservadores tradicionales escapaban a la crítica neorrepublicana. Aunque el período posrosista aún no era criticado en bloque, se afirmaba que la popularidad del radicalismo era resultado del carácter liberal de los gobiernos desde 1880, cuyo principismo progresista había provocado malestar social y desorientación espiritual a los que se les imputaba además ligereza en el cumplimiento

68 “Ecos”, 1° de diciembre de 1928, p.2. El artículo no lleva firma, aunque la sección era escrita generalmente por Mario Lassaga.

69 Carulla consideraba en 1928 que el capital extranjero era imprescindible para el desarrollo nacional, por lo que el nacionalismo debía promover su radicación en el país, aunque tomando las medidas necesarias para que su influencia pueda gravitar sobre el interés nacional. Juan Carulla, “Nacionalismo y capitalismo extranjero”, *LNR*, 28 de julio de 1928, p.2. Al respecto, Julio Irazusta recuerda que en sus primeros años *La Nueva República* no veía el problema nacional como lo harían años después, a causa de un retroceso del pensamiento nacionalista en el período: “Ni discutíamos el aporte del pseudocapital extranjero, que todo el mundo decía fecundador de la expansión argentina, ni dábamos al factor externo el valor que tenía. Los factores internos nos parecían de importancia más decisiva”. Julio Irazusta, *Balance de siglo y medio*, Buenos Aires, Independencia, 1983, p.129

70 “Ecos”, *LNR*, 10 de Noviembre de 1928, p.2.

71 Ernesto Palacio, *LNR*, 1° de abril de 1928, p.2. Rodolfo Irazusta afirmaba además que la educación no es función del estado, excepto la superior, “y nada más que como elemento de contralor”. *LNR*, 1° de diciembre de 1927.

72 Juan Carulla, *LNR*, 28 de abril de 1928, p.1

de su misión directiva y un excesivo usufructo de los caudales públicos.⁷⁴ Sin embargo, los logros del liberalismo económico en la Argentina no eran, en esta etapa, puestos en cuestión.⁷⁵

A la oposición conservadora se le cuestionaba su apego a la democracia liberal, que los llevaba, indefectiblemente, a emplear los mismos métodos demagógicos que el radicalismo. Así, llegaron a sostener que bajo la jefatura de Rodolfo Moreno (h.), el conservadurismo "... disputó con el radicalismo a ver quién era más liberal y más amigo del proletariado (...) llegando a sobrepasar al radicalismo en radicalidad. Es una lógica e inmediata consecuencia de la lógica electoral (...) Ese oportunismo y el temor de aparecer rancios, reaccionarios y en contra del 'espíritu de los tiempos', llevaron a los dirigentes conservadores a suplantar los escasos principios de gobierno (...) por las pamplinas liberales..."⁷⁶. La defección conservadora de su deber como partido del orden, y su oportunismo significaban, para los neorrepublicanos, que su derecho a gobernar había caducado⁷⁷ Estas consideraciones, en las que el repudio a la existencia misma de partidos políticos tenía una dimensión central, no impedirían que *La Nueva República* llamara a votar en 1928, como mal menor, por Sánchez Sorondo como Diputado Nacional, y por los candidatos del Partido Nacionalista – que era, pese a su denominación, un tradicional nucleamiento conservador - como concejales de la Capital⁷⁸, y que en 1930 la Liga Republicana, con la disidencia de Rodolfo Irazusta, apoyara a los candidatos del Partido Socialista Independiente.

Los distintos motivos antidemocráticos que animaban a *La Nueva República* no implicaron, como señaláramos, un abandono de la tradición republicana de la que se sentían tributarios. Aunque esta afirmación puede ser relativizada por las posturas de Pico y Casares – que en 1928 publicaban más en *Criterio* que en *La Nueva República* - con su defensa de una *Nación Católica* que se diferenciaría con claridad de aquella tradición, el núcleo neorrepublicano más duradero puede ser caracterizado en este período más por un extremo conservadurismo que por la existencia entre ellos de

73 *LNR*, "La Conferencia de La Habana", 15 de febrero de 1928, p.1

74 Rodolfo Irazusta, "La Política", 1º de abril de 1928, p.1 y 2 de mayo de 1929, p.1

75 Rodolfo Irazusta, "El precio del liberalismo", *Baluartes*, 29 de diciembre de 1929, en PPN, t.II, pp.32 - 36

76 Abel Galíndez, "Nuestros conservadores", *LNR*, 27 de Octubre de 1928, p.1

77 Sandra McGee Deutsch, "The right under Radicalism, 1916 – 1930" in: Sandra McGee Deutsch and Ronald Dolkart, *The Argentine Right. Its history and intellectual Origins. 1910 to the present*. Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc, 1993.

78 *LNR*, 1º de abril de 1928, p.2; 1º de diciembre de 1928, p.3

proyectos de cambio sistémico. La admiración por los regímenes de Mussolini y Primo de Rivera no implicaban, en esta primera etapa, la intención de trasladar este tipo de experiencias a la escena argentina, si exceptuamos un efímero entusiasmo monárquico de Julio Irazusta, que este atribuyó a la influencia de Maurras⁷⁹. Para los neorrepublicanos, como afirmaba Rodolfo Irazusta, “La carta de Alberdi (era) la única esperanza del republicanismo ante la democracia invasora”.⁸⁰

Así, en ocasión de las elecciones de 1928, ante la inminencia de un nuevo triunfo del Irigoyenismo, se diferencian del llamado a la dictadura de Lugones, debido a que “... para *La Nueva República* no ha llegado la hora de estas desesperadas soluciones”⁸¹, postulando en cambio la necesidad de constituir un programa “netamente reaccionario” en lugar de competir con el radicalismo empleando su misma demagogia. Polemizando con el propio Lugones, Ernesto Palacio rechaza la acusación de “precipitada imitación de una mala cosa europea” que formulara el poeta, señalando que “... tratamos de entroncar con la tradición del país y mantenemos en el terreno de nuestras instituciones”⁸².

Esta característica, más conservadora que rupturista⁸³, se aprecia con claridad en el Programa que la publicación ofrece al recientemente electo gobierno, en el que se descarta la necesidad de una reforma constitucional, y se afirma que la propuesta es “realizable con los medios ordinarios del Estado ...”⁸⁴. Los principales cambios políticos propuestos son una reforma de la Ley Electoral que establezca la circunscripción uninominal y “para restringir el electorado y sustraer la administración pública a las influencias electorales”, la eliminación de los padrones de los empleados y funcionarios públicos de todas las jurisdicciones, los delincuentes, los analfabetos, los insolventes y los extranjeros. El voto es concebido como derecho y no como deber, y, acorde a la ley propuesta “deberá suprimirse toda mención de partidos políticos y establecer una relación puramente personal con el candidato” ya que “la Constitución ignora los partidos”. Proponen igualmente la representación de los Territorios Nacionales en la Cámara de Diputados, y el establecimiento de autonomía administrativa y municipal en

79 PPN, t.I, p.59

80 Rodolfo Irazusta, “La Política”, *LNR*, 14 de abril de 1928, p.1

81 Sin firma, “Panorama electoral”, *LNR*, 15 de febrero de 1928, pp. 1 – 2.

82 Ernesto Palacio, “El Nacionalismo. Réplica a don Leopoldo Lugones”, *LNR*, 21 de julio de 1928, p.1

83 En este sentido, resulta especialmente acertada la definición de los nacionalistas como “...voceros autoelegidos de una elite que, a sus ojos, había firmado su propia sentencia de muerte con la promulgación de la Ley Sáenz Peña” Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1969, p.48

84 Programa de Gobierno de La Nueva República, *LNR*, 20 de octubre de 1928, pp. 1 – 2.

los mismos y otras medidas tendientes a dotar de mayores atribuciones a los municipios. Otras medidas propuestas, extremadamente conservadoras pero que no hubieran implicado cambios institucionales, era el establecimiento de procedimientos selectivos de inmigración, la instauración de la enseñanza religiosa en la escuela primaria y la supresión de la Reforma Universitaria de 1918.

Aún la formación de la Liga Republicana en julio de 1929 - organismo cuyo triunvirato de conducción estaría integrado por Rodolfo Irazusta, Juan Carulla y Alfonso de Laferrere - se realiza con el objetivo de combatir “...la corrupción política que ha hecho presa de la República” y a “... los enemigos interiores de la República”, en nombre de la “defensa de los principios que alientan en el preámbulo de la Constitución”.⁸⁵

La Liga se proponía resistir por la prédica oral y escrita o la acción directa el predominio de la política demagógica, la subordinación de los gobernantes a las exigencias de los comités, la complicidad del ejecutivo en la promoción de los conflictos obreros y en la adulación de las muchedumbres y la difusión de ideas, como la del plebiscito, que conceden al gobierno poderes extraordinarios ajenos a la Constitución. Se propone combatir igualmente el clandestinismo de los decretos, el capricho personal del Presidente, el electoralismo, la venalidad y el favoritismo, las venganzas partidarias, la corrupción, y la desorganización sistemática de las instituciones armadas. También prevé “Iniciar una acción enérgica en defensa de la Constitución y las leyes de la República, cuyo desconocimiento por el gobierno, cualquiera sea la mayoría electoral que lo designó, no debe consentir ningún ciudadano”.

Si los propósitos de los republicanos se presentan bajo ropajes constitucionales, su acción callejera poco tuvo que ver con la de los *Camelots du roi* o los *Fasci di combattimento*. Su primera actividad fue gritar en la Plaza de Mayo, el 9 de julio de 1929, encabezados por Rodolfo Irazusta, “Viva la patria, abajo el mal gobierno”, lo que provocó la detención por 30 horas de Rodolfo Irazusta y Mario Lassaga.⁸⁶ A ella siguieron otras, igualmente pintorescas, como el intento de obligar a Florencio Parravicini, actor y concejal municipal de irregular cumplimiento de sus obligaciones como edil, a asistir al Concejo Deliberante, lo que se vio frustrado debido a que

85 Bases y programa de acción de la Liga Republicana, PPN, t.II, pp. 25 – 28.

86 PPN, t.II, p.14.

Parraviccini se presentó, la noche en que la Liga irrumpiría en el teatro donde actuaba, al Concejo Deliberante⁸⁷, o la participación en la silbatina contra el Ministro de Agricultura que obligó a suspender la ceremonia de inauguración de la Exposición Rural en agosto de 1930.⁸⁸ Las refriegas en que se enfrentaron con la policía y con el *Klan* radical nunca resultaron demasiado significativas, y, según el testimonio de Julio Irazusta, los jóvenes radicales parecen haber sido mucho más feroces que la “ingente juventud” que conformaba la Liga Republicana.

Si, como es sabido, los contactos entre los neorrepublicanos y el general Uriburu se hicieron frecuentes en los meses que precedieron al Golpe de Estado, y su periódico contribuyó a crear un clima propicio para el golpe en la opinión pública y las Fuerzas Armadas - los oficiales que organizaron la conspiración lo distribuían entre las filas del Ejército⁸⁹ - su influencia en los sucesos de septiembre de 1930 ha sido mucho menor que la que aquellos prefieren recordar.⁹⁰

En el número de *La Nueva República* inmediatamente anterior al Golpe de Estado, Rodolfo Irazusta se esperaba con un “... régimen dictatorial y subsiguientemente, la implantación de un nuevo régimen político que suprima las elecciones de sufragio universal”, para aclarar inmediatamente, defendiéndose de las críticas que recibían del diputado demoprogresista Correa, que “nosotros no profesamos la ideología de L’Action Francaise” sino que “Queremos una república jerárquica que responda a las diferencias efectivas en la sociedad”⁹¹

La segunda etapa de *La Nueva República* (1930 - 1931)

El pasaje entre el republicanismo elitista y jerárquico y el corporativismo se produce tras el golpe militar. En efecto, *La Nueva República* publica en sucesivos números de noviembre de 1930 la *Defensa del Estado* de Leopoldo Lugones; el Manifiesto de corte corporativista publicado en Córdoba por un grupo de intelectuales encabezado por Nimio de Anquín y el capítulo sobre representación corporativa de *Les lois de la politique française* de Charles Benoist. En su comentario del manifiesto de

87 Carlos Ibarguren (h), *Roberto de Laferrere. Periodismo Política Historia*, Buenos Aires, Eudeba, 1970, p.44

88 Carlos Ibarguren, *La Historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1955, p.376.

89 Juan Domingo Perón, *Tres revoluciones militares*, Buenos Aires, s/f, citado en Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Ariel, 1993, p.24.

90 Enrique Zuleta Alvarez, Op.cit., pp.238 - 240

91 Rodolfo Irazusta, “La Política”, *LNR*, 30 de agosto de 1930, pp.1 y 4.

Córdoba, sostenía Rodolfo Irazusta que “Es indudable que el sistema corporativo es una necesidad imperiosa de la vida social, y que su implantación facilitaría enormemente la representación popular”⁹². En febrero y marzo de 1931 el propio Irazusta eleva al general Uriburu sendas propuestas para la organización del gobierno municipal y el nacional. En el primero, se combina la representación territorial – restringida por el voto censatario y calificado – con la de las corporaciones, y para los poderes de la República, la solución propuesta es netamente corporativista.⁹³

Sólo en 1931, cuando los neorrepublicanos reconocen la decepción que experimentan por el rumbo que ha seguido la revolución, afirmarán en el Preámbulo al Programa de la agrupación Acción Republicana, en la que confluían con Lugones, que “Nunca pudo gobernarse sin violar la Constitución, sencillamente porque la Constitución no existía. Y no servía porque es un instrumento extranjero (...) mientras requiérese que alguna vez tengamos los argentinos constitución nuestra.”⁹⁴ Si bien este preámbulo fue redactado por Leopoldo Lugones, fue aceptado por los neorrepublicanos que participaron de esta efímera experiencia política, repudiando por primera vez a la Constitución de 1953 en su conjunto.

Desde los meses inmediatamente anteriores al golpe militar, *La Nueva República* había profundizado su crítica antidemocrática, depositado sus esperanzas en que la revolución abriera paso a un cambio de régimen y no sólo de equipo gobernante e insistido en los tópicos provenientes de la etapa anterior, apareciendo nuevas figuras del enemigo y tornándose su cosmovisión cada vez más conspirativa. Varios componentes conformarán esta visión orgánica. Por un lado hace su aparición la imagen del capital financiero, ligado a los intereses internacionales, y por ello capaz de quedar al margen de las vicisitudes de la nación, contrastando con los propietarios territoriales, cuya suerte es idéntica a la del país. Aparece así la representación de una “Aristocracia sin amor por el país, sin lástima por el pueblo, sin solidaridad con la Nación”⁹⁵.

Toma forma así la idea de la dependencia argentina del capital externo, fundamentalmente inglés, que conforma en Argentina una plutocracia extranjera que gobierna el país a través de sus abogados⁹⁶, imagen que tendrá una afortunada trayectoria en lo que sería la tradición del revisionismo histórico. También en este

92 Rodolfo Irazusta, “La Revolución Americana”, *LNR*, 8 de noviembre de 1930, p.1

93 Rodolfo Irazusta, “Proyecto para la organización provisional del gobierno municipal” 16 de febrero de 1931, PPN, t.II, pp. 148 – 151 y “Formación de los poderes de la República”, PPN, t. II, pp. 152 – 165.

94 “Preámbulo y Programa de Acción Republicana”, PPN, t.II, pp.169 – 181.

95 Rodolfo Irazusta, “Ernesto Tornquist y Cía”, *LNR*, 28 de junio de 1930, p.1

período los neorrepublicanos se apropiaron de un concepto destinado a recorrer similar camino, el de oligarquía, presentada por Julio Irazusta en oposición a la clase de los estancieros, ya que mientras estos representan el auténtico espíritu de conservación, aquella no trata más que conservar el régimen liberal, en el que su influencia política se pone al servicio del intermediario extranjero - que explota a los propietarios de la tierra - para asegurarse un enorme provecho económico.⁹⁷

Esta mirada irá acompañada por el comienzo de un proyecto de revisión histórica - empresa que si bien ya había sido planteada, aunque no desarrollada, en 1928⁹⁸, y vislumbrada con la crítica a la trayectoria del liberalismo político emprendida por R. Irazusta en 1929⁹⁹ - presenta ahora tópicos como el de "... la historia que nos han contado es falsa y tendrá que ser revisada por completo ..." y el que señalaba que el "liberalismo en la República Argentina es el predominio del extranjero".¹⁰⁰

La clave conspirativa resulta fundamental para el análisis neorrepublicano de la problemática de la dependencia externa, cuestión que irá ganando centralidad a medida que los efectos de la crisis de 1930 se tornen más evidentes. Polemizando con el conjunto de las corrientes laicas, indignadas por la inclusión de la enseñanza religiosa obligatoria en la Provincia de Córdoba, Rodolfo Irazusta¹⁰¹ señalaba por un lado la consabida identidad entre liberalismo y socialismo, ya que "... la revolución que trata de implantar el soviét en nuestro país, comenzó por donde comienzan todas, por el anticlericalismo que triunfó en tiempos de Roca y de Juárez, con la enseñanza laica y el matrimonio civil". Sin embargo, las posturas anticatólicas responden en su óptica a intereses ocultos, debido a que "El anticlericalismo, dañoso para los países latinos, ha sido favorecido por la masonería anglosajona para debilitarlos y tenerlos bajo su férula. La masonería, como el liberalismo económico, son elementos de la dominación anglosajona que sufrimos (...) Si el laicismo es el instrumento de nuestro sometimiento espiritual a los anglosajones, el libre cambio es el instrumento de nuestra dependencia económica a los mismos anglosajones", considerados los auténticos beneficiarios de la producción argentina, gracias al monopolio de los ferrocarriles y los frigoríficos y a su predominio en las finanzas.

96 Rodolfo Irazusta, "La Política", 8 de noviembre de 1930, p.1

97 Julio Irazusta, Editorial no publicada, marzo de 1931, "La oligarquía conservadora y los estancieros", PPN, t. II, pp. 166 – 168.

98 Rodolfo Irazusta, "El homenaje a Rawson", *LNR*, 8 de septiembre de 1928

99 Rodolfo Irazusta, "El precio del liberalismo", *Baluartes*, 29 de diciembre de 1929, en PPN, t.II, pp.32 - 36

100 Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 28 de junio de 1930, p.1

Como en muchos otros aspectos, la revolución del 6 de septiembre de 1930 marcará también un cambio en la consideración neorrepública del judaísmo, con la aparición de la idea del complot universal. En el ya citado artículo de Gozalbo, publicado en el número previo al golpe militar, se comienza a dibujar esa tesis, al sostener que el internacionalismo que Marx y otros judíos insuflaron al socialismo, fue el instrumento “de su raza, ‘raza elegida’ que en vano ha pretendido dominar el mundo desde millares de años. Han buscado en el socialismo, secta internacional y catastrófica, ese dominio que siempre se les ha escapado”. Sin embargo, pese a señalar que, paralelamente, fueron los banqueros judíos quienes internacionalizaron las finanzas y los judíos de la Migdal los que internacionalizaron la trata de blancas y el soborno, la conspiración queda aún reducida al accionar de un solo instrumento, el socialismo.

Solo tres meses después, la tesis conspirativa se perfeccionará, para brindar una imagen en la que el enemigo se unifica bajo la forma de un complot universal judío que emplea diversas instancias en su plan de dominación. Será Rodolfo Irazusta quién la planteará con mayor claridad: “El socialismo, de origen israelita, está empeñado en la tarea de desarmar a los pueblos latinos, para lo cual cuenta con la influencia de la finanza internacional. Ambas instituciones, socialismo y finanza, son los instrumentos de la dominación israelita, cuyo poder aumenta día a día. Predicó en Rusia el pacifismo para obtener el poder de los zares, y desde ese momento no ha cesado la guerra roja, la guerra destructiva, la guerra de exterminio.”¹⁰².

Hasta la finalización de la publicación de *La Nueva República* este tipo de interpretación reaparecerá frecuentemente, a través de intervenciones en las que se afirmaba que “... un capitalismo internacional judío (...) es el verdadero regulador de la situación de las naciones sometidas y dominadas por este nuevo poder terrenal”¹⁰³; que “nuestros ganaderos dependen de media docena de frigoríficos, subsidiarios a su vez del “Klan judío que mueve en Wall Street las finanzas del mundo”, además de a la gran prensa y a los gobiernos¹⁰⁴; que la masonería no es más que un instrumento dócil en manos del judaísmo internacional, que tramaba en España una venganza de la expulsión

101 Rodolfo Irazusta, “La Política”, *LNR*, 30 de agosto de 1930, pp. 1 y 4.

102 Rodolfo Irazusta, “La Revolución Americana”, *LNR*, 8 de noviembre de 1930, p. 1

103 D.B., “El enemigo”, 10 de octubre de 1931, p. 1

104 Ario, “Políticos”, *LNR*, 12 de octubre de 1931

sufrida en 1492¹⁰⁵ o que el especialista judío en temas económicos es “...el técnico de todas nuestras desgracias...”¹⁰⁶.

La adopción de un discurso virulentamente antisemita por *La Nueva República* puede ser explicado en parte, como lo hace Buchrucker, por su capacidad potencial para impresionar a sectores de la población que anteriormente no encontraban nada convincente en la imagen que el uriburismo pintaba de sus enemigos – el radicalismo y la izquierda - conjugando un antiguo prejuicio con la moderna doctrina del antisemitismo europeo, de la que Maurras participaba.¹⁰⁷ Esta hipótesis explica sin duda su uso en los años posteriores al golpe militar, pero poco nos dice acerca de las frecuentes intervenciones antisemitas previas. En este sentido resulta más consistente la apreciación de Sandra McGee Deutsch¹⁰⁸, quién sostiene que aunque el antisemitismo ideológico ocupó en la prensa y los libros nacionalistas menos espacio que otros temas y no fue el aspecto más importante de la doctrina nacionalista, fue de todos modos un elemento integral de ella, a lo que debemos agregar su persistencia a lo largo de toda la vida de *La Nueva República*.

La desilusión de los neorrepblicanos con el rumbo adoptado por el régimen de Urriburu - expresada a partir de la reaparición de *La Nueva República* como diario - cuando son convocadas las elecciones en las que triunfaría Justo, implicaran la profundización de su crítica a la “oligarquía conservadora” que, en su óptica, había desviado a la revolución de sus verdaderos objetivos. La impugnación al retorno del régimen del sufragio universal se acompañaba de una identificación de los intereses de la oligarquía con la Constitución de 1853, a la que se consideraba ahora “contraria a los intereses públicos”¹⁰⁹. Las críticas, empero, alcanzaban no sólo a los políticos conservadores, sino al completo régimen uriburista, que “Con el pretexto de dominar la demagogia, gobernó contra el pueblo”.¹¹⁰

Aunque en todo el período se repetirán obsesivamente los ataques al sistema de partidos y a los conservadores, ante la evolución de los hechos Rodolfo Irazusta intentó intervenir en el proceso electoral, trabajando para una finalmente frustrada

105 A.E.M., “La venganza”, 10 de octubre de 1931, p.1

106 Angelino Zorroaquin, “El contralor de cambios”, *LNR*, 14 de octubre de 1931, p.2

107 Cristián Buchrucker, op. cit., p.57.

108 Sandra McGee Deutsch, “The argentine right and the jews, 1919 – 1933”, op. cit., p.132

109 “Declaración”, *LNR*, 5 de octubre de 1931. Julio Irazusta la atribuye a la pluma de Ernesto Palacio.

110 Ernesto Palacio, “Bajo pretexto de dominar la demagogia el gobierno gobernó contra el pueblo”, *LNR*, 2 de noviembre de 1931

candidatura de Gallo tras la que confluirían sectores del radicalismo, conservadores y socialistas independientes.

Ante el escenario electoral existente, los neorrepublicanos entenderán que la conformación de la Alianza Civil representaba la unión de dos de sus enemigos más odiados: el socialismo y los conservadores. Para *La Nueva República* la fórmula De la Torre - Repetto no hizo más que materializar la vasta conspiración de las finanzas y el socialismo, unidos por su común liberalismo y su aversión a la producción y a la propiedad raíz, por lo que no es de extrañar que se la llamara “alianza demócrata – judeo – maximalista”, que se exacerbaba la identificación entre socialismo y judaísmo y que Rodolfo Irazusta dijera de Repetto que “El sabe bien que detrás de cada banco existe, más cerca o más lejos, la finanza internacional judía, de la cual es siervo y a cuya trama quiere someter al pueblo argentino”¹¹¹.

Mientras el multiforme enemigo tomaba cuerpo en esta fórmula, los neorrepublicanos – en particular Palacio y los Irazusta - decepcionados con la experiencia uriburista, comienzan un lento proceso de “descubrimiento del pueblo”, al que consideraban ahora como un aliado ante los enemigos externos. Este viraje no impedirá, sin embargo, que *La Nueva República* depositara en aquella ocasión sus esperanzas en la candidatura del general Justo, del que esperaban un gobierno de orden capaz de encabezar, finalmente, la revolución que anhelaban.

La caracterización del radicalismo variará en este período profundamente. Mientras Rodolfo Irazusta establecía una filiación popular para el radicalismo, señalando que en este partido la unidad nacional es sólida por provenir de la unión de los caudillos provinciales, y subrayaba su oposición al liberalismo¹¹², Ernesto Palacio destacaba, ante la coyuntura electoral, que “El radicalismo representa en los momentos actuales la única fuerza nacionalista de arraigo popular que hay en el país”, por lo que confiaba en que sus miembros impedirán el triunfo de la fórmula demosocialista, a causa del “... sentido nacionalista que seguramente habrá de prevalecer en la masa anónima del radicalismo, la cual si bien pudo equivocarse con Irigoyen, no va a equivocarse con los aventureros exóticos que hoy la adulan...”¹¹³. Mientras Zuleta Álvarez explica este desplazamiento como un resultado de la creciente importancia que Rodolfo Irazusta otorgó en esta etapa a la problemática del imperialismo, Buchrucker

111 Rodolfo Irazusta, “Notas Políticas”, *LNR* 15 de octubre de 1931, p.1

112 Rodolfo Irazusta, “La filiación histórica”, *LNR*, 29 de octubre de 1931, p.1

113 Ernesto Palacio, “Notas Políticas”, *LNR*, 29 de octubre de 1931

agrega el argumento que ve en este cambio un movimiento táctico de Irazusta, destinado a ganar el apoyo de grupos radicales para “los oficiales sin tropa” de *La Nueva República*, opinión que resulta, empero, incapaz de explicar los cambios ideológicos de largo plazo de estos sectores del nacionalismo.

Entre estas transformaciones, y en particular en el caso de los hermanos Irazusta, resultará notorio que las características antes atribuidas a los judíos - entendidos como una fuerza que conspiraba para lograr el control de los recursos económicos de la nación - se transfirieran a partir de las renovadas perspectivas políticas adoptadas en la década de 1930, a la caracterización del imperialismo británico.

Contra el liberalismo, por la restauración del orden católico: La revista *Criterio*

En marzo de 1928 apareció en Buenos Aires la revista *Criterio*, que se convertiría a lo largo del siglo XX en la más influyente de las publicaciones católicas. Aunque a lo largo de la dilatada trayectoria de, *Criterio* sus responsables rechazaron cualquier adscripción ideológica que excediera la estricta pertenencia al catolicismo, resulta indudable que la orientación mantenida por la publicación en sus primeros años coincidía en buena medida con el ideario nacionalista. No resultaba infrecuente que distintos voceros del nacionalismo colaboraran en las páginas de *Criterio*, o que habituales redactores de esta revista publicaran paralelamente en órganos definidamente nacionalistas. De acuerdo a los parámetros analíticos que hemos adoptado, no resultaban de menor importancia en el semanario católico la presencia de perspectivas por las que se identificaba a los enemigos definidos por la publicación como un conjunto de conspiradores que, desde las sombras, complotaban contra la nación y la religión católica.

Resulta habitual caracterizar las sucesivas etapas que atravesó *Criterio* a partir de una periodización basada en los sucesivos cambios en la dirección de la revista. De tal manera se considera una primera etapa - a partir de su fundación por un grupo de jóvenes intelectuales partícipes de los Cursos de Cultura Católica - en que la revista sería dirigida por Atilio Dell Oro Maini desde marzo de 1928 hasta fines de 1929, un segundo período en que el rol de director recaería en Enrique Osés, que se extendió hasta mediados de 1932, y una larga tercer etapa en la que la revista estuvo dirigida por

Monseñor Gustavo Franceschi, desde junio de 1932 hasta la muerte del sacerdote en 1957. En este apartado nos referiremos a los dos primeros períodos de la revista, mientras el período de Franceschi será considerado en el próximo capítulo.

La revista *Criterio* apareció como resultado de una iniciativa de la Editorial *Surgo*, que contó con el entusiasta apoyo del Nuncio Apostólico, Monseñor Cortesi.¹¹⁴ El dinero necesario para su financiamiento surgió de la venta de acciones - suscripciones, que fueron adquiridas por miembros de acomodadas familias, asociaciones empresarias y altos dignatarios eclesiásticos.¹¹⁵ Los medios económicos así recaudados permitirían a la revista contar con una excelente edición y presentación gráfica.

Semanas antes de la salida de la revista, la editorial *Surgo* anunciaba las intenciones de la publicación, señalando que sería el vocero del movimiento y la doctrina católica:

“Criterio nace de un movimiento de ideas, es decir, no responde a la iniciativa particular inspirada en un simple propósito de exteriorizar opiniones personales y aisladas. Es el fruto de una convicción colectiva, la expresión de la voluntad decidida de un grupo numeroso de ciudadanos católicos que, estimulado por las más altas autoridades, aspira a satisfacer adecuadamente la apremiante necesidad de un órgano nuevo, doctrinario y popular, para la difusión de la sana doctrina, para la exaltación de los principios esenciales de nuestra civilización, para la restauración de la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva.”¹¹⁶

Bajo la dirección de Dell Oro Maini, la revista *Criterio* comenzó siendo un medio católico de cultura destinada ante todo a un público educado y elitista. Tal como ha sido señalado en diversas oportunidades, la publicación combinaba una orientación filosófica fuertemente tradicionalista de inspiración tomista, con la participación en sus páginas de jóvenes escritores procedentes del martinfierrismo y de otras expresiones de la vanguardia literaria.¹¹⁷ De tal modo, publicaban en la revista hombres con posturas tan diferenciadas como Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Leonardo Castellani o Manuel Gálvez, junto a los también colaboradores de *La Nueva República* Cesar Pico, Ernesto Palacio y Tomás Casares. Del mismo modo, *Criterio* publicaba de manera habitual artículos de algunos de los más destacados exponentes del pensamiento católico europeo, como Chesterton, Belloc, Papini y, sobre todo, Jacques Maritain.

114 *Criterio*, año IX, N° 461, 31 de diciembre de 1936, p. 417.

115 María Ester Rapalo, “La revista *Criterio* y las pedagogías para la nación católica. Política, disciplina, literatura”, ponencia presentada a las Primeras Jornadas de Religión y Sociedad en la Argentina, Instituto Ravignani, U.B.A., 3 y 4 de junio de 1999, p.3.

116 s/f, suelto anunciando la aparición de *Criterio*, p.1

117 Fernando Devoto y María Inés Barbero, op. cit., pp. 85 - 86, Enrique Zuleta Alvarez, op. cit., pp. 189 - 190.

Tal diversidad se veía sin embargo limitada no sólo por los aportes financieros de origen eclesiástico que recibía, sino también debido a que su ortodoxia estaba garantizada por el *imprimátur* eclesiástico y por la tarea de un censor, el sacerdote Zacarías de Vizcarra,¹¹⁸ futuro asesor de la Acción Católica española en la época franquista.

Las colaboraciones políticas, a diferencia de las de índole cultural, no admitían la diversidad. En efecto, el tono de las intervenciones políticas expresaba de manera invariable las posiciones de un nacionalismo antiliberal y conservador¹¹⁹, muy próximo a las posturas de *La Nueva República*. Como sostiene con acierto Loris Zanatta, *Criterio* nació en simbiosis con el flamante movimiento nacionalista argentino, lo que provocó no pocas ambigüedades, en particular en lo referente a los colaboradores de *Criterio* que también publicaban en *La Nueva República*, pese a que el Vaticano había condenado en 1926 la doctrina de Maurras.¹²⁰

A lo largo de toda la primer etapa en la existencia de *Criterio*, los tópicos antiliberales, antidemocráticos, y antiizquierdistas se repetirían continuamente. Desde su primer número el semanario manifestaba su “anhelo de disciplina y de restauración de jerarquías” y advertía sobre los peligros del comunismo en Argentina. En la óptica de *Criterio*, el riesgo mayor no provenía de las organizaciones sindicales y políticas que respondían a la Tercera Internacional, sino de una difusión del comunismo - en su opinión alarmante - en ámbitos de la cultura, la prensa y el magisterio. Sostenían por ello que:

118 José María Ghio, "La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo" en: B. Gurevich y C. Escudé, *El Genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Buenos Aires, U. Di Tella - GEL, 1994, p.221.

119 Tal es la caracterización aportada por Carlos Floria y Marcelo Montserrat, miembros en la actualidad del Consejo de Redacción de *Criterio*. Carlos A. Floria y Marcelo Montserrat, “La política desde *Criterio* (1928 - 1977)”, *Criterio*, N° 1777 - 1778, 24 de diciembre de 1977, pp. 763 - 764. Resulta sorprendente que en este artículo no se considere la actuación de Enrique Osés al frente de la revista, omisión que no se solucionó en sus sucesivas reediciones. Cf. “El pensamiento de Gustavo J. Franceschi y la revista *Criterio* en la cultura política de la Argentina Contemporánea (1928 - 1978) en: *Iglesia y Cultura contemporánea*, Bogotá, CELAM, 1982 y en: Marcelo Montserrat, *Usos de la memoria. Razón, ideología e imaginación históricas*, Buenos Aires, Sudamericana/ Universidad de San Andrés, 1996.

120 Loris Zanatta, op. cit., p.47. En Argentina, decía el órgano de difusión de la U.P.C.A. al respecto que: “La Acción Francesa puede considerarse, pues, como una escuela política y social, si no heterodoxa, gravemente sospechosa para el pensamiento católico y algunas de las ideas propugnadas por sus maestros como inconciliables con la doctrina de la Iglesia. La reprobación de las tendencias que encarnan en la Acción Francesa ha de referirse al mismo orden de ideas que la reciente inclusión en el Índice del Catecismo Fascista. En Italia como en Francia la Iglesia condena la idolatría de un orden no animado por un contenido ético, la subordinación de la moral y el derecho al interés nacional, la utilización de las fuerzas espirituales para fines meramente terrenos.” “La cuestión de la Acción Francesa”, *Boletín Mensual de la U.P.C.A.*, año VIII, N° 83, 1° de enero de 1927, pp.12-14.

“Este ambiente, este propicio caldo de cultura, es más peligroso que las bombas que son su corolario lamentable y a veces trágico. Esto es lo que hay que denunciar, esto es lo que urge eliminar con prontitud. (...) El peligro comunista no es, pues, un mito en nuestro país, ni un fantasma que asuste a medrosos reaccionarios. Es una realidad que es necesario combatir; es un virus que invade todos los ambientes. Es el enemigo, contra el que hay que luchar con vigilante y despiadada firmeza.”¹²¹

Aquellos miembros de *Criterio* que colaboraban también con *La Nueva República* reiteraban en la publicación católica sus conocidas posiciones. Mientras Cesar Pico denunciaba de manera insistente los males de la modernidad y el materialismo y abogaba por el restablecimiento de las jerarquías espirituales siguiendo el modelo medieval, Juan Carulla advertía sobre los peligros de la decadencia de la cultura en Argentina y Ernesto Palacio - además de participar activamente en la página de crítica literaria - criticaba los fundamentos del sistema democrático, sosteniendo que “... la reacción contra la democracia constituye la principal tendencia política de los tiempos modernos” debido a que “ Los pueblos quieren ser mandados, a pesar de las declamaciones de los ideólogos”¹²²

La estrecha relación entre *Criterio* y el naciente movimiento nacionalista era afirmada desde las propias páginas del semanario católico. Si desde el primer número se referían a “nuestros amigos de *La Nueva República*”¹²³, la toma de posición más contundente al respecto se encuentra presente en la elogiosa reseña que Ernesto Palacio le dedicó a *Literatura y Política* de Alfonso de Laferrère. En la ocasión, Palacio describía un amplio movimiento antidemocrático y tradicionalista en cuyo seno incluía a *Criterio*:

“Los recién incorporados a la vida militante nos encontramos ante una tarea inmensa que realizar, tarea que consiste nada menos que en transformar radicalmente a nuestra patria, devolviéndola a su ser olvidado bajo el aluvión cosmopolita, y reanudando sus vínculos espirituales con la tradición. Esa labor nos corresponde en primer lugar a los católicos, depositarios de la Verdad integral, pero sin desdeñar la colaboración de quienes, aun ignorando el fin último a que tiende su esfuerzo, hayan logrado despejar su cerebro de los dogmas nebulosos del liberalismo humanitario y conquisten verdades parciales por el recto uso de la inteligencia sometida al ‘objeto’. Por eso aplaudimos ya en estas páginas una obra de Arturo Cancela; por eso estimamos los esfuerzos de Melián Lafinur, de Gálvez, de Díaz Leguizamón y aun - no obstante la magnitud de algunos errores suyos - del mismo Leopoldo Lugones, cuyas críticas a la democracia son de mucha utilidad, aparte su indiscutible mérito literario. (...) La obra de Laferrère, orientada en dicho sentido, se agrega así a la tendencia que señalan los nombres citados, a *Problemas de la cultura* de Juan E. Carulla y al movimiento que encabezan los grupos concordantes de *La Nueva República* y *Criterio*.”¹²⁴

121 "El comunismo en Argentina", *Criterio*, año I, n°1, 8 de marzo de 1928, p.17.

122 Ernesto Palacio, "El Pueblo y la política", *Criterio*, año II, N°80, 12 de septiembre de 1929, p.42.

123 *Criterio*, año I, N°1, 8 de marzo de 1928, p.22.

124 Ernesto Palacio, "Crítica Literaria", *Criterio*, año I, N° 33, 18 de octubre de 1928, pp.86 - 87.

Una de las exposiciones doctrinarias más completas de esta primer etapa en la vida de *Criterio* fue formulada por Manuel Gálvez en octubre de 1928. El escritor santafesino practicaba en la ocasión una defensa de las modernas dictaduras, a las que consideraba un fenómeno exclusivamente grecolatino y católico, cuyo mérito residía en su capacidad para restaurar las formas de la política clásica, el predominio de lo espiritual sobre el materialismo y de la razón sobre el instinto. En la óptica de Gálvez, la raíz de los males de la modernidad se hallaba en el romanticismo engendrado por Rousseau, cuyas consecuencias políticas fueron la democracia, el socialismo y el combate contra todo orden y jerarquía. Frente a un proceso caracterizado bajo la forma de la decadencia, el autor señalaba una serie de jalones en la reacción antidemocrática. De tal modo, rescataba la crítica de Maurras a Rousseau, el romanticismo y la democracia como "... una tentativa de restauración de la política clásica", mientras valoraba al régimen fascista italiano y las dictaduras de España, Portugal, Polonia, Grecia y Chile debido a que "todas restablecen el orden jerárquico, imponiendo el respeto al poder, reponiendo a la Iglesia en su verdadero lugar, estableciendo la enseñanza religiosa, combatiendo la inmoralidad"¹²⁵

Como parte del mundo católico, Argentina no escapaba a las generalidades de la ley. El romanticismo argentino debería derivar de manera inevitable en el más temido de los males, para los que Gálvez presagiaba una solución similar a las de los países que tomaba como modelos:

"Pero llegará un día, dentro de algunos años, en que la vida será intolerable en este país. Se reproducirán los horrores de Méjico y el socialismo parecerá triunfar. Y entonces tendrá que venir una restauración de la política clásica, es decir un retorno al orden perenne, a la razón, a los principios romanos de gobierno y a las normas morales y esenciales de la Iglesia Católica"¹²⁶

Si la condena de *Criterio* se dirigía básicamente contra el régimen democrático, el gobierno de Irigoyen no escapaba a sus críticas, de todas maneras mucho más esporádicas y moderadas que las de *La Nueva República*. En esta dirección, en ocasión de las elecciones que llevarían nuevamente al gobierno al líder del radicalismo, la revista afirmaba que si antes de 1912 el régimen manejaba a través de la venalidad y el caudillaje su maquinaria electoral, en 1928 ocurría lo mismo, con el agravante "... de que ahora no se hace la práctica selección de capacidades que antes era la disculpa y la válvula de escape..."¹²⁷. Las críticas de *Criterio* a Irigoyen compartían el tono de las

125 Manuel Gálvez, "Interpretación de las dictaduras", *Criterio*, año I, N°32, 11 de octubre de 1928, p. 44.

126 Idem

127 Editorial: "Un deber de conciencia", *Criterio*, año I, N°4, 29 de marzo de 1928, p.103.

acusaciones conservadoras: inacción, debilidad, permisividad con la acción de la izquierda, demagogia. Sin embargo, las condenas del semanario católico se dirigieron más contra el sistema democrático, el sufragio universal y el parlamentarismo que contra la figura del Presidente.

A fines de 1929 *Criterio* atravesó su primera crisis, provocada por la decisión del Directorio de *Surgo* de orientar en adelante la revista según los principios de la Acción Católica, de acuerdo a la forma definida por Pío XI, esto es, como “participación o colaboración de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia.”¹²⁸ Tal determinación implicaría que el semanario pasara a depender más estrechamente de la Arquidiócesis, limitando de tal manera los márgenes de autonomía de sus colaboradores.

Estas circunstancias explican la renuncia de Atilio dell’Oro Maini a su cargo de Director y el alejamiento de la revista tanto de sus redactores vinculados al movimiento nacionalista cuanto de sus colaboradores procedentes de las vanguardias literarias.

Si en el conflicto intervino por un lado el choque entre el grupo de la “nueva sensibilidad” estético - literaria y la estrechez de miras del censor eclesiástico¹²⁹ o el problema de la autonomía de los intelectuales frente al control de la Iglesia Católica¹³⁰, resulta indudable que resultó central en su generación la preocupación eclesiástica por la importancia adquirida por los voceros del nacionalismo en la publicación. Si se atiende a la centralidad que alcanzaría en la siguiente etapa del semanario la difusión de los argumentos católicos contrarios al nacionalismo, esta última hipótesis parece ser la de mayor capacidad explicativa.

Varios de los columnistas que se habían alejado de *Criterio* fundaron en enero de 1930 la revista *Número*.¹³¹ Se trató de una revista de corta existencia - dejó de editarse a fines de 1931 - y de tirada reducida, mucho más dedicada a los problemas del arte, la literatura, la filosofía y las temáticas religiosas católicas que a las intervenciones estrictamente políticas. Sin embargo, en las ocasiones en que estas tenían lugar, se reiteraba en sus páginas la hostilidad al laicismo, el liberalismo y la democracia tan presentes en *Criterio*. La posición de *Número* - que publicaba en cada una de sus

128 *Criterio*, año II, N°90, 21 de noviembre de 1929, p 361.

129 María Inés Barbero y Fernando Devoto, op. cit., p. 87.

130 Fortunato Mallimaci, op. cit., p.16. Ghio agrega a las causas del conflicto la preferencia de la Iglesia por una publicación más accesible a un público amplio. José María Ghio, op. cit., p.221.

131 Dirigida en sus orígenes por Julio Fingerit, *Número* contó entre sus redactores a Tomás Casares, Emiliano Aguirre, Nimio de Anquín, Héctor Basaldúa, Francisco Luis Bernárdez, Rómulo Carbia,

ediciones propaganda de *La Nueva República* - era proclive a la instauración de un orden social jerárquico basado en los principios del catolicismo tradicional. En este sentido, aunque el fascismo era valorado debido a que se lo consideraba como un régimen basado en la restauración de las jerarquías sociales, se criticaba la falta de subordinación de Mussolini respecto a la Iglesia:

"Pero un orden parcial no tiene valor si no está el mismo ordenado. Jerarquía (que equivale a teocracia) es el orden de la libertad, el orden de las criaturas libres con respecto a su principio, el orden de las criaturas inteligentes con respecto a su iluminación."¹³²

Entretanto, bajo la dirección de Osés, *Criterio* modificaría su línea de manera profunda, ya que sin abandonar su discurso antiliberal y antidemocrático, la actualidad política perdería espacio en sus páginas y el combate contra el nacionalismo se convertiría en uno de los tópicos centrales de la publicación. Como ha observado perceptivamente Loris Zanatta, tal discontinuidad ha sido descuidada en buena parte de los estudios dedicados al tema, probablemente porque el futuro filonazismo y radical antisemitismo de Osés condicionó el juicio sobre su obra en este período.¹³³

En efecto, a lo largo del período en que Osés se desempeñó como director del semanario, se dedicaron - junto a una prédica constante contra los estudiantes reformistas y a la sucesión de ataques contra uno de los enemigos predilectos de la publicación, el dirigente de la izquierda radical Julio Barcos - una gran cantidad de intervenciones a reafirmar la primacía de la teología sobre la política y, en particular, a condenar el nacionalismo en nombre de la doctrina cristiana. En esta dirección, se publicaron varios artículos del español Eugenio D'Ors, en que se reprobaba "... la superstición pagana que tiende a erigir la Historia en entidad de Cultura y la Nación en categoría inmortal - en divinidad sacrílega ..."¹³⁴. Por su parte, el propio Osés, bajo el seudónimo de Luis Enrique, condenaba la "herejía nacionalista" que convertía al Estado en Dios, señalando que:

"El nacionalismo se presenta como una abolición de la Libertad, porque no excede los límites del orden humano. Una agrupación nacional es

Manuel Gálvez, Jacobo Fijman, Emiliano Mac Donagh, Ernesto Palacio, Alberto Prebisch, Cesar Pico, Ignacio B. Anzoátegui, Osvaldo Horacio Dondo y Mario Mendióroz.

132 Editorial: "Jerarquía", *Número*, N° 18 y 19, julio de 1931, p.45. Posturas similarmente hostiles al liberalismo y la democracia y favorables a la instauración de un orden católico jerárquico se encuentran en: Mario Pinto, "Consideraciones sobre la Argentina", *Número*, N° 17, mayo de 1931, pp.37 - 38, Cesar Pico, "Resistencia a la democracia", *Número*, N° 18 y 19, julio de 1931, p.55, Tomás Casares, "El Orden Civil", *Número*, N° 21 y 22, octubre de 1931, pp. 66 - 67.

133 Loris Zanatta, op. cit., p. 48.

134 Eugenio D'Ors, "Las naciones y la Catolicidad", *Criterio*, año II, N°97, 9 de enero de 1930, pp. 47-49.

siempre relativa y, por lo tanto, finita. (...) La Iglesia condena esa doctrina porque es pagana, limitada, terrenal. La condena porque materializa al hombre.”¹³⁵

En la tarea de condenar el nacionalismo en nombre de la trascendencia religiosa descollaría el joven sacerdote y teólogo Julio Meinvielle, quién sería uno de las figuras centrales del catolicismo integrista hasta comienzos de la década de 1970.¹³⁶ La preocupación permanente de Meinvielle era la de reafirmar la dependencia de toda acción política al magisterio moral de la teología, y la de defender el derecho de la Iglesia a intervenir en política en razón de su fin religioso - tal como lo mostraba la condena al socialismo contenida en *Rerum Novarum* o la censura de Pío XI al nacionalismo - aunque no llevada por móviles políticos, como lo había pretendido la *Action Française*.¹³⁷

Si Meinvielle polemizaría infatigablemente contra las posturas laicas, democráticas y liberales, resultan particularmente iluminadoras de sus posturas los términos en que discutiría las posiciones de Lugones. Pese a acordar con Lugones en la necesidad de establecer un gobierno capaz de restablecer el imperio de la disciplina, el sacerdote observaba que el poeta no podría explicar los principios constitutivos del orden que propiciaba hasta no abandonar su agnosticismo, debido a que “el orden es una realidad teológica”. Censurando lo que consideraba una estadalatría capaz de convertir al Estado de medio en fin último, Meinvielle postulaba como modelo a la Edad Media, a la que consideraba una época de “verdadera y legítima libertad dentro del bienestar.”

Como fundamento último de su crítica, Meinvielle consideraba al nacionalismo como una parte del liberalismo, por lo que en su óptica sólo persistían dos alternativas políticas reales: la de Roma o la de Moscú:

“Por otra parte, el nacionalismo de Leopoldo Lugones como todo nacionalismo es un liberalismo (...) En efecto, el liberalismo es la aplicación en el orden social político del autonomismo kantiano que constituye autónomo al individuo, el nacionalismo hace autónomo al Estado. Mientras no se reconozca la theonomía humana en todos los órdenes de su existencia no se habrá superado con eficacia al liberalismo. En santo Tomás, en cambio, a pesar que establece la primacía de la persona sobre el Estado y la Sociedad no hay liberalismo porque se excluye todo autonomismo.”¹³⁸

Perteneciendo el nacionalismo a una familia ideológica definitivamente manchada por la impiedad liberal, el modelo defendido por Meinvielle era el de un

135 Luis Enrique (Enrique Osés), “La Iglesia y el nacionalismo”, *Criterio*, año III, N°107, 20 de marzo de 1930, p.371.

136 Sobre Julio Meinvielle, véase el capítulo VII de esta tesis.

137 Cf. Julio Meinvielle, “Teología y Política”, *Criterio*, año II, N°94, 10 de diciembre de 1929, pp. 491 - 492 y “Sobre la Iglesia y la política” *Criterio*, año III, N°110, 10 de abril de 1930, pp. 446 - 447.

138 Julio Meinvielle, “La defensa del Estado”, *Criterio*, año III, N°140, 6 de noviembre de 1930, pp. 593 - 595. La teoría según la cual el nacionalismo se deriva de la doctrina de la autodeterminación moral

Estado Gendarme. Este tipo de Estado solo podría cumplir de manera supletoria tareas educativas y económicas, consistiendo su función central en la defensa de la moralidad pública a través de una “represión enérgica”, que debía terminar no sólo con los males de la pornografía sino con las doctrinas erróneas: el liberalismo, el socialismo y “... los hijos de ambos, anarquismo y bolchevismo”.¹³⁹

En los meses previos al Golpe de Estado encabezado por el Gral. Uriburu *Criterio* repetiría sus habituales retahílas antidemocráticas. Aunque se condenaba al sistema democrático - por resultar un producto del número de la plebe, que alejaba a los hombres “capacitados para gobernar” y derivaba en una inevitable demagogia que desquiciaba a la sociedad y la podía conducir “Si Dios no lo remedia (...) hasta el soviét”¹⁴⁰ - la revista no se encontró entre los que convocaron sin ambages al derrocamiento del gobierno de Irigoyen, al punto que sólo dos días antes de la asonada el semanario sostenía que los signos de inquietud política se debían a la acción de una conspiración mundial bolchevique y criticaba el “nacionalismo peligroso” de Lugones.¹⁴¹

Sin embargo, y al igual que el resto de la opinión católica, *Criterio* apoyó con decisión al Golpe de Estado. Sólo tras septiembre de 1930 la revista repudiaría al régimen radical - al que llegaron a calificar de tiranía¹⁴² - a la par que manifestaba su aval a la revolución en tanto esta no representara sólo un cambio de hombres, sino que propugnara una transformación del sistema político. Si en la perspectiva de *Criterio*, el régimen depuesto, elegido bajo el imperio de la Constitución y la Ley Sáenz Peña había sido pernicioso tanto por los hombres que lo integraron cuanto “... por haber llegado al poder por el camino del comicio”¹⁴³, se imponía una reforma de la Ley Fundamental y de los procedimientos electorales que lograra terminar no sólo con el riesgo de un retorno al poder del radicalismo sino también con el régimen democrático. La revista veía en el Parlamento una traba para la unidad del pueblo y la acción del gobierno,

Kantiana ha sido defendida en el campo académico por Elie Kedourie. Véase de este autor: *Nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1988. [1966]

139 Meinvielle se apoyaba en la autoridad de la doctrina social católica, que “abomina igualmente de la solución fascista como la liberal y socialista”. Este Estado “gendarme y solamente gendarme” sólo debía custodiar la libertad en cuanto “se mantiene dentro del bien e intenta una finalidad buena”, esto es, mientras no se dirija contra las verdades trascendentes provistas por la Iglesia Católica. Cf. Julio Meinvielle, “El Estado Gendarme”, *Criterio*, año III, N°148, 1° de enero de 1931, pp. 13 - 14.

140 Janbourg, “Democracia en crisis”, *Criterio*, año III, N°112, 24 de abril de 1930, p. 531 - 532.

141 “De jueves a jueves”, *Criterio*, año III, N°131, 4 de septiembre de 1930, pp.311- 312.

142 Francisco Dura, “José Gabriel Estrada y la Revolución legítima”, *Criterio*, año III, N° 133, 18 de septiembre de 1930, p.371.

censuraba el principio representativo en que se sustentaba y sostenía que “ha tiempo sonó la hora de pensar en su reemplazo.”¹⁴⁴

Por ello, la revista atacaría a los dirigentes conservadores que promovían un rápido retorno al sistema institucional sin atender a los proyectos de reforma promovidos por el gobierno de Uriburu. En suma, *Criterio* expresaría en el interior del catolicismo las tendencias uriburistas, mientras otros grupos, expresados por el diario *El Pueblo*, se enrolaron entre aquellos que buscaron un rápido retorno a la vida constitucional, a los que se ha caracterizado como “justistas”.¹⁴⁵

La relación entre *Criterio* y el Gral. Uriburu no era novedosa. El militar había compartido con figuras tan diversas como el Almirante Domecq García, el Dr. Emilio Ravignani, y Rodolfo Irazusta la cabecera de la mesa, en la cena con que se había festejado en 1929 el primer aniversario de la revista¹⁴⁶; y en una entrevista publicada poco después del Golpe de Estado decía Uriburu: “Leo siempre *Criterio*. Sus artículos de doctrina, sus editoriales políticos. Estoy en la corriente de ideas que Uds. difunden y defienden.”¹⁴⁷

Los redactores de *Criterio* - que habían apoyado de manera entusiasta las medidas represivas del gobierno uriburista - percibieron la salida electoral como una intolerable defección de unas clases dirigentes sólo preocupadas por su bienestar económico, que dejaban al país a merced de las fuerzas de la revolución social.¹⁴⁸ La candidatura del general Justo sería tolerada como un mal menor frente a la Alianza Demócrata Progresista - Socialista, aunque tras su acceso al poder, depositarían en el nuevo presidente sus esperanzas, que no se hicieron extensivas ni a la Constitución Nacional ni al Parlamento.

143 Editorial: "El manifiesto del gobierno provisorio", *Criterio*, año III, N°136, 9 de octubre de 1930, pp. 461 - 462.

144, Atwell de Veyga, "Crisis o fracaso", *Criterio*, año III, N°132, 11 de septiembre de 1930, pp. 331 - 332. Dos semanas más tarde, la revista propondría que el Parlamento pasara a ocupar un rol de asesoramiento del Ejecutivo en lugar de su tradicional función legislativa. Cf. Editorial: "La organización de la democracia", *Criterio*, año III, N°134, 25 de septiembre de 1930.

145 Loris Zanatta, op. cit., p.51.

146 *Criterio*, año II, N°54, 14 de marzo de 1929, p.331.

147 "Una entrevista con el General Uriburu", *Criterio*, año III, N°137, 16 de octubre de 1930, p. 500.

148 "Y es que nadie nos defiende. No tenemos una fuerte tradición, ni una clase superior unida y enérgica (...) Los argentinos no aspiran sino a ganar dinero, y no para hacerlo producir, no para realizar con él cosas útiles, sino para gastarlo (...) en placeres vanos..." Manuel Gálvez, "El deber de las clases dirigentes", *Criterio*, año IV, N° 194, 19 de noviembre de 1931, pp. 241 - 242.

El antisemitismo de *Criterio*

Pese a los rasgos marcadamente nacionalistas y antiliberales que caracterizaron a *Criterio* desde su inicio, en los primeros años de la publicación la llamada “cuestión judía” no constituyó una preocupación central de la revista, tendencia que se revertiría recién varios meses después del Golpe de Estado de septiembre de 1930. En efecto, antes de 1931 las expresiones de tipo antisemita resultaron sumamente esporádicas, y - en los contadas ocasiones en que se manifestaron - fueron planteadas en artículos dedicados a la temática religiosa o la crítica de arte, aunque no en el contexto de intervenciones específicamente políticas.¹⁴⁹

De tal manera, en ocasiones se recurría a los argumentos del más tradicional antisemitismo católico, acusando a los judíos por no haberse arrepentido por su culpa en el pecado de deicidio, y afirmando que los israelitas contemporáneos odiaban sin fisuras a la Iglesia Católica.¹⁵⁰

Sólo en un caso, los responsables de la crítica de arte de *Criterio* manifestaron expresiones antisemitas en sus comentarios. En efecto, contrastando con las múltiples ocasiones en que se elogiaron películas, libros, piezas musicales u obras de teatro de autores o directores judíos, sin realizar comentario desdeñoso alguno respecto a tal condición, en el comentario de Luis Abascal a *Israel* de Henri Berstein, representada en el teatro Odeón, se pondrían una vez más de manifiesto las viejas creencias conspirativas.

En efecto, Abascal sostendría que se trataba de una pieza que - surgida en medio de la efervescencia antisemita provocada por el caso Dreyfus - no era otra cosa que el resultado de la obra de un judío defendiendo a su raza y devolviendo odio por odio. Reiterando las afirmaciones finiseculares, sostenía el comentarista que “El semitismo minaba el ejército de Francia, las finanzas, la política. Toda la persecución laica no era, en el fondo, sino semítica y masónica.”

149 En otras publicaciones católicas, en cambio, el antisemitismo se hizo presente con anterioridad. Tal es el caso del periódico rosarino *El Herald*, que desde 1929 empleaba un lenguaje apocalíptico para llamar la atención sobre una supuesta infiltración judía que pretendía someter a su poder a la nación y la cristiandad. Cf. María Pía Martín, “Anti -imperialismo y cuestión judía en el nacionalismo católico rosarino, (1920 - 1930)” en: *Anuario de la Escuela de Historia*, Universidad Nacional de Rosario, N°17, 1995-96, pp. 362 - 363.

150 Luis Barrantes Molina, “La apostasía moderna”, *Criterio*, año III, N°111, 17 de abril de 1930, pp. 508 - 509. Barrantes Molina se desempeñaría a lo largo de las décadas de 1930 y 1940 como redactor de *El Pueblo* y responsable de su página literaria, manteniendo, como veremos, opiniones uniformemente antisemitas.

Sin embargo, el tono de comprensión y simpatía hacia el antisemitismo francés de la época del caso Dreyfus no excluía del todo la moderación:

“Como católicos no podemos aquí, sino comprender el movimiento antisemita de entonces, y justificarlo, sin dejar de reconocer, como lo hacemos, que tuvo sus excesos.”¹⁵¹

Tal moderación desaparecería cuando - desde comienzos de 1931 - las tesis del antisemitismo conspirativo se convirtieron, si no en la preocupación central de la revista, en un tópico abundantemente transitado por varios de sus colaboradores. Como en el caso de *La Nueva República*, las causas de la incorporación de tal forma de antisemitismo al discurso de *Criterio* no resultan sencillas.

Si resulta evidente que tal transformación resulta un claro signo de la radicalización antiliberal de *Criterio*, es probable que con la incorporación de una imagen unificada del enemigo bajo la figura del “complot judío” se haya pretendido recurrir a las potencialidades movilizadoras del antisemitismo.

De todas formas, como hemos señalado en reiteradas ocasiones, la percepción católica de los judíos como una oscura fuerza conspirativa no resultaba en absoluto una novedad, sino que formaba parte de una consolidada tradición. Las condiciones políticas abiertas tras septiembre de 1930 - en particular el enfrentamiento con los sectores proclives a restablecer la normalidad constitucional - y el creciente peso del antisemitismo en el contexto mundial explican en buena medida la reaparición, en el centro de la escena, de una tradición por otra parte jamás abandonada completamente.

Los ángulos desde los que *Criterio* enfocó la “cuestión judía” fueron múltiples. Mientras Enrique Osés se quejaba de la liberalidad de una Constitución que permitía el ingreso al país de millares de judíos que, lejos de aportar beneficio alguno a la República, se limitaban a aprovecharse de la generosidad de los argentinos en provecho propio¹⁵², Manuel Gálvez advertía sobre los riesgos revolucionarios que entrañaba para la Argentina la presencia judía. Como muchos otros nacionalistas que lo sucederían, Gálvez exageraría de manera manifiesta el número de israelitas residentes en Argentina, aunque a diferencia de buena parte de ellos, se encargaría de reiterar que el mismo no era un antisemita:

“Y no olvidemos también que viven en este país cerca de ochocientos mil judíos. Seguramente, muchos de ellos serán gente de orden, conservadores y aún reaccionarios. Pero para un conservador de verdad, ¿cuántos revolucionarios hay entre los judíos? Casi todos los que yo conozco son

¹⁵¹ Luis Abascal, “El Teatro”, *Criterio*, año I, N°19, 12 de julio de 1928, p.57.

¹⁵² Luis Enrique, (Enrique Osés), “Los Judíos, 'La Nación' y un funcionario oficial”, *Criterio*, año IV, N°198, 17 de diciembre de 1931, pp. 368 - 369.

socialistas y simpatizan con los horrores del comunismo. Declaro una vez más que no soy antisemita. Los mismos judíos reconocen que el soviétismo es de esencia judaica. Recuerdo que una vez, Alberto Gerchunoff, mi viejo y querido amigo, me leyó en su casa un artículo publicado en *La Revue Juive* por un escritor de su raza, en el cual se aseguraba que el socialismo era la realización de los ideales de Israel. No lo digo yo, pues. Lo dicen ellos mismos.”¹⁵³

En una intervención posterior Gálvez sostendría que “... el antisemitismo ni ha existido ni existe en este país”.¹⁵⁴ El autor entendía que antisemitismo significaba la existencia de restricciones, limitaciones o contricciones dirigidas específicamente a la población judía, constatando que estas no existían en el país. A diferencia del grueso de la opinión nacionalista y católica, Gálvez reiteraba que entre los judíos existían tanto comunistas como conservadores y reaccionarios, aunque destacaba la “cantidad enorme de comunistas, anarquistas y socialistas - vale decir, enemigos de nuestra nacionalidad” que se contaban entre los israelitas. Entendiendo que el número de judíos en la Argentina había superado el unbral de lo tolerable, sostenía la necesidad de reformar la Ley de Inmigración para evitar que continuara esa inmigración, “... pero no por odio a raza alguna sino para que la Patria argentina conserve su espíritu latino”. Estas posiciones de Gálvez, signadas por el anticomunismo aunque no por un antisemitismo comparable al de otros nacionalistas y católicos, resultaban sumamente moderadas en su contexto. En diversas ocasiones este autor señalaría que su oposición se restringía a los judíos comunistas - como al conjunto del comunismo - mientras remarcaba a la par su respeto por la “santa pasión intelectual de Israel”, llegando a enfrentarse con otros nacionalistas y católicos a quienes reprochaba su fanático antisemitismo.¹⁵⁵

El reconocimiento de Gálvez acerca de la existencia de diversidades al interior del judaísmo estaría totalmente ausente en las perspectivas de dos colaboradores de *Criterio* obsesionados por el temor a la conspiración judía mundial: Vicente Balda y el sacerdote Alberto Molas Terán.

Balda publicó en *Criterio* una larga serie de artículos dedicados a denunciar los múltiples males que para la humanidad acarrearía el judaísmo, empleando para ello un nutrido arsenal de argumentos en los que se combinaban las acusaciones teológicas con las más difundidas fuentes del moderno antisemitismo conspirativo.

En tal empresa, Balda afirmaba que el motivo de la crisis económica, política, religiosa, moral, social y universitaria que atravesaba el conjunto de la humanidad se

153 Manuel Gálvez, "El deber de las clases dirigentes", *Criterio*, año IV, N° 194, 19 de noviembre de 1931, pp. 241 - 242.

154 Manuel Gálvez, "Antisemitismo", *Criterio*, 29 de septiembre de 1932, pp.300 - 302.

155 Para un análisis de la imagen del judío en la obra literaria de Gálvez, cf. Leonardo Senkman, *La identidad judía en la literatura argentina*, Buenos Aires, Pardés, 1983, pp. 413 - 429.

debía a una causa oculta "...que manipula, intensifica y coordina los efectos de las demás causas visibles, con una inteligencia y tenacidad increíbles", a la que denominó la guerra judía contra el mundo cristiano. El inmenso complot se originó con el rechazo del pueblo de Israel a Cristo, debido a su preferencia por el reino material, lo que lo convirtió para siempre en un "anticristo colectivo". En el plan teológico, el "Gran Anticristo" sería un judío que se presentaría a Israel como el Mesías, y se serviría de dos medios para imponer su dominio a las naciones. Si por un lado aprovecharía la influencia del "oro judío", por el otro

"... desplegará una política muy parecida a la que actualmente ensaya el gobierno judaico de Rusia. Aquel último Anticristo fomentará el ateísmo, como el actual gobierno soviético (...) Serán sus costumbres como de 'bestia', como en la Rusia del amor libre y de la moral materialista ; y echará mano del monopolio económico, como Stalin, para obligar a todos a hacerse semejantes a la bestia"¹⁵⁶

Uno de los recursos predilectos para la guerra contra el mundo cristiano, sostenía Balda, fue un "sistemático y magistral uso de la hipocresía" basado en las lecciones del Talmud¹⁵⁷ y la práctica durante la Edad Media de "indecibles crueldades" contra los cristianos.¹⁵⁸

En sus artículos, Balda denunciaba lo que a sus ojos era una verdad evidente, aunque guardada en secreto por los judíos: Desde el siglo I, existe un gobierno secreto israelita, encabezado por un "Exilarca" cuya corte estaba formada por "...los *Sabios de Israel*, imitación del antiguo *Sanhedrín* del pueblo judío." Aunque la "astucia judía" mantenga oculta su composición y organización:

"... la unidad de acción que despliega el pueblo judío en todo el mundo, demuestra que existe unidad de dirección general, y que se conserva alguna institución equivalente al 'Exilarca' y al 'Sanhedrín de los Sabios'."¹⁵⁹

El secreto tan rigurosamente guardados - pero revelado a Balda por *El Judío Internacional* de Henry Ford, cuya edición de Leipzig de 1930 cita en reiteradas ocasiones - se comenzó a develar cuando Napoleón convocó al *Sanhedrín Mundial*. Tal afirmación, ya tradicional en el pensamiento reaccionario europeo, se complementaba con la creencia acerca del carácter netamente judío de la Revolución Francesa. Balda no ahorró a sus lectores una nueva denuncia: la sede del gobierno judío mundial se hallaba en los Estados Unidos, y su Príncipe era un alto personaje norteamericano. Sin embargo,

156 Vicente Balda, "La Guerra judía contra el mundo cristiano", *Criterio*, año III, N° 152, 29 de enero de 1931, pp. 141 - 143.

157 Vicente Balda, "La hipocresía judaica", *Criterio*, año III, N° 154, 12 de febrero de 1931, pp. 207 - 208.

158 Vicente Balda, "El plan judío contra el mundo cristiano", *Criterio*, año IV, N° 162, 9 de abril de 1931, pp. 73 - 75.

la Revolución Rusa no sería presentada sino como otra de las tenebrosas acciones conspirativas hebreas, mientras el *soviet* era considerado una imitación del 'cajal' [sic] judío.¹⁶⁰ No sorprende por lo tanto que el autor haya considerado completamente verosímil y rigurosamente ciertas las afirmaciones contenidas en *Los Protocolos de los Sabios de Sión*.¹⁶¹

Por su parte, el sacerdote Alberto Molas Terán - cuya muerte sobrevino cuando le había sido ofrecido codirigir a *Criterio* junto a Franceschi - compartía la convicción acerca de la existencia de un plan judío de dominación del mundo. En su óptica, los "judíos del soviet", responsables y beneficiarios únicos de la Revolución Bolchevique, estaban empeñados en conquistar el planeta entero a través del oro, el poderío del Ejército Rojo y, fundamentalmente, la desmoralización del enemigo a través de la eliminación de Dios y la Religión. Se trataba - según Molas Terán - de un imperialismo superior al ejercido por las armas o el poderío económico, pues era "...un imperialismo racial, de raigambre secularmente religiosa aunque hoy florezca en ateísmo de pura táctica." El sacerdote, que entendía que la conspiración encontraba sus raíces en la exégesis farisaica de la Biblia, afirmaba que Argentina no era ajena a tan graves amenazas, aunque concediendo que el público dispuesto a aceptar tales creencias no era demasiado amplio:

"Esta afirmación ha de sonar a cosa muy extraña en los oídos de la gente despreocupada, tan abundante como persuadida de que la Nación argentina, por serlo, escapa a toda suerte de peligros graves. Menester será demostrarles que el problema judío se ha planteado en el país, no sólo con respecto a las especulaciones bursátiles que interesan a la producción agrícola y al valor de la moneda, sino con relación a las instituciones republicanas y a la estabilidad del patrimonio nacional. El soviet es instrumento de predominio israelita ; el soviet no se ha creado solamente para Rusia, el soviet amenaza a la civilización cristiana, el soviet acecha la oportunidad de instalarse en nuestra tierra."¹⁶²

A comienzos de la década de 1930 el pensamiento nacionalista argentino había cristalizado en una cerrada estructura ideológica, resultando *La Nueva República* y *Criterio* sus voceros más representativos. Las diferencias en las fuentes de inspiración de ambas vertientes no impidieron que las coincidencias resultaran preponderantes.

159 Idem.

160 El *Kahal* era, de acuerdo a *El judío Internacional* la forma organizativa secreta que desde la antigüedad adoptó el gobierno judío mundial. En Argentina, tal acepción sería popularizada por las novelas de Hugo Wast. Véase al respecto el capítulo IX de esta tesis. La asimilación entre *Kahal* y *Soviet*, como buena parte de las afirmaciones de Balda, están expuestas por Henry Ford en el capítulo XV de la primera parte de su libro, titulado "¿Es idéntico el 'Kahal' judío al actual soviet ruso?". Cf. Henry Ford, *El judío Internacional*, Buenos Aires, Luz, 1944.

161 Vicente Balda, "El Plan judío contra el mundo cristiano", *Criterio*, año IV, N°170, 4 de junio de 1931, pp. 334 - 336.

162 Alberto Molas Terán, "¿Por qué niegan a Dios los judíos del soviet?", *Criterio*, año IV, N°196, 3 de diciembre de 1931, pp. 301 - 302.

Ambas publicaciones, y los grupos que las sustentaban, compartían la hostilidad hacia la democracia, el liberalismo y el socialismo, repudiaban la cultura laica, y pugnaban por el establecimiento de un régimen político que no derivara del sufragio universal, capaz de sustentar un orden al que identificaban con el restablecimiento de las jerarquías sociales.

El Golpe de Estado de 1930 brindó a miembros de estos grupos, cuya influencia política e intelectual no resultaba demasiado amplia, la posibilidad de alcanzar posiciones en el elenco gubernamental, además de generar un contexto político que favoreció la radicalización antiliberal de sus posiciones. Como parte de este proceso, el antisemitismo ofreció a ambos grupos una imagen unificada del enemigo bajo la figura del omnipotente complot judío. Con ello, la antigua tradición sustentada en Argentina por parte del pensamiento católico, comenzó a ser empleada por los nacionalistas como parte de su retórica política.

Aunque en las expresiones analizadas no se trató de la principal preocupación, el antisemitismo ocupó un importante lugar en el discurso nacionalista y católico de comienzos de la década de 1930, lo que provocó que, junto al liberalismo, el socialismo y la democracia, la temida conspiración judía ocupara un lugar destacado entre los enemigos de la nación imaginados por *Criterio* y *La Nueva República*. Como veremos en los próximos capítulos, en los años subsiguientes el campo nacionalista persistiría en estas creencias y multiplicaría la importancia del *peligro judío* en su cosmovisión.